EX-LIBRIS
Ghiklando Morales P.

LAS DESENCANTADAS

PIERRE LOTI
de la Academia Francesa.

LAS DESENCANTADAS

NOVELA

DE LOS HARENES TURCOS CONTEMPORÁNEOS

Traducción de CARLOS DOCTEUR

LIBRERIA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARIS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida del Cinco de Mayo, 45

1923

Propiedad del Editor.

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

Á la querida y venerada y angustiosa memoria

DE

LEYLA-AZIZE-AÍJIA HANUM,

hija de Mehmed Bey J... Z... y de Esma Hanum D...; nació el 16 Rebi-ul-ahir 1297 en T... (Asia Menor); murió el 28 Chebal 1323 (16 de Diciembre de 1905) en Ch... Z... (Estambul)

PIERRE LOTI.

PRIMERA PARTE.

LAS DESENCANTADAS

I

Pálida mañana de primavera. Á orillas del mar de Vizcaya, en la casita en que, obedeciendo á su último capricho parecía haberse fijado para largo rato, Andrés Lhery, novelista conocido, estaba examinando, con marcada displicencia, el correo que el cartero acababa de traerle.

« ¡Cuántas cartas hoy, cuántas! suspiraba Andrés. Y añadió : Sobran muchas. »

Verdad es que los días en que le traía pocas cartas el cartero, tampoco estaba contento, pareciéndole entonces que nadie se ocupaba de él en este mundo. La mayoría de aquellas cartas eran cartas de mujeres, algunas de ellas firmadas, otras no ; pero todas aportaban al escritor el incienso de cariñosas adoraciones

intelectuales. Casi todas principiaban así : « Grande va á ser su extrañeza, señor mío, al ver una letra de mujer desconocida de usted. » Andrés se sonreía al ver esa frase tan repetida en los comienzos de aquellas cartas : ¡ extrañarse él de algo!... no : ya hacía bastante tiempo que de nada se extrañaba. Y después del precitado exordio, cada nueva corresponsal, que por lo general se creía la única en el mundo capaz de arriesgarse á tanto, no dejaba nunca de añadir : « Mi alma es una humilde hermana de la de usted; *puedo afirmarle que, nunca, nadie le ha comprendido como yo.* » Al leer tales renglones, Andrés ya no se sonreía, á pesar de la repetición de semejantes afirmaciones; al contrario, se sentía emocionado. Además, el darse cuenta exacta de su imperio sobre tantas criaturas diseminadas por tantos sitios, y á las que probablemente jamás habría de ver, y el considerar detenidamente la parte de responsabilidad que á él le tocaba en la evolución de tantas almas, solía sumirlo en profundas meditaciones.

Y, á más de esto, ¡ entre aquellas cartas las había tan espontáneas, tan confiadas, tan parecidas á gritos de socorro dirigidos á un hombre considerado por las angustiadas mujeres como un hermano mayor que de seguro las oiría y las compadecería ! Semejantes cartas, Andrés las depositaba en apartado especial, después de tirar al cesto de los papeles las pretenciosas y las insulsas; las conservaba con la decidida intención de contestar á ellas. Pero, las más de las veces,

la falta de tiempo le impedía contestar, y las míseras cartas se hacinaban unas sobre otras, no tardando en ser sumergidas por la creciente ola de las recién llegadas, hasta que, por fin, quedaban definitivamente sepultadas en el olvido.

Entre las recibidas aquella mañana había una que venía de Turquía; en el sello de correos se leía claramente un nombre que siempre le había producido á Andrés intensa emoción: Estambul.

¡Estambul! ¡Qué sortilegio evocador encerraba esta sola palabra!... Antes de rasgar el sobre de esa carta, la cual quizá fuera tan insignificante como tantas otras, Andrés se detuvo, sacudido de repente por un estremecimiento especialísimo y de orden esencialmente indefinible, que le acometía cada vez que Estambul se evocaba de improviso en el fondo de su memoria, al cabo de algunos días de olvido. Y, lo mismo que ya tantas veces, cuando le ocurría soñar despierto, una silueta de ciudad se esbozó ante sus ojos que habían visto toda la tierra, que habían contemplado la infinita diversidad del mundo: la ciudad de los minaretes y de las cúpulas, la majestuosa y la única, la todavía incomparable en su decrepitud definitiva, perfilada altaneramente sobre el cielo, con el círculo azul del Mármara que cierra el horizonte.

Unos quince años antes, había tenido Andrés, entre sus corresponsales desconocidas, á algunas hermosas ociosas de los harenes turcos; algunas de ellas le te-

nían rencor, otras le amaban, aunque con remordimiento, por haber contado él, en un libro escrito siendo aún muy joven, una aventura amorosa ocurrida entre él y una de aquellas mujeres ; enviábanle clandestinamente páginas íntimas en un francés incorrecto, pero que solía ser delicioso ; luego, al cabo de un cruce de cartas, más ó menos numerosas, entre ellas y el escritor, se callaban las mujeres, cayendo de nuevo en el inviolable misterio, espantadas de repente de su atrevimiento, cual si hubiesen cometido un pecado mortal.

Por fin rasgó el sobre que venía de aquel querido lejano país ; pero su contenido fué para él motivo de desencanto : ¡ vaya, vaya, la señora esa se burlaba de él! Su lenguaje era harto moderno, su francés demasiado puro, y se expresaba ella con notable soltura. Por más que citaba el Corán, que se hacía llamar Zahidé Hanum, y que pedía se le dirigiera la contestación á la lista de correos, tomando precauciones de astuto ladrón, sin duda que se trataba de alguna viajera de paso por Constantinopla, ó de la mujer de algún agregado de embajada ; ó quizá también, pues todo estaba en lo posible, de alguna mujer de Levante educada en París...

Ello es que la carta entrañaba un hechizo que pudo más que la displicencia de Andrés, pues en el acto contestó éste á la mujer. Además, preciso era que el novelista diera prueba de su conocimiento del mundo musulmán, y que contestara, aunque con la debida

cortesía : « ¿ Usted una dama turca? ¡ Vamos, que no, que no me la da usted !... »

Incontestable, á pesar de lo inverosímil, era el hechizo de aquella carta... Hasta el día siguiente, en que, por supuesto, dejó ya de pensar en ello, tuvo Andrés como un vago presentimiento de que algo comenzaba en su vida, algo que tendría consecuencias : consecuencias de dulzura, de peligro y de tristeza.

Á más de esto, la carta en cuestión le parecía á Andrés como un llamamiento de la Turquía al hombre que tanto la había amado en otro tiempo, pero que ya no volvía á ella. El mar de Vizcaya, aquel día, aquel día de indeciso abril, impregnado de luz que todavía recordaba el invierno, le pareció de repente á Andrés como intolerablemente melancólico, con su agitación casi constante, la cual forma tremendas bocas abiertas sobre inmensidades harto infinitas que atraen y que inquietan. ¡ Cuánto más dulce, más calmante y más adormecedor no era el Mármara, con sus ribazos impregnados del particular misterio del Islam ! El país vasco, del que alguna vez se había Andrés enamorado, ya no le parecía merecer que alguien se detuviera en él ; ni siquiera veía en la campiña, en las aldeas, en la antigua ciudad de Fuenterrabía, hermosa aún á pesar de la invasión de las « villas » imbéciles, ni siquiera veía ya en todo esto el espíritu de los tiempos pasados, espíritu cuyas huellas veía él en los hombres y en las cosas, en los comienzos de su estancia en dicho país. ¡ Ob ! allá, en

Estambul, ¡cuánto más pasado y antiguo ensueño humano no había, en la sombra de las altas mezquitas, en las calles cuyo silencio oprime el corazón, y en la región sin fin de los cementerios, en donde, al anochecer, arden millares de lamparillas por las almas de los muertos! ¡Oh aquellas dos riberas que se miran, Europa y Asia, mostrándose una á otra minaretes y palacios á lo largo del Bósforo, con continuos cambios de aspecto, según los caprichos de la luz oriental! Al lado de los esplendores de Levante, ¡qué triste y qué inclemente resultaba aquel golfo de Gascuña! ¿Cómo es que seguía viviendo en tal sitio en vez de marcharse allá? ¡Qué inconsecuencia la de perder en tan triste país los contados días de la vida, cuando allá le esperaba el país de los suaves hechizos, los arrebatos exquisitos envueltos en su inseparable tristeza, que borran los pasos del tiempo que huye!...

Pero, á orillas del golfo incoloro donde presentemente se hallaba, golfo azotado por las iras del Océano, en aquel sitio era donde sus ojos habían, por vez primera, presenciado el espectáculo del mundo, en aquel sitio *le había sido dada la conciencia;* por lo tanto, amaba desesperadamente, á pesar de todo, las cosas del país donde se hallaba, y de sobra sabía que siempre las echaba de menos cuando estaba lejos de ellas.

Por eso sintió una vez más Andrés Lhery, en aquella mañana de abril, el irremediable padecimiento de

haber prodigado su personalidad en todos los pueblos, de haber sido un nómada sobre la tierra toda, dejando pedazos de su corazón en todos los sitios que visitaba. Ahora lamentaba el sentirse atraído por dos patrias : la suya propia, y luego la otra, su patria de Oriente...

II

Un sol de abril, del mismo abril, pero de la semana siguiente, penetraba, tamizado por visillos de muselina, en la habitación de una joven que estaba durmiendo. Un sol matutinal, que traía, aun á través de las cortinas, de las persianas y de las celosías, la alegría efímera y el eterno engaño de los renacimientos terrenales, que, desde los albores del mundo, cautivan siempre las almas complicadas ó sencillas de las criaturas : almas de los hombres, almas de los animales, almitas de los pájaros cantores.

Fuera, oíanse la confusa chillería de las golondrinas que acababan de llegar y los sordos toques de un tamboril aporraceado según el ritmo oriental Alguna que otra vez, mugidos como arrojados por animales monstruosos rasgaban el aire : voces de buques afanados, chillidos de sirenas de vapor, indicios de la vecindad de un puerto, de un puerto alocado por su

imperiosa necesidad de movimiento; pero se notaba que aquellos llamamientos de los buques venían de muy lejos y de *abajo*, lo cual le daba á uno la sensación de hallarse en una zona de tranquilidad, sobre una colina por encima del mar.

Elegante y blanca era la habitación en que penetraba aquel sol y en la que dormía aquella joven; y era también muy moderna, amueblada con la falsa sencillez y el remedo de arcaísmo que aún en aquel año (el año de 1901) representaban uno de los últimos refinamientos de nuestras decadencias, y que se llamaba el « Arte nuevo ». En un lecho pintado de laca blanca, en el que vagas flores habían sido esbozadas, imitando á la vez la ingenuidad de los primitivos y el amaneramiento de los japoneses, por algún decorador de moda, inglés ó parisiense, la joven seguía durmiendo: en medio de un desorden de cabellos rubios, una carita, de un óvalo exquisito, de un óvalo de tal manera puro que parecía una estatuita de cera, un tanto inverosímil por ser demasiado bonita; una naricita de aletas casi demasiado delicadas, imperceptiblemente encorvada en forma de pico de halcón; ojos grandes de madona y larguísimas cejas inclinadas hacia las sienes, como las de la Virgen de los Dolores. Quizá demasiados encajes en las sábanas y las almohadas, demasiadas sortijas centelleantes en las delicadas manos abandonadas sobre la colcha de raso; demasiada riqueza, según nuestras costumbres, para una niña tan joven aún. Fuera de eso,

todo respondía cumplidamente, en torno de ella, á las más recientes concepciones de nuestro lujo occidental. No obstante, había en las ventanas esos barrotes de hierro, y luego esos enrejados de madera, todo ello empotrado y hecho á propósito para no abrirse nunca, que sobre aquella claridad y aquella elegancia hacían flotar un malestar, casi una angustia de cárcel.

Á pesar de aquel sol tan vivo, del alegre delirio de las golondrinas, y de lo muy entrada que estaba ya la mañana, la joven seguía durmiendo ; su sueño era ese pesado sueño que acaba por anonadar al individuo al finalizar las noches de insomnio, y tenía ojeras la niña, como de haber llorado mucho la víspera.

Sobre un despachito de señora, de laca blanca, una bujía olvidada seguía ardiendo, entre hojas de papel manuscritas : cartas ya listas, metidas en sobres con monogramas dorados. También había, sobre el despachito, papel de música, sembrado de notas que, por el descuido con que habían sido trazadas, parecían revelar la fiebre especial de la composición.

En medio de delicados y costosos « bibelots » de Sajonia veíanse también algunos libros : el último de la condesa de Noailles, al lado de las poesías de Baudelaire y de Verlaine, la filosofía de Kant y la de Nietzsche... De sobra se notaba que en aquella casa no había una madre vigilante que impidiera la entrada de ciertas obras que no hacían sino exacerbar aquel cerebrito de niña.

En aquella habitación que á cualquiera jovenzuela

parisiense demasiado mimada le habría parecido tan agradable, veíase, por encima del blanco lecho, una extraña inscripción en caracteres árabes, que no parecía propia de aquel lugar, y colocada precisamente en el sitio en que, en nuestros países, quizá siga la gente colgando un crucifijo : una inscripción bordada en oro sobre terciopelo verde, un pasaje del libro de Mahoma, con letras enroscadas según arte antiguo : minucioso y rico.

Canciones más ruidosamente amorosas que hasta entonces, que juntas cantaban dos golondrinas descaradamente posadas en el reborde de la ventana, motivaron el despertar de la dormilona : dos grandes ojos se abrieron en la tan diminuta cara, tan diminuta y de contornos tan jóvenes ; ojos de anchas pupilas de un pardo verdoso, las cuales, al pronto indecisas y asustadas, parecían acobardadas ante la vida, suplicando á la *realidad* que ahuyentara cuanto antes algún intolerable ensueño.

Mas sin duda estaba la realidad muy de acuerdo con la pesadilla, pues la mirada se ensombrecía por momentos, á medida que volvían el pensamiento y el recuerdo ; hasta llegó á bajarse por completo, como sometida sin esperanza á lo ineluctable, al fijarse en objetos que probablemente eran motivos de acusación : en un estuche abierto, una diadema cuya pedrería centelleaba, y, colocado sobre sillas, un vestido de seda blanca, vestido de desposada, con flores de azahar hasta el final de su larga cola...

Bruscamente, sin llamar, apareció una mujer flaca, de mirada ardiente y desencantada. Vestido negro, amplio sombrero negro, de sencillez distinguida, severa, pero con un si es no es de extravagancia; casi una solterona, aunque no todavía; veíase que era alguna institutriz, muy diplomada, y de buena familia pobre.

— ¡La tengo!... ¡La tenemos, querida!... dijo en francés, enseñando con gesto de pueril triunfo una carta sin abrir, que acababa ella de recoger en la lista de correos.

Y la princesita acostada contestó en la misma lengua, sin el menor acento extranjero:

— No lo creo; ¿de veras?

— ¡Pues claro que de veras!... ¿De quién quiere usted que sea, inocente, sino de *él*?... ¿Dice este sobre, sí ó no, *Zahidé Hanum*?... ¡Pues entonces!... Á menos que espere usted algo de otros...

— Bien sabe usted que no.

— Pues siendo así, sólo de *él* puede ser esta carta.

La joven se había incorporado; ahora ya tenía bien abiertos los ojos, y un color sonrosado animaba sus mejillas, cual niña que hubiera tenido una pena muy grande, pero que de repente la olvidara al recibir un juguete extraordinario. Aquí, el juguete era la carta, le daba vueltas entre sus manos, ávidamente deseosa de tocarla, pero al mismo tiempo asustada, como si sólo eso constituyera un ligero crimen. Ya á punto de

rasgar el sobre, se detuvo para decir, con mucha zalamería :

— Buena señorita, monísima señorita, no se enfade por el capricho que le voy á manifestar : quisiera leerla á solas.

— ¡ Vaya una ocurrencia ! De seguro que á nadie más que á usted se le ocurre semejante cosa... Pero luego me la dejará usted leer, á mí también, ¿verdad? me parece que es lo menos que merezco. Bueno; pues voy á ir á quitarme el sombrero y el velillo, y vuelvo...

Muy extrañas eran, en efecto, las ocurrencias de la jovencita, y, además, muy timorata resultaba, pues ahora le pareció que las conveniencias la obligaban á levantarse, á vestirse y á *cubrirse el pelo,* antes de abrir, por primera vez de su vida, una carta de hombre. Después de ponerse con suma rapidez una « matinée » azul hecha en una casa de París de las de más fuste, y después de echar sobre su rubia cabeza un velo de gasa bordado, hacía ya tiempo, en Circasia, rasgó el sobre, temblorosa.

Los pocos renglones que componían la carta estaban escritos en lenguaje muy sencillo; constituían una contestación cortés y amable, manifestando agradecimiento y un poco de cansancio, sin más. No obstante, cierto pasaje imprevisto excitó una sonrisa en la niña. — Y, como consuelo final, allí estaba la firma, muy legible, verdadera : Andrés Lhery. Este nombre, escrito por aquella mano, causábale á la joven como un mareo. Y, así como él, allá, al recibir

el sobre con sello de Estambul había tenido la impresión de que *algo comenzaba*, así ella, aquí, presagiaba algo, algo delicioso y funesto, justamente con motivo de aquella contestación llegada en tal día, la víspera misma del acontecimiento más importante de toda su existencia. Aquel hombre que desde hacía tanto tiempo era el principal motivo de sus ensueños, aquel hombre tan separado de ella y tan inaccesible como si cada uno de ellos hubiese habitado un planeta distinto, aquel hombre acababa de entrar aquella mañana en su vida, por el solo hecho de aquellos renglones escritos y firmados por él, para ella.

Y por ese motivo, nunca se había sentido tan presa y tan pronta á la rebelión, tan ávida de independencia, de espacio, de correrías por el mundo desconocido... Dió un paso hacia aquellas ventanas, en donde solía acodarse para mirar lo que fuera ocurría; pero se detuvo : había en ellas aquellos enrejados de madera y aquellos barrotes de hierro que la exasperaban. Retrocedió, dirigiéndose á una puerta entreabierta, apartando con movimiento nervioso del pie la cola del vestido de desposada que arrastraba por la suntuosa alfombra; llegó á su cuarto tocador, de mármol blanco, más amplio que su cuarto de dormir, con ventanas sin rejas, muy espaciosas, las cuales daban á un jardín poblado de plátanos seculares. Con su carta en la mano, se puso de codos á una de dichas ventanas, deseosa de ver cielo libre, árboles, la magnificencia de las primeras rosas, exponiendo sus mejillas á la

caricia del aire, del sol... Y, no obstante, ¡qué altas paredes encerraban aquel jardín! ¿Por qué aquellos muros, semejantes á los de las cárceles? De trecho en trecho, contrafuertes para sostenerlos, de tal manera eran altos: su altura había sido combinada de modo que no se pudiera ver, desde las más altas casas vecinas, quién se paseaba en el cercado jardín...

Á pesar de la tristeza que le daban aquellos paredones carceleros, aquel jardín resultaba simpático por ser muy viejo, con sus piedras cubiertas de musgo, por tener veredas invadidas por la hierba, por tener un surtidor de agua en una pila de mármol, según la moda antigua, y un estrecho kiosco medio derribado por el tiempo, para soñar en la sombra, bajo plátanos nudosos, retorcidos, llenos de nidos de pájaros. Todo eso tenía, aquel jardín antiguo, y, sobre todo, tenía como un alma nostálgica y dulce, un alma que parecía haberle nacido poco á poco, con los años, á fuerza de haberse impregnado de nostalgias de mujeres jóvenes claustradas, de nostalgias de bellezas jóvenes suavemente cautivas.

Aquella mañana había en el jardín cuatro ó cinco hombres, negros de caras imberbes, en mangas de camisa, ocupados en los preparativos para la solemnidad del día siguiente: uno tendía un toldo entre ramas, otro desdoblaba admirables tapices asiáticos. Al ver allá arriba á la joven, dirigiéronle, con guiños alusivos á lo que hacían, un saludo familiar y respetuoso, al que trató de contestar la joven con una ale-

gre sonrisa, nada intimidada por sus miradas. — Mas de repente se retiró con espanto, porque un joven campesino de bigote rubio, venido para traer flores, había casi entrevisto su rostro.

¡La carta! Entre sus manos tenía una carta de Andrés Lhery, una verdadera. Nada más le importaba por el momento. Una semana antes, había ella cometido la enorme calaverada de escribirle, por sentirse desequilibrada por el terror de aquel matrimonio, fijado para mañana Cuatro páginas de inocentes confidencias que le habían parecido á ella cosas terribles, y, como terminación, el ruego, la súplica de contestar en seguida, lista de correos, á un nombre fingido. En el acto, temiendo vacilar si reflexionaba, había ella enviado todo aquello, algo al azar, por falta de dirección precisa, con la complicidad y por mediación de su antigua institutriz, la señorita Esther Bonneau de Saint-Mirón, agregada de la Universidad, condecorada con las palmas de oficial de la Instrucción pública, la misma que le había enseñado el francés, añadiendo, por broma, al terminar su cometido cerca de su distinguida discípula, un poco de jerga tomada de los libros de Gyp.

Y había llegado á destinación, aquel grito despavorido de una jovenzuela, y hete que el novelista había contestado, quizá con cierto asomo de duda y de discreteo juguetón, pero, en suma, muy simpático; su carta podía ser comunicada á las más burlonas amigas de la joven, con seguridad de que la envidiarían...

Entonces, de repente le vino en gana hacérsela leer á sus primas, que para ella eran como hermanas, las cuales habían declarado que no contestaría el novelista. Vivían éstas en el mismo barrio altanero y solitario; iría como estaba, de « matinée », sin perder tiempo en componerse; llamó en el acto con imperiosa indolencia de niña que habla á alguna antigua criada que siempre la mimó, á alguna antigua nodriza: « ¡Dadí (1)! » Y repitió, pero más vivamente: « ¡Dadí! » acostumbrada sin duda á que estuviese la gente pendiente de sus caprichos; y como no acudía la dadí, la joven tocó un timbre eléctrico.

Por fin llegó la dadí, más imprevista aún en semejante habitación que el versículo del Corán, bordado en letras de oro, por encima de la cama de la joven: cara muy negra, cabeza envuelta en un velo con adornos plateados, esclava etiope, que ostentaba el nombre de Kondja-Gul (capullo de rosa). Y la joven se puso á hablarle en una lengua lejana, una lengua de Asia, que sin duda extrañaba á las colgaduras, á los muebles y á los libros.

— ¡Kondja-Gul, nunca estás ahí!

Pero esto estaba dicho en un tono doliente y afectuoso que atenuaba mucho el reproche. Reproche injusto, por cierto, puesto que, al contrario, siempre estaba allí Kondja-Gul; hasta estaba demasiado sujeta,

(1) « Dadí », apelación cariñosa, usada con antiguas criadas ó con esclavas que, con el tiempo, forman casi parte de la familia.

cual perro fidelísimo, y la joven padecía por la costumbre de su país, que exige que no tengan cerradura las puertas interiores de la casa; que las criadas entren á cada momento en las habitaciones de sus amas, como en la suya propia; que nunca pueda una mujer gozar de verdadera soledad. Repetidas veces había ido Kondja-Gul, aquella mañana, á ver si no despertaba su ama. ¡Y qué tentada había estado de apagar aquella bujía que seguía ardiendo! Pero aquella luz se hallaba sobre la mesita á la que le estaba prohibido tocar, mesita que le parecía llena de peligrosos misterios, y temió que, al apagar la bujía, se deshiciera algún encanto...

— ¡Kondja-Gul, pronto mi *tcharchaf* (1)! Necesito ir á casa de mis primas.

Y Kondja-Gul se puso á envolver en velos negros á la niña. Negra, la especie de falda que colocó sobre la elegante « matinée »; negra la larga esclavina que le echó sobre los hombros, y sobre la cabeza como una capucha; negro el tupido velo, sujeto á la capucha con alfileres, que hizo caer hasta la barbilla, para ocultar el rostro. Mientras iba y venía para sepultar de esa manera á la joven, decía cosas en lengua asiática, cual si se hablara á sí misma ó se cantara una canción, cosas infantiles y mecedoras, como no tomándo en serio el dolor de la futura esposita.

— Es rubio, es guapo, el joven bey que va á venir

(1) Velos disimuladores para la calle.

mañana para llevarse á mi buena amita. ¡Qué contentas estaremos las dos en el hermoso palacio adonde va á llevarnos!

— ¡Cállate, dadí, te he dicho y repetido que no quiero que se me hable de eso!

Y añadió al cabo de un ratito:

— Dadí, tú has debido de oir su voz el día en que vino á ver á mi padre. Y, siendo así, dime, ¿cómo es la voz del bey? ¿Es algo dulce?

— Dulce como la música de tu piano, como la que haces con tu mano izquierda cuando va hacia la punta en que se acaban las teclas... Así de dulce... ¡Oh qué rubio y qué guapo es el joven bey!

— ¡Vaya, me alegro! interrumpió la joven en francés, con tono y zumba casi del todo parisienses.

Y añadió en lengua asiática:

— ¿Sabes si está levantada mi abuela?

— No, la señora ha dicho que descansaría mucho, para estar más guapa mañana.

— Bien; pues cuando despierte, que le digan que estoy en casa de mis primas. Ve á avisar al viejo Ismael para que me acompañe; tú y él son los dos únicos criados que se vendrán conmigo.

No obstante, la señorita Ester Bonneau de Saint-Mirón, allá arriba en su cuarto, su antiguo cuarto de cuando habitaba en esta casa, y al que había vuelto para asistir á la solemnidad de mañana, la señorita Ester tenía escrúpulos de conciencia. Claro que no era ella quien había introducido aquí y puesto sobre

el despachito blanco el libro de Kant, ni el de Nietzsche, ni siquiera el de Baudelaire; desde hacía diez y ocho meses que la educación de la joven estaba considerada como terminada, había tenido que ir á instalarse á casa de otro bajá para instruir á sus hijas; sólo entonces se había emancipado en sus lecturas su primera alumna, cuando ya no tenía á nadie para refrenar sus caprichos. Mas, con todo, sentíase responsable, la institutriz, del atrevido vuelo tomado por aquella naciente inteligencia. Y, luego, aquella correspondencia con Andrés Lhery, favorecida por ella, ¿adónde conduciría á la joven? Cierto que aquellos dos seres nunca se verían: los usos y las rejas se cuidarían de tenerlos alejados... Pero, sin embargo...

Cuando por fin bajó Ester, se halló en presencia de una personita disfrazada de fantasma negra para salir á la calle, agitada y deseosa de salir cuanto antes:

— ¿Y adónde va usted, amiguita mía?

— Á casa de mis primas, á enseñarles eso. (Eso, es decir, la carta.) También usted viene, por supuesto. La leeremos allá todas juntas. ¡Vaya, *larguémonos!*

— ¿Á casa de sus primas? Bien... Voy á ponerme mi velillo y mi sombrero.

— ¡Su sombrero! Entonces va usted á tardar lo menos una hora. Tengo prisa. ¡Andando!

Y soltó la joven una expresión de arrabal parisiense.

— ¡Niña, niña!..,

— ¡Lo dicho! ¡No parece sino que se muerde usted la lengua para decir lo mismo cuando viene á pelo! ¡Estoy harta de todo: de su sombrero de usted, de su velillo, del joven bey, de la vida, de todo!

Presintió la institutriz que todo aquello iba á parar en algún copioso llanto, y, para desviar la crisis que amenazaba, cruzó las manos y bajó la cabeza, tomando así la actitud consagrada en el teatro para expresar el remordimiento trágico:

— ¡Y pensar, dijo, que su desgraciada abuela de usted me ha pagado y sustentado durante siete años para llegar, como resultado, á semejante educación!...

La fantasmita negra, soltando una carcajada detrás de su velo, echó una especie de mantilla de encaje sobre la cabeza de la señorita Bonneau, y se la llevó, asiéndola por el talle:

— Que yo me ponga estos arrumacos, no hay más remedio, así lo manda la ley... Pero usted, que no está obligada á ello... Y para ir á dos pasos... ¡Y en un barrio en que nunca se encuentra una á nadie! ..

Bajaron prestamente la escalera. Kondja-Gul y el viejo Ismael, eunuco etiope, las esperaban abajo para servirles de acompañamiento: Kondja-Gul, empaquetada de pies á cabeza en seda verde con adornos plateados; el eunuco, metido en una levita negra á la europea, la cual, á no ser el fez, lo habría hecho parecerse á un escribano de pueblo.

Se abrió la pesada puerta, y se hallaron todos fuera, bajo el claro sol de las once, ante un bosque

funerario plantado de cipreses y de tumbas cuyos dorados palidecían, que bajaba suavemente hasta un golfo profundo cubierto de navíos.

Y más allá de aquel brazo de mar tendido á los pies de nuestros personajes, más allá, sobre el otro ribazo medio oculto por los cipreses del bosque triste y dulce, se perfilaba en lo alto, en la limpidez del cielo, la silueta de ciudad que, desde hacía veinte años, constituía la nostálgica obsesión de Andrés Lhery : allí se erguía Estambul, no ya vago y crepuscular como en los ensueños del novelista, sino preciso, real y luminoso.

Real, y, no obstante, bañado como de quimérica neblina azul, en un silencio y un esplendor de visión, Estambul, el Estambul secular estaba aquí, tal como lo habían contemplado los antiguos califas, tal, también, como lo mejoró Solimán el Magnífico, haciendo levantar cúpulas más soberbias aún. Nada parecía ruinoso, de toda aquella profusión de minaretes y de cúpulas agrupados bajo aquella luz matutinal, y sin embargo, en todo aquello se notaba una indefinible huella del tiempo ; á pesar de la distancia y de la luz demasiado viva, aparecía la vetustez, una vetustez extremada. No se engañaba la vista : aquello era una fantasma, una majestuosa fantasma del pasado, aquella ciudad todavía en pie, con sus innumerables columnas de piedra, tan esbeltas, tan atrevidas, que maravilla su duración. Cada año que ha pasado ha ido destiñendo los minaretes y las mezquitas ; la blancura

primitiva se ha vuelto gris indeciso; los millares de casas de madera, agrupadas á la sombra de dichos minaretes y mezquitas, eran de color ocre ó pardo rojizo, tintas atenuadas bajo el azulado del vaho casi eterno que el mar exhala alrededor de ellas. Y todo aquel inmenso conjunto se reflejaba en el espejo del golfo.

Las dos mujeres, la velada cual fantasma y la otra con su encaje colocado al descuido sobre sus cabellos, andaban de prisa, seguidas de su escolta negra, mirando apenas aquella prodigiosa decoración, tan acostumbradas estaban á verla á diario. Seguían un camino malísimamente adoquinado, entre antiguas y aristocráticas moradas momificadas detrás de sus verjas, y el cementerio en pendiente de Khassim-Bajá, que dejaba ver, por entre sus árboles sombríos, el soberbio espectáculo de enfrente. Las golondrinas, que por todas partes tenían nidos bajo los balcones enrejados y cerrados, cantaban, delirantes; los cipreses exhalaban grato olor de resina, el antiguo suelo lleno de huesos de muertos olía á primavera.

En efecto, á nadie se encontraron en su corta salida, á nadie, fuera de un aguador con traje oriental, que venía á llenar su pellejo á una antiquísima fuente de mármol que se hallaba en el camino, cubierta de exquisitos arabescos esculpidos.

En una casa cuyas ventanas estaban severamente enrejadas, una casa de bajá, en la que un mocetón,

bigotudo, vestido de rojo y de oro, con pistolas en la cintura, les abrió la verja sin pronunciar una palabra, se dirigieron, sin pronunciar tampoco palabra, á la escalera que conducía al harén.

En el primer piso, una vasta pieza blanca, con la puerta abierta, de donde se escapaban voces y risas de mujeres jóvenes. Divertíanse éstas en hablar francés, sin duda porque estaban charlando de trapos.

Era aquella la habitación de aquellas « primas », dos hermanas de diez y seis y de veintiún años, á quienes la que al día siguiente sería ya mujer casada había reservado las primicias de su carta de hombre célebre. Para las dos jóvenes, dos camas pintadas de laca blanca, teniendo cada cama su versículo árabe bordado en oro sobre paño de terciopelo colgado de la pared. En el suelo, otras camas improvisadas, colchones y colchas de raso azul ó rosa, para cuatro jóvenes invitadas á la fiesta nupcial. Sobre las sillas (de color de laca blanca con seda rameada á la Pompadour), trajes para boda rica, apenas llegados de París, ostentaban sus telas de colores claros. Desorden de las vísperas de fiesta, campamento, más bien, campamento de gitanitas, pero de gitanitas elegantes y muy ricas. (Como la regla musulmana prohibe á las mujeres salir después del anochecer, se ha establecido entre ellas la gentil costumbre de instalarse así unas en casa de otras, durante días y hasta semanas, bajo el más fútil pretexto, á veces sólo para visitarse: y, entonces, se organizan alegremente dormitorios.)

También se veían en varios sitios, tirados al descuido, velos de oriental, adornos de flores, joyas. Las verjas de hierro y los enrejados de madera de las ventanas daban un aspecto clandestino á todo aquel lujo desparramado, destinado á deslumbrar ó á agradar á otras mujeres, pero que no había de ser visto por ningún hombre que llevara bigote. En un rincón, dos negras esclavas, con traje asiático, sentadas muy á sus anchas, estaban cantándose aires de su país, acompañándose con un tamborilillo que aporraceaban ellas muy delicadamente, para no molestar. (Nuestros feroces demócratas de Occidente podrían venir á tomar lecciones de fraternidad, en este país bonachonote que, en la práctica, no conoce castas ni distinciones sociales, y en donde los más humildes servidores ó criadas son tratados como personas de la familia.)

La entrada de la novia causó sensación y estupor. No se la esperaba, aquella mañana. ¿Qué motivo era el que la traía? Toda de negro, con su traje de calle; cuán lúgubre y misteriosa parecía en medio de todo aquel blanco, de aquel rosa, de aquel azul pálido de las sedas y de las muselinas! ¿Qué venía á hacer, de sopetón, sin avisar, en casa de sus primas?

Alzó su velo de luto, descubrió su lindo rostro, y con desenvoltura contestó en francés, lengua que, por lo visto se hablaba corrientemente en los harenes de Constantinopla:

— ¡Una carta, que venía yo á comunicaros!

— ¿De quién, la carta?

— Adivinadlo...

— ¿De la tía de Andrinópolis, anunciándote un aderezo de brillantes?

— No.

— ¿De la tía de Eriván, diciéndote que te envía, como regalo de boda, una pareja de gatos angora?

— Tampoco. La carta es de una persona extraña... Es... de un señor...

— ¡Un señor! ¡Qué horror!... ¡Un señor! ¡cuidado que eres atrevida!...

Y como, contenta por el efecto producido, tendía ella la carta, dos ó tres lindas cabezas rubias — rubio verdadero y rubio falso — se precipitaron juntas para ver ante todo la firma.

— ¡Andrés Lhery!... Pero, ¿de veras que te ha contestado?... ¿Es de él?... No es posible...

Toda aquella gentecita estaba en el secreto de la carta escrita al novelista. Hay en las mujeres turcas de hoy, tal solidaridad de rebelión contra el severo régimen de los harenes, que jamás se traicionan entre ellas; aun que fuera grave la falta, en vez de ser inocente, como ahora ocurría, igual silencio observarían todas.

Todas las cabezas se apiñaron para leer al mismo tiempo, incluso la señorita Bonneau de Saint-Mirón, tirando cada cual del papel hacia sí. Á la tercera frase, todas soltaron una carcajada:

— ¿Te parece?... pretende que no eres turca... ¡Eso sí que tiene gracia!... ¡Y hasta las echa de tan

entendido en la materia, que asegura no equivocarse!

— Hija mía, eso es un éxito para ti, le dijo Zeyneb, la mayor de las primas; eso prueba que tu ingenio y la elegancia de tu estilo...

— ¡Un éxito, dijo con zumba una linda roja con tez blanquísima y una naricilla remangada, un éxito!... Si es que te toma por una *peroteña*, me río yo del éxito.

Había que oir cómo había sido pronunciada esta palabra de *peroteña* (habitante del barrio de Pera). En su manera de pronunciarla había manifestado la linda joven todo su desdén de pura hija de osmanlíes hacia los levantinos ó las levantinas (armenios, griegos ó judíos) cuyo prototipo es representado por el perotéño (1).

— ¡Pobre Lhery, añadió Kerimé, una de las invitadas, qué atrasado está!... De seguro que para él no hay más Turquía que la de las novelas de 1830 : narguile, dulces y diván, todo el día.

— Ó, sin ir más lejos, añadió la rojita de nariz respingona, la Turquía de cuando él era joven. Porque ya debe de tener algunos años, tu poeta...

En efecto, era ciertísimo, que ya no debía de ser joven, Andrés Lhery. Y por primera vez se imponía esta verdad á la consideración de su enamorada des-

(1) Aunque doy la razón á los osmanlies respecto de la generalidad de los peroteños, reconozco haber hallado entre ellos simpáticas excepciones, hombres distinguidos y muy respetables, mujeres que habrian hecho gran figura en cualquier país y en cualquier mundo. (*Nota del Autor.*)

conocida, la cual jamás había pensado en semejante cosa. Tamaña revelación trastornaba su ensueño y velaba de melancolía su culto hacia él...

Á pesar de las bromas que se permitían sobre el novelista, todas le amaban, á aquel hombre lejano y casi impersonal, todas las que allí estaban ; le amaban por haber hablado con amor de Turquía, y con respeto del Islam. Una carta de él escrita á una de ellas era un acontecimiento en su vida claustrada en la que, hasta la tremenda catástrofe del matrimonio, nunca, jamás, ocurre nada. De nuevo fué leída en alta voz la carta. Cada una quiso tocar con el dedo aquel rectángulo de papel en que su mano se había posado. Y luego, como todas eran grafólogas, emprendieron el sondar el misterio de la letra.

Pero sobrevino una mamá, la mamá de las dos hermanas, y en el acto, al mismo tiempo que cambiaba la conversación, desaparecía la carta, como por ensalmo. No porque fuera muy severa, aquella mamá, con su rostro tan sereno ; pero, de todas maneras, habría reñido un poco, y, más que nada, no habría sabido comprender; pertenecía á otra generación, hablaba poco el francés, y no había leído más que á Alejandro Dumás padre. Entre ella y sus hijas existía un verdadero abismo, un abismo de dos siglos, cuando menos, de tal manera todo anda de prisa en la Turquía de nuestros días. Ni aun físicamente se parecía á ellas, sus hermosos ojos reflejaban una paz un poco cándida que no se notaba en las miradas de las admira-

doras de Andrés Lhery : y es que había ella limitado su papel terrestre á ser una buena madre y una esposa impecable, sin más. Por cierto que llevaba mal el traje á la europea, dando poco aire á vestidos harto recargados, en tanto que sus hijas sabían ya ser tan elegantes y tan finas con trajes muy sencillos.

Á poco de entrar la mamá, hizo su aparición la institutriz francesa de la casa, mujer por el estilo de Ester Bonneau, pero más joven y más romántica aún. Y como apenas podían moverse en aquel cuarto tan lleno de objetos que ocupaban tanto sitio, pasaron á una pieza vecina, mucho mayor, una pieza realmente á la moderna, y que era el salón del harén.

Surgió entonces sin llamar, por la puerta siempre abierta, una voluminosa señora alemana ; tenía anteojos, y un sombrero recargado de adornos colocados sin gusto ; traía de la mano á Fahr-el-Nisa, la más joven de las convidadas. En el acto, todas las jóvenes se pusieron á hablar alemán, con la misma soltura que antes para el francés. Aquella señora era la profesora de música ; tenía verdadero talento musical ; acababa de ensayar con Fahr-el-Nisa, que tocaba ya como una artista, un arreglo de fugas de Bach, para dos pianos, y ambas habían tocado con todo el entusiasmo de que eran capaces.

Hablaban todas alemán, pero con tanta facilidad como hubieran hablado italiano ó inglés, pues aquellas turquecitas leían á Dante, ó á Byron, ó á Shakspeare en el texto original. Más cultas que sus herma-

nas europeas de la misma clase social, sin duda por la secuestración y por las largas veladas solitarias, devoraban los clásicos antiguos y los grandes destartalados modernos; en música se apasionaban tanto por Glück como por César Franck ó por Wagner, y descifraban las partituras de Vicente d'Indy. Acaso beneficiaban también de las largas tranquilidades y de las soñolencias mentales de sus antepasadas; en su cerebro, compuesto de materia nueva ó que llevaba muchos años de reposo, todo germinaba á maravilla, como, en terreno virgen, las caprichosas hierbas y las lindas flores venenosas.

Aquella mañana, iba llenándose por momentos el salón del harén; las dos negras habían seguido á sus amas, sin olvidar su tamborilillo. Detrás de ellas entró una señora anciana, ante quien todas se levantaron, por respeto: la abuela. Entonces se pusieron todas á hablar turco, por no entender la abuela las lenguas occidentales, y porque nada significaba para ella Andrés Lhery. Su vestido bordado de plata era de moda antigua, y un velo de Circasia envolvía su cabellera blanca. Entre ella y sus nietas resultaba absolutamente insondable el abismo de incomprensión, y durante las comidas, las escandalizaba por su costumbre de comer arroz con los dedos, según antigua usanza; pero, así y todo, seguía siendo gran dama de veras, y á todos imponía respeto.

Como queda dicho, todas aquellas mujeres se pusieron á hablar turco, por deferencia por la abuela, y

de repente el murmullo de las voces se volvió armonioso, suave como música.

En esto asomó una mujer, fina y flexible, que llegaba de afuera, y que, por supuesto, parecía una fantasma negra : era Alimé Hanum, agregada de la universidad y profesora de filosofía en el liceo de jóvenes fundado por Su Majestad Imperial el Sultán ; solía venir tres veces por semana á enseñarle á Melek la literatura árabe y persa. Inútil decir que no había lección aquel día, víspera de boda, por estar trastornados todos aquellos cerebros femeninos. Mas, ya que hubo alzado su velo y descubierto su lindo rostro grave, cayó la conversación sobre los antiguos poetas del Irán, y Melek, con gran seriedad, recitó un pasaje del « País de las rosas », de Saadi.

Ningún rastro de odaliscas, ni de narguile, ni de dulces, en aquel harén de bajá, compuesto de la abuela, de la madre, de las hijas, y de las sobrinas, con sus profesoras.

Además, aparte dos ó tres excepciones, todos los harenes de Constantinopla se parecen á éste : el *harén* de nuestros días es, sencillamente, la parte femenina de una familia constituída como en nuestros países, y educada á la europea, salvo la claustración, salvo los tupidos velos para la calle, y la imposibilidad de cambiar un pensamiento con un hombre, fuera del marido, del hermano, ó á veces, y por tolerancia, de un primo carnal con quien haya jugado la mujer desde pequeñitos.

De nuevo se habían puesto á hablar francés, y de trapos, cuando una voz humana, tan pura que parecía una voz celeste, vibró de repente fuera, cual si cayera desde las alturas aéreas : el imán de la mezquita más cercana llamaba, desde lo alto del minarete, á los fieles, para la oración meridiana.

Entonces la novia, recordando que su abuela almorzaba á las doce, se escapó como la Cenicienta, en compañía de la señorita Bonneau, más asustada que la joven al pensar que pudiera estar esperando la anciana.

III

Silencioso fué el último almuerzo de la novia, entre aquellas dos mujeres sordamente hostiles una á otra: la profesora y la severa abuela.

Después se retiró á sus habitaciones, en donde habría deseado poder encerrarse; pero los cuartos de las mujeres turcas no tienen cerradura; fuéle preciso contentarse con una orden dada á Kondja-Gul para todas las criadas ó esclavas que noche y día estaban en acecho, según costumbre, en los vestíbulos, en los largos pasillos, cual perros de guarda familiares é indiscretos.

Quería la novia, durante aquel supremo día que le quedaba, prepararse como para la muerte, poner orden en sus papeles y en multitud de recuerditos, y, sobre todo, quemar, quemar muchas cosas, por temor á que las viera el hombre desconocido que mañana sería su dueño. Sabía ella que nadie podía ayudarla á

evitar aquellas angustias, y por eso crecían por momentos su espanto y su rebelión.

Se sentó delante de su despachito y de nuevo encendió la bujía para comunicar su fuego á tantas misteriosas cartitas que dormían en los cajones de laca blanca; cartas de amigas suyas recién casadas ó que temblaban al pensar que pronto iban á casarse; cartas en turco, en francés, en alemán, en inglés, exhalando todas gritos de venganza, envenenadas todas de ese inmenso pesimismo que, en nuestros días, atormenta los harenes de Turquía. Á veces leía ella más de una vez algún pasaje, vacilaba tristemente, y, decidiéndose, acercaba el papel á la pálida llama, apenas visible á causa del sol. Y todo aquello: los pensamientos secretos de mujeres jóvenes y hermosas, sus indignaciones refrenadas, sus vanas quejas, todo aquello formaba ceniza, que se hacinaba y se confundía en un brasero de cobre, único mueble oriental de la habitación.

Después de vaciados los cajones y de anonadadas las confidencias, aún quedaba delante de ella un amplio cartapacio con cierre de oro, atestado de cuadernos escritos en francés... ¿Quemar esto también?... No, no se sentía con valor para ello: aquellos cuadernos representaban la vida de su juventud, su diario íntimo comenzado el día en que cumplió los trece años, el día fúnebre en que *tomó el tcharchaf* (para emplear una locución turca), es decir, el día en que le había sido preciso ocultar para siempre su rostro

al mundo, claustrarse, convertirse en una de las innumerables fantasmas negras de Constantinopla.

Nada anterior á aquel día estaba anotado en dicho diario; nada de su infancia de princesita bárbara, allá, en el fondo de las llanuras de Circasia, en el territorio perdido en que, desde hacía dos siglos, reinaba su familia. Nada tampoco de su existencia de niña mundana, cuando, hacia los once años de su edad, vino su padre á establecerse con ella en Constantinopla, en donde había recibido del Sultán el título de mariscal de la Corte; había sido aquél un período de extrañezas y de aclimatación elegante, complicado por lecciones que era menester estudiar y escribir; duró dos años la nueva vida, dos años durante los cuales frecuentó la niña fiestas, partidas de tennis, bailes de embajada; había hecho buen papel con los más distinguidos valsadores de la colonia europea, que se la disputaban á porfía; agradaba por su linda cara, por su gracia, por su lujo, y, también, por sus modales, que las demás no habrían sabido imitar. Su aspecto general era vengativo y dulce, á la vez muy tímido y muy altanero. Y, de repente, en un baile dado por la embajada inglesa para la primera juventud, habíanse preguntado unos á otros los hombres: « ¿Dónde está la circasianita? » Y algunos turcos contestaron, como cosa muy natural: « ¿Qué, no lo sabían ustedes? Pues acaba de tomar el tcharchaf. » (Que es lo mismo que decir: ya se acabó, ha desaparecido como por escamoteo; ya no se la verá más; si

por casualidad nos la encontramos, metida en algún coche cerrado, ya no será más que una forma negra, imposible de reconocer ; ya resulta como si se hubiera muerto...)

De modo que, al cumplir los trece años, había, la joven, según la regla inflexible, entrado en aquel mundo velado que en Constantinopla, vive apartado del otro, con el que se rozan los transeuntes en todas las calles, pero al que no hay que mirar, y que, tan pronto como se pone el sol, se encierra detrás de las rejas; en ese mundo que sentimos en torno nuestro, atractivo, excitante, pero impenetrable, y que observa, conjetura, critica, ve muchas cosas á través de su eterno antifaz de gasa negra, y adivina luego lo que no vió.

Repentinamente cautiva, á los trece años, entre un padre siempre de servicio en palacio y una abuela rígida que nunca le manifestaba ternura alguna, sola en la vasta morada de Khassim-Bajá, en medio de un barrio de antiguas casas solariegas y de cementerios, en donde, desde el anochecer, todo se volvía espanto y silencio, la joven se había entregado apasionadamente al estudio, sin que se entibiara hasta la fecha, hasta casi los veintidós años, aquel ardor por conocerlo y profundizarlo todo : literatura, historia, ó filosofía transcendental. Entre tantas mujeres jóvenes, todas ellas amigas suyas, superiormente cultas también, á consecuencia de la secuestración, era considerada como algo especial, que cautivaba por su erudi-

ción y por sus juicios, por sus inocentes audacias, al mismo tiempo que todas copiaban sus costosas elegancias; pero, sobre todo, era, la linda novia, la abanderada de la insurrección contra las severidades del harén.

¡No, pensándolo bien, no lo quemaría, ese diario comenzado el primer día del tcharchaf! Más bien lo confiaría, esmeradamente sellado, á alguna amiga segura y algo independiente, cuyos cajones tuvieran serias probabilidades de no ser registrados por un marido. Y, ¿quién sabe si, andando el tiempo, no habría posibilidad de recuperarlo y de continuarlo?... Le tenía sobre todo cariño á aquel diario por haber anotado en él cosas de una vida que iba á terminar al día siguiente, momentos felices de otros tiempos, días de primavera más soleados que otros, noches de más deliciosa nostalgia en el antiguo jardín lleno de rosas, y paseos sobre el Bósforo encantado, en compañía de sus muy queridas primas. Todo esto le habría parecido más irrevocablemente perdido en el abismo del tiempo, una vez destruído el pobre diario. Además, el escribirlo había sido su principal consuelo contra sus melancolías de joven emparedada, y hete que se le ocurría el deseo de continuarlo ahora mismo, para engañar la angustia de este último día... Se quedó pues sentada á su despacho, y de nuevo tomó su portaplumas, que era una varita de oro con diminutos rubíes alrededor. El adoptar el francés desde la primera página de aquel diario, que ya contaba nueve

años de fecha, obedecía al deseo de que ni su abuela, ni nadie en la casa, tuviera curiosidad por saber lo que contenía. Pero, desde hacía dos años, esa lengua francesa, que cultivaba y depuraba ella lo más posible, era destinada á un lector imaginario. (Un diario de mujer joven está siempre destinado á un lector, ficticio ó verdadero, ficticio de necesidad cuando se trata de una mujer turca.) En este caso, el lector era un personaje lejano, lejano, casi inexistente para ella : el novelista Andrés Lhery... Todo lo que escribía ella ahora, escribíalo para él solo, llegando hasta imitar su estilo, sin hacerlo adrede ; el escrito tomaba forma de cartas dirigidas á él, en las cuales, para hacerse más la ilusión de que lo conocía, lo llamaba por su nombre : Andrés, sin más, como á un verdadero amigo, á un hermano mayor.

Y he aquí lo que, la víspera del día tan temido, comenzó á trazar la manita entorpecida por demasiadas sortijas demasiado preciosas :

18 de abril de 1901.

¿ Nunca le había yo hablado á usted de mi infancia, verdad, Andrés ? Pues deseo ponerle á usted al tanto : yo, que le parecí tan civilizada, no soy, en el fondo, más que una niña criada en la barbarie. Siempre quedará algo en mí de la muchacha criada en espacios libres, que en otros tiempos galopaba á caballo en medio del chasquido de las armas, ó bailaba en plena luz haciendo sonar acompasadamente los adornos metálicos de sus cinturas de plata.

Y, á pesar de todo el barniz de la cultura europea, cuando mi nueva alma, de la que me enorgullecía, mi alma de ser que piensa, mi alma consciente, cuando, pues, padece demasiado esa alma, acuden los recuerdos de mi infancia, como una obsesión. Reaparecen imperiosos, llenos de color y brillantes; me muestran una tierra luminosa, un paraíso perdido, al que no puedo *ni querría* volver; una aldea circasiana, muy lejos, más allá de Koniah, que se llama Karadjiamir. Allí reina mi familia desde que vino del Cáucaso. Mis antepasados, en su país, eran canes de Kiziltepé, y el Sultán de entonces les dió como feudo ese país de Karadjiamir. Allí viví hasta la edad de once años; era libre y feliz. Las jóvenes circasianas no llevan velo; bailan y conversan con los jóvenes, y eligen marido según su corazón.

Nuestra casa era la más hermosa del pueblo, y largos caminos de acacias subían de todos lados hacia ella; luego, las acacias la rodeaban, en forma de círculo, y, al menor soplo del viento, inclinaban sus ramas cual para un homenaje; entonces nevaba pétalos perfumados. En mis ensueños suelo ver un río que corre...; desde la sala principal se oía la voz de sus olitas impacientes. ¡Oh qué prisa se daban á precipitarse hacia sitios lejanos y desconocidos! Cuando era niña me causaba risa el verlas romperse, iracundas, contra las rocas.

Hacia el pueblo, delante de la casa, se extiende un vasto espacio libre: allí es donde bailábamos, según el ritmo circasiano, al son de músicas antiguas; bailábamos por parejas, ó formando cadenas; todas estábamos envueltas en sedas blancas, y guirnaldas de flores adornaban nuestros cabellos. Con el pensamiento veo á mis compañeras de entonces .. ¿Dónde estarán hoy?... Todas eran hermosas y dulces, con ojos rasgados y cándidas sonrisas.

En verano, al caer el día, los circasianos de mi padre, es decir todos los jóvenes del pueblo, dejaban sus tareas y se

iban á caballo, corriendo por el llano. Mi padre, antiguo soldado, se ponía á su cabeza y los guiaba como para una carga. Era aquella la hora dorada en que va el sol á dormirse. Cuando era yo pequeña, uno de aquellos hombres me tomaba sobre su silla; entonces me enardecían aquella rapidez y aquella pasión que durante todo el día había sordamente subido de la abrasada tierra para estallar, por la tarde, en aquel ruido de armas y en cantos salvajes. Después, la hora cambiaba de tono: parecía ahora la hora púrpura de las tardes de batalla, y los jinetes arrojaban al viento cantos guerreros. Por fin se convertía en hora rosa y opalina...

. . . . . .

Había quedado la joven en la hora « opalina », preguntándose si no le parecería á Andrés demasiado rebuscada la palabra, cuando bruscamente, Kondja-Gul, á pesar de la orden dada por su amita, entró precipitadamente en la habitación:

— ¡Está ahí, amita! ¡Está ahí!...

— ¿Quién está ahí?

— ¡Él, el joven bey!... Víno á hablar con el bajá, padre de usted, y ahora se marcha. ¡Pronto, corra usted á su ventana, lo verá usted subir á caballo!

Á lo cual contestó la princesita sin moverse, con una tranquilidad glacial que dejó como anonadada á la buena de Kondja-Gul:

— ¿Y para eso me molestas? ¡Harto le veré, á ése! ¡Sin contar con que me quedará tiempo hasta que sea vieja para verle á saciedad!

Decía esto sobre todo para demostrar cumplida-

mente, ante la servidumbre, el desdén que le merecía el joven amo. Mas, no bien se hubo retirado Kondja-Gul, muy confusa, la joven se acercó temblorosa á la ventana : acababa de subir á caballo, luciendo su hermoso uniforme de oficial, y se marchaba al trote, á lo largo de los cipreses y de las tumbas, seguido de su ordenanza. Tuvo ella tiempo suficiente para ver que en efecto era rubio el bigote de su futuro, demasiado rubio para su gusto, pero que era guapo mozo el bey, y de aspecto marcial. Mas no por eso dejaba de ser el adversario, el amo impuesto que nunca sería admitido en la intimidad de su alma. Y, rehusando ocuparse más de él, volvió la joven á su escritorio, no sin sentir una ola de sangre empurpurarle las mejillas, para continuar el diario, la carta al confidente irreal :

... la hora rosa (sí, la hora rosa, sencillamente ; quedaba borrada opalina), la hora rosa en que se despiertan los recuerdos, y los circasianos recordaban el país de sus antepasados ; uno de ellos decía un canto de destierro, y los demás acortaban el paso para escuchar aquella voz solitaria y lenta. Luego, la hora era morada, y tierna, y dulce, y todo el llano entonaba el himno de amor... Entonces los jinetes volvían grupas y apresuraban el galope para regresar. Bajo su paso, las flores morían exhalando un postrer perfume ; centelleaban, parecían llevar con ellos, sobre sus armas, toda la plata fluida esparcida en el crepúsculo de estío.

Á lo lejos, delante de ellos, un resplandor de incendio señalaba el puntito en que se agrupaban las acacias de Karadjiamir, en medio de la estepa silenciosa y lisa. Crecía el resplandor, no tardando en convertirse en un foco de altas

llamas que parecían tocar las primeras estrellas; pues los que se habían quedado en la aldea habían encendido grandes hogueras, y alrededor bailaban muchachas, y cantaban; sus ropas ligeras y sus velos se movían en acompasado vuelo. Los jóvenes se divertían, en tanto que los hombres maduros estaban sentados fuera, fumando, y que las madres, á través el encaje de las ventanas, acechaban el amor, que acudía hacia muchachos y muchachas.

En aquel tiempo era yo reina. Tewfik-Bajá mi padre y Seniha mi madre me querían sobre todas las cosas, por haberse muerto sus demás hijos. Yo era la Sultana del pueblo; ninguna otra tenía vestidos tan hermosos, ni cinturas de oro y de plata tan preciosamente cinceladas; y si pasaba por allí alguno de esos tratantes que vienen de Cáucaso con sacos llenos de pedrería y con fardos de sedas finas adornadas de oro, todo el mundo sabía, en aquellos contornos, que la primera casa que tenía que visitar era la nuestra; nadie se habría atrevido á comprar el más insignificante adorno antes de que la hija del bajá escogiera ella misma lo que deseaba.

Mi madre era prudente y dulce. Mi padre era bueno, y sabían que era justo. Todo extraño que pasara por allí podía venir á llamar á nuestra puerta: la casa era suya. Pobre, era acogido como el Sultán mismo. Proscrito, errante, — á alguno he visto, — la sombra de la casa lo habría defendido hasta la muerte de sus huéspedes. Mas, ¡ay de quien tratara de servirse de Tewfik-Bajá para ayudarle en alguna acción vil, ó simplemente sospechosa! mi padre, tan bueno, era también un justiciero terrible. Lo he visto.

Tal fué mi infancia, Andrés. Luego, perdimos mi madre, y no queriendo mi padre seguir viviendo en Karadjiamir sin ella, me llevó con él á Constantinopla, á casa de mi abuela, en la vecindad de mis primas.

Ahora, mi tío Arif-Bey es el que gobierna allá. Mas casi nada ha cambiado en aquel apartado rincón, en donde los días siguen tejiendo en silencio los años. Parece ser que han construído un molino sobre el río; las olitas, que sólo se divertían en parecer terribles, han tenido que aprender á ser útiles, y me figuro estar oyéndolas llorar su antigua libertad. Mas la hermosa casa sigue irguiéndose entre los árboles, y esta primavera, también habrá nevado pétalos perfumados en los caminos en que jugué yo siendo niña. También, sin duda alguna, otra chicuela cabalga, en mi lugar, con los jinetes.

Dentro de poco, once años habrán pasado sobre todas esas cosas.

La niña despreocupada y alegre se ha vuelto una joven que ya ha llorado mucho. ¿Habría sido más feliz continuando su primitiva vida?... Pero *estaba escrito* que saldría de ella porque *era necesario* que se cambiara en un ser pensante y que llegara un día en que se cruzaran su órbita y la de usted. ¡Oh quién podrá explicarnos el por qué, la razón superior de esos encuentros en que apenas si se rozan ligeramente las almas, y que, no obstante, son suficientes para que no se olviden unas á otras! Pues tampoco usted, Andrés, me habrá de olvidar...

. . . . . .

Ya estaba cansada de escribir. Y, además, la visita del bey había trastornado su memoria.

¿Qué hacer, para terminar aquel último día? ¡Ah! ¡el jardín! el querido jardín tan impregnado de sus juveniles ensueños: allí es adonde iría hasta la noche... Allá, muy al fondo, cierto banco, bajo los plátanos seculares, contra el viejo paredón tapizado de musgo: allá es donde se aislaría hasta la caída de

aquel día de abril, que le parecía el último de su vida. Y llamó á Kondja-Gul para que hiciera dar la señal exigida por su llegada : á los jardineros, cocheros, criados varones de cualquier categoría, orden de desaparecer del jardín para no profanar con sus miradas á la tierna diosa cuyo antojo era pasearse por allí sin velo...

Mas no ; después de pensarlo bien, decidió no bajar, pues siempre se encontraría á eunucos y á criadas, que se creerían obligados á dirigirle las acostumbradas sonrisas á la novia, y tendría ésta que aparentar radiante alegría, según lo mandado por la etiqueta en semejante caso. Y, además, quería evitarse la exasperación de ver aquellos preparativos de fiesta, aquellas mesas preparadas bajo los árboles, aquellas hermosas alfombras que cubrían el piso...

Entonces se refugió en un saloncito, vecino de su cuarto, en donde estaba su piano, un Erard. También tenía que despedirse de la música, puesto que no habría piano en su nueva morada. La madre del joven bey, *una 1320* (1), según son designadas las damas chapadas á la antigua, por las florecitas de cultivo intensivo que han brotado en la Turquía moderna, una pura 1320, había, no sin desconfianza, permitido la biblioteca de libros nuevos en lengua occidental, y las revistas con grabados ; pero el piano la había visiblemente chocado, y nadie se atrevía á insistir. (Varias

(1) Es decir, una persona que sólo admite las fechas de la hègira, en vez de emplear el calendario europeo.

veces había venido, la anciana señora, á visitar á la novia, colmándola de mimos, de cumplidos anticuados que la molestaban sobremanera, mientras clavaba en la joven su mirada escrutadora, para poder, de regreso á su casa, describirle á su hijo cómo era su futura.) De manera pues que nada de piano en la nueva casa, sita en el otro lado del golfo, en el corazón mismo del Viejo-Estambul... Sobre el teclado, sus manitas nerviosas, rápidas, muy ejercitadas, comenzaron por improvisar cosas extravagantes, sin pies ni cabeza, acompañadas de chasquidos secos, cada vez que las exageradamente gruesas sortijas chocaban contra los bemoles ó los sostenidos. Se quitó las sortijas, y, después de unos minutos de ensimismamiento, comenzó á tocar una dificilísima transcripción de Wagner por Liszt ; entonces, poco á poco fué dejando de ser la que al día siguiente iba á casarse con el capitán Hamdi-Bey, ayudante de campo de Su Majestad Imperial : se convirtió en prometida de un guerrero de larga cabellera, que habitaba un castillo edificado sobre cimas, entre nubes, por encima de un caudaloso río trágico ; oyó la sinfonía de los antiguos tiempos legendarios, en las profundas selvas del Norte.

Mas cuando hubo cesado de tocar, cuando todo se hubo apagado con las últimas vibraciones de las cuerdas, notó que los rayos del sol, ya rojos, entraban casi horizontalmente por los eternos enrejados de las ventanas. El día expiraba, en efecto, y de repente sintió susto la joven al verse sola aquella tarde, la última de

su vida de soltera, á pesar de haber ella deseado tal soledad. Se precipitó hacia su abuela para pedirle un permiso que la anciana le concedió : el de escribir á sus primas que viniesen á hacerle compañía ; la novia les manifestaba su angustia y les suplicaba que acudieran en el acto, pero sólo ellas dos; y no las otras jóvenes que allí acampaban ; sólo Zeyneb y Melek, sus amigas escogidas, sus confidentes, sus hermanas de alma. Temía que la madre de las primas se opusiera á ello, para no dejar solas á las convidadas, temía que fuera ya tarde que estuviera ya muy bajo el sol, por no poder, las mujeres turcas, salir cuando ya se ha ocultado el astro del día. Y, desde su ventana enrejada, miraba ella al viejo Ismael corriendo cuanto podía para llegar cuanto antes con el mensaje.

Desde hacía algunos días, hasta con sus primas, apenadas por tal actitud, guardaba la joven impenetrable reserva sobre los asuntos graves ; hasta con aquellas tan queridas amigas ocultaba el pudor de su tormento ; pero ya no podía más, quería tenerlas á su lado para abrazarse á ellas y llorar.

¡ Qué prisa se daba á bajar, aquel sol de su última tarde de relativa libertad ! ¿ Quedaría tiempo suficiente para que llegaran las tan ansiadamente esperadas? Por encima de la calle, para alcanzar á más lejos, se inclinaba tanto como lo permitían las rejas y los enrejados disimuladores. Ya había llegado « la hora púrpura de las tardes de batalla », como decía ella en su diario de niña, é ideas de huída, de rebelión ma-

nifiesta exasperaban su cabecita indomable y deliciosa... Y, sin embargo, ¡qué calma fatalista y resignada en lo que la rodeaba! Un perfume de plantas aromáticas subía de aquel extenso bosque funerario, tan tranquilo delante de sus ventanas, perfume de la antigua é inmutable tierra turca, perfume de la hierba rasa y de las diminutas plantas que durante todo el día se habían estado calentando al sol de abril. Los tonos verdinegros de los árboles, destacados sobre el poniente que se encendía, parecían como agujereados de parte á parte, como acribillados por la luz y los rayos solares. Dorados ya antiguos brillaban en lo alto de monolitos plantados al azar en mucho espacio, distantes unos de otros bajo los cipreses. (En Turquía no infunden terror los muertos, no huye de ellos la gente; hasta en el centro mismo de las ciudades, por todas partes, se les deja dormir en paz.) Á través aquellas cosas melancólicas más cercanas, por entre los obscuros cipreses, derechos como torres, por entre los huecos de todo aquello, aparecía la lejana é incomparable decoración: todo Estambul y su golfo, en el pleno abrasamiento de las tardes puras. Abajo, muy abajo, el agua del Cuerno de Oro, hacia la que se inclinaban los cercanos cementerios, estaba roja é incandescente como el cielo; centenares de caiques la surcaban, vaivén secular, al cerrarse los bazares, pero, desde tan alto, no se oía el ruido que hacían al hendir el agua, ni los esfuerzos de los remeros; parecían largos insectos desfilando sobre un espejo. La

orilla de enfrente, la orilla de Estambul, iba cambiando por minutos; todas las casas próximas al mar, todos los pisos inferiores del prodigioso hacinamiento, acababan de esfumarse y como de huir, bajo aquella perpetua bruma morada de la tarde, que es vaho de agua y de humo; Estambul tenía cambiantes de espejismo; no quedaban detalles de nada, ni de la vetustez, ni de la miseria, ni de la fealdad de algunas construcciones modernas; ahora, ya sólo era una silueta, de un morado intenso orlado de oro, un colosal recorte de ciudad cuajada de flechas y de cúpulas, puesta en pie, cual pantalla para ocultar un incendio del cielo. Y las mismas voces que á mediodía, las voces claras, las voces celestes, de nuevo cantaban en el aire, llamando á los osmanlíes fieles al cuarto rezo diurno: *el sol se ponía.*

Entonces, la linda encarcelada, un tanto calmada, á pesar suyo, por tanta paz magnífica, se mostraba más inquieta respecto de Melek y de Zeyneb. ¿Conseguiría verlas, á pesar de lo avanzado de la hora?... Fijaba cada vez más su atención en el extremo del camino, limitado: de un lado, por las antiguas moradas enverjadas, y, del otro, por el delicioso dominio de los muertos...

¡Ah! ¡venían!... Eran ellas, allá, aquellas dos menudas fantasmas negras sin rostro, salidas de una mayúscula puerta que parecía abrirse con recelo, y que aligeraban el paso, escoltadas por dos negros de largo sable... ¡No, no habían tardado en deci-

dirse y en estar listas, las simpáticas muchachas!... Al reconocerlas y al ver que tan resueltamente acudían á su llamamiento de angustia, sintió la novia humedecérsele los ojos; lágrimas, pero lágrimas dulces esta vez, corrieron por sus mejillas.

Tan pronto como entraron, alzando sus tristes velos, la prometida se echó, llorando, en sus brazos.

Ambas la estrecharon contra su corazón juvenil, demostrándole la más tierna compasión :

— Nada nuevo nos dices; de sobra sospechábamos que no eras feliz .. Pero, como nada nos decías, nada tampoco nos atrevíamos á decirte... Desde hace algunos días, te encontrábamos tan reservada con nosotras, tan fría...

— ¿Qué, no sabéis cómo soy?... Aunque resulte tonta al decirlo, me avergüenza el que me vean padecer...

Ahora, lloraba y sollozaba.

— Mas, ¿ por qué no haber dicho « no », queridita?

— ¡Tantas veces lo he dicho, ese « no »!... Parece ser que ya había rehusado demasiadas veces... Y, por otra parte, ya tengo veintidós años; soy casi una solterona... Después de todo, os diré que ése ú otro, poco me importa, puesto que al cabo y al fin tendré que casarme con uno...

Repetidas veces había ella oído á amiguitas suyas hablar así, en vísperas de casarse; tamaña pasividad le había repugnado, y, ahora, también ella decía

lo mismo... « Puesto que no ha de ser aquel á quien yo hubiera escogido y amado, decía una, poco me importa que se llame Mehmed ó Ahmed. ¿ No tendré á mis hijos para que me consuelen de la presencia de mi marido? » Otra, una jovencita, que había aceptado al primero que se presentó, se excusaba de esta manera : « ¿Por qué no el primero en vez del segundo, puesto que no había yo de conocer más al uno que al otro?... ¿Qué alegar para rehusarlo?... y luego, que todo eso trae riñas y disgustos... » Incomprensible le había parecido la apatía de tales muchachas : ¡ dejarse casar como esclavas !... Y había ella consentido en semejante trato, y al día siguiente se efectuaba el terrible vencimiento..... Por hartura de luchar de continuo, de rehusar siempre sistemáticamente, había acabado por decir aquel *sí* que la perdía, en vez de contestar el *no* que la habría salvado, siquiera por algún tiempo. Y, ya demasiado tarde para recoger su palabra, hela llegada al borde del abismo : ¡ mañana se casaba !...

Ahora lloraban juntas, las tres; lloraban lágrimas que la altivez de la esposa había contenido durante muchos días ; lloraban como se llora en el momento de la separación definitiva, como si alguna de ellas fuera á morirse...

Por supuesto, que ya no regresarían aquella tarde á su casa Melek y Zeyneb; dormirían en la de su prima, como es costumbre cuando se visitan mujeres al anochecer, y como lo venían haciendo desde los

últimos diez años. Siempre juntas las tres jóvenes, cual hermanas inseparables, se habían acostumbrado á dormir, con mucha frecuencia, tan pronto en una casa, tan pronto en la otra, pero sobre todo aquí, en la de la circasiana.

Mas, esta vez, cuando los esclavos, sin siquiera pedir órdenes, hubieron acabado de tender sobre las alfombras los colchones de seda de las convidadas, se les figuró á las tres, una vez solas, que estaban reunidas para una velada mortuoria. Habían pedido y obtenido permiso para no bajar á cenar con la familia, y un negro imberbe, con cara de macaco demasiado gordo, acababa de traerles, sobre una bandeja de plata sobredorada, una comidita á la que no tocaban.

Abajo, en el comedor, la abuela de todas ellas, el bajá, padre de la novia, y la señorita Bonneau de Saint-Mirón, cenaban en silencio, cual si ocurriera una catástrofe. La abuela, irritada por el comportamiento de la hija de su hija, sabía de sobra de dónde venía todo aquello : de la nueva educación y de la institutriz. Quería de veras á su nieta, en cuyas venas corría sangre de ella, de ella, impecable musulmana; su nieta resultaba para ella como una especie de hija pródiga, que quizá no volviera ya jamás á las tradiciones hereditarias, y, á pesar de tenerle cariño, creyó deber mostrarse siempre severa para con ella, y hoy, ante aquella rebelión sorda, incomprensible, quería exagerar aún su frialdad y su dureza. En cuanto al bajá, que siempre había mimado á su hija única como

á una sultana de las *Mil y una Noches*, y que tantas pruebas de cariño había recibido de ella, pensaba lo mismo que su anticuada suegra 1320, y también se indignaba; realmente, pasaba de la raya, aquel último capricho: ¡hacerse la mártir porque, llegado el momento de darle un dueño, le habían escogido un guapo mozo, rico, de familia notable, y que gozaba de prestigio en la corte!...

Y, finalmente, la pobre institutriz, que siquiera se sentía inocente de aquellos arreglos matrimoniales, que siempre fué la confidente y la amiga, extrañábase dolorosamente en silencio: puesto que su tan querida discípula le había pedido que volviera á aquella casa para presenciar su enlace, ¿por qué no admitía su compañía, allá arriba, aquella última velada?

Mas no, las tres caprichositas, que por cierto no pensaban apenarla tanto, habían deseado estar solas, en víspera de tamaña separación.

Acabadas para siempre, las largas horas nocturnas pasadas entre las tres, en aquella habitación que mañana quedaría vacía, y de la que era menester despedirse... Para que resultara menos triste la velada, encendieron todas las bujías de los candelabros y la lámpara grande en forma de columna, cuya pantalla, según moda nueva aún aquel año, era más amplia que un quitasol, y estaba hecha de pétalos de flores. Y seguían pasando revista, encerrando, ó á veces destruyendo, una porción de objetitos que desde hacía tiempo conservaban como muy preciosos recuer-

dos. Entre ellos había adornos de plata ó de oro hilados que se acostumbra á poner en el pelo de las desposadas, y que sus amigas más íntimas conservan luego hasta que á su vez sean también ellas la novia; algunos de esos adornos brillaban, colgados por lazos de cintas en lo alto de los espejos, en los blancos lienzos de pared, y evocaban lindos y pálidos rostros de amigas que sufrían, ó que habían fallecido. En un armario veíanse muñecas que recordaban horas felices; juguetes rotos, flores secas, pobres y tiernas reliquias de su infancia, de su primera juventud pasada en perfecta unión, entre las paredes de aquella vieja morada. También había allí, en marcos pintados ó bordados por ellas, en su mayoría, fotografías de esposas de diplomáticos, ó bien de jóvenes musulmanas en *traje de sarao*, á quienes se habría tomado por parisienses elegantes, á no ser por las algunas palabras en caracteres árabes, escritas abajo : pensamiento ó dedicatoria. Finalmente, aparecieron humildes chirimbolos, ganados, en los inviernos anteriores, en esas loterías de caridad que las damas turcas organizan durante las veladas del Rhamazán; ni asomo de valor tenían los tales objetitos, pero recordaban momentos felices de un género de vida cuya próxima conclusión constituía su motivo de angustia... En cuanto á los regalos de la canastilla de boda, cuya mayoría habían sido expuestos por la señorita Bonneau en un salón vecino, importábanles un bledo.

Apenas terminada la melancólica revista, oyóse aún,

por encima de la casa, resonar las hermosas voces claras: llamaban á los fieles al quinto rezo de aquel día.

Entonces las jóvenes, para oirlas mejor, fueron á sentarse ante una ventana abierta, y allí se respiraba la suave frescura de la noche, que olía á cipreses, á plantas aromáticas y á agua marina. Abierta estaba la ventana, pero con su reja de hierro, por supuesto, y, además, defendida por los eternos enrejados de madera, sin los cuales ninguna mujer turca tiene derecho á mirar lo que ocurre en la calle. Las voces aéreas seguían cantando en los alrededores, y, á lo lejos, otras parecían contestar, muchas otras que caían de los altos minaretes de Estambul y atravesaban el golfo dormido, propagadas por las sonoridades del mar; hasta parecía que ocurría en pleno cielo aquella repentina exaltación de las voces puras que llamaban, con palabras muy ligeras que partían de todos lados á la vez.

Mas aquello duró poco, y ya que todos los cantores hubieron arrojado, á los cuatro vientos cada uno, la frase religiosa de tradición inmemorial, reinó de repente gran silencio. Estambul, ahora, en los intervalos de los negros y vecinos cipreses, se recortaba en forma azulada sobre el cielo impregnado de vaga claridad lunar, un Estambul vaporoso, agrandado aun, un Estambul de cúpulas realmente gigantes, y su silueta secular, inmutable, estaba acribillada de luces que se reflejaban en el agua del golfo. Las jóvenes

admiraban, por entre los rombos del enrejado que las aprisionaba; se preguntaban si las famosas ciudades de Occidente, que sólo por imágenes conocían, y que nunca habían de ver, por no tener, una musulmana, derecho á salir de Turquía, si Viena, París, Londres, podían dar semejante impresión de belleza y de grandeza. También les ocurría pasar sus dedos por el enrejado, cosa que todas las cautivas se entretienen en hacer, para distraerse, y eran acometidas de repentinos deseos de viajar, de correr por el mundo, ó aunque sólo fuera de pasearse una vez, durante una hermosa noche como ésta, por las calles de Constantinopla, ó, siquiera, de ir hasta aquel cementerio, frente á su casa... Mas, de noche, una musulmana no tiene derecho á salir.

El silencio, el absoluto silencio envolvía gradualmente aquel antiguo barrio de Khassim-Bajá, con sus casas cerradas. Todo se inmovilizaba en torno de ellas. El rumor de Pera, en donde hay una vida nocturna como en las ciudades de Europa, se apagaba mucho antes de llegar hasta aquí. Los estridentes silbidos de los numerosos paquebotes reunidos ante la Punta del Serrallo dejan de oirse aun antes del quinto rezo, pues la navegación del Bósforo cesa tan pronto como obscurece. En aquella calma oriental desconocida de nuestras ciudades, sólo un ruido se oía, de cuando en cuando, ruido característico de las noches de Constantinopla, ruido que á ningún otro se parece, y que sin duda conocieron, igual á éste, los turcos de los

siglos anteriores : tac, tac, tac, tac, sobre las vetustas baldosas; un tac, tac amplificado por la fúnebre sonoridad de las calles en las que nadie ya pasaba. Era el sereno, quien, durante su largo paseo, con sólo babuchas en los pies, acompañaba cada uno de sus lentos pasos con un sonoro golpe dado en el suelo con el regatón de su pesado chuzo. Más lejos, otros serenos contestaban con idéntico acompasado golpe; esto se repetía, de trecho en trecho, por toda la ciudad inmensa, desde Eyub hasta las Siete Torres, y, á lo largo del Bósforo, desde el Mármara al Mar Negro, para decir á los habitantes : « Dormid, dormid tranquilos; aquí estamos, vigilando hasta por la mañana, en acecho de ladrones ó de algún incendio. »

Por momentos, las jóvenes olvidaban que aquella velada fuese la última. Cual ocurre en víspera de importantes cambios en nuestra vida, se dejaban ilusionar por la tranquilidad de las cosas que de tiempo atrás les eran conocidas : en aquel cuarto, todo quedaba en el mismo sitio y conservaba su aspecto de siempre... Pero el recuerdo, que de cuando en cuando las pellizcaba, les daba sudores de muerte : ¡ mañana, la separación, el fin de su intimidad de hermanas, el derrumbamiento de todo el querido pasado !

¡ Y qué mañana aquél, para la novia !... ¡ Tener que estar en escena todo un día, como lo manda la costumbre, y haber de desempeñar bien su papel, aun á cambio de secreto y atroz tormento ! Estar todo un día distribuyendo sonrisas como un ídolo, sonreir á nume-

rosas amigas, sonreir á esas innumerables curiosas que, en las bodas de lujo, invaden las casas. Y sería menester encontrar palabras amables, recibir bien las felicitaciones; desde por la mañana hasta por la noche, mostrar á todos cara risueña; clavarse la sonrisa en los labios y en la mirada, á pesar del despecho y del terror... ¡Pues sí, sabría sonreir! Además, su altivez lo exigía: aparecer allí como una vencida sería harto humillante para ella, la insumisa, que tantas veces se había pregonado que sólo á gusto suyo se casaría, y que tanto había predicado á las demás la cruzada femenina... ¡Ah, qué duro é irónico día amanecería mañana!... « Y si siquiera acabara el tormento al llegar la noche... decía ella. Pero, no: ¡después de aquel insoportable día quedaba el ser, por espacio de meses, de años, poseída, magullada, estropeada por aquel dueño absoluto suyo, á quien ella no conocía! ¡Oh, pensar que ya no podré disponer de un día, ni de una noche, y todo eso porque á ese hombre le ha dado el capricho por casarse con la hija de un mariscal de la corte!... »

Las simpáticas primas, al verla golpear rápida y nerviosamente el piso con el pie, pensaron que un poco de música las distraería; querían tocar con ella por última vez. Juntas se fueron al cuarto en donde el piano había quedado abierto. Allí se veía un montón de objetos tirados sobre las mesas, sobre las consolas y las alfombras, los cuales ponían de manifiesto el estado de ánimo de la musulmana moderna,

tan ávida de probarlo todo, en su reclusión, de poseerlo y conocerlo todo. Hasta un fonógrafo había en aquel cuarto; un fonógrafo de lo mejor de entonces, que durante algunos días las divirtió bastante, haciéndoles oir trozos de piezas de teatro occidental, insulseces de opereta, estupideces de café concierto. Mas, ningún recuerdo concedían ellas á semejantes chirimbolos; allí estaban, en donde la casualidad los puso, cual objetos de desecho, para alegría de los eunucos y de las criadas.

La novia, sentada al piano, vaciló primero, y luego se puso á tocar un « concierto » compuesto por ella misma. Había estudiado la armonía con excelentes profesores, y tenía inspiraciónes que no procedían de nadie, un tanto excesivas á veces, pero casi siempre exquisitas : como recuerdos lejanos, quizá se notara, de cuando en cuando, el del galope de los jinetes circasianos en la estepa natal; mas ningún otro. Al « concierto » siguió un « Nocturno », no terminado aún, compuesto durante la velada de la víspera : al principio, una especie de tétrica tormenta, á la que por fin había acabado por imponerse la soberana paz de los cementerios vecinos. — Un ruido del exterior servía, de cuando en cuando, de acompañamiento á aquella música, el particularísimo ruido de Constantinopla : en las ahora sepulcrales sonoridades de la calle, los acompasados golpes de regatón del chuzo del sereno.

Zeyneb se acercó luego para cantar, acompañada

por Melek, su hermana menor; como casi todas las mujeres turcas, tenía una voz caliente, un tanto trágica, y la hacía vibrar con pasión, sobre todo en sus hermosas notas graves. Después de haber vacilado un rato, ella también, abrió una partitura de Glück y entonó soberbiamente las conocidas é inmortales imprecaciones : « ¡Divinidades de la Estigia, ministros de la Muerte ! »

Los antiguos turcos que yacían en los cementerios de enfrente, entre las raíces de los cipreses, sin duda que se extrañaron mucho de aquella ventana alumbrada á tales horas y que despedía rayos de luz hasta sus sombrías moradas : sus enrejados denotaban que era una ventana de harén, pero, ¡qué melodías tan extrañas para ellos brotaban de aquella habitación !...

Apenas terminaba Zeyneb la frase sublime : « No invocaré vuestra cruel piedad », cuando su hermana se detuvo, asustada, dando un acorde falso... ¡Una forma humana, que las demás no habían visto, acababa de plantarse junto al piano : una forma larga y flaca, con ropa negra, que había entrado sin ruido, como se presentan los aparecidos !...

Aunque no era una divinidad de la Estigia, no por eso resultaba más simpática. Era la señora Husnugul, el terror de la casa : « Su abuela de ustedes, dijo, les manda que se acuesten y que apaguen las luces. » Y se marchó sin ruido, como había venido, dejándolas heladas á las tres. Tenía especial talento para llegar siempre y á todas partes sin que se la esperara; cierto

que esto es más fácil en los harenes que en otro sitio cualquiera, puesto que en ellos no se cierran nunca las puertas.

La tal señora Husnugul (Belleza de rosa) era una antigua esclava circasiana, la cual, treinta años antes, se había vuelto casi una persona de la familia, por haber tenido un hijo cuyo padre era el cuñado del bajá. El niño falleció en edad temprana, y casaron á la madre con un administrador de fincas rurales de la familia. También falleció el administrador, y, un día, asomó la mujer, como de visita, pero trayendo bastante ropa en sacos de lana, según usanza antigua. Es el caso que la « visita » duraba desde hacía veinticinco años. La señora Husnugul, medio señora de compañía y medio vigilanta y espía de la juventud, habíase convertido en el brazo derecho de la abuela; además, como tenía cierta educación, ahora visitaba por cuenta propia á las damas de la vecindad; hasta era recibida en las casas más encopetadas, de tal manera son indulgentes é igualitarios los turcos Numerosas son las familias que, en Constantinopla, tienen así en su seno á una señora Husnugul, ó Gulchinasa (Sirvienta de rosa), ó Chemsigul (Rosa solar), ó Purkiemal (La perfecta), ú otra cosa por el estilo, que resulta siempre una calamidad. Pero las antiguas damas 1320 aprecian los servicios de esas dueñas, que acompañan á las jóvenes cuando van éstas de paseo, y cuentan, al regresar, cuanto ha ocurrido.

No había que discutir la orden transmitida por la

señora Husnugul. Las tres tiernas angustiadas cerraron el piano y apagaron las bujías.

Pero, antes de acostarse, se echaron en brazos unas de otras, como para una despedida suprema; se lloraban mutuamente, como si el día que iba á amanecer hubiera de separarlas para siempre. Por miedo á ver reaparecer á la señora Husnugul, que sin duda debía de estar escuchando detrás de la puerta sólo entornada, no se atrevían á hablarse; dormir, no podían, y, de cuando en cuando, oíase un suspiro, ó un sollozo, levantar aquellos juveniles pechos.

La prometida, en medio de aquel profundo recogimiento nocturno, propicio á las lucideces de la angustia, se enloquecía cada vez más, sintiendo que cada hora, cada minuto la acercaban de la irreparable humillación, del desastre final. Ahora lo execraba, con su violencia de « bárbaro », á aquel extraño cuya cara había ella entrevisto apenas, pero que mañana sería dueño absoluto de su persona, y para siempre. Puesto que nada irreparable había ocurrido aún, sentíase impelida por una tentación más poderosa que nunca á intentar cualquier esfuerzo supremo para sustraerse á sus garras, aun á riesgo de exponerse á los mayores peligros... Mas, ¿qué intentar?... ¿Qué socorro humano podía ella esperar, quién se apiadaría de ella?... Ya era tarde para echarse á los pies de su padre, y, además, no conseguiría ablandarlo... Pronto medianoche; la luna enviaba su luz espectral; sus rayos entraban en la habitación, dibujando en la blan-

cura de las paredes los barrotes del inexorable enrejado de las ventanas. También alumbraban, por encima de la cabeza de la princesita, el versículo del Corán (1) que cada musulmana debe tener á la cabecera de su cama, que la sigue desde la infancia y que es como una continua oración protectora de su vida: el versículo de la princesita era, sobre fondo de terciopelo verde, un antiguo y admirable bordado de oro, dibujado por un célebre calígrafo de tiempos remotos, y decía esta frase, tan dulce como las del Evangelio: « ¡Mis pecados igualan la magnitud del mar, mas tu clemencia es más grande aún, oh Alá! » Durante mucho tiempo, después de que la joven cesara de creer, había seguido obrando en su alma la inscripción santa, guardiana de su sueño, y habíale quedado una vaga confianza en una suprema bondad, en un supremo perdón. Pero, ya, todo había acabado; ni para antes ni para después de su muerte esperaba la joven misericordia alguna, ni aun imprecisa: ¡no, sola para sufrir, sola para defenderse, y sola responsable!... En aquel momento, pues, sentíase dispuesta á las resoluciones extremas.

Pero, aun así, ¿qué resolución tomar!... ¿Huir? Mas, ¿cómo, y adónde?... ¿Á las doce de la noche, huir al azar, por calles que metían miedo?... ¿Y, dónde encontrar asilo, para no ser devuelta á la casa paterna?...

(1) El « ayeto ».

Zeyneb, que no dormía, se atrevió á hablar en voz baja. Acababa de recordar que se hallaban en cierto día de la semana llamado por los turcos Bazar-Guni (correspondiente á nuestro domingo) y en el que se debe rezar por los muertos, lo mismo que en la velada del Tcharchembé, el cual corresponde á nuestro jueves. Es el caso que nunca habían, aquellas jóvenes, faltado á aquel deber; es más, era ésta una de las poquísimas costumbres del Islam que observaban aún con fidelidad; en cuanto á lo demás, resultaban como la mayoría de las musulmanas de su generación y de su clase social: Darwin, Schopenhauer y otros las habían transformado cas. por completo. Su abuela solía decirles: « Lo que me entristece mucho en mi vejez, es ver que os hayáis vuelto peores que si os hubieseis convertido al cristianismo, porque, después de todo, Dios ama á los que tienen una religión. Pero, vosotras, vosotras sois esas verdaderas *infieles* cuya venida había sido tan sabiamente predicha por el Profeta. »

En efecto, eran infieles, y más escépticas y más desesperadas que la mayoría de las jóvenes europeas. No obstante, el rezar por los muertos era para ellas un deber al que no se atrevían á sustraerse; y, además, era un deber muy grato; aun en sus paseos de verano, en aquellas aldeas del Bósforo que tienen lindísimos cementerios, á la sombra de los cipreses y de los robles, ocurríales detenerse, y rezar sobre alguna pobre tumba desconocida.

Encendieron pues sin ruido una lamparilla que daba

una luz velada; la novia cogió su Corán, que descansaba sobre una consola, cerca de su cama de estilo moderno, ese Corán siempre envuelto en un pañuelo de seda de la Meca y perfumado con sándalo, que cada musulmana debe tener á la cabecera de su cama, especialmente para esas oraciones, que se dicen de noche, y las tres comenzaron en voz baja; poco á poco fueron calmándose : el rezo las reposaba, como el agua fresca calma la fiebre.

Mas, á poco, una altísima forma humana vestida de negro, que, como de costumbre, había acudido sin que se notaran ruidos de pasos ni de puerta que se abre, á estilo de fantasma, se irguió ante ellas :

— Vuestra abuela manda que se apague la lamparilla...

— Perfectamente, señora Husnugul. Es más, haga el favor de apagarla usted misma, pues estamos acostadas, y tenga á bien explicar á nuestra abuela que si encendimos la lamparilla, no era para desobedecerle, sino para leer las oraciones de los muertos...

Iban á ser las dos de la madrugada. Una vez apagada la lamparilla, las tres jóvenes, rendidas por las emociones, la pena y la ira, se durmieron al mismo tiempo, con sueño tranquilo, como el de que suelen gozar los condenados á muerte la víspera de la mañana suprema (1).

(1) En los paises en que, como en Francia, no hay aquello de « poner en capilla » á los reos. (*N. del T.*)

SEGUNDA PARTE

IV

Cuatro días después. La recién casada, en e lfondo de la muy antigua y muy aristocrática casa de su joven dueño, está sola, en la parte del harén que le habían dado como salón particular : un salón Luis XVI blanco, oro y azul pálido, recientemente decorado para ella. Su vestido de color de rosa, procedente de una de las más afamadas casas de París, resulta un conjunto de tejidos impalpables que parecen nubes envolventes, cual lo exige el capricho de la moda de aquella primavera, y está peinada con arreglo á la más reciente combinación. En un rincón hay una mesa escritorio pintada de laca blanca, casi como la de su cuarto de Khassim-Bajá, y los cajones tienen cerradura, cosa que la entusiasma.

Diríase una parisiense en su propia casa, sin los enrejados por supuesto, y sin las inscripciones de Islám, bordadas sobre antiguas sedas preciosas, que

decoran los lienzos de las paredes : el nombre de Alá y algunas sentencias del Corán. Pero en ese salón hay también un trono, que sorprendería en París : su trono de matrimonio, muy pomposo, alzado por una plataforma de dos ó tres gradas, y coronado por un dosel de donde caen cortinillas de raso azul, magníficamente bordadas de racimos de flores de plata. — Para decirlo todo, también tiene con ella á Kondja-Gul, cuyo aspecto no es muy parisiense, que digamos ; sentada cerca de una ventana, canturrea quedito, quedito, un aire del país negro.

La madre del bey, la dama 1320 un poco tonta, con modales de gata vieja, ha resultado ser, en el fondo, una criatura inofensiva, más bien buena, y que hasta podría ser excelente, á no ser su ciega idolatría por su hijo. Mas la ha seducido por completo la afabilidad de su nuera, tanto, que ayer vino ella misma á ofrecerle el tan deseado piano; entonces, corriendo, en coche cerrado, bajo la escolta de un eunuco, han pasado el puente del Cuerno de Oro, para ir á escoger uno en la mejor tienda de Pera, y dos tandas de mozos de cuerda, con varales de carga, acaban de ser contratados para llevarlo, mañana por la mañana, á hombro, á aquel elevado barrio de difícil acceso.

En cuanto al joven bey, el *enemigo*, el capitán más elegante de ese ejército turco, en donde hay tantos individuos que saben llevar bien el uniforme, indudablemente muy guapo mozo, con la voz dulce que Kondja-Gul había anunciado, y la sonrisa un tanto

felina heredada de su madre, — en cuanto al joven bey, que hasta ahora ha demostrado una cumplida delicadeza, le hace á su mujer, de quien ya ha reconocido la superioridad, una corte discreta, entre juguetona y respetuosa, y, según la regla entre las personas de alta clase en Oriente, trata de conquistarla antes de poseerla. (Porque si bien el matrimonio musulmán es brusco y no del todo consentido *antes* de la ceremonia, tiene en cambio, *después*, miramientos y delicadezas que no suelen formar parte de nuestras costumbres occidentales.)

Hamdí-Bey, de servicio cada día en palacio, vuelve por la noche á caballo, se hace anunciar á su mujer, y comienza la conversación como si estuviera de visita en casa de la joven. Después de cenar se sienta más íntimamente en un sofá, al lado de ella, para fumar en su compañía cigarrillos de tabaco oriental, y ambos, entonces, se observan y se acechan como adversarios puestos en guardia; él, tierno y zalamero, con silencios harto significativos; ella, ingeniosa, llena de brío, mientras sólo se trata de conversación, pero desarmándolo repentinamente con afectada resignación de esclava tan pronto como intenta atraerla sobre su pecho ó besarla. Luego, al dar las diez, se retira él besándole la mano... De haberlo escogido ella misma, acaso acabara por tenerle cariño; mas la indómita princesita de la llanura de Karadjiamir no se doblegaría ante el amo impuesto...

De sobra sabía, además, que pronto llegaría el

inevitable momento en que aquel amo, en vez de saludarla cortésmente por la noche y marcharse, la seguiría á su cuarto. Ninguna resistencia, ni sobre todo ninguna súplica intentaría la joven; había dividido en dos su personalidad, como suelen hacerlo muchas jóvenes turcas de su edad y de su mundo, que dicen: « Mi cuerpo ha sido entregado por contrato á un desconocido, y se lo reservo porque soy honrada: pero mi alma, que no ha sido consultada, mi alma sigue perteneciéndome, y la conservo celosamente cerrada, para algún amante ideal... con quien quizá no tropiece nunca, y que, en todo caso, ignorará el regalo que le destino. »

De modo pues que sola está en sus habitaciones la recién casada, sola durante toda una tarde.

Hoy, antes de que vuelva de palacio el *enemigo*, ocúrresele la idea de continuar para Andrés su diario interrumpido, tomándolo desde la fecha fatal del 28 Zil-hidjé 1318 de la hégira, día de su boda. Además, las hojas ya escritas le serán traídas mañana; las ha pedido á la amiga á quien las había confiado, por parecerle su nuevo escritorio lo bastante seguro para depositarlas en sus cajones. Y comienza á escribir:

28 zil-hidjé 1318.
(19 de abril de 1901, á la francesa.)

Mi abuela en persona viene á despertarme. (¡Era ya tan tarde cuando me quedé dormida aquella noche!...) « Date prisa, me dijo. Se te olvida que habrás de estar lista á las nueve. No hay que dormir tanto el día de la boda. » ¡Cuánta

dureza en su voz! Era aquella la última mañana que pasaba yo en su casa, en mi querido cuarto de soltera. ¿No podía abstenerse de ser severa, aunque sólo fuese por un día? Al abrir los ojos, veo á mis primas, que ya se han levantado sin hacer ruido y que se están poniendo su tcharchaf; tienen prisa por regresar á su casa, con objeto de acicalarse, cosa que pedirá mucho tiempo. Jamás volveremos á despertarnos juntas en este cuarto, y una vez más nos despedimos unas de otras, como si nos separáramos para siempre. Óyense las golondrinas, que cantan como unas loquitas; adivínase que, fuera, resplandece la primavera; un magnífico día de sol será testigo de mi sacrificio. Me parece que soy como una mujer que se está ahogando y á la que nadie quiere socorrer.

Á poco, en toda la casa, un ruido endemoniado. Puertas que se abren y que se cierran, pasos rápidos, ruidos de colas de seda. Voces de mujeres, y luego voces atipladas de los eunucos negros. Llantos y risas, sermones y quejidos. En mi cuarto, entradas y salidas continuas: las parientas, las amigas, las esclavas, un tropel de gente que viene á dar su parecer acerca del peinado que ha de tener la novia. De cuando en cuando, un negrazo que está de servicio llama al orden y suplica que todos se den prisa.

Nueve de la mañana; los coches han llegado; la comitiva espera; compónenla la suegra, las cuñadas, las invitadas del joven bey. Pero aún no está lista la novia. Entonces, las señoras que la rodean se apresuran á ofrecerle sus servicios. Mas la presencia de éstas es lo que, justamente, lo complica todo. Por fin, nerviosa, la novia les da las gracias y pide que no la estorben. Se peina ella misma, se pone febrilmente su vestido adornado de flores de azahar, el cual tiene tres metros de cola, se pone sus joyas, su velo y las largas madejas de hilos de oro en su pelo... Sólo una cosa hay á la que no puede tocar: su diadema.

Esa pesada diadema de brillantes, que entre nosotras sustituye las flores de las europeas, requiere el uso que, para colocarla, se escoja entre las amigas presentes á una mujer joven *que no se haya casado más que una vez, que no haya divorciado, y que sea notorio que es feliz con su marido.* Debe, la elegida, principiar por decir una corta oración del Corán, y luego coronar con sus propias manos á la nueva esposa, deseándole felicidades, y deseándole, sobre todo, que *semejante coronación no le ocurra más que una vez en la vida.* (Ya habrá usted comprendido, Andrés: ni divorcio, ni segundas nupcias.)

Entre las mujeres presentes, parecía una tan indicada para el caso, que por unanimidad fué escogida: Djavidia, mi muy querida prima. ¿Qué le faltaba, á ésa? ¡Joven, hermosa, inmensamente rica, y casada, desde hacía diez y ocho meses, con un hombre reputado solícito y simpático en extremo!

Mas, al acercarse para *asegurar su dicha* sobre mi cabeza, veo dos gruesas lágrimas brotar de sus párpados: « ¿Por qué haberme escogido á mí, pobre queridita mía?... Aunque no soy supersticiosa, jamás podré consolarme de haberte dado *mi* dicha. Si te reserva el porvenir tantos padecimientos como á mí, me parecerá haber cometido un crimen, y que sufres por causa mía. » ¡De modo que, ésta, que parece la más feliz de todas, también tiene su tormento!... ¡Ay de mí!... ¡Así, pues, nadie oirá mis gritos pidiendo socorro, antes de salir de esta casa!...

Mas, ya está colocada la diadema, y digo: « Estoy lista ». Un negrazo se adelanta para recoger la cola de mi falda, y, por unos cuantos pasillos, me encamino hacia la escalera. (Esos largos pasillos, noche y día habitados por esclavas ó criadas, Andrés, para que nuestras habitaciones resulten unas ratoneras.)

Me conducen abajo, al mayor de los salones, en donde

hallo reunida á toda la familia. Primero á mi padre, de quien tengo que despedirme. Le beso las manos. Me dice cosas concernientes al caso, que ni siquiera oigo. Mucho me han encargado que le dé gracias aquí, públicamente, por todas sus bondades pasadas, y sobre todo por la de hoy, por el matrimonio que me hace él contraer... Pero, eso, no, no puedo, no me lo permiten mis fuerzas. Quedo ante él muda y helada, apartando la mirada, y sin pronunciar palabra. Él es quien ha hecho el trato, él quien me ha entregado, perdido; él es el responsable de todo. ¡Darle las gracias, cuando en el fondo de mí misma lo maldigo!... No creí que fuera posible esta horrible cosa : sentir una de repente que odia á muerte al ser á quien más ha querido... ¡Oh qué minuto más atroz el en que pasa una del más tierno cariño al odio implacable! Y, no obstante, estaba risueña, Andrés, porque, aquel día, es preciso sonreir...

Mientras viejos tíos me dan su bendición, las damas de la comitiva, que estaban tomando refrescos en el jardín bajo los plátanos, comienzan á ponerse su tcharchaf.

Únicamente la novia puede no ponerse el suyo; pero los negros llevan, desplegados, paños de seda de damasco, para hacerle como un pasillo y sustraerla á las miradas de la gente de la calle, desde la puerta de la casa hasta el landó cerrado, cuyos cristales están ocultos por tablas de madera provistas de agujeros no muy grandes. Ha llegado la hora de marcharnos, y franqueo el pasillo de seda tendida. Zeyneb y Melek, ambas con un dominó azul por encima de sus galas, me siguen, suben conmigo, — y hétenos metidas en una caja muy cerrada, que en cierto modo se parece á una tumba.

Largo momento de espera en dicha tumba : mi suegra y mis cuñadas, que habían venido á buscarme, no han acabado aún de beber el jarabe que les sirvieron, y retrasan nuestra salida... ¡Me alegro! Eso voy ganando; un cuarto de hora menos que le habré dado al *otro*.

Por fin echa á andar la larga fila de coches, el mío á la cabeza, y comienzan los vaivenes sobre el empedrado de las calles Ni una sola palabra decimos, mis dos compañeras y yo. En nuestra celda movediza, nos vamos en silencio y sin ver nada. ¡Oh qué ganas de romper las portezuelas y de gritar á los transeuntes : « Salvadme, que me roban mi juventud, mi dicha, mi vida ! » Y las manos se convulsan, la tez se empurpura, las lágrimas brotan, mientras mis dos primitas, delante de mí, están como anonadadas ante el espectáculo de mi harto visible dolor.

Ahora cambia el ruido : rodamos sobre madera ; estamos en el interminable puente del Cuerno de Oro... En efecto, voy á ser una habitante de la otra orilla... Y, después del puente, comienza el adoquinado del gran Estambul, y en el acto me siento más horriblemente presa, pues debemos de estar cerca de mi nuevo claustro, que ya odio sin conocerlo... ¡Y qué lejos está en la ciudad ! ¡Por qué calles nos hacen pasar, por qué imposibles rampas !... ¡Ah, qué lejos está ese claustro, y cuán siniestro va á ser mi destierro !

Por fin para el coche, y lo abren. Como á la luz de un relámpago, veo una muchedumbre que espera, ante un sombrío portal : negros de levita, funcionarios cuajados de oro y de condecoraciones, intendentes, hasta el sereno del barrio con su largo chuzo. Y, de repente, se acabó : los velos de damasco me envuelven, como á la salida ; me vuelvo invisible, y no veo nada. Echo á andar como una loca por aquel nuevo pasillo de seda, en cuyo final veo un vestíbulo lleno de flores ; y, allí, un joven rubio, con uniforme de gala de capitán de caballería, se adelanta á recibirme. Ambos con la sonrisa en los labios, cambiamos una mirada de interrogación y de desafío supremo : asunto terminado, he visto á mi dueño, y mi dueño me ha visto...

Se inclina, me ofrece su brazo, me conduce al primer piso, adonde subo como arrastrada ; me lleva, al fondo de

un espacioso salón, hacia un trono de tres gradas en el cual me siento ; me saluda de nuevo y se marcha : su papel ha terminado hasta por la noche... Y lo miro marcharse ; tropieza con una ola de señoras que invade las escaleras, los salones ; una ola de gasas ligeras, de piedras preciosas, de hombros desnudos ; ni un velo sobre aquellos rostros ni sobre aquellas cabelleras cuajadas de brillantes ; todos los tcharchafes han caído desde el umbral de la puerta ; diríanse europeas en traje de sarao ; y el novio, que nunca había visto ni volverá á ver espectáculo semejante, me parece un poco cortado á pesar de su soltura de mundano, al verse único de su sexo entre aquella oleada femenina, y al notar que es blanco de todas aquellas miradas que lo examinan.

Para él, ya terminó la pesada tarea ; pero, á mí, me queda el estar, durante horas, convertida en animal raro y curioso, sobre mi trono. Junto á mí tengo : de un lado, á la señorita Ester ; del otro, á Zeyneb y á Melek, quienes también se han quitado el tcharcharf, y llevan vestido abierto, flores y pedrería. Les he pedido que no me abandonen mientras dura el desfile ante mi trono, que será interminable : las parientas, las amigas, las simples conocidas, dirigiéndome cada una la exasperante pregunta : « Vaya, ¿ qué tal le parece á usted el novio ? » ¡ Y yo qué sé, cómo me parece ! Un hombre cuya voz he oído apenas, cuya cara apenas he visto, y á quien no reconocería en la calle... Ni una sola palabra de contestación se me ocurre : sólo una sonrisa, puesto que es de rigor, ó mejor dicho, una contracción de los labios que se le parece. Unas, al hacerme la anterior pregunta, tienen una expresión irónica y malintencionada : las agriadas, las rebeldes. Otras creen deber acompañar su pregunta con una mirada insinuante que significa : ¡ ánimo ! ésas son las acomodaticias, las resignadas. Pero, en las miradas de la mayoría, leo sobre todo la incurable tristeza, con la debida compasión por una de sus hermanas

que cae hoy en la sima común, tornándose su compañera de humillación y de dolor... Y siguen sonriéndose mis labios... Tal como me lo figuraba, así me resulta el matrimonio; claramente lo leo en las miradas de todas. Entonces comienzo á pensar, sobre mi trono de desposada, que, después de todo, existe un medio de recobrar la plena posesión de sus actos, de sus pensamientos, de su vida; un medio que Alá y el Profeta han permitido: ¡sí, eso es, divorciaré!... ¿Cómo no se me ocurrió antes esa idea?... Aislada ahora de toda esa gente, aunque sin cesar de sonreir, combino con ardor mi nuevo plan de campaña, y pienso en el modo de sacarle provecho al bienaventurado divorcio; después de todo, se deshacen tan pronto los matrimonios, en nuestro país, cuando se pone empeño en ello...

¡Vamos, que, mirándolo bien, es lindo ese desfile! Mucho me interesaría, de no ser yo el ídolo á quien todas esas mujeres vienen á ver... Sólo encajes, gasa, colores claros y alegres; ni un solo frac, por supuesto, que manche ese conjunto, cual sucede en vuestros saraos europeos. Y, además, le diré á usted, Andrés, que por lo poco que he visto en las embajadas, no creo que las fiestas de ustedes reunan tan lindos tipos como las nuestras. Todas esas turcas, invisibles á los hombres, son tan finas, tan elegantes, tan juguetonas, tan flexibles como gatas, — hablo de las turcas de la generación presente, naturalmente; — las menos agraciadas tienen siempre algún atractivo; todas son gratas á la vista. También hay aquí, entre esta juventud de ojos deliciosamente melancólicos ó atormentados, las viejas 1320, las buenas viejas tan extrañas para nosotras, con su rostro plácido y grave, su magnífica cabellera trenzada, dejada intacta por la ausencia de todo trabajo intelectual, su turbante de gasa orlado de adornitos al crochet, y sus pesadas sedas, compradas siempre en Damasco para no dar ganancia alguna á los comerciantes de Lyon, que son infieles...

Cuando, alguna que otra vez, pasa una convidada de fuste, tengo que levantarme, para devolverle su reverencia (1), tan profunda como la que se sirvió ella hacerme, y, si es joven, rogarle que se siente un momento á mi lado.

Realmente, creo que ahora es cuando comienzo á divertirme de veras, cual si esta gente desfilara para otra y que nada tuviera yo que ver en el asunto : de repente ha cambiado el espectáculo, y desde lo alto de mi trono puedo no perder un solo detalle : acaban de abrir de par en par las puertas de la calle, de modo que toda mujer, invitada ó no, que tenga capricho por ver á la novia, puede subir. Y vienen tántas, y entre ellas las hay tan extraordinarias... : todas de tcharchaf, ó de yachmak, todas ellas fantasmas, con la cara oculta según la moda de una ú otra provincia. Las antiguas casas de los alrededores, blindadas de rejas y de enrejados, arrojan sus moradoras ó sus huéspedas de ocasión, y trajes demodados salen de sus cofres. Vienen mujeres envueltas de pies á cabeza en sedas asiáticas extrañamente adornadas de plata ó de oro ; vienen sirias con colores chillones y persas forradas de negro ; hasta recibo la visita de viejas que sólo con muletas de mano pueden andar, tan encorvadas están. « La galería de los trajes », me dice quedito Melek, que también se divierte.

Á las cuatro, llegada de las señoras europeas : este es el episodio más penoso del día. Han sido retenidas largo rato en el comedor, en donde se les ha servido pasteles y té ; algunas, hasta han fumado cigarrillos ; mas, ya vienen, formando cohorte, hacia el trono del animal curioso.

Hay que decirle á usted, Andrés, que casi siempre hay entre ellas alguna extranjera imprevista que se excusan ellas de haber traído, una turista inglesa ó americana que está de paso, muy excitada por el espectáculo de una boda turca. Aparece, la extranjera, con traje de viaje, y á veces

(1) El Temenah.

con botas altas de alpinista. Dedica á la novia la misma ojeada curiosa y como alocada que dedicó á la tierra desde las cumbres del Himalaya, ó al sol de medianoche desde lo alto del Cabo Norte... Para colmo, la viajera que el destino me reservaba es una periodista, que se ha presentado con los mismos guantes sucios que tenía en el buque : indiscreta, registradora, ávida de un motivo de artículo para una publicación naciente, me hace preguntas asombrosas, con absoluta carencia de tino. Ya no tiene límites mi humillación.

Muy desagradables y muy feas, las señoras del barrio de Pera, que acuden muy empenachadas. Lo menos cincuenta bodas han visto ya éstas, y saben cómo ocurre todo; lo cual no impide, antes al contrario, sus preguntas necias y malintencionadas :

— ¿No conoce usted aún á su marido, ¿verdad?... ¡cuidado que tienen gracia estas costumbres!... Hija mía, debió usted de *hacer trampa*, ni más ni menos... ¿Y no lo ha hecho usted, verdad que no?... Pues yo, en lugar de usted, habría dicho que no, ni más ni menos.

Y, mientras me dice esto, cambia miradas burlonas con una señora griega, su vecina, de Pera también, y se sonríe con compasiva sorna... También yo sonrío, puesto que tengo que sonreir, pero siento como si me estuvieran abofeteando esas dos majaderas...

Por fin, ya se han marchado todas las extrañas, las de tcharchaf y las de sombrero. Quedan sólo las convidadas.

Las luces que acaban de ser encendidas no alumbran sino trajes y tocados de gran lujo; ni una mancha negra, puesto que no hay hombres; nada sombrío; un conjunto deliciosamente coloreado y adornado. No creo, Andrés, que tengan ustedes, en Occidente, reuniones que presenten ese golpe de vista; por lo menos, lo que pude ver en los bailes de embajada, cuando era una jovenzuela, no se acercaba á esto,

como brillo. Al lado de las admirables sedas asiáticas ostentadas por las abuelas, cantidad de vestidos parisienses más diáfanos aún ; parecen hechos con neblina azul ó neblina rosa; todas las últimas *creaciones* de los grandes modistos de París (para hablar como esos imbéciles), idealmente llevadas por esas mujeres jóvenes á quienes las institutrices han convertido en francesas, en suizas, en inglesas, en alemanas, pero que aún se llaman : Kadijia, ó Jerifa, ó Fatma, ó Aijia, y á quienes ningún hombre ha visto, nunca.

Ahora, puedo permitirme bajar de mi trono, al cabo de cinco ó seis horas de tormento; hasta puedo salir de este salón azul, en el que están sobre todo las abuelas, las fanáticas y desdeñosas 1320, de espíritu sano y rígido bajo su peinado de virgen y su turbantito. Me dan más bien ganas de mezclarme entre las jóvenes, « desequilibradas » como yo, quienes, desde hace un rato, se han reunido en un salón vecino en donde una orquesta está tocando.

Una orquesta de cuerdas, acompañando á seis cantantes que dicen, á turno, estrofas de Zia-Bajá, de Hafiz ó de Saadi. Ya sabe usted, Andrés, cuánta melancolía y cuánta pasión hay en nuestra música oriental ; por cierto que ha tratado usted de expresarlo, aunque resulte indecible... Los músicos — hombres — están herméticamente envueltos en un inmenso velo de seda de Damasco : ¡figúrese, qué, escándalo, si alguno de ellos nos viera!... Cuando yo llegué, acababan mis amigas de organizar una sesión de « buenaventura » cantada. Es éste un juego que se hace, en días de boda, cuando, como de costumbre, hay cantantes; una joven dice : « La primera canción será para mí » ; otra dice : « Tomo la segunda, ó la tercera », etc. Y cada cual considera como proféticas para ella las palabras de la canción escogida.

— La novia toma la quinta, dije yo al entrar.

Al ir á comenzar esa quinta canción, todas se acercan, atento el oído, se pegan contra el velo de seda que oculta al cantante, y se apoyan sobre él, con riesgo de hacerlo caer.

Entonces dice la voz del cantor invisible :

Yo, que soy el amor, mi gesto es harto abrasador.
Aun cuando no haga más que pasar, rozando, por las almas,
Toda la vida es poca para cerrar la herida que en ellas dejo.
Huyo, pero el rastro de mi paso queda eternamente.
Yo, que soy el amor, mi gesto es harto abrasador (1)...

¡Qué vibrante y qué hermosa es la voz de ese hombre, que tan cerca de mí está, pero que permanece oculto, y en quien puedo suponer el aspecto, la cara, los ojos que se me antojen!... Vine aquí para tratar de divertirme un poco como las demás : el horóscopo suele sugerir alguna interpretación chistosa, y es, entonces, acogido con risas, á pesar de la belleza de su forma. Mas, esta vez, sin duda que el hombre ha cantado demasiado bien y con sobrada pasión. Ninguna de aquellas mujeres se ríe, ninguna, y todas me miran. Á mí, ya no me ocurre pensar, ahora, como pensaba esta mañana, que hoy queda enterrada mi juventud. No, de una ó de otra manera, me separaré de ese hombre, al que me entregan, y viviré mi vida en otro sitio, no sé dónde, y acabaré por dar con « el amor, de gesto harto abrasador... » Entonces, todo me parece transfigurado en ese salón en el que ya no veo á las compañeras que me rodean ; todas aquellas flores, desde sus jarrones, esparcen repentina-

(1) Benki achkim atechim yaklachma tabim pek hadid.
Durmayub tchik michda olsam hirdiguim dilden eguer
Yanmasi gullchmez o calbin gunter itmeklé guzer
Ach zail olsadá, andan calur, mutlak ecer.
Benki, etc.

mente perfumes que me trastornan, y las arañas de cristal brillan como astros. ¿ Será á consecuencia del cansancio ó del éxtasis ? no lo sé, pero lo cierto es que me dan mareos ; ya no veo á nadie, ni lo que en torno mío ocurre ; y todo me es indiferente, porque ahora tengo la evidencia de que un día, en el camino de mi vida, tropezaré con el amor, y, si muero de resultas, poco me importa...

Un momento después, — un momento ó mucho tiempo, no podría precisar, — mi prima Djavidia, la que por la mañana « aseguró » su dicha sobre mi cabeza, se adelanta hacia mí :

— ¡ Pero estás sola ! Las demás han bajado para cenar, y te esperan. ¿ Qué es lo que te tiene tan absorta ?

Y es verdad, que estoy sola y que está vacío el salón... ¿De modo que las demás se han marchado ?... ¿ Cuándo ?... Ni me había dado cuenta de ello.

Á Djavidia la acompaña el negro que ha de recoger la cola de mi falda y gritar por donde vayamos : « ¡ Paso ! » para que se aparte la gente. Mi prima me coge del brazo, y mientras bajamos la escalera, me pregunta en voz baja :

— Dime la verdad, querida : ¿ en quién pensabas cuando subí ?

— En Andrés Lhery.

— ¡ En Andrés Lhery !... ¡ Será posible !... Ó estás loca ó te estás burlando de mí... ¡ En Andrés Lhery ! Por lo visto, es cierto lo que me han contado, esa calaverada tuya... (Ahora ya se reía, del todo tranquilizada.) — En fin, siquiera con ése no es de temer ningún encuentro... Pero yo, en tu lugar, soñaría con algo mejor todavía : por ejemplo, me he dejado contar que en la luna hay hombres muy simpáticos ; piénsalo bien, querida ; un habitante de la luna sería de lo más á propósito para ti.

Tenemos que bajar unos veinte peldaños, y nos miran mucho las mujeres que esperan abajo ; nuestras colas,

blanca una y malva la otra, están ahora reunidas entre las enguantadas manos del mono negro que nos sigue. Por fortuna, la ocurrencia de mi querida Djavidia — el habitante de la luna — provoca nuestra hilaridad, con lo cual tenemos ambas la expresión de rostro que es menester, para efectuar nuestra entrada en las salas donde se ha de servir la cena.

Atendiendo á ruegos míos, hay mesas aparte para la gente joven ; en torno de la novia, unas cincuenta comensales de menos de veinticinco años, y casi todas ellas bonitas. También según mi deseo, el mantel está cubierto de rosas blancas, sin tallos ni hojas, y tocándose unas con otras. No ignora usted, Andrés, que ya no se pone aquí el cubierto á la turca ; por consiguiente, servicio de plata á la francesa, porcelana de Sevres y servicio de cristalería de Bohemia, todo ello ostentando mis nuevas iniciales ; nuestro antiguo fausto oriental, en esa comida de bodas, no aparece más que en la profusión de candelabros de plata, todos semejantes, colocados en guirnalda alrededor de la mesa, y tocándose como las rosas. Se me olvidaba : también aparece dicho lujo en la cantidad de esclavas que nos sirven, cincuenta cuando menos, sólo en nuestra sala de la gente joven, todas ellas circasianas, admirablemente adiestradas, y de muy grato aspecto · bellezas rubias y tranquilas, moviéndose con una especie de majestad nativa, como princesas.

Entre las jóvenes turcas sentadas á mi mesa, casi todas de mediana estatura, menudas, con ojos pardos, las damas del palacio imperial que han venido, las « Saraylis », se distinguen por su estatura de diosa, por sus hombros admirables y por sus ojos de color de mar : también éstas son circasianas, circasianas de la montaña, ó del campo, hijas de labrador ó de pastor, compradas, por su belleza, cuando eran pequeñitas ; durante algunos años fueron

esclavas en algún serrallo, y luego, de repente, se convirtieron en grandes damas, pero damas de verdad, por haberse casado con algún chambelán ó algún otro gran señor. Las hermosas Saraylis miran con lástima á las jóvenes urbanas de cuerpo endeble, de tez de cera, ojerosas, á quienes llama ellas « degeneradas » ; el papel de esas hermosas mujeres, y el de millares de hermanas suyas que cada año son vendidas en Constantinopla, consiste en traer, á la antigua ciudad ya cansada, el tesoro de su sangre pura.

Reina la alegría entre las comensales ; hablan y ríen de todo. Una cena de bodas, para nosotras turcas, es siempre una ocasión de olvidar, de desentumecerse y de aturdirse. Además, somos alegres por temperamento, Andrés, puede usted creerme ; tan pronto como una cosa, aunque insignificante, nos distrae de nuestra sujeción, de nuestras diarias humillaciones, de nuestros tormentos, nos reímos como chiquillas. Me han dicho que lo mismo ocurre en los claustros de Occidente, que las monjas sometidas á rigurosa clausura tienen á veces diversiones que á lo sumo interesarían á niñas de escuela primaria. Y una francesa de la embajada, en vísperas de regresar á París me decía :

— Jamás volveré á reirme con tanta gana, ni tan inocentemente, por cierto, como en los harenes de Constantinopla.

Terminada la comida por un brindis con champaña en honor de la novia, las jóvenes de mi mesa propusieron que descansara la orquesta turca y que se tocara música europea. Casi todas ellas son hábiles ejecutantes, y algunas son verdaderas notabilidades ; sus dedos, que tantos y tan largos días tuvieron para ejercitarse, suelen alcanzar á la perfección impecable. Tocan y cantan música de los más grandes genios musicales.

Mas, ¡ ay ! me veo obligada á contestar, aunque con sonrojo, que no hay piano en mi morada. Estupefacción profunda entre mis convidadas, quienes me miran como

diciendo : « ¡Pobrecita, qué 1320 deben de ser en casa de su marido!... ¡Promete ser divertida, la existencia, con semejante familia! »

Las once. Oy ese, en el peligroso empedrado, el manoteo de los caballos; suntuosos carruajes esperan ; la antigua y empinada calle está llena de negros de librea con faroles en la mano. Las convidadas se ponen de nuevo sus velos y se disponen á marcharse. Hasta es ya demasiado tarde para musulmanas, y sin la circunstancia excepcional de una boda de gente principal, no estarían fuera de su casa. Comienzan á despedirse, y la novia, en pie indefinidamente, debe saludar á cada señora y darle las gracias por « haberse dignado asistir á aquella humilde reunión ». Al adelantarse á su vez mi abuela para despedirse, su aire satisfecho expresa claramente : « ¡Por fin la hemos casado, á la caprichosa ! ¡Magnífico negocio ! »

Se van, me dejan sola, en mi nueva cárcel; nada ya que pueda aturdirme : de nuevo me doy cuenta de que se está cumpliendo lo irremediable.

Zeyneb y Melek, mis amadísimas hermanitas, que se han quedado las últimas, se acercan ahora para abrazarme ; no nos atrevemos á cambiar una mirada, por miedo á romper á llorar. También ellas se van, dejando caer sus velos sobre su rostro. Se acabó la fiesta; me siento descendida al fondo de un abismo de soledad y de desconocido... Pero, esta noche, me siento voluntad suficiente para salir de él; con más energía que esta mañana, estoy pronta para la lucha, pues he oído el llamamiento del « Amor con su gesto que abrasa... »

En esto vienen á decirme que el joven bey, mi esposo, se halla arriba, en el salón azul, y que desde hace unos minutos espera el placer de conversar conmigo. (Llega de Khassim-Bajá, de casa de su padre, en donde había comida de hombres.) Bueno; pues también á mí me corre prisa por

verle de nuevo y afrontarlo. Y me voy hacia él, con la sonrisa en los labios, armada de astucia, decidida á asombrarlo, primeramente, á deslumbrarlo, pero con el alma llena de odio y de proyectos de venganza...

. . . . . .

Un ruido de seda detrás de ella, á su lado, la hizo estremecerse : ¡su suegra, que se había llegado sin ruido, cual gata vieja! Por fortuna, era harto anticuada para saber francés, y, además, se le habían olvidado sus anteojos.

— ¡Vamos, queridita, que eso es escribir demasiado!... Pronto hará tres horas que está usted aquí, sentada, sin moverse... Porque ha de saber que ya varias veces he venido de puntillas... Nuestro Hamdí está á punto de regresar de palacio, y sus lindos ojos de usted están cansados para recibirlo... Vaya, vaya, descanse un poco, guarde esos papeles hasta mañana...

Eso de guardar los papeles, no fué menester decírselo dos veces; los metió en un cajón y echó la llave, porque por la puerta del salón acababa de entrar una mujer que sí leía el francés y que tenía una mirada que agujereaba : la bella Durdané (Grano de perla), prima de Hamdí-Bey, recientemente divorciada, y de visita en la casa desde hacía dos días. Ojos pintados, pelo teñido, una cara demasiado bonita, y una malintencionada sonrisa. En ella había presentido ya una pérfida la recién casada. Inútil recomendarle, á ésta, que se acicalara para la llegada de Hamdí, pues era la

coquetería personificada, sobre todo en presencia de su buen mozo de primo.

— Tome, querida, dijo de nuevo la anciana, presentando un estuche ya descolorido, le traigo una joya de mi juventud; como es oriental, no podrá usted decir que ha pasado de moda, y de seguro que hará muy bien sobre el vestido que lleva usted hoy.

Era un collar antiguo; la suegra adornó ella misma con él el cuello de su nuera; eran esmeraldas, cuyo verde, en efecto, se armonizaba deliciosamente con el rosa del traje:

— ¡Qué bien le sienta, hijita, qué bien le sienta!... Nuestro Hamdí, que entiende de colores, la hallará á usted irresistible esta noche...

También deseaba la joven gustarle á Hamdí, pues contaba con sus atractivos como principal medio de lucha y de desquite; mas nada la humillaba tanto como aquella manía de adornarla continuamente: « Queridita, levante un poco ese lindo rizo de pelo, ahí, junto á la oreja; así le resultará usted más seductora á nuestro Hamdí... Queridita, póngase esa rosa té en el pelo; es la flor que nuestro Hamdí prefiere... »

¡Y siempre así, tratada como una odalisca, cual muñeca de lujo, para el mayor agrado del amo!..

Sonrojada, apenas si había dado las gracias por aquel collar de esmeraldas, cuando un negro de servicio vino á decir que el bey estaba á la vista, que llegaba á caballo y que volvía la esquina de la más cercana mezquita. En seguida se levantó la anciana:

— Retirémonos pronto, Durdané, dijo; no molestemos á los recién casados...

Huyeron como dos Cenicientas, y Durdané, volviéndose antes de desaparecer, envió como despedida su malvada sonrisa agresiva.

La joven se acercó á un espejo... Había llegado á la casa de su marido tan blanca como su vestido de cola, tan pura como sus brillantes; durante su vida anterior, por entero consagrada al estudio, lejos del contacto de hombres jóvenes, nunca una imagen sensual había siquiera atravesado su imaginación. Pero las zalamerías cada vez más significativas de aquel Hamdí, el olor sano que despedía su cuerpo, el humo de sus cigarrillos, comenzaban, á pesar de ella, á insinuarle en lo más íntimo de su carne un trastorno jamás sospechado hasta entonces...

En la escalera, el ruido metálico de un sable de caballería : ¡ llegaba *él*, estaba cerquita !... Y de sobra comprendía ya ella que no tardaría en sonar la hora en que se cumpliera, entre aquellos dos seres, esa comunión íntima que, por cierto, no se representaba ella sino de una manera imperfecta... Por vez primera sintió la joven inconfeso deseo de la presencia de su marido, al mismo tiempo que en su alma se manifestaba un nuevo brote de rebelión y de odio al darse cuenta de que deseaba algo de aquel hombre.

V

Tres años después, en 1904.

Andrés Lhery, que, aunque de manera vaga é intermitente, solía formar parte de alguna que otra embajada, acababa de pedir, después de muchas vacilaciones, y de obtener, un puesto que exigiría su presencia en Constantinopla por espacio de unos dos años.

Si había titubeado, era : en primer lugar, porque toda posición oficial representa una cadena, y que tenía empeño en gozar de libertad ; también, porque dos años lejos de su país le parecían más largos que antes, cuando tenía delante de sí casi toda su vida ; y, por fin y sobre todo, porque temía quedar desencantado de la Turquía de nuestros días.

Se decidió, sin embargo, y, un día de marzo, con tiempo obscuro y frío, un buque lo depositó sobre el muelle de la ciudad que tan grata le había sido en otro tiempo.

En Constantinopla, el invierno es interminable. El viento del Mar Negro soplaba, aquel día, furioso y helado, despidiendo copos de nieve. En el abyecto arrabal cosmopolita en donde atracan los buques, y que parece estar allí como para aconsejar á los recién llegados que se marchen cuanto antes, las calles eran cloacas de lodo pegajoso en el que chapoteaban levantinos sórdidos y perros sarnosos.

Y Andrés Lhery, angustiado, con la imaginación muerta, tomó asiento como un condenado en el coche de alquiler que lo llevó, por pendientes apenas posibles, al más vulgar de los hoteles llamados « Palace ».

Pera, en donde su situación le obligaba á vivir esta vez, es un lamentable remedo de ciudad europea, separado por un brazo de mar, y también por algunos siglos, del gran Estambul de las mezquitas y del ensueño. Allí fué donde, á pesar de su deseo de echar á correr, tuvo que resignarse á tomar casa. En el barrio menos pretencioso alquiló un piso de los más altos, no sólo para alejarse más, siquiera como elevación, de las elegancias peroteñas que imperaban abajo, sino también para gozar de una vista inmensa, para ver desde todas sus ventanas el Cuerno de Oro, con la silueta de Estambul erigida sobre el cielo, y, en el horizonte, la obscura línea de los cipreses, los extensos cementerios en donde duerme, desde hace más de veinte años, la humilde Circasiana que fué la amiga de su juventud.

El traje de las mujeres turcas no era el mismo que cuando él estuvo aquí por primera vez : ésta es una de las cosas que al pronto le llamaron la atención. En vez del antiguo velo blanco que dejaba ver los dos ojos y que llamaban ellas *yachmak*, en vez de la larga muceta clara, el *feradjé*, ahora llevaban el *tcharchaf*, especie de dominó casi siempre negro, con un velito negro también que cae sobre la faz y la tapa por completo, incluso los ojos. Verdad que alguna que otra vez levantan ellas ese velito, y enseñan á los transeuntes el óvalo de su cara, lo cual le parecía á Andrés Lhery una innovación subversiva. Fuera de esto, resultaban las mismas fantasmas, con quienes se codea uno por todas partes, pero con quienes está prohibida toda comunicación y á quienes ni siquiera hay que mirar ; las mismas claustradas de quienes no puede saberse nada; las inconocibles, — las inexistentes, podría decirse : en suma, el encanto y el misterio de Turquía. Andrés, en otro tiempo, á consecuencia de una serie de casualidades favorables, imposibles de repetirse en una existencia, había podido, con la temeridad de un niño que ignora el peligro, acercarse á una, — de tan cerca, que se llevó ella un pedazo de su alma. Mas, esta vez, poderosas razones se oponían á que intentara repetir la aventura, y, al cruzarse con mujeres, Andrés las veía pasar como se miran las sombras ó las nubes...

Durante las primeras semanas, no cesó de soplar el viento del Mar Negro, y de caer una lluvia fría, ó

nieve, y recibió invitaciones para comidas y para saraos dados en círculos. Pero comprendió Andrés que semejantes relaciones y semejante género de vida, no sólo le volverían vacía y agitada su nueva estancia en Oriente, sino que también se exponían á estropearle para siempre sus impresiones antiguas, y, quizá, á borrar la imagen de la pobrecita dormida. Desde que estaba en Constantinopla, notaba que sus recuerdos iban resultando imprecisos, ahogándose en la vulgaridad que le rodeaba; parecíale que la gente con quien tenía trato profanaba cada día dichos recuerdos, que los pisoteaba. Y se decidió á marcharse. Inútil decir que su destino, en la embajada, era para él cosa secundaria. Se marcharía.

Desde su llegada, desde hacía unos quince días, varios motivos sin importancia le habían impedido pasar los puentes del Cuerno de Oro para ir á Estambul. Esta gran ciudad que veía él desde su casa, generalmente envuelta en las persistentes nieblas del invierno, seguía siendo para él tan lejana y tan irreal como antes de volver á Turquía. Se marcharía; estaba resuelto á ello. No haría más que ir á pasar un momento allá, bajo los cipreses, junto á la tumba de Nedjibia, y, abandonándolo todo, tomaría de nuevo el camino de Francia; por respeto por el querido pasado, por deferencia religiosa por *ella*, se marcharía completamente desencantado.

El día en que por fin pudo poner el pie en Estambul era uno de los más desesperadamente helados y

obscuros de todo el año, aunque era un día de abril.

Del otro lado del agua, una vez pasado el puente, tan pronto como se halló en la sombra de la gran mezquita vecina, sintió que otra personalidad suya renacía en él, un Andrés Lhery que desde muchos años estuviera muerto y al que de repente le fueran devueltas la conciencia y la juventud. Solo, libre, ignorado de todos entre aquel gentío, conocía los más insignificantes rincones de la ciudad, como si recordara cosas de una existencia anterior. Palabras turcas olvidadas volvían á su memoria; en su cabeza se juntaban frases; de nuevo era alguien de aquí, alguien de Estambul.

Por de pronto, se sintió molestado, y casi ridículo, con su sombrero europeo. Menos por chiquillada que por temor á llamar la atención de algún guardián de cementerio, compró un fez, el cual, según costumbre, fué esmeradamente planchado y ajustado á su cabeza, en una de las numerosas tiendecillas de la calle. También compró un rosario, para llevarlo en la mano, á fuer de buen oriental. Y, deseoso de llegar cuanto antes adonde iba, se metió en un coche de alquiler diciéndole al cochero : « *Edirne kapusuna guetur.* » (Llévame á la Puerta de Andrinópolis.)

Lejos, muy lejos de allí estaba la tal puerta de Andrinópolis, abierta en la gran muralla bizantina, al cabo de barrios que se despueblan, y de calles que se mueren de inmovilidad y de silencio. Érale preciso atravesar casi todo Estambul, y comenzaron por subir

rampas en las que resbalaban los caballos. Primero desfilaron barrios que parecían hormigueros humanos, llenos de gritos y de transacciones comerciales, vecinos del bazar y frecuentados por los turistas. Después vió Andrés, algo desiertas aquel día bajo el cierzo helado, esas especies de estepas que ocupan la meseta central y en las que, por todos lados, hay minaretes y cúpulas. Después llegó á avenidas bordeadas de tumbas, de kioscos funerarios, de exquisitas fuentes, las avenidas antiguas, en las que nada había cambiado; una tras otra pasaron las grandes mezquitas con sus numerosas cúpulas pálidamente grises en aquel cielo que aún no se había despojado del invierno, con sus vastos recintos llenos de muertos, y sus plazas cercadas de cafetines á la antigua, en los que se juntan los soñadores después de la oración. Era aquella la hora en que los cantores llamaban al tercer rezo del día; oíanse sus voces caer desde arriba, desde las frágiles galerías aéreas, vecinas de las frías y obscuras nubes... ¡De modo que aún existía Estambul!... Al hallarlo tal como antes, Andrés, invadido por indecible y deliciosa angustia, sentía algo así como si de nuevo viviera su juventud; cada vez más le parecía estar *revisando*, al cabo de años de olvido y de inexistencia... Y era ella, la circasianita cuyo cuerpo estaba hoy anonadado en la tierra, la que había conservado el poder de hechizar aquel país; ella era la causante de todo, y la que, en aquel momento, triunfaba.

Á medida que se acercaba el coche de la puerta de Andrinópolis, la cual sólo da al infinito mundo de los cementerios, la calle iba resultando más tranquila todavía, entre viejas casuchas enrejadas, y vetustas paredes medio derruídas. Á causa de aquel viento del Mar Negro, no había nadie sentado delante de los humildes cafetines, casi en ruinas. Pero las gentes de aquel barrio, los pocos hombres que paseaban, medio helados, llevaban aún el traje talar y el turbante antiguos. Una tristeza de universal muerte se exhalaba, aquel día, de las cosas terrenales, bajaba del obscuro cielo, salía de todas partes, una tristeza inaguantable, una tristeza que movía á llanto.

Llegado por fin bajo la espesa bóveda partida de aquella puerta de ciudad, Andrés, por prudencia, despidió el coche y salió solo por el campo, — tanto vale decir por el inmenso reino de las tumbas abandonadas y de los cipreses seculares. Á derecha y á izquierda, á lo largo de aquella muralla colosal, cuyos castillejos medio derruídos se alinean á pérdida de vista, sólo tumbas, cementerios sin fin, envueltos en soledad, aletargados de silencio. Después de asegurarse de que el cochero se había marchado, y de que nadie seguía sus pasos para curiosear, Andrés tomó por la derecha y comenzó á bajar hacia Eyub, andando bajo los altos cipreses de ramas blancas cual osamentas secas, y de follaje casi negro.

En Turquía, las piedras tumbales son especies de linderos, con turbantes ó flores en lo alto, lo cual

desde lejos, les da un vago aspecto humano, pareciendo que tienen cabeza y hombros; al principio, recién colocadas, están muy derechas; pero los siglos, los terremotos y las lluvias las desencajan; entonces se inclinan en todos sentidos, se apoyan unas sobre otras como moribundas, acabando por caerse sobre la hierba, en donde quedan acostadas. Los antiquísimos cementerios por donde Andrés pasaba presentaban el tétrico destartalo de un campo de batalla, al día siguiente de una derrota.

No se veía á casi nadie á lo largo de la muralla, en aquella vasta región de los muertos. Hacía demasiado frío. Un cabrero con sus cabras, algunos perros sin amo, dos ó tres viejas mendigas en espera de algún entierro para recibir una limosna: nada más, ninguna mirada indiscreta que temer. Mas las tumbas, los millares de tumbas, simulaban casi muchedumbres, muchedumbres de pequeños seres grisáceos, encorvados y desfallecientes. Y cuervos, que brincoteaban en la hierba, comenzaban á graznar, azotados por aquel viento frío.

Andrés se dirigía por medio de apuntes topográficos, tomados de memoria antiguamente, para dar con la morada de aquella á quien él llamó « Medjé », entre tantas otras moradas casi semejantes que, de uno á otro horizonte, cubrían aquel desierto. Allí era, en aquel grupito de allá; reconocía la disposición y la forma de los cipreses. Y, en efecto, era aquella, á pesar de parecer tener un siglo, era aquella cuyos

monolitos desencajados yacían ahora por el suelo... ¡Qué rápida había sido la destrucción desde la última vez que él vino, desde cinco años apenas!... Ni siquiera aquellas humildes piedras había querido, el tiempo, dejarle á la pobrecita muerta, de tal manera hundida ya en la nada, que, seguramente, no había en todo aquel país un solo ser que se acordara de ella. En la memoria de Andrés, pero sólo allí, persistía aún la agraciada imagen, y, cuando él muriera, ningún reflejo de lo que fué su belleza quedaría en ninguna parte, ninguna traza en el mundo de lo que fué su alma ardorosa y cándida. En el monolito caído en la hierba, nadie vendría á leer su nombre, su verdadero nombre, el cual, por otra parte, ya nada evocaría... Varias veces, en años pasados, se había él acusado á sí mismo de ser un profanador, por haber revelado, aunque bajo un nombre supuesto, un poco de ella misma á millares de indiferentes, en libro demasiado íntimo, que nunca hubiera debido publicarse; hoy, al contrario, agradábale mucho el haber obrado así, á causa de la compasión que dicho libro había despertado á favor de ella, y que quizá siguiera manifestándose, de cuando en cuando, y en varios sitios, por espacio de algunos años todavía, en el fondo de almas desconocidas; es más, hasta sentía ahora no haber dicho cómo se llamaba la joven, pues, de haber revelado aquel nombre, le parecía á él que las compasivas simpatías de los lectores habrían ido más directamente á la querida fantasmita; y, ad-

más, ¿quién sabe? quizá, al pasar al lado del monolito caído, alguna de sus hermanas de Turquía, si por casualidad leía aquel nombre, quizá se detuviera pensativa...

Aquella tarde bajaba rápidamente la luz sobre los cementerios inmensos, tan lleno estaba el cielo de nubes hacinadas, sin un solo claro en ningún sitio. Ante aquella muralla, restos de una muralla sin fin cual de ciudad muerta, la soledad acababa por oprimir el corazón y por dar miedo: una extensión gris, dominada por no muy numerosos cipreses y poblada toda de personajes enanos y caducos, algunos todavía en pie, otros á punto de caerse, y muchos por fin caídos, que resultaban ser monolitos funerarios. Y allí estaba acostada, desde hacía ya años, la circasianita que creyó en el regreso de su amigo; allí estaba, y ya habían pasado veranos, é inviernos, y allí quedaba para siempre, disgregándose sola en el silencio, sola durante las largas noches de diciembre, bajo los sudarios de nieve. Aun ahora mismo, ya no debía de ser nada... Pensaba Andrés con terror en lo que acaso pudiera ser todavía, tan cerca de él bajo aquella capa de tierra: sí, de seguro, ya no era nada, sólo algunos huesos que acababan de desmigajarse, en medio de las profundas raíces, y también, esa especie de bola, más resistente que lo demás, que representa la cabeza, cajita redonda, morada que fué de su alma y de sus pensamientos queridos...

El mal estado en que se hallaba aquella tumba

acrecentaba su inconsolable cariño y su remordimiento ; no podía tolerar que quedara así la morada suprema de su amiga. Como era ésta casi del país, sabía Andrés qué peligros presentaba la empresa : un cristiano tocar á la tumba de una musulmana, en un campo santo... ¡ Á qué astucias de malhechor habría que acudir, á pesar de lo piadoso de la intención !... No obstante, decidió llevar á cabo la empresa ; se quedaría en Constantinopla cuanto tiempo fuera menester para realizar su propósito, meses, si era preciso, y no se marcharía hasta que quedaran repuestas las piedras rotas, hasta ver terminada una obra que pudiese durar...

De regreso á Pera, ya al obscurecer, halló en su casa á Juan Renaud, uno de sus amigos de la embajada, muy joven, y que se entusiasmaba por todo lo de aquel país ; Andrés le tenía verdadero cariño, á causa de la adoración que ambos sentían por el Oriente.

También halló, sobre su mesa, un voluminoso correo de Francia, y un sobre con sello de la estafeta de Estambul ; Andrés comenzó por abrir este sobre.

La carta decía :

Muy señor mío : ¿Recuerda usted que una mujer turca le escribió una vez para manifestarle las emociones que en su alma había despertado *Medjé*, y para solicitar algunas palabras de contestación trazadas por su mano de usted ?

Pues bien, esa misma turca ambiciona algo más hoy día :

quiere verle á usted, quiere conocer al amado autor de aquel libro, leído cien veces, y con creciente emoción cada vez. ¿Quiere usted que tengamos un encuentro el jueves próximo, á las dos y media, en el Bósforo, en el lado de Asia, entre Chibukli y Bajá-Bagtché? Podría usted esperarme en el cafetín que hay cerca del mar, justo en el fondo de la bahía.

Llevaré un tcharchaf obscuro é iré en talika (1); bajaré del coche, usted me seguirá, pero esperará á que yo le hable primero. Conoce usted mi país, y por consiguiente se da cuenta exacta del riesgo que corro. Por mi parte, sé que me dirijo á un caballero, y confío en su *reserva*.

Mas, quizá se haya olvidado de « Medjé », y quizá no le interesen á usted ya sus hermanas...

Caso de que desee usted leer en el alma de la Medjé de hoy, contésteme, y hasta el jueves.

Señora Zahidé.

Lista de Correos, Galata.

Andrés tendió, riéndose, la carta á su amigo, y pasó á las siguientes.

— ¡Permítame que le acompañe, el jueves! suplicó Juan Renaud tan pronto como terminó la lectura de aquella carta. Seré muy juiciosito, añadió en tono de niño, y muy reservado; no miraré...

— ¿Qué, se figura usted que voy á acudir á la cita, cándido amiguito mío?

— ¡Desperdiciar semejante ocasión!... ¡Vaya, que no; tiene usted que ir!

(1) Coche turco de alquiler, de modelo usado en el campo. (También se dice mohadjur.)

— De ninguna manera... eso es alguna broma pesada... La firmante debe de ser tan turca como usted y como yo.

Si continuaba Andrés á mostrarse reacio, era, en cierto modo, para hacerse rogar por su joven confidente, pues, en el fondo, mientras seguía leyendo su correspondencia, le preocupaba la « señora » más de lo que quería aparentar. Por inverosímil que fuese la cita, obedecía á la misma atracción irrazonada que, tres años antes, al recibir la primera carta de aquella desconocida, le había impulsado á contestarle. Y, por otra parte, ¡ qué cosa más extraña, aquel llamamiento que le dirigían en nombre de « Medjé », y justamente aquella noche misma, apenas de regreso de su visita al cementerio, con el alma tan acongojada por el recuerdo de su querida muerta!

VI

Antes de la hora fijada, el jueves 14 de abril, Andrés Lhery y Juan Renaud se hallaban sentados ante el cafetín, con el que en seguida habían dado, á orilla del mar, en el lado de Asia, á una hora de Constantinopla, entre los dos pueblos indicados por la misteriosa Zahidé. Era aquél uno de los escasos rincones solitarios y agrestes del Bósforo, el cual, casi en todo el resto de su extensión, está costeado de casas y de palacios : la señora había sabido escoger. Componían el sitio un prado desierto, algunos plátanos de tres ó cuatro siglos, — de esos plátanos de Turquía, con ramaje de baobab, — y, más cerca, bajando de la colina hasta la tranquila playita, una punta avanzada de esas selvas de Asia Menor, que han conservado sus bandoleros y sus osos.

Un sitio realmente ideal para citas clandestinas. Estaban solos, ante la casucha medio derruída y com-

pletamente aislada que resultaba ser aquel café, cuyo dueño era un pobre vejete de barba blanca. Los plátanos de alrededor, apenas si tenían algunas hojas abiertas; mas el fresco prado estaba ya tan cubierto de flores, y tan hermoso estaba el cielo, que extrañaba aquel viento helado que soplaba sin tregua, — el casi eterno viento del Mar Negro, que estropea todas las primaveras de Constantinopla; aquí, del lado de Asia, estaba uno un tanto resguardado, como de costumbre; pero, enfrente, no paraba un minuto, en la orilla de Europa que se veía allá, al sol, con sus mil casas que se bañaban los pies.

Estaban haciendo tiempo en aquella soledad, fumando narguiles de pobre que el viejo del café les había servido, casi extrañado y receloso de aquellos atildados señores con sombrero, que se habían detenido en un mísero cafetín cuyos parroquianos habituales eran barqueros ó pastores, en aquella estación incierta aún, y con semejante viento.

— Mucha ha sido su amabilidad de usted al aceptar mi compañía, decía Juan Renaud.

— No se apresure á darme las gracias, joven inexperto. Comprenda que si le he traído á usted conmigo ha sido para tener á alguien en quien descargar mi mal humor si no viene la señora, si sale mal la aventura, si...

— En ese caso, tengo que hacer por que salga bien. — (Decía esto haciendo el asustadizo, con una de aquellas sonrisas juveniles que revelaban en él un

alma simpática de niño.) — Mire, justamente, allá, detrás de usted, apuesto á que es ella, esa que viene.

Volvió Andrés la cabeza. Un talika, en efecto, desembocaba de una bóveda de árboles, y llegaba dando vaivenes por el mal asentado sendero. Entre las cortinillas, movidas por el viento, percibíanse dos ó tres formas femeninas, completamente envueltas en negro, incluso la cara.

— Lo menos son doce, objetó Andrés : ¿Le parece á usted, amiguito, que está bien eso de venir tantas para una cita?...

Mas el talika iba casi á pasar delante de ellos... Ya que estuvo cerquita, una diminuta mano enguantada de blanco salió de los obscuros velos é hizo una seña... Por lo visto, eran ellas... ¡Y eran tres!... ¡Tres, qué extraña aventura!...

— Bueno, pues le dejo á usted, dijo Andrés. Sea reservado, como me lo prometió ; no mire. Y, además, pague el gasto del café.

Y se puso á seguir de lejos el talika, el cual, continuando por el sendero desierto, no tardó en detenerse al lado de un grupo de plátanos. Tres fantasmas negras, negras de pies á cabeza, saltaron en seguida sobre la hierba ; eran fantasmas ligeras, muy esbeltas, con colas de seda ; siguieron andando, contra el viento frío que soplaba con violencia y les hacía bajar la frente ; pero andaban con mayor lentitud cada vez, como para invitar al caballero á que las siguiera.

Es menester haber vivido en Oriente para com-

prender el asombro y la emoción de Andrés, y la novedad de su placer al adelantarse así hacia turcas veladas, cuando desde siempre se había acostumbrado á la idea de que era imposible acercarse á aquella clase de mujeres... Pero, ¿no estaba soñando? ¡Le habían llamado, le esperaban, y ellas y él iban á hablarse!...

Ya que le oyeron cerquita, se volvieron:

— ¿Don Andrés Lhery, verdad? preguntó una, con voz infinitamente dulce, tímida, fresca, y que temblaba.

Por toda contestación, saludó; entonces, de los tres tcharchafes negros vió salir tres diminutas manos metidas en guantes de varios botones, que le tendían y sobre las cuales se inclinó sucesivamente.

Tenían cuando menos doble velo sobre el rostro; eran tres enigmas enlutados; tres Parcas impenetrables.

— Dispénsenos, dijo la voz que ya había hablado, si no le decimos nada ó si le decimos tonterías: estamos muertas de miedo... — De sobra se notaba.

— ¡Si supiera usted, dijo la segunda voz, las astucias que representa el que estemos aquí!... Hemos tenido que ir dejando á gente nuestra en el camino, para despistarlos: á negros, á negras...

— ¡Y ese cochero, dijo la tercera, á quien no conocemos y que puede delatarnos!...

Un silencio. El helado viento traspasaba las ropas y cortaba las respiraciones. El agua del Bósforo, que se

veía por entre los plátanos, estaba blanca de espuma; en los árboles, las hojas nuevas, apenas abiertas, eran arrancadas. Sin las florecillas del camino, que se doblaban bajo las colas de los vestidos, se habría creído que aún estaban en invierno. Maquinalmente, iban y venían todos juntos, como amigos que se pasean; pero, aquel lugar apartado, aquel tiempo tan malo, todo aquello era algo lúgubre y más bien de triste presagio respecto de aquel encuentro.

La que primero había hablado, y que parecía la organizadora y la cabeza de aquel peligroso complot, habló de nuevo, diciendo una cosa cualquiera, para romper aquel silencio molesto:

— Ya ve usted, hemos venido tres...

— En efecto, lo veo, contestó Andrés, que no pudo menos de sonreirse.

— No nos conoce usted, y, no obstante, es usted nuestro amigo desde hace años.

— Vivimos con sus libros de usted, añadió la segunda.

— Nos dirá usted si es cierta la historia de « Medjé », preguntó la tercera.

Ahora hablaban todas á la vez, después del mutismo del principio, cual personitas que tienen prisa por dirigir toda especie de preguntas, en el transcurso de una entrevista que no podía ser sino muy corta. Llamábale á Andrés la atención la facilidad y la pureza con que hablaban el francés, así como su audacia, á pesar del visible miedo que las hacía temblar. El viento

alzó casi los velos que encubrían uno de los rostros, y sorprendió el novelista la parte baja de una barbilla y lo alto de un cuello, cosas que tan pronto se ajan en la mujer, y que aquí aparecían adorablemente jóvenes, sin asomo de arruga alguna.

Hablaban todas juntas y sus voces resultaban como música; cierto que aquellos espesos velos, y además el viento, las templaban á modo de sordina; pero el timbre en sí mismo era exquisito. Andrés, que comenzó por sospechar que era juguete de una broma combinada por tres levantinas, no dudaba ya que se las había con tres turcas auténticas; la dulzura de sus voces era un certificado de origen casi seguro, pues, al contrario, tres peroteñas que hubieran hablado al mismo tiempo le habrían parecido tres cacatúas (1).

— Hace un rato, dijo la que interesaba ya más á Andrés, he notado su risa de usted al decirle yo que habíamos venido tres. Pero conste que no me dejó usted terminar mi frase. Quería decirle que, tres hoy, tres la próxima vez, si es que responde usted á nuestro llamamiento, siempre seremos tres, inseparables como esas cotorras, — ya sabe usted á cuáles me refiero, — que por cierto no son más que dos... Otra cosa: no habrá usted de ver nuestras caras, nunca... Somos tres sombritas negras, nada más.

— *Almas*, añadió otra, sólo *almas*, ¿oye usted? para

(1) Con mucho gusto reconozco y afirmo que hay amables excepciones. (*Nota del autor.*)

usted, sólo *almas* seremos; tres pobres almas en pena que necesitan su amistad de usted.

— Inútil distinguirnos unas de otras; pero, en fin, por capricho... : á ver si adivina usted quién de nosotras le ha escrito, la que se llama Zahidé... Vaya, conteste; nos divertiremos un poco.

— Usted misma, señora, contestó Andrés sin parecer titubear. Y así era, y detrás de los velos se las oyó extrañarse, con exclamaciones turcas.

— Bueno; en ese caso, dijo « Zahidé », puesto que ya nos conocemos de antiguo, usted y yo, á mí toca el presentarle mis hermanas. Una vez hecho esto, habremos cumplido con los deberes de la más perfecta corrección. Escuche bien, pues. El segundo dominó negro, el de mayor estatura, se llama Nechedil, y es malo. El tercero, que en este momento está algo apartado de nosotros, se llama Ikbal, y es solapado : desconfíe usted. Desde este momento, procure acordarse del nombre y de las particularidades de las tres.

Inútil decir que los tres nombres eran fingidos; bien lo sospechaba Andrés. El segundo tcharchaf ocultaba la cara simétrica, grave, de mirada un tanto visionaria, de Zeyneb, la mayor de las « primas », de la recién casada. En cuanto al tercero, calificado de solapado, de haber podido Andrés alzar el tupido velo de luto, habría hallado debajo la naricilla respingona y los ojazos risueños de Melek, la joven turca de pelo rojo, la misma que, años antes, había pretendido que no debía de ser ya joven el novelista. Una Melek muy

cambiada por cierto, desde aquel tiempo, por padecimientos precoces y por noches pasadas llorando; pero una Melek tan alegre por naturaleza, que no habían podido sus penas, con ser tantas, apagar la sonoridad de su risa.

— ¿Qué idea se hará usted de nosotras? preguntó « Zahidé », después del silencio que siguió á las presentaciones. ¿Qué género de mujeres se le figura á usted que somos, de qué clase social, de qué mundo?... Vamos, dígalo.

— ... Más tarde contestaré con más precisión. Pero, aun ya desde ahora, no me parecen ustedes ser doncellas de labor.

— ¡Ah!... ¿Y nuestra edad?... Cierto que poca importancia tiene esto, puesto que sólo *almas* queremos ser. Pero, en fin, por deber tenemos que hacerle á usted una confidencia : somos viejas, señor Lhery, muy viejas.

— Eso, ya lo había yo sospechado.

— ¿Verdad que sí?

— ¿Verdad que sí? intervino « Ikbal » (Melek) con tono anegado en melancolía, con bien imitado temblor en la voz. Y añadió : Por más precauciones que se tomen para disimular, imposible ocultar la vejez; se conoce en seguida. — De todos modos, tenga la amabilidad de darnos su parecer, para que veamos si es usted *fisonomista*...

Á causa de los impenetrables velos, la palabra *fisonomista* resultó una chistosa ocurrencia.

— Pero, ¿no les molestará lo que diga?...

— De ningún modo... Estamos tan acostumbradas á abdicar... si supiera usted... Vaya, ánimo, señor Lhery.

— Bien; pues desde luego me han parecido ustedes unas abuelas cuya edad oscila entre, lo menos, lo menos, diez y ocho y veinticuatro años.

Se reían bajo sus velos; en cierto modo les alegraba el que no se las supusiera viejas, mas eran harto auténticamente jóvenes para que pudiera halagarles su contestación.

Azotados por el viento cada vez más furioso, bajo el cielo barrido y claro, se paseaban ahora como antiguos amigos; á pesar de aquel viento que cortaba la palabra, á pesar del ruido de aquel mar que cerca de ellos se agitaba á orillas del camino, comenzaban á manifestarse sus verdaderos pensamientos, dejando ya aparte el tono entre ceremonioso y burlón bajo el cual habían ocultado la inevitable cortedad de las primeras palabras. Andaban lentamente y con el ojo alerta, obligados á inclinarse ó á volverse cuando una ráfaga arreciaba demasiado. Le maravillaba á Andrés el desarrollo intelectual de aquellas jóvenes, y, también, el que se trataran ya unos y otros con relativa confianza, no haciendo más que unos minutos que se conocían.

Casi en seguridad se creían, favorecidos por aquella soledad y aquel mal tiempo, cuando, repentinamente, delante de ellos, allá en el recodo

que hacía el camino, se les apareció el cocó bajo la forma de dos soldados turcos que se paseaban. No podían, los cuatro nuevos amigos, haber tenido un encuentro peor, pues aquellos mozos, bonachones pero de pocas luces, que, en general, vienen de los remotos campos de Asia, en donde se observan rigurosamente los antiguos principios, eran muy capaces de cualquier atropello en presencia de una cosa tan criminal para ellos : ¡ musulmanas en compañía de un hombre de Occidente ! Se detuvieron los soldados, clavados por el estupor, y luego, al cabo de algunas bruscas palabras cambiadas entre ellos, echaron á correr cuanto podían, sin duda para avisar á sus compañeros, ó á la policía, ó, quizá también, para amotinar á la gente del pueblo vecino... Las tres aparicioncitas negras, aterrorizadas, subieron precipitadamente á su coche, el cual salió á galope tendido, en tanto que Juan Renaud, que desde lejos había visto la escena, acudía para prestar su ayuda ; y, no bien hubo desaparecido el coche en la arboleda, los dos amigos tomaron por un sendero que conducía á un sitio cubierto de espesa maleza.

— ¿ Qué tal le han parecido á usted? preguntó Renaud, momentos después, cuando, ya pasada la alerta, caminaban tranquilamente por el bosque.

— Asombrosas...

— Asombrosas, ¿en qué sentido?... ¿ Simpáticas, amables ?...

— Mucho... Pero otro adjetivo las calificaría mejor,

pues son *almas*, según ellas dicen, sólo *almas*... Querido, por vez primera en mi vida he conversado con almas.

— Almas... pero, entendámonos, ¿bajo qué forro?... Mujeres honradas, supongo...

— Sin asomo de duda. Si en su imaginación había usted imaginado ya alguna aventura amorosa á favor mío, puede usted dejarla en cartera para mejor ocasión.

Le preocupaba á Andrés el regreso de las jóvenes. Muy extravagante era lo que se habían atrevido á hacer, aquellas turquecitas, contrario á todos los usos del Islam; pero, después de todo, ¿no resultaba su acción, tan pura como la azucena: una conversación delicada, amena, sin la menor palabra incorrecta, hablar de cosas de alma con un hombre al que ni siquiera enseñan su rostro?... Mucho habría dado Andrés por saber que ya estaban de vuelta á sus casas, encerradas de nuevo detrás de los enrejados del harén .. Mas ¿qué podía intentar á favor de ellas?... Huir, desaparecer, como acababa de hacerlo, y nada más; toda intervención, directa ó indirecta, les hubiera sido fatal.

VII

Esta larga carta fué misteriosamente llevada á casa de Andrés Lhery, al día siguiente por la noche.

Nos ha dicho usted ayer que no conoce usted á la mujer turca de nuestros días. Eso, ya lo sospechábamos nosotras. ¿quién podría conocerla, cuando ella misma se ignora?

Por otra parte, ¿qué extranjeros habrían podido penetrar el misterio de su alma? con más facilidad les revelaría ella el de su rostro. En cuanto á las mujeres extranjeras, algunas han llegado hasta nosotras: pero sólo han visto nuestros salones, que son, hoy día, lo mismo que los de Europa; el lado exterior de nuestra vida.

Pues bien, ¿quiere usted que le ayudemos á usted á descifrarnos, si toda vez es esto posible? Por de pronto, nos hemos dado mutua prueba de que podemos ser amigos; sepa usted que queríamos enterarnos de si había algo más que talento detrás de sus cinceladas frases... ¿Nos habremos equivocado al imaginarnos que, en el momento de alejarse usted de aquellas fantasmas negras que tanto peligro corrían, latía más de prisa su corazón, movido quizá por la curiosidad, ó por la decepción, ó acaso por sincera compa-

sión ; pero que, de todas maneras, sentía usted algo más que la habitual indiferencia que suele seguir á un encuentro vulgar ?

Y, además, y sobre todo, teníamos la evidencia de que se daba usted cuenta exacta de que aquellos bultos sin forma ni gracia no eran mujeres, como nosotras mismas se lo decíamos, sino *almas*, *un alma;* la de la musulmana nueva, cuya inteligencia se ha libertado, y que padece, pero amando el padecimiento libertador, y que ha ido hacia usted, su amigo de ayer.

Ahora, para conseguir usted ser su amigo de mañana, es preciso aprender á ver en ella algo más que una amable aventura de viaje, una linda figura que represente una grata jornada de su vida de artista. Que deje ya de ser para usted la jovenzuela que usted deseó, tanto por curiosidad como por inclinación verdadera, la amante á la que tan feliz hacía la limosna de su ternura. Le será á usted preciso, si desea ser amado de ella, recoger las primeras vibraciones de su alma que por fin despiertà.

Su « Medjé » de usted está en el cementerio. Gracias en su nombre, y en nombre de todas, por las flores que arrojó usted sobre la tumba de la tierna esclava. En aquellos días de su juventud de usted, no tuvo más que alargar la mano para recoger sin esfuerzo la felicidad. Mas la circasianita que, por arrebato, se echó en sus brazos, ésa ya no existe, y ha llegado el tiempo en que, hasta para la musulmana misma, el amor de instinto y el amor de obediencia han cedido su puesto al amor de *elección*.

Y también para usted ha llegado el momento de buscar y de describir en el amor algo más que el lado pintoresco y sensual. Pruebe, por ejemplo, á exteriorizar hoy día su corazón hasta hacerle sentir la amargura del tormento supremo que de continuo nos acongoja : no poder amar sino un ensueño.

Pues, todas, estamos condenadas á no amar de otro modo.

¿Usted sabe, verdad, de qué manera nos casan?... Y, sin embargo, ese remedo de matrimonio á la europea, instalado desde hace una generación en nuestras moradas occidentalizadas, en sitios en donde antes reinaban los divanes de raso y las odaliscas, representa ya un progreso que nos halaga, — por más que resulte aún muy frágil, semejante matrimonio, amenazado á cada momento por el capricho de un esposo voltario, que puede romperlo, ó introducir en él una extraña. — Nos casan pues sin pedirnos nuestro parecer, cual si fuéramos ovejas ó yeguas. Cierto que el hombre que la casualidad nos da es, con relativa frecuencia, sensible y bueno; pero no *lo hemos escogido nosotras*. Andando el tiempo, le somos adictas, pero esa adhesión no es amor· entonces, nacen en nosotras sentimientos que echan á volar y van á posarse muy lejos á veces, pero siempre ignorados de todos excepto de nosotras mismas. Amamos; pero amamos con nuestra alma, con otra alma; nuestro pensamiento se adhiere á otro pensamiento, nuestro corazón se hace esclavo de otro corazón. Y ese amor no pasa del estado de ensueño, porque somos honradas, y, más que nada, porque ese ensueño nos es demasiado grato para que corramos riesgo de perderlo al tratar de realizarlo. Y ese amor resulta inocente, y lo sigue siendo, como, por ejemplo, nuestro paseo de ayer en Bajá-Bagtché, con aquel terrible viento.

Tal es el secreto del alma de la musulmana, en Turquía, el año de 1322 de la hegira. Nuestra educación actual ha producido esa duplicación de nuestro ser.

Más extravagante que nuestro encuentro va á parecerle esta declaración... Nos divertíamos de antemano pensando en lo grande que iba á ser su sorpresa. Primero creyó usted en una mistificación. Luego, acudió á la cita, indeciso aún, propenso á creer en una aventura, y quizá deseándola;

tenia usted la vaga esperanza de encontrarse con una Zahidé escoltada de esclavos complacientes, deseosa de ver de cerca á un autor célebre, y no muy reacia para alzarse el velo.

Y se encontró usted con *almas*.

Y esas almas serán amigas de usted, si sabe usted serlo de ellas.

Firmado: Zahidé, Nechedil é Ikbal.

TERCERA PARTE

VIII

Historia de « Zahidé » desde su matrimonio hasta la llegada de Andrés Lhery.

Las caricias del joven bey, que le resultaban más dulces cada vez, habían poco á poco adormecido sus proyectos de rebelión. Al mismo tiempo que reservaba su alma, había ella dado muy completamente su cuerpo á aquel lindo amo, á pesar de no ser éste más que un niño mimado, de un egoísmo disimulado bajo mucha distinción mundana y mucha simpática zalamería.

¿Era para Andrés Lhery para quien seguía guardando su alma? Ni siquiera lo sabía ella misma, porque, con el tiempo, se había dado cuenta de lo infantil que resultaba aquel ensueño. De día en día pensaba menos en él.

Se había casi resignado á su nuevo claustro; y hasta le hubiera resultado tolerable la vida, de no ha-

berse, el tal Hamdi, al cabo de dos años de matrimonio, casado también con Durdané, con lo cual resultaba tener dos mujeres, situación ya demodada en Turquía. Entonces, para evitar toda escena inelegante, la joven había sencillamente pedido, y conseguido, que le permitieran retirarse durante dos meses á Khassim-Bajá, á casa de su abuela, con objeto de examinar la nueva situación y de preparar con calma lo que más convenía hacer.

Se marchó, pues, en silencio una noche, decidida á todo antes que regresar á aquella casa, para desempeñar en ella el papel de odalisca al que querían, cada vez más, someterla.

También Zeyneb y Melek acababan de regresar á Khassim-Bajá; Melek, al cabo de meses de tormento y de lágrimas, se había divorciado de un marido abominable; y la muerte había por fin librado á Zeyneb del suyo, al cabo de año y medio de lamentable cohabitación con un valetudinario que le repugnaba en todos sentidos. Irremediablemente heridas, y casi al mismo tiempo, en la flor de su juventud, desfloradas, cansadas de todo, magulladas, siquiera habían podido, en medio de tanta tristeza, hallar de nuevo, y estrechar más aún, su intimidad de hermanas.

La noticia de la llegada de Andrés Lhery á Constantinopla, reproducida por los diarios turcos, las había dejado estupefactas; pero, al mismo tiempo, su antiguo Dios había caído de su pedestal: ¡de modo que aquel hombre era alguien como todo el mundo;

era un subordinado, un empleado de embajada; tenía una profesión, y, sobre todo, tenía *una edad!*... Y entonces se divertía Melek en pintarle á su prima al personaje de sus antiguos ensueños como siendo un caballero viejo y calvo, y probablemente obeso.

— ¿Andrés Lhery? les contestaba días después una amiga de ellas cuyo marido pertenecía á la embajada de Inglaterra, que había tenido ocasión de ver al novelista, y á la que pedían ellas detalles sobre el hombre, ¿Andrés Lhery? pues, generalmente, es inaguantable. Cada vez que despega los labios parece hacer un favor. En sociedad, se aburre con ostentación... En cuanto á obeso ó calvo, eso no; me veo obligada á concederle que tiene buen pelo y que no tiene vientre...

— ¿Su edad?

— ... No tiene edad... Varía ésta de veinte años en el espacio de una hora... Merced á lo mucho que se cuida, y á su elegancia, consigue aún aparentar juventud, sobre todo si consiguen divertirlo, pues tiene risa y encías de niño... Hasta tiene ojos de niño: lo he notado precisamente en esos momentos... Fuera de esos minutos de distracción, altanero, muy pagado de su persona, y casi siempre en las nubes... Ya habrá podido ver lo que dicen de él los periódicos...

Á pesar de tales indicaciones, habían, las tres jóvenes, acabado por decidirse á tentar la enorme aventura de ir á él, para romper la desesperada monotonía de su vida.

De todas maneras, en el fondo de su alma persistía un poco de la antigua adoración, de cuando él era, para ellas, un ser que se cernía sobre la tierra, que vivía en las nubes. Y, además, para darse á sí mismas un motivo razonable que legitimara la intentona, se decían : « Le pediremos que escriba un libro á favor de la mujer turca de hoy ; de esa manera, acaso seamos útiles á centenares de nuestras hermanas, magulladas y pisoteadas como nosotras. »

IX

Rápidamente, desde la tarde de la atrevida entrevista, había llegado la primavera, esa primavera brusca, deliciosa y de corta duración, tan característica en Constantinopla. De repente acababa de cesar aquel hasta entonces interminable viento del Mar del Norte, con lo cual quedaba uno como sorprendido al descubrir que aquel país, tan meridional en suma como el centro de Italia ó de España, podía también, en ciertas épocas, ser deliciosamente luminoso y tibio. En el Bósforo, en los malecones de mármol de los palacios ó en las vetustas casuchas de madera que de continuo bañan en el agua, hubo inmensa y repentina borrachera de sol. Y Estambul, en el ambiente ya seco y claro, volvía á su indecible languidez oriental; el pueblo turco, soñador y contemplativo, vivía ya fuera, sentado delante de los millares de cafetines silenciosos, en torno de las mezquitas, cerca de las fuentes,

bajo los emparrados, bajo las glicinas, bajo los plátanos; millares y millares de narguiles, á lo largo de las calles, exhalaban su humo, que movía al ensueño, y las golondrinas deliraban de alegría en torno de los nidos. Las vetustas tumbas, las grises cúpulas, bañaban en una calma sin nombre, que parecía inalterable, cual si nunca hubiera debido acabar. Los puntos más lejanos á que alcanzaba la vista, ya del lado de Asia, ya del inmóvil Mármara, resplandecían.

Andrés se aficionaba otra vez al Oriente turco, quizá con más melancolía que en tiempo de su juventud, pero con tan íntima pasión. Y, un día en que estaba sentado á la sombra, entre centenares de soñadores con turbante, muy lejos de Pera y de las agitaciones modernas, en el centro mismo, en el corazón fanático del Viejo Estambul, Juan Renaud, su ahora habitual compañero de turquería, le preguntó á boca de jarro:

— ¿Y las tres fantasmitas de Tchibukli, no hay novedad?

Ocurría esto ante la mezquita de Mehmed-Fatih, en una plaza grande, antiquísima, adonde no van nunca los europeos, y en el momento en que los cantores llamaban al rezo, desde lo alto de los gigantescos husos de piedra que son los minaretes: voces casi lejanas, á fuerza de estar por encima de las cosas terrenales, de perderse en las limpideces azules de arriba.

— ¿Las tres turquecitas? contestó Andrés; no,

nada desde la carta que le enseñé á usted... Yo, supongo que terminó la aventura y que ya, ni se acuerdan.

Decía esto con fingida indiferencia ; pero, en el fondo, el asunto aquel había turbado su paz contemplativa, pues al ver que pasaban días sin nueva comunicación de las jóvenes, sentíase muy apenado pensando que quizá no oyera más la voz de « Zahidé », con su timbre tan extrañamente dulce bajo el velo... Ya se había alejado el tiempo en que estaba seguro de producir buena impresión ; nada le angustiaba tanto como la huída de su juventud, y se decía tristemente : « Se hacían la ilusión de ver á un hombre joven ; ¡ qué desengañadas han debido de quedar ! »

La última carta de las tres turcas terminaba con estas palabras : « Seremos sus amigas, si usted quiere. » Por él, con muchísimo gusto. Pero, ¿ dónde poderse comunicar con ellas ? En un laberinto tan inmenso y tan suspicaz como el de Constantinopla, buscar á tres mujeres turcas de quienes no se conoce el nombre ni la cara, vale tanto como acometer aquellas tareas imposibles é irónicas que los genios malos solían proponer á los héroes de cuentos fabulosos...

X

Aquel mismo día, en aquel mismo instante, la misteriosa turca que había organizado la entrevista de Tchibukli, se disponía á pasar el temible umbral de Yldiz, para jugar una partida suprema en aquel imperial palacio. Del otro lado del Cuerno de Oro, en Khassim-Bajá, detrás de los opresores enrejados, en su antiguo cuarto de soltera, de nuevo ocupado ahora por ella, estaba muy ocupada frente á un espejo. Un traje de seda gris y plata, con cola de corte, recién llegado de una casa de fama de París, la hacía más esbelta aún que de costumbre. Quería ser muy bonita aquel día, y sus dos primas, tan preocupadas como ella por lo que resultara de aquella visita, sin una palabra la ayudaban á engalanarse. El vestido sentaba muy bien; no menos bien sentaban los rubíes, sobre el gris impreciso del vestido. Además, ya era hora... La cola fué alzada por medio de una cinta sujeta en la

cintura, lo cual es, en Turquía, una regla de etiqueta para presentarse en palacio ; pues, aunque es obligatoria dicha cola, ninguna mujer, á no ser princesa de la sangre, tiene derecho á barrer con ella las suntuosas alfombras de palacio. Después cubrieron la cabeza de la joven con un yachmak, velo de muselina blanca que las grandes damas llevan todavía, en coche ó en caique, en ciertas ocasiones especiales, y él es de rigor, como el vestido de cola, para entrar en Yldiz, en donde no sería recibida ninguna mujer que se presentara con tcharchaf.

Había llegado la hora ; « Zahidé », después de besar á sus primas, bajó para meterse en su berlina negra de dorados faroles, á la que estaban enganchados caballos negros, con chapas de oro en los arneses. Y se marchó, con las cortinillas echadas ; al lado del cochero estaba el inevitable eunuco.

He aquí de qué desgracia, fácil de prever, se hallaba hoy amenazada : habían expirado los dos meses de retiro consentidos por la suegra, y ahora Hamdí reclamaba imperiosamente á su mujer. Cuestión de fortuna acaso, pero también cuestión de amor, pues de sobra había él comprendido que *ella* era el verdadero encanto de su morada, á pesar del imperio ejercido por la otra sobre sus sentidos. Y quería tenerlas á las dos.

En tal situación, sólo el divorcio era la mejor de las soluciones. Pero, ¿á quién acudir para obtenerlo?... Su padre, al que poco á poco había ella devuelto su

ternura, la habría protegido cerca del Sultán; pero hacía ya un año que dormía en el cementerio de Eyub. Quedaba su abuela, ya demasiado anciana para tales empresas, y, sobre todo, harto 1320 para comprender: en su tiempo, ninguna musulmana se extrañaba de ver á otras dos ó tres mujeres compartir con ella el cariño del dueño absoluto de todas ellas. ¡Europa era la que, con las institutrices y la irreligión, había introducido la moda nueva de que cada hombre se contentara con una esposa!...

Desesperada, « Zahidé » imaginó ir á echarse á los pies de la Sultana madre, conocida por su bondad, y en seguida le había sido concedida audiencia á la hija de Tewfik-Bajá, mariscal de la corte.

Después de franquear el extenso recinto de los parques de Yldiz, el coche llegó ante una verja cerrada, que era la de los jardines de la Sultana. Un negro, con una voluminosa llave en la mano, vino á abrir, y el coche, detrás del cual una banda de eunucos, con librea de la « Validé », corrían ahora para ayudar á la visitadora á bajar, penetró en las avenidas adornadas de flores, para detenerse frente á la puerta de honor.

La linda suplicante conocía el ceremonial de introducción, por haber venido ya varias veces á las grandes recepciones de la buena princesa, en época del Bairám. En el vestíbulo halló, cual lo esperaba, una treintena de esclavas muy jóvenes y de maravillosa belleza, vestidas todas lo mismo, colocadas en

dos hileras para recibirla; después de haberse inclinado al mismo tiempo, para saludar á la recién llegada, las esclavitas la rodearon precipitadamente, cual vuelo de pajarillos acariciadores y ligeros, llevándola al « salón de los yachmaques », en donde cada dama ha de entrar primeramente para quitarse el velo. Allí, sin una palabra, y con suma habilidad, las chicuelas le quitaron las muselinas, sujetas por numerosos alfileres, y se halló ya lista para la visita, sin que un solo rizo se hubiera movido, bajo el turbante de gasa imponderable que se coloca muy alto, á modo de diadema, y que es de rigor en la corte, pues sólo las princesas de la sangre pueden presentarse con la cabeza totalmente descubierta. El ayudante de campo vino después á saludarla y á conducirla á un salón de espera; por supuesto, que el tal ayudante era una mujer, pues no hay hombres en la morada de la sultana; una joven esclava circasiana, escogida siempre por su elevada estatura y su impecable belleza, que lleva levita de paño militar con agujetas de oro, larga cola, recogida en la cintura, y gorrilla de oficial con galones de oro. En el salón de espera, la Tesorera fué la que, según rito, vino á hacerle un momento compañía á la recién llegada: circasiana también, desde luego, puesto que no se admiten á turcas para el servicio de palacio; pero una circasiana de buena familia, para ocupar un puesto tan altamente considerado; con ésta, que pertenecía á la buena sociedad, fué menester conversar... Mor-

tales le resultaban á « Zahidé » todas aquellas minuciosas y pesadas ceremonias; y á medida que iba pasando tiempo, iban menguando su esperanza y su resolución...

A punto de entrar en aquel salón en que tan difícil era ser admitida, y en el que se hallaba la madre del califa, temblaba la joven como si tuviera violenta calentura.

Un salón de un lujo completamente europeo, salvo los maravillosos tapices y las inscripciones del Islam; un salón alegre y claro, dando desde muy alto al Bósforo, el cual se veía, luminoso y resplandeciente, por entre los enrejados de las ventanas. Cinco ó seis personas con traje de corte, y, al fondo, sentada, la buena princesa, que se levantó para recibir á la recién llegada. Los tres profundos saludos, como para las Majestades Occidentales; pero, el tercero, una prosternación completa, de rodillas y con la cabeza inclinada hasta casi el suelo, como para besar el borde de la falda de la señora, quien, en seguida, con franca sonrisa, le tendía las manos para que se levantara. Allí estaba uno de los hijos del Sultán (los cuales tienen, como el Sultán, derecho á ver á las mujeres con la cara descubierta). También había dos princesas de la sangre, menudas y graciosas, sin nada en la cabeza, con la larga cola suelta. Y, por fin, tres damas con turbantito, colocado sobre muy rubia cabellera, con la cola recogida en la cintura; tres « Saraylis », en otro tiempo esclavas de aquel mismo palacio, y luego

grandes damas á consecuencia de su matrimonio, las cuales, desde hacía algunos días, estaban de visita en casa de su antigua ama y bienhechora, habiendo conquistado el derecho. por ser Saraylis, de visitar á todas las princesas aun sin ser invitadas, como quien va á ver á su propia familia. Así es cómo se entiende la esclavitud en Turquía, y más de una esposa de nuestros socialistas intransigentes podría venir á tomar provechosas lecciones en los harenes, para luego tratar á su doncella, ó á su institutriz, como las señoras turcàs tratan á sus esclavas.

Uno de los atractivos de las verdaderas princesas es ser afectuosas y sencillas; pero acaso ninguna supere á las de Constantinopla en sencillez y dulce modestia.

— Queridita, dijo alegremente la Sultana, bendigo la buena suerte que la trae á usted aquí. Y sepa que ya no se marcha de aquí en todo el día; abusaremos para pedirle que nos toque algunos trozos de música; es usted demasiado artista para que nos privemos de semejante placer.

Tiernas bellezas que aún no se habían mostrado (las jóvenes esclavas dedicadas á los refrescos) efectuaron su entrada trayendo, sobre bandejas de oro, cajas de oro, café, jarabes y dulce de rosas; y la Sultana encaminó la conversación sobre alguno de los sujetos más recientes, que nunca dejan de filtrarse hasta el fondo de los serrallos, aun de los más herméticamente cerrados.

Mas no podía la visitante disimular del todo su

agitación; de sobra se veía que necesitaba hablar, implorar.... Con simpática reserva, el príncipe se retiró; las princesas y las hermosas Saraylis, so pretexto de mirar algo en lo más lejano del Bósforo, se fueron á una de las enrejadas ventanas de un salón vecino.

— ¿Qué ocurre, querida niña? preguntó entonces en voz baja la Sultana, inclinada maternalmente sobre « Zahidé », la cual se dejó caer á sus rodillas.

Los primeros minutos fueron de creciente y tremenda ansiedad, cuando la simpática rebelde, que buscaba ávidamente en el rostro de la Sultana el efecto de sus confidencias, notó que no comprendía y que se asustaba. Los ojos, llenos de bondad, no decían que no; pero parecían decir: « ¡Un divorcio, y un divorcio tan poco justificado! ¡Vaya un asunto difícil!... Haré lo que pueda... Pero, en semejantes condiciones, jamás mi hijo concederá lo que se le pide... »

Y « Zahidé », ante aquella negación que, después de todo, no se formulaba, creía que la alfombra y el piso temblaban y se abrían, y se veía perdida, cuando, de repente, algo así como un calofrío de terror religioso pasó por todo el palacio; corrían, en los vestíbulos, con pasos ahogados; todas las esclavas, á lo largo de los pasillos, con crujidos de seda, caían prosternadas... Y un eunuco se precipitó en el salón, anunciando, con voz que el temor volvía más aguda que de costumbre:

— ¡Su Majestad Imperial!...

Apenas había pronunciado este nombre que hace inclinarse las cabezas, cuando, en el umbral, asomó el Sultán. La suplicante, que seguía de rodillas, encontró y sostuvo, por espacio de un segundo, aquella mirada, que directamente se bajaba sobre la suya; después, perdiendo conocimiento, cayó del todo, pálida como una muerta, en medio de la nube plateada de su hermoso vestido...

El que acababa de aparecer en aquella puerta era el hombre más inconocible para la masa de las almas occidentales, el califa de las responsabilidades sobrehumanas, el hombre que lleva en su mano el inmenso Islam y tiene que defenderlo, así contra la coalición encubierta de los pueblos cristianos como contra el torrente de fuego del tiempo; el hombre que, hasta el fondo de los desiertos de Asia, se llama « la sombra de Dios ».

Aquel día, quería sencillamente visitar á su madre venerada, cuando halló la angustia y la ardiente súplica en la expresión de la joven arrodillada. Y aquella mirada penetró su corazón misterioso, endurecido á veces por el peso de su pesado sacerdocio, pero que, en cambio, no se cierra á íntimas y exquisitas compasiones, tan ignoradas de todos. Con un gesto designó la desmayada á sus hijas, quienes, inclinadas aún en su profundo saludo, no la habían visto desplomarse, y las dos princesas de largas colas sueltas levantaron en sus brazos, tiernamente, como si fuera una her-

mana de ellas, la joven de cola recogida, la cual, sin saberlo, acababa de ganar su causa con sus ojos.

Cuando, al cabo de un gran rato, volvió en sí « Zahidé », ya el califa se había marchado. Recordando de repente, miró en torno suyo, incierta de haber visto en realidad, ó sólo en ensueños, la temible presencia. No, no estaba allí el califa. Mas la Sultana madre, inclinada sobre ella y cogiéndole las dos manos, le dijo afectuosamente :

— Serénese, hija mía, y sea usted feliz : mi hijo me ha prometido firmar mañana un iradé qué le devolverá su libertad.

Al bajar la escalera de mármol, sentíase ligera, como ebria, y vibrante, cual pájaro al que acaban de abrirle la jaula. Sonreía á las lindas muchachas de los yachmaques, que habían acudido para ponerle su velo, y que en un minuto restablecieron, con muchos alfileres, sobre su pelo y su rostro, el tradicional edificio de gasa blanca.

No obstante, ya en su berlina negra y oro, mientras sus caballos trotaban gallardamente hacia Khassim-Bajá, sintió la joven que una nube empañaba su alegría. Estaba libre, sí, y su orgullo estaba vengado. Mas, ahora lo notaba, un obscuro deseo la tenía aún sujeta á aquel Hamdí, de quien se creía ella librada para siempre.

« Esto es bajo y humillante, se dijo entonces la joven, pues ese hombre no ha tenido nunca lealtad ni ternura, y no le quiero. Preciso es que me haya pro-

fanado y envilecido sin remisión, para que recuerde yo con gusto sus caricias más íntimas. Por más que hago, ya no me pertenezco por completo, puesto que me mancha ese recuerdo. Y si, más tarde, hallo en mi camino á otro hombre con quien me encariñe, sólo mi alma será digna de serle ofrecida; y nunca le daré otra cosa, nunca... »

XI

Al día siguiente, le escribía á Andrés:

Si hace bueno el jueves, ¿quiere usted que nos veamos en Eyub? Hacia las dos, en caique, llegaremos á las gradas que bajan hasta dentro del agua, justo al cabo de la avenida con piso de mármol que conduce á la mezquita. Desde el cafetito que hay allí podrá usted vernos desembarcar, y supongo que reconocerá usted á sus nuevas amigas, las tres fantasmitas negras del otro día. Puesto que suele usted ponerse el fez, póngaselo aquel día, y así habrá menos peligro. Iremos derechas á la mezquita, en donde entraremos un momento. Nos esperará usted en el patio. Entonces, eche usted á andar y le seguiremos. Usted conoce Eyub mejor que nosotras; dé con un rincón (quizá en las alturas del cementerio) en donde podamos conversar en paz.

Y justamente hacía muy hermoso, aquel jueves, bajo un cielo de subida melancolía azul. El calor se

había manifestado de repente, después de aquel largo invierno, y los perfumados olores de Oriente, dormidos mientras duró el frío, por todas partes se habían despertado.

Inútil era recomendarle á Andrés el ponerse un fez para ir á Eyub, pues, en recuerdo del pasado, jamás hubiese querido presentarse de otra manera en aquel barrio, en donde había vivido. Desde su regreso á Constantinopla, era aquella la primera vez que volvía allí, y, al salir del caique, al poner el pie sobre aquellos peldaños, que seguían siendo los mismos, ¡con qué emoción lo reconoció todo, en aquel rincón escogido, que conservaba aún tanto color local! El vetusto cafetín, casucha de madera carcomida, que se adelantaba hacia el agua tranquila, no había cambiado desde la época de su juventud. En compañía de Juan Renaud, que también llevaba fez, y que tenía por consigna el no hablar, cuando entró á tomar asiento en la antigua salita, en donde penetraban por todas partes el aire puro y la frescura del golfo, había allí, sobre los humildes divanes cubiertos de indiana bien lavada, gatos muy mansos que dormían al sol, y tres ó cuatro personajes con traje talar y turbante que contemplaban el cielo azul. En todos aquellos contornos reinaban aquella inmovilidad, aquella veloz huída del tiempo, aquella sabiduría resignada y muy dulce, que sólo se encuentran en el país del Islam, en la irradiación aisladora de las mezquitas santas y de los vastos cementerios.

Se sentó sobre un diván, con su cómplice de aventura peligrosa, y pronto el humo de sus narguiles se mezcló con el de los demás soñadores; eran éstos imanes, y habían saludado á la turca á los recién llegados, no creyéndolos extranjeros; á Andrés le alegraba aquella equivocación, favorable para sus proyectos.

Desde allí veían de lleno el reducido y tranquilo desembarcadero, adonde sin duda iban ellas á llegar; un musulmán de barba blanca, que era el vigilante, efectuaba la sencillísima tarea que le incumbía: con la punta de su bichero dirigir el abordamiento de los pocos caiques que se presentaban, y se veía cabrillear suavemente el agua de aquel golfo muy encerrado, sin mareas, bañando de continuo las gradas seculares.

Aquel fondo del Cuerno de Oro parece el fin del mundo; no es camino para nada. Tampoco por los ribazos puede irse muy lejos; todo expira en aquel sitio: el brazo de mar y el movimiento de Constantinopla; todo, allí, es viejo y desechado, al pie de los cerros áridos, de un color pardo de desierto, llenos de sepulturas. Á más del cafetín en que esperaban, había algunas casuchas de madera, medio caídas, un vetusto convento de dervises volteadores, y, luego, ya nada, nada más piedras tumbales, en una soledad.

Vigilaban los caiques ligeros, que de cuando en cuando abordaban, viniendo de la orilla de Estambul ó de la de Khassim-Bajá, trayendo fieles para la mezquita, para las tumbas, y, también, habitantes de

aquel apacible arrabal. Vieron desembarcar dos dervises; luegos señoras-fantasmas negras, pero que andaban encorvadas y con paso lento; y luego, piadosos ancianos con turbante verde. Por encima de las cabezas de los dos amigos, los reflejos del sol sobre la superficie removida venían á bailar en el techo de madera, haciendo como dibujos de muaré, cada vez que un nuevo caique removía el espejo del agua.

Por fin, á lo lejos se vió algo que se parecía mucho á las jóvenes esperadas: en un caique, sobre el luminoso azul del golfo, tres siluetitas negras, que, aun á aquella distancia, denotaban esbeltez y elegancia.

En efecto, eran ellas. Muy cerca de ellos, bajaron, los reconocieron sin duda á través de sus tupidos velos, y se encaminaron lentamente, sobre las losas blancas, hacia la mezquita. Ellos, por supuesto, no hicieron un movimiento, atreviéndose apenas á seguirlas con la mirada por aquella avenida siempre desierta, pero tan sagrada, y rodeada de tantos eternos recuerdos.

Largo momento después, sin prisa, con aire indiferente, Andrés se levantó, y, lentamente, á imitación de ellas, tomó por la hermosa avenida de los muertos, costeada de kioscos funerarios, que son especies de rotondas de mármol blanco, de arcadas, cual series de pórticos cerrados por verjas de hierro... Ante aquellos kioscos, el que se detenga para mirar por las ventanas, verá en el interior, en la penumbra, numerosos catafalcos verdes, adornados con bordados antiguos. Detrás de las rejas de las arcadas hay tum-

bas á cielo abierto, que se ven por todas partes, hacinadas; sepulcros todavía magníficos, altos monolitos de mármol, tocándose unos con otros, misteriosamente xquisitos de forma, y cubiertos de arabescos, de inscripciones doradas, en medio de verdura, de rosales, de flores silvestres, y de crecidas hierbas. También entre las losas de la avenida sonora crece la hierba, y al llegar á la mezquita, se halla uno en una penumbra verde, porque las ramas de los árboles forman una bóveda.

Al llegar, miró Andrés si estaban en el patio las tres mujeres: no, nadie todavía. Muy sombreado, aquel patio, bajo soportales, bajo plátanos seculares; los azulejos antiguos brillaban á trechos sobre las paredes, con un reflejo de sol filtrado entre hojas; por el suelo se paseaban pichones y cigüeñas de la vecindad, con mucha confianza en aquel sitio tranquilo, en el que los hombres no piensan más que en rezar. Por fin se alzó el pesado cortinón que ocultaba la entrada del santuario, y las tres fantasmitas negras salieron.

« Eche usted á andar, que le seguiremos », había escrito Zahidé. Tomó, pues, la delantera, con paso algo indeciso, y entró, por senderos fúnebres y suaves, siempre entre soportales enverjados que dejaban ver la multitud de las piedras tumbales, en una parte más humilde, y también más antigua y más desmoronada, del cementerio, en la que los muertos resultan algo así como si estuviesen en una selva virgen. Llegó á

poco al pie del cerro, y se puso á subirlo. Á unos veinte pasos, seguían las mujeres, y, mucho más lejos, Juan Renaud, encargado de estar en acecho y de dar la señal de alarma.

Subían, sin por eso salir de los infinitos cementerios, que cubren todas las alturas de Eyub. Y, poco á poco, un horizonte de Mil y una Noches se desarrollaba alrededor; pronto verían á toda Constantinopla que surgía en lontananza, por encima del cruce de las ramas, como para subir con ellos. Aquello ya no era un soto, como en la parte baja, en torno del santuario, unos cuantos arbustos y plantas; no, sobre aquel cerro, la hierba era rara, y entre las innumerables tumbas no había más que cipreses gigantes que dejaban entre ellos mucho aire, mucha vista.

Los cuatro habían llegado ya á lo alto de aquella tranquila soledad; Andrés se detuvo, y las tres esbeltas formas sin cara le rodearon :

— ¿Pensaba usted volvernos á ver? preguntaron ellas casi al mismo tiempo, con sus simpáticas voces hechiceras, tendiéndole la mano.

Á lo cual contestó Andrés algo melancólicamente :

— ¿Sabía yo si volverían ustedes?

— Pues aquí están otra vez sus tres almitas en pena, que son tremendamente audaces... Y, ¿adónde nos conduce usted?

— Pues aquí mismo, si les parece... Miren, esas cuatro tumbas parecen á propósito para sentarnos... No veo á nadie por ningún lado... Y, además, llevo

fez; hablaremos turco si pasa alguien, y se imaginará que se pasean ustedes con su padre...

— ¡Oh! rectificó vivamente « Zahidé », nuestro marido, querrá usted decir...

Andrés, con ligero saludo, dió las gracias.

En Turquía, en donde tanto se respeta á los muertos, nadie titubea en instalarse por encima de ellos, aun en sentarse sobre sus mármoles, y muchos cementerios son sitios de paseo y de descanso á la sombra, como en Europa los jardines públicos.

— Esta vez, dijo « Nechedil », sentándose sobre un monolito que yacía en la hierba, no hemos querido darle á usted cita muy lejos, como el primer día: su cortesía de usted habría acabado por cansarse.

— Un tanto fanático, acaso, este Eyub, para una aventura como la nuestra, observó « Zahidé »; pero le tiene usted cariño, está usted aquí como en su casa... Y también nosotras lo amamos... y estaremos en nuestra morada, más tarde, pues aquí es donde deseamos dormir, cuando llegue nuestra hora.

Andrés las miraba con nuevo estupor; parecíale increíble lo que oía: aquellas tres criaturas, cuyo modernismo extremado había él notado ya, que leían á madama de Noailles y que, dado el caso, podían hablar como las parisienses más despiertas; aquellas florecitas del siglo xx estaban llamadas, como musulmanas que eran, y sin duda de familia notable, á dormir, un día, en aquel bosque sagrado, abajo, entre todos aquellos muertos de los antiguos siglos de la

hégira; en alguno de aquellos inquietantes kioscos de mármol tendrían ellas su catafalco de paño verde, adornado con un velo de la Meca sobre el cual no tardaría en amontonarse el polvo, y de noche vendrían á encenderles su lamparilla, como á los demás... ¡Oh! siempre ese misterio de Islam, bajo el cual quedarían envueltas aquellas mujeres, aun en pleno día, á pesar de lo azul del cielo y de estar brillando un sol de primavera...

Hablaban, sentados sobre tumbas muy antiguas, con los pies sobre una hierba fina, sembrada de esas florecillas delicadas que gustan de los terrenos secos y tranquilos. Tenían, para conversar, un sitio maravilloso, un sitio único en el mundo, y consagrado por todo un pasado. Muchas generaciones precedentes, emperadores bizantinos y califas magníficos habían trabajado durante siglos en componer para ellos solos aquella incomparable decoración : todo Estambul, algo á vuelo de pájaro y recortando sus mezquitas sobre el lejano azul del mar : un Estambul escorzado, en hilera, con las cúpulas y los minaretes subiéndose unos sobre otros en profusión confusa y soberbia ; y, detrás, la capa inmóvil del Mármara dibujando su vertiginoso círculo azul. En los primeros términos, cerca de ellos, había millares de monolitos, algunos derechos, otros inclinándose ya, pero todos ellos extraños y bonitos, con sus arabescos dorados, sus flores doradas, sus inscripciones doradas; cipreses de cuatrocientos años, con troncos como pilares de

iglesia, y de un color de piedra, y con tan obscuros follajes, que parecían, bajo aquel hermoso cielo, como campanarios negros.

Parecían, hoy, casi alegres, las tres almitas sin rostro, alegres porque eran jóvenes, porque habían conseguido escaparse, porque se sentían libres por espacio de algunas horas, y porque el aire, allí, era suave y ligero, con olores de primavera.

— Repita usted nuestros nombres, mandó « Ikbal », á ver si no se confunde usted.

Y Andrés, designándolas una tras otra con su índice, pronunció, cual colegial que recita una lección : « Zahidé, Nechedil, Ikbal. »

— ¡ Vaya que está bien !... Pero, sepa que no nos llamamos así.

— De veras que lo sospechaba ; tanto más cuanto que, Nechedil sobre todo, es nombre de esclava.

— Nechedil... Cierto, en efecto... No le sabía á usted tan enterado...

El radioso sol caía de lleno sobre sus espesos velos, y Andrés, merced á tanta luz, trataba de descubrir algo de sus facciones. Pero no, nada. Una gasa negra en tres ó cuatro dobleces las volvía indescifrables.

Hubo un momento en que se dejó engañar por los modestos tcharchafes de seda negra algo gastada, y por los guantes, bastante usados también, que se les ocurrió ponerse para no llamar la atención : « Después de todo, se dijo Andrés, acaso no sean damas tan principales como yo creía. » Pero las miradas del

novelista cayeron luego sobre zapatos elegantísimos y finas medias de seda... Y además, aquella alta cultura de que hacían gala, y aquella soltura mundana bastaban para convencerle.

— Desde el otro día, preguntó una, ¿no ha hecho usted algunas perquisiciones para « identificarnos »?

— ¡Fáciles de hacer serían!... Y, además, lo mismo me da. Sé que tengo tres deliciosas amigas; eso, lo sé positivamente, y no necesito más indicaciones.

— Ahora ya podríamos decirle quiénes somos, propuso « Nechedil »... Tenemos confianza en él...

— Prefiero que no, interrumpió Andrés.

— Guardémonos de semejante cosa, dijo « Ikbal »; justamente el misterio que nos envuelve es lo que constituye nuestro encanto á sus ojos. Confiese usted, señor Lhery, que si no fuéramos musulmanas veladas, si no tuviéramos que jugarnos la vida en cada una de nuestras entrevistas, y quizá usted la suya, confiese que diría: « ¿Qué me quieren, esas tontuelas? » y no vendría usted.

— No... no...

— Sí, sí... Lo inverosímil de la aventura, y el peligro, esas son las dos cosas que le atraen á usted, seguramente.

— Ya no, de veras.

— Bien, no profundicemos, concluyó « Zahidé ». muda desde hacía un rato. Pero, sin darle detalles íntimos sobre nosotras, señor Lhery, permita que le digamos nuestros nombres verdaderos; al mismo

tiempo que nos deja nuestro incógnito, creo que semejante revelación nos hará más amigas de usted.

— Con mucho gusto ; hasta creo que habría acabado por pedirles ese favor. Nombres fingidos resultan siempre como una barrera...

— Pues comienzo : « Nechedil » se llama Zeyneb : nombre de una piadosa y sabia dama que, en otro tiempo, explicaba teología en Bagdad ; y ese nombre le sienta muy bien... « Ikbal » se llama Melek, es decir, ángel ; y es mucho atrevimiento el usurpar semejante nombre cuando es una tan demonio. — Yo, « Zahidé », me llamo Djenana, que debe escribirse Djenan, y que significa : muy amada ; si algún día llega usted á saber mi historia, verá usted qué sarcasmo resulta, el tal nombre. — Vamos, repita usted ahora : Zeyneb, Melek, Djenana.

— Inútil, no se me olvidará. Pero, ya que ha hecho tanto, quédale por decirme una cosa esencial : al hablarle, ¿hay que decir *señora*, ó... ?

— No hay que decirnos más que : Zeyneb, Melek, Djenana.

— No obstante...

— ¿Qué, le extraña?... Qué quiere usted, somos algo bárbaras... Pero, si usted tiene empeño en saberlo, *señora*... *señora* hay que decirnos á las tres, por desgracia... Mas nuestras relaciones resultan ya tan contrarias á todos los protocolos... Un poco más ó un poco menos, ninguna importancia tiene. Y, además, vea qué expuestos estamos á que de repente

cese nuestra amistad : tan tremendo peligro se cierne sobre nuestros encuentros, que ni siquiera sabremos, al separarnos dentro de un rato, si nos volveremos á ver. Por consiguiente, ¿por qué, durante este momento que quizá no se renueve en nuestra existencia, por qué no proporcionarnos la ilusión de que somos para usted íntimas amigas?

Extraño por demás resultaba el dicho, pero estaba presentado con perfecta honradez, con franqueza, con soltura, y con inatacable pureza, como de alma á alma; entonces recordó Andrés el peligro que en efecto corría, de tal manera aparentaba ser apacible y seguro el adorable sitio en que se hallaban, y de tal suerte era dulce aquel día de primavera; también recordó el valor de ellas, en el que ya no pensaba, su valor al estar allí, su audacia de desesperadas; y, en vez de sonreirse de tal deseo, sintió toda el ansia y toda la ternura que encerraba.

— Diré como quieran, contestó, y les doy las gracias... Pero, en cambio, ustedes suprimirán el *señor*, ¿verdad?

— ¡Ah! y, ¿cómo diremos?

— No sé, no veo más salida que llamarme : Andrés, á secas.

Entonces, Melek, que era la más joven y la más atrevida, dijo :

— Sepa usted que, respecto de Djenana, no será la primera vez que le llame á usted Andrés, sin más.

— ¡Melek, querida, por favor!...

— Sí, déjame contarle... No se figura usted cuánto hemos vivido ya en su compañía, sobre todo Djenana. En un diario íntimo escrito cuando soltera, en forma epistolar, y dirigido á ústed, siempre le llama: Andrés.

— Es una muchacha imposible, señor Lhery; exagera mucho, puede usted creerme...

— ¡Ah! ¿Y la fotografía? añadió Melek, pasando bruscamente de un asunto á otro.

— ¿Qué fotografía? preguntó Andrés.

— Usted con Djenana. Ha deseado tenerla, como cosa irrealizable... Démonos prisa, que quizá no vuelva á presentarse semejante ocasión... Ponte á su lado, Djenana.

Ésta, con su gracia lánguida y su flexibilidad armoniosa, se levantó para acercarse.

— ¿Sabe usted á qué se parece? le dijo Andrés. Á una elegía, envuelta en todo ese negro que es ligero y que arrastra... y con la cabeza inclinada, como la veo á usted ahí, entre tumbas.

Hasta en su voz había elegía, no bien pronunciaba una frase un poco melancólica; el timbre de aquella voz era musical, infinitamente dulce, y, no obstante, quebrantado y como lejano.

Pero aquella elegía viva podía, de repente, volverse alegre, burlona, y soltar reflexiones de lo más inesperado; se la sentía capaz de jugueteo y de risotadas de verdadera chicuela.

Se puso gravemente cerca de Andrés, sin asomo de intención de alzarse el velo:

— ¡Cómo! ¿va usted á quedarse así, del todo negra, sin cara?

— ¡Por supuesto! Una silueta. Ya sabe usted que las almas no necesitan tener cara...

Y, retirando Melek de debajo de su tcharchaf de austera musulmana un lindo kodak del último sistema conocido, dirigió su objetivo hacia la pareja: ¡tac! una prueba; ¡tac! otra...

— Ninguno de ellos sospechaba cuán queridas, en el transcurso imprevisto del tiempo venidero, cuán queridas y dolorosas les serían aquellas vagas y diminutas imágenes, tomadas jugando, en tal lugar, en un momento en que había fiesta de sol y de renovación de la naturaleza...

Por precaución, disponíase Melek á tomar un tercer clisé, cuando vieron un par de bigotazos bajo un gorro encarnado, que acababan de surgir cerca de ellos, detrás de los monolitos: era un transeunte, estupefacto de oir hablar una lengua desconocida y de ver que turcos se fotografiaban en un santo cementerio.

No obstante, se marchó sin protestar, pero como quien dice: Esperad un poco, amiguitos, vamos á poner en claro ese asunto... Lo mismo que la primera vez, terminó la cita por la precipitada huída de las tres simpáticas fantasmas. Y ya era tiempo, pues, al pie del cerro, aquel personaje amotinaba á la gente.

Una hora más tarde, cuando Andrés y su amigo se hubieron asegurado, acechando desde muy lejos, que las tres jóvenes habían conseguido, por caminos apartados, ganar sin tropiezos uno de los embarcaderos del Cuerno de Oro y tomar un caique, también ellos se embarcaron, pero en otro sitio, para alejarse de Eyub.

Ahora ya gozaban ambos amigos de seguridad y de calma, en aquella ligera barca, en la que se habían casi recostado, según costumbre en Constantinopla, y bajaban el golfo, encerrado en la inmensa ciudad, en el momento en que resultaba de lleno el esplendor de la tarde. El barquero seguía la orilla de Estambul, en la sombra colosal proyectada por el hacinamiento de casas y de mezquitas, al declinar el sol, desde hace siglos, sobre aquella agua siempre cautiva y tranquila. Estambul, por encima de ellos, comenzaba á obscurecerse y á unificarse, ostentando, como todas las tardes, la magnificencia de sus cúpulas contra el poniente ebrio de luz ; Estambul se volvía de nuevo dominador, henchido de recuerdos, opresor como en épocas famosas de su pasado, y, bajo aquella hermosa capa reflectora — la superficie del mar, — adivinábanse, hacinados en el fondo, los cadáveres y el desecho de dos suntuosas civilizaciones... Si resultaba obscuro Estambul, en cambio los barrios que se escalonaban en la orilla opuesta : Khassim-Bajá, Tershané, Galata, parecían incendiarse, y hasta la vulgar Pera, encaramada en lo alto y envuelta en

rayos de color de cobre, desempeñaba su papel en aquel maravilloso espectáculo de despedida del astro del día. Quizá no haya en el mundo otra ciudad que, ayudada por las propicias luces de lontananza, produzca de repente semejante soberbio espectáculo y semejante apoteosis.

Para Andrés, aquellos trayectos en caique á lo largo del ribazo, en la sombra de Estambul, habían sido casi diarios en otro tiempo, cuando vivía en la punta del Cuerno de Oro. En el minuto presente, parecíale que aquel tiempo databa sólo de ayer; no existía el intervalo de veinticinco años; recordaba cosas insignificantes, detalles olvidados; costábale trabajo creer que, si regresara á Eyub, no hallaría su antigua casa clandestina y las caras que entonces conoció.

Y, sin explicarse por qué, asociaba en cierto modo la humilde circasianita que dormía bajo su monolito caído, á esta Djenana recién aparecida en su existencia; hasta le producía ésta la sensación sacrílega de ser una continuación de aquélla, y, en aquella hora mágica en que todo respiraba bienestar y belleza, hechizo y olvido, no sentía remordimiento alguno al confundirlas un poco... ¿Qué querían de él, las tres turquecitas de hoy? ¿Cómo acabaría aquel juego que le encantaba y que ofrecía tantos peligros? Casi nada habían dicho ellas, salvo generalidades y cosas infantiles, y, no obstante, ya se habían apoderado de él, siquiera fuese de afectuosa solicitud el lazo que los unía... Acaso fueran las voces de ellas, las

que le sedujeran; sobre todo la de Djenana, una voz que parecía venir *de otros ámbitos*, del pasado quizá, una voz que difería, no se sabía por qué, de los habituales sonidos terrestres...

Seguían avanzando; iban como tendidos sobre el agua misma, tan cerca se está de ella en aquellos delgados caiques que casi no tienen rebordes. Habían pasado de la mezquita de Solimán, que se enseñorea sobre todas las demás, en el punto culminante de Estambul, dominándolo todo con sus cúpulas gigantes. Habían pasado de aquella parte del Cuerno de Oro en la que siempre había multitud de navíos de vela de antiguos modelos: altas carenas pintorreadas, tupido bosque de palos delgados ostentando todos la media luna del Islam en sus pabellones encarnados. El golfo comenzaba á abrirse ante los dos amigos en la ya más amplia extensión del Bósforo y del Mármara, en donde los innumerables buques les resultaban transfigurados, debido al propicio alejamiento. Y, ahora, la costa de Asia era la que, brusca y espléndidamente, entraba en escena; otra ciudad, Escutari, centelleaba á lo lejos; sus minaretes, sus cúpulas, que de un solo golpe acababan de revelarse, parecían de coral; casi cada tarde, Escutari daba la ilusión de estar ardiendo sus antiguos barrios asiáticos: los millares de cristalitos de sus ventanas turcas, al reflejar cada uno la suprema fulguración del sol á medio desaparecer, harían creer, de no saber el espectador á qué atenerse, que todas las casas ardían por dentro.

XII

La semana siguiente, recibió Andrés Lhery esta carta con tres distintos caracteres de letra :

Miércoles, 27 de Abril de 1904.

Nunca resultamos tan tontas como cuando estamos en presencia de usted, y, luego, una vez solas, nos da tal rabia el habernos mostrado tan insulsas, que en poco está que no lloremos. No nos niegue otra cita, que será la última. Lo hemos combinado todo para el *sábado*, ¡ y si supiera usted á qué astucias maquiavélicas tenemos que acudir ! Pero nuestra entrevista será de despedida, pues vamos á marcharnos.

Sin perder el hilo, siga bien todo esto :

Viene usted á Estambul, frente á Sultán-Selim. Una vez delante de la mezquita, ve usted á su derecha una callejuela que parece abandonada, entre un convento de dervises y un cementerio de poca extensión. La toma usted y le conduce, al cabo de cien metros, al patio de la mezquita Tosún-Agá. Justo enfrente de usted, al llegar á dicho

patio, verá una casa grande, muy antigua, pintada, en otro tiempo, de pardo rojo; rodéela. Detrás, verá usted abrirse un callejón sin salida algo obscuro, con casas enverjadas en sus dos orillas, y balcones cerrados y salientes; en la hilera de la izquierda, la tercera casa, la única que tiene puerta de dos hojas y un llamador de cobre, es la en que le estaremos esperando. No lleve á su amigo; vaya solo, para mayor seguridad.

DJENANA.

Á partir de las dos y media, estaré en acecho detrás de dicha puerta, que estará entreabierta. Lleve fez, y, si posible, una capa parda. Más que modesta será, esa casa de nuestra cita de despedida; pero trataremos de dejarle á usted grato recuerdo de las tres sombras que tan rápidas y tan ligeras habrán cruzado ante sus ojos, que quizá, dentro de poco, dude usted de su realidad.

MELEK.

Y, no obstante, por ligeras que pasaran, no fueron « plumas que se lleva el viento », empujadas hacia usted por fútil capricho; sino que, por haber sido usted el primero en sentir que muy bien pudiera tener un alma la pobre turca, han querido, las tres sombras, darle á usted las gracias por su delicada idea.

Y esta « inocente aventura », tan corta y casi irreal, no le habrá dejado á usted tiempo suficiente para hastiarse. Este suceso será, en su vida de usted, una página escrita en una sola de sus caras.

El sábado próximo, antes de desaparecer para siempre, le diremos á usted muchas cosas, si, toda vez, no es interrumpida la conversación, como en Eyub, por un susto y una huída. De modo que, hasta pronto, *amigo* nuestro.

ZEYNEB.

Por ser yo la gran estrategista de la banda, he sido encargada de dibujar el detallado plano que junto á la carta, para que no se equivoque usted de camino. Aunque parece el sitio una guarida de malhechores, que no se asuste su amigo : nada hay más honrado ni más tranquilo.

Otra vez MELEK.

Y en seguida contestó Andrés, lista de correos, á nombre de « Zahidé » :

29 de Abril de 1904.

Pasado mañana sábado, á las dos y media, con traje indicado : fez y capa parda, llegaré ante la puerta de llamador de cobre, para ponerme á las órdenes de las tres fantasmas

Amigo de ellas,

ANDRÉS LHERY.

XIII

Juan Renaud, que auguraba mal de la aventura, en vano había pedido seguir á su amigo. Andrés se limitó á concederle que irían antes de la hora fijada para la asechanza, á fumar juntos un último narguile en cierta plazuela de la que conservaba grato recuerdo, y que no distaba más de un cuarto de hora, á pie, del sitio fatal.

En Estambul, por supuesto, era donde se hallaba el sitio escogido para la entrevista, en el corazón mismo de los barrios musulmanes y delante de la gran mezquita de Mehmed-Fatih (1), que es una de las más santas. Después de pasar los puentes, aún queda una cuesta y un largo trayecto para llegar allí, en plena turquería de los tiempos antiguos; ni europeos, ni sombreros, ni construcciones modernas; al ir acer-

(1) Mehmed-Fatih, ó Sultán-Fatih (Mehmed el Conquistador): Mahometo II.

cándose, por entre bazares de poca monta por el estilo de los de Bágdad, ó por calles en cuyas orillas hay fuentes preciosas. kioscos funerarios, cercados enverjados llenos de tumbas, sentíase uno descender, poco á poco, la escala de las edades, retrogradar hacia los siglos que fueron.

Una hora larga tenían por delante, cuando, al salir de las sombreadas callejuelas, se hallaron frente á la colosal mezquita blanca, cuyos minaretes de medias lunas de oro se perdían en el azul infinito del cielo. Ante la alta ojiva de la entrada, la plazuela en la que se proponían pasar un rato es como una especie de atrio exterior, frecuentado sobre todo por personajes piadosos, fieles con traje talar y turbante. Cafetines seculares se abren alrededor, visitados por parroquianos que apenas hablan y que sueñan despiertos. También hay árboles, á cuya sombra, sentados en humildes divanes, pueden estar los que prefieren fumar fuera. En jaulas colgadas de las ramas hay pajarillos cantores, á cuyo cargo está la música, en aquel lugar cándido y bonachonote.

Los dos amigos se sentaron en un diván en que, corriéndose cortésmente, imanes les hicieron sitio. Á ellos acudieron, á poco, niños que pedían limosna, gatos afables en busca de caricias, un viejo con turbante verde ofreciendo coco « tan fresco como el hielo », dos gitanitas muy lindas que vendían agua de rosa y que bailaban; todos ellos sonrientes, prudentes, no porfiando. Después, sin ya ocuparse nadie de los

dos amigos, los dejaron fumar y escuchar el canto de los pájaros. Pasaban mujeres con dominó negro, otras envueltas en esos velos de Damasco que son de seda encarnada ó verde, con amplios dibujos de oro; pasaban vendedores de bofes, y entonces muchos buenos turcos, algunos bien vestidos y de aspecto distinguido, compraban gravemente un pedazo para su gato, y se lo llevaban al hombro, clavado en la contera del paraguas; pasaban árabes del Hedjaz, de visita en la ciudad del califa, y, también, dervises mendicantes, con largas melenas, que volvían de la Meca. Un vejete de lo menos cien años, por dos céntimos y medio hacía dar á los niños chicos dos vueltas por la plaza, en un cajón con ruedas muy pintarrajado, pero que daba tremendas sacudidas, sobre el malísimo y vetusto empedrado. Al lado de estas humildísimas cosas, que indican el lado joven, sencillo y bueno del pueblo turco, la mezquita de enfrente aparecía más grande, majestuosa y serena, soberbia como líneas y como blancura, con sus dos flechas apuntadas en aquel puro cielo de 1° de mayo.

¡Oh! ¡qué dulces y honradas miradas, bajo aquellos turbantes, qué hermosas caras de confianza y de paz, adornadas por barbas negras ó rubias! ¡Qué diferencia con los levantinos de americana que, en aquel mismo momento, se agitaban en las aceras de Pera, ó con la gente de nuestras ciudades occidentales, con ojos codiciosos y de ironía, abrasados por el alcohol! ¡Cómo se sentía uno allí en medio de seres felices,

que casi en la edad de oro seguían, por haber sabido moderar sus deseos, temer los cambios y conservar su fe! Entre aquellos individuos sentados bajo aquellos árboles, satisfechos con la minúscula taza de café que cuesta cinco céntimos, y el narguile que transporta al mundo de los dulces ensueños, la mayoría eran artesanos, pero que trabajaban por cuenta propia, cada cual en su modesto oficio á la antigua, en su casita ó al aire libre. ¡Cuánto compadecerían á los pobres obreros de nuestros países de « progreso », reducidos al estado de rebaño, que agotan sus fuerzas en el abominable taller, para enriquecer al amo! ¡Cuán sorprendentes y dignas de compasión les parecerían las aguardentosas vociferaciones de nuestras tertulias políticas, entre dos vasos de ajenjo, en las tiendas de vinos!...

Se acercaba la hora; Andrés Lhery se despidió de su compañero y se encaminó solo hacia el barrio de Sultán-Selim, algo más lejano, en plena turquería también, pero por calles más desiertas, denotando abandono y ruina. Vetustos muros de jardines, vetustas casas cerradas, casas de madera como en todas partes, pintadas en otro tiempo de esos mismos ocres obscuros ó pardos rojizos que dan al conjunto de Estambul su tinta sombría, con la cual resalta más la blancura de los minaretes.

Entre tantas y tantas mezquitas, la de Sultán-Selim es una de las mayores, cuyas cúpulas y flechas se ven desde muy lejos, en mar, pero también es una de las

más descuidadas. En la plaza que la rodea, nada de cafetines ni de fumadores; y, hoy, nadie en sus parajes; ante la ojiva de entrada, un triste desierto. Á su derecha, Andrés vió la callejuela indicada por Melek, « entre un convento de dervises y un cementerio de poca extensión »; muy siniestra, aquella callejuela, en la que la hierba verdecía el empedrado. Al llegar á la plaza de la humilde mezquita Tosún-Agá, reconoció la casa grande, de seguro habitada por duendes, que era menester rodear; nadie tampoco en aquella plaza, sólo golondrinas que celebraban el hermoso mes de mayo; una glicina formaba emparrado, una de esas glicinas como no se ven sino en Oriente, con ramas tan gruesas como cables de navío, y sus millares de racimos comenzaban á teñirse de morado tierno. Y, por fin, el callejón sin salida, más fúnebre que todo lo demás, con la hierba por el suelo y su empedrado muy en penumbra, bajo los viejos balcones ocultos por impenetrables enrejados. Nadie, ni siquiera golondrinas, y silencio absoluto. Decía Melek que el sitio aquel se parecía á una guarida de malhechores: ¡y tanto!

Cuando es uno un turco de pega y que va de merodeo, casi haciendo daño, es molesto pasar bajo tales balcones, desde donde tantos ojos invisibles podrían estar observando. Andrés andaba despacio, pasando las cuentas de su rosario, mirándolo todo con disimulo, y contaba las puertas cerradas. « La quinta, de dos hojas, con un llamador de cobre. » ¡Ésta es!...

Además, acababan de entreabrirla, y, por la abertura, pasaba una diminuta mano enguantada que tamborileaba sobre la madera, una manecita con guante de varios botones, muy poco en su elemento, al parecer, en aquel poco simpático barrio. Era menester no parecer indeciso, á causa de las miradas posibles; con resolución, pues, empujó Andrés la hoja y entró.

La fantasma negra emboscada detrás, y que en efecto tenía el porte de Melek, cerró pronto con llave, corrió además el cerrojo, y dijo alegremente :

— ¡ Vamos, supo usted dar con el sitio!... Suba, que arriba le están esperando mis hermanas.

Subió una escalera sin alfombra, obscura y descuidada. Arriba, en un modestísimo harén, de paredes desnudas, cuyas rejas de hierro y cuyos enrejados de madera dejaban en una triste media luz, halló á las dos otras fantasmas, quienes le tendieron la mano... Por primera vez en su vida, estaba *en un harén*, cosa que, por conocer á fondo las costumbres de Oriente, le había siempre parecido la imposibilidad misma; estaba *detrás* de aquellos enrejados de las habitaciones de mujeres, aquellos enrejados tan celosos, que los hombres, *excepto el amo*, *no ven nunca más que desde fuera*. ¡Y, abajo, la puerta tenía echado el cerrojo, y ocurría la aventura en el corazón del Viejo Estambul, y en qué misteriosa morada !... Preguntábase, con cierto terror que, después de todo, le divertía : « ¿Qué hago yo aqui? » Todo el lado infantil de su temperamento, todo el lado ávido aún de salir de

sí mismo, aficionado á cambios de países y de emociones, hallaba en este suceso pasto más que suficiente para contentarse.

Y, no obstante, parecíanse á tres espectros de tragedia, las damas de su harén, tan veladas como días antes en Eyub, y más indescifrables que nunca; hasta faltaba el sol del otro día, para alegrar la situación. En cuanto al harén en sí, en vez de lujo oriental, sólo una miseria decente aparentaba.

Hiciéronle sentarse en un diván cuya tela estaba ajada, y paseó sus miradas en torno suyo. Por pobres que fuesen las señoras que vivían en aquella casa, eran mujeres de gusto, pues todo, en su extremada sencillez, resultaba armonioso y oriental; en ningún sitio se veían esas detestables baratijas alemanas que, por desgracia, comienzan á invadir los interiores turcos.

— ¿Estoy en casa de ustedes? preguntó Andrés.

— ¡Oh no! contestaron ellas con tono que indicaba una vaga sonrisa bajo el velo.

— Perdonen; mi pregunta era idiota, por muchas razones; la primera, porque me daría lo mismo; estoy con ustedes; lo demás, poco me importa.

Las observaba. Tenían los mismos tcharchafes que el otro día, de seda negra, deslucida en algunos sitios; pero calzadas como reinas. Además, al quitarse ellas los guantes, notó que piedras de precio adornaban sus manos. ¿Qué mujeres eran aquellas, y qué casa era la en que se hallaba?

Djenana proguntó, con su voz de sirenita próxima á expirar :

— ¿Cuánto tiempo puede usted concedernos?

— El que ustedes tengan á bien dedicarme.

— Nosotras disponemos de dos horas de seguridad casi completa; pero, acaso se canse usted antes.

Melek traía uno de esos veladorcitos tan en uso en Constantinopla para los refrigerios que siempre se ofrecen á las visitas : café, confites, y dulce de rosas. El mantel era de raso blanco bordado de oro, con violetas de Parma, naturales, echadas encima; el servicio era de filigrana de oro, lo cual completaba lo inverosímil de todo aquello.

— He aquí las fotografías de Eyub, le dijo, al servirle como una monísima esclava, pero han salido mal. Haremos otras hoy mismo, puesto que no nos hemos de ver más ; hay poca luz ; sin embargo, quedando más tiempo ante el objetivo...

Mientras así hablaba, presentaba dos diminutas imágenes confusas y grises, en las que la silueta de Djenana se dibujaba apenas, y Andrés las aceptó sin entusiasmo ; muy lejos estaba de sospechar el interés que para él habían de tener, más tarde...

— ¿Es cierto que van ustedes á marcharse ?

— Muy cierto.

— ¿Pero volverán... y nos volveremos á ver ?...

Á lo cual contestó Djenana con esta palabra imprecisa y fatalista que los orientales aplican á todas las cosas del porvenir : « ¡Inch' Alá... ! » ¿Se marcharían

realmente, ó era que querían poner término á la atrevida aventura, tanto por miedo al hastío posible en unos y otros, ó al terrible peligro que corrían? Andrés, que, en resumen, nada fijo sabía de ellas, las sentía fugaces como visiones, imposibles de retener ó de volver á encontrar, el día en que por capricho cesaran de querer verle.

— ¿Y será para dentro de poco, su viaje? se arriesgó á preguntar aún.

— Dentro de unos diez días, probablemente.

— En ese caso, todavía les queda tiempo para concederme otra entrevista.

Se concertaron entre ellas en voz baja, en un turco elíptico, muy mezclado con palabras árabes, dificilísimo de entender para Andrés:

— Sí, el sábado próximo, probaremos todavía... Y gracias por su deseo. Pero ¿se da usted cuenta de toda la astucia que tenemos que desplegar, de todas las complicidades que es preciso comprar, para recibirle á usted?

Parece ser que corría prisa hacer las fotografías, aprovechando un rayo de sol que la triste casa de enfrente reflejaba, pero que amenazaba desaparecer. Se tomaron en dos ó tres actitudes, siempre Djenana con Andrés, y siempre Djenana con sus velos negros de elegía.

— ¿Se imaginan ustedes bien, les dijo, lo nuevo, lo extraño, lo inquietante casi que para mí resulta el hablar con seres tan invisibles? Hasta sus voces mis-

mas son disfrazadas por esos triples velos. Hay momentos en que me producen ustedes como un vago espanto.

— Recuerde que quedó convenido que sólo almas seríamos para usted.

— Sí, pero las almas se revelan á otra alma sobre todo por la expresión de los ojos... Los ojos de ustedes, ni siquiera me los imagino. Quiero creer que son francos y límpidos, pero, aunque fueran espantables, nada sabría yo. No, de veras les aseguro que semejante obstinada ocultación me corta, me intimida y me aleja. Siquiera, hagan una cosa : confíenme sus retratos sin velos... Por mi honor, les prometo devolvérselos en seguida, ó, si algún drama nos separa, los quemo.

Al pronto, nada contestaron. Paralizadas por las ideas musulmanas, arraigadas en su sangre desde tantos siglos, enseñar su rostro les parecía una cosa fea, y que en el acto resultaría más culpable su amistad con Andrés... Finalmente, Melek fué la que se decidió á comprometerse en nombre de sus hermanas, pero con cierto retintín burlón que daba que pensar :

— ¿De modo que quiere usted nuestras fotografías sin tcharchaf ni yachmak? Muy bien ; en seguida los haremos, y en la semana entrante las tendrá usted... Y, ahora, sentémonos todos ; Djenana, que desea pedirle á usted algo, tiene la palabra ; encienda un cigarrillo : siquiera se aburrirá usted menos.

— La súplica que voy á dirigirle, señor Lhery, no sólo es de parte nuestra, sino de parte de todas nuestras hermanas de Turquía... ¡Señor Lhery, tome nuestra defensa; escriba un libro en favor de la pobre musulmana del siglo xx!... Diga al mundo entero, puesto que ahora sabe usted que es verdad, que tenemos un alma; que ya no es posible despedazarnos como si fuéramos cosas... Si hace usted tal, seremos millares en bendecirle... ¿Quiere usted?

Andrés no contestaba, como ellas, antes, cuando les pidió sus retratos; semejante libro, no lo veía en su imaginación; además, se había prometido á sí mismo hacer el oriental en Constantinopla, vaguear y no escribir...

— ¡Qué difícil es lo que esperaban ustedes de mí!... Un libro que quiera probar algo, ustedes que parecen haberme leído bien y conocerme, ¿creen ustedes que eso es de mi cuerda?... Principiando por que no conozco á la musulmana del siglo xx...

— Le documentaremos...

— Pero, si van ustedes á marcharse...

— Le escribiremos...

— ... Las cartas... las cosas escritas... casi nunca he podido contar decentemente más que lo visto y lo vivido por mí...

— ¡Pues volveremos!...

— Con lo cual se comprometen... Indagarán quién puede haberme suministrado tales documentos; y acabarán por descubrir el misterio...

— ¡Estamos prontas á sacrificarnos por esa causa!... ¿Qué mejor destino podríamos dar á nuestras míseras existencias que vegetan sin fin determinado? Queríamos consagrarnos, las tres, á aliviar desdichas, á fundar obras pías, como las europeas... Hasta eso nos han rehusado : tenemos que permanecer ociosas y ocultas, detrás de nuestros enrejados. ¡Pues bien! queremos ser las inspiradoras del libro en cuestión : ese libro será nuestra obra de caridad, aunque haya de costarnos la libertad ó la vida.

Trató Andrés de defenderse todavía :

— Piensen también en que no soy independiente, en Constantinopla; ocupo un puesto en una embajada... Y además hay otra cosa : ¡recibo por parte de los turcos una hospitalidad tan confiada!... Entre aquellos á quienes califican ustedes de opresores de sus personas, tengo amigos muy queridos...

— ¡Alto ahí! Es menester escoger entre ellos ó nosotras. Pronúnciese.

— ¿Hasta ese punto?... En ese caso, opto por *ustedes*, naturalmente. Y obedezco.

— ¡Por fin!

Y le tendió ella su linda mano, que Andrés besó con respeto.

Conversaron durante casi dos horas en una relativa seguridad que, hasta entonces, nunca habían saboreado.

— ¿No son ustedes excepciones? preguntó, extra-

ñado de aquel paroxismo de desencanto y de rebelión.

— Somos la regla. Tome usted al azar veinte mujeres turcas, mujeres de la buena sociedad, se entiende, y no hallará una sola que no diga lo mismo. ¡La educación que recibimos hace de nosotras niñas fenómenos, marisabidillas, muñecas que tocan el piano, objetos de lujo y de vanidad para nuestro padre ó nuestro amo; y luego nos tratan como odaliscas ó como esclavas, como eran tratadas nuestras abuelas de hace un siglo!... ¡No, ya no queremos ese género de vida! ¡no podemos tolerarlo!...

— ¡Ojo! ¿Y si abogara yo por todo lo contrario, yo, tan aficionado á las costumbres añejas?... Soy muy capaz de hacerlo: guerra á las institutrices, á las profesoras sabihondas, á todos esos libros que ensanchan el campo del tormento humano. Vuelta á la paz dichosa de las abuelas.

— Bueno; pues, en rigor, nos contentaríamos con esa manera de abogar por nosotras... tanto más cuanto que ese retroceso es imposible: imposible oponerse al curso del tiempo. Lo esencial, para que se conmueva el público y que por fin se apiade, es que se dé bien cuenta de que somos mártires, nosotras, las mujeres de transición entre las de ayer y las de mañana. ¡Eso es lo que hay que conseguir que comprenda la gente; y, hecho eso, será usted nuestro amigo, y el amigo de todas!...

Contaba Andrés con algún socorrido imprevisto que le dispensara de escribir el libro *de ellas*. Pero era ga-

nado por el encanto de sus soberbias indignaciones, de sus lindas voces que vibraban de odio contra la tiranía de los hombres.

Es más, poco á poco iba acostumbrándose á que no tuviesen cara. Para darle lumbre en que encender sus cigarrillos, ó para servirle la microscópica taza en que se bebe el café turco, iban, venían en torno de él, elegantes, ligeras, exaltadas, pero siempre fantasmas negras, y, cuando se inclinaban, el velo de su rostro colgaba cual larga barba de capuchino que por mofa hubiera sido añadida á aquellos hechiceros y juveniles seres.

La seguridad de que ellas y él gozaban era sobre todo aparente, en aquella casa y aquel callejón sin salida, los cuales, en caso de sorpresa, habrían resultado una cumplida ratonera. Si por casualidad oían pasos afuera, sobre el empedrado engastado en mísera hierba, miraban, inquietas, por entre los enrejados protectores : algún viejo turbante que regresaba á su casa, ó el aguador del barrio, con su bota colgada de los hombros.

Estaba convenido que se llamarían por sus nombres, *sin más*. Pero como ninguno se había atrevido á comenzar, resultaba que no se llamaban.

Una vez, tuvieron un susto mayúsculo : el llamador de cobre, en la puerta de la calle, agitado por mano impaciente, hacía tremendo ruido en medio de aquel silencio de las casas muertas, por lo cual todos se precipitaron á las ventanas enrejadas : una mujer con

tcharchaf de seda negra, apoyada en una muleta de mano, y muy encorvada por los años.

— Nada grave, dijeron las jóvenes; el incidente estaba previsto. Sólo que va á ser menester que entre aquí.

— Entonces, ¿me escondo?...

— Ni eso es necesario. Anda, Melek, ve á abrirle, y dile lo convenido. No hará más que pasar por aquí, y no reaparecerá... Al llegar cerca de usted, quizá le pregunte, en turco, *cómo sigue el enfermito*, y usted le contestará, en turco también, por supuesto, *que está mucho mejor desde esta mañana.*

Momentos después, pasó la anciana, con el velo echado, tanteando las modestas alfombras con la contera de su muleta. No dejó de preguntarle á Andrés:

— ¿Qué, sigue mejor, ese querido niño?

— Mucho mejor, sobre todo desde esta mañana.

— ¡Vaya, gracias, gracias!...

Y desapareció por una puertecita del fondo del harén.

Por cierto que ninguna explicación pidió Andrés. Se hallaba, en aquella casa, en plena inverosimilitud de cuento oriental; si le hubiesen dicho las jóvenes que iba á salir un hada de debajo del diván, que con su varita tocaría las paredes, y que aquella pobre casa se convertiría en palacio, todo lo habría admitido sin comentarios.

Pocos minutos de conversación les quedaban ya. Cuando llegó el momento de despedirse, le despidie-

ron, con promesa de que se verían todavía una vez, sucediera lo que sucediera :

— Adiós, amigo nuestro; ande con paso lento de soñador, jugando con su rosario; por el enrejado observaremos las tres la dignidad de su salida.

XIV

El jueves siguiente, un viejo eunuco, furtivo y mudo, le llevó á Andrés un aviso de cita para el sábado próximo, en el mismo sitio y á la misma hora, y, también, unos cartones bastante grandes, bajo sobre bien sellado.

« ¡ Los retratos prometidos ! » exclamó Andrés.

É, impaciente por conocer por fin los ojos de aquellas fantasmas, desgarró el sobre.

Eran, en efecto, tres retratos, sin tcharchaf ni yachmak, y firmados, en francés y en turco : Djenana, Zeyneb, Melek. Hasta se habían engalanado sus amigas para presentarse á él : hermosos trajes de sarao, descotados, del todo parisienses. Pero Zeyneb y Melek estaban de espalda, no dejando ver más que una línea de sus orejas; en cuanto á Djenana, la única que se mostraba de cara, tenía delante de ésta un abanico de plumas que todo lo ocultaba, hasta el pelo.

El sábado, en la casa misteriosa que por segunda vez los reunía, nada trágico ocurrió, ninguna vieja asomó por allí.

— Aquí estamos, explicó Djenana, en casa de mi buena nodriza, quien nunca ha sabido rehusarme nada; el niño enfermo, era su hijo; la anciana que entró aquí, era su madre, á la que Melek le anunció á usted como siendo un médico nuevo en la casa. ¿Comprende usted la trama?... Sin embargo, me remuerde el hacerle desempeñar tan peligroso papel... Pero, puesto que es nuestra última entrevista...

Conversaron por espacio de dos horas, pero sin hablar esta vez del libro; sin duda temían cansar á Andrés, insistiendo sobre este asunto. Además, había dado su palabra de escribirlo.

Tenían muchas cosas que decirse, desde tanto tiempo guardadas; pues, en efecto, hacía ya años que vivían en compañía del escritor, por medio de sus libros; y era éste uno de los raros casos en que él, al que tanto fastidiaba en general el haber descubierto sus secretos á desconocidos, no sentía la divulgación de sus más íntimas confidencias. Después de todo, ¡cuán poco significaba el gesto de indiferencia de los que no comprenden, al lado de esos afectos ardientes que despierta una obra en ambas extremidades del mundo, en almas de mujeres desconocidas, y que quizá sean la única razón que le mueva á uno á escribir!

Hoy día existían confianza, convenio y amistad sin

nubes, entre Andrés y las tres fantasmitas de su harén. Mucho sabían de él por sus lecturas; y como él nada sabía de ellas, escuchaba más que hablaba. Zeyneb y Melek contaron su triste matrimonio, y la claustración, sin esperanza de libertad, que les reservaba el porvenir. Djenana, al contrario, nada íntimo reveló sobre sí misma.

Á más de las simpatías y de la confianza que tan pronto había formado estrecha amistad entre ellas, una cosa les había mutuamente sorprendido : el que eran alegres, ellas y él. Andrés se dejaba hechizar por aquella alegría de raza y de juventud que, á pesar de tantos sinsabores, quedaba arraigada en ellas, y que demostraban tanto más cuanto que ya Andrés no las intimidaba. Y él, imaginado por ellas tristón, y que les había sido anunciado como tan altanero y tan glacial, en seguida se había quitado para ellas aquel antifaz, mostrándose muy sencillo, riéndose por todo, mucho más joven, en el fondo, de lo que por su edad podía suponerse, y hasta en cierto modo chiquillo y amigo de dar bromas. Era aquella la primera vez que hablaba con mujeres turcas *de la alta sociedad*. En cuanto á ellas, nunca, hasta ahora, habían hablado con un hombre extraño, fuera éste quien fuera. En aquella casita, de vetustez y de sombra, perdida en el corazón del Viejo Estambul, rodeada de ruinas y de sepulturas, los cuatro amigos realizaban lo imposible, con sólo reunirse para cambiar pensamientos. Y les sorprendía sobremanera, siendo unos para otros ele-

mentos tan nuevos, les sorprendía el no hallarse muy desemejantes; no, al contrario, había entre ellos perfecta comunión de ideas y de impresiones, como entre amigos de siempre. Ellas, cuanto sabían de la vida en general, de las cosas de Europa, de la evolución de los espíritus en occidente, lo habían aprendido en la soledad, por medio de libros. Y hoy, al hablar, por milagro, con un europeo, y que, por añadidura, era un hombre conocido, resultaban á su nivel; y él las trataba como á iguales, como á inteligencias, como á *almas*, lo cual producía en ellas una ebriedad intelectual nunca sentida hasta entonces.

Hoy, Zeyneb era la que servía las chucherías, sobre el veladorcito cubierto, esta vez, de un mantel de raso verde y plata, y sembrado de rosas naturales encarnadas. Djenane no se movía, sentada aparte, como una estatua tétrica; quizás hablara más que sus hermanas, interrogando, sobre todo, con más profundidad, pero sin un gesto, cual si se estudiara en quedar la más intangible de las tres, y, físicamente hablando, la más inexistente. No obstante, una vez, al alzar su brazo el tcharchaf, pudo verse una de las mangas de su vestido, muy ancha, muy abullonada, según moda de aquella primavera, de gasa de seda de color amarillo de limón, con pálidos dibujos verdes, — dos tintas que quedaron fijadas en el recuerdo de Andrés.

Por fuera, en la calle, todo estaba más triste que en días pasados, por haber vuelto el frío en pleno mes de mayo; oíase el viento del Mar Negro silbar en las

puertas como en invierno; todo Estambul tiritaba bajo un cielo lleno de nubes obscuras; en el humilde y reducido harén, parecía llegado el crepúsculo.

De repente, el llamador de cobre de la puerta exterior les asustó.

— Son ellas, dijo Melek, que en seguida había ido á la ventana. ¡Cuánto me alegro de que hayan podido escaparse!

Bajó corriendo para abrir, y á poco regresó, precedida de dos otros dominós negros, de velo impenetrable, que también parecían elegantes y jóvenes.

— Señor Lhery, dijo Djenana presentando, dos amigas mías; sus nombres, poco le importan, supongo...

— Dos señoras fantasmas, sencillamente, añadieron las recién llegadas, apoyando adrede sobre esta palabra, de la que quizá Andrés había abusado en uno de sus últimos libros.

Y le tendieron diminutas manos enguantadas de blanco. Además, hablaban francés con voces muy dulces y gran soltura.

— Nuestras amigas nos han anunciado, dijo una de ellas, que se propone usted escribir un libro en favor de la musulmana del siglo xx, y hemos querido darle las gracias.

— ¿Cómo se titulará? preguntó la otra, sentándose con lánguida gracia en el humilde y descolorido diván.

— Aún no he pensado en eso. Se trata de un proyecto tan reciente, y que, en cierto modo, me ha sido

impuesto... Lo mejor será que entre todos elijamos el título. Vaya, comencemos; yo propondría : *Las Desencantadas.*

— « Las Desencantadas », repitió lentamente Djenana. Puede haber desencanto de la vida cuando se ha vivido; pero aquí no hay nada de eso, puesto que, justamente, ¡lo que desearíamos nosotras es vivir!... En realidad, no estamos desencantadas; estamos aniquiladas, secuestradas, ahogadas...

— Pues ya tenemos título, exclamó la joven Melek, quien resultaba poco seria hoy. ¿Qué les parece : « Las Ahogadas »? ¡Eso sí que pintaría el estado de nuestra alma bajo los espesos velos que nos ponemos para recibirle á usted, señor Lhery, pues no sospecha usted lo penoso que es respirar bajo tales mortajas!...

— Precisamente iba yo á preguntarles que por qué se los ponen. ¿No podrían ustedes, en presencia de su amigo, contentarse con ser como las que cruzan por Estambul : veladas, sí, pero con cierta transparencia que deja adivinar algo : el perfil, algo de la nariz, á veces la frente, y hasta los ojos? En cambio, ustedes, menos que nada.

— Añadiendo que no es de lo más correcto el ir tan velada... Regla general : cuando ve usted en la calle á alguna de esas misteriosas de triple velo, puede usted decir : ésa va adonde no debiera ir. (Como nosotras, por ejemplo.) Y tan sabido es esto, que las demás mujeres, al ver pasar á una de esas architapadas, se sonríen y se hacen seña con el codo.

— Vamos, Melek, no nos vengas con chismes de peroteña... — « Las desencantadas », sí, me gusta la palabra, pero no expresa bien el sentido...

— He aquí cómo lo entendía yo. Recuerden las hermosas leyendas de los tiempos antiguos, la Valkiria, que dormía en su burgo subterráneo ; la princesa encantada que dormía en su castillo, situado en medio de una selva... Mas, ¡ se deshizo el hechizo y despertaron! Pues bien, ustedes, las musulmanas, dormían desde hace tantos siglos, guardadas por las tradiciones y los dogmas... Pero, de repente, el perverso hechicero, que es el soplo de occidente, las tocó, y quedó desbaratado el encantamiento; y todas, á un tiempo, despiertan ustedes ; despiertan al mal de vivir, al padecimiento de saber...

Mas Djenana no se daba por vencida. Se notaba claramente que había imaginado un título, pero que no quería decirlo aún.

Las recién llegadas eran también rebeldes furibundas. Se hablaba mucho en Constantinopla, aquella primavera, de una mujer joven de la buena sociedad, que había huído á París ; la aventura exaltaba los cerebritos de los harenes, y aquellas dos señoras fantasmas soñaban con algo parecido.

— Vosotras, les decía Djenana, acaso encontrarais la dicha en aquel país, por tener en vuestra sangre atavismos occidentales. Sepa, señor Lhery, que la abuela de estas amigas era una francesa que vino á Constantinopla, se casó con un turco y se convirtió al

Islamismo. ¡Pero yo, pero Zeyneb, pero Melek, salir de nuestra Turquía! No, imposible nos es, á nosotras, pensar en ese medio de liberación. Más humillaciones aún, si es preciso, y mayor esclavitud; ¡pero morir aquí y dormir en Eyub!...

— Y está usted en lo cierto, afirmó Andrés.

Decían, á cada entrevista, que iban á ausentarse por cierto tiempo. ¿Era verdad? Pero Andrés, al despedirse de ellas esta vez, tenía la casi seguridad de que le darían otra cita: las tenía muy interesadas por aquel libro, y quizá por algo más también, por un lazo de orden indefinible aún, pero ya resistente y dulce, que comenzaba á formarse sobre todo entre Djenana y él.

Melek, que se había constituido en simpática portera de aquella casa de sorpresas, fué la encargada de despedirle. En el cortísimo momento que á solas estuvieron en el obscuro y destartalado pasillo, Andrés le reprochó amargamente la mistificación de las fotografías sin cara. Sin una palabra, la joven le seguía hasta la mitad de la vetusta escalera, para ver, desde allí, si acertaría á abrir la puerta exterior.

Y, en el momento de volverse Andrés para saludarla por última vez aquel día, la vió sonriéndole con su linda boca, enseñando una preciosa dentadura; sonriéndole con su naricilla respingona, burlona pero bondadosa; sonriéndole con sus hermosos ojos garzos, y con toda su deliciosa carita de veinte años. Con las dos ma-

nos había alzado el velo hasta los bucles de oro rojizo que eran como un marco para su frente. Y su sonrisa decía: « ¡Pues sí, soy yo, yo, Melek, su amiguita Melek! Yo, no resulto como las demás, como Djenana, por ejemplo; tratándose de mí, esto que hago no tiene importancia. ¡Buenas tardes, Andrés, buenas tardes! »

La aparición duró como un relámpago, y de nuevo cayó el velo negro. Andrés, con voz queda, le dió las gracias, en turco, por estar ya casi fuera.

Fuera, hacía frío, bajo aquellas espesas nubes y aquel viento de Rusia. La caída del día resultaba lúgubre como en diciembre. Aquel tiempo desapacible le recordaba, de manera más punzante, su juventud; pues las cortas horas de ilusión que vivió en Eyub, en época ya lejana, transcurrieron en pleno invierno. Al atravesar la plaza desierta, ante la gran mezquita de Sultán-Selim, recordó de repente, con cruel clarividencia, haberla atravesado, á la misma hora y en aquella misma soledad, soplando idéntico viento del Norte, una tarde gris, — hacía de esto veinticinco años. Entonces, la imagen de la querida muerta barrió por completo de su espíritu la de Djenana.

XV

Al día siguiente, pasaba por casualidad á pie por la calle mayor de Pera, en compañía de personas amables de su embajada, los Saint-Enogat, con quienes comenzaba á tener trato íntimo. Cruzó por delante de ellos una berlina negra, en la que distraídamente percibió Andrés la forma de una turca con tcharchaf; la señora de Saint-Enogat dirigió atento y reservado saludo á la dama velada, la cual bajó á toda prisa y con movimiento nervioso la cortinilla del coche, y en aquel brusco movimiento, vió Andrés, bajo el tcharchaf, una manga de seda de color de limón amarillo, con díbujos verdes, que estaba seguro de haber visto la víspera.

— ¿Cómo, saluda usted á una mujer turca en la calle? dijo el novelista.

— Muy incorrecto es, en efecto, lo que acabo de hacer, sobre todo estando con usted y mi marido.

— Y, ¿quién es?...

— Djenana Tewfik-Bajá, una de las flores de elegancia de la joven Turquía.

— ¡Ah!... ¿Bonita?

— Más que bonita. Deliciosa.

— ¿Y rica, por lo que se ve?

— Dicen que posee en Asia el valor de toda una provincia. Justamente, una de sus admiradoras de usted, querido maestro. — La señora de Saint-Enogat apoyaba adrede y con zumba sobre el « querido maestro », por saber que semejante título le ponía á Andrés los nervios de punta. — La semana pasada, recordará usted que en la Legación de***, dieron libertad, por toda la tarde, á los criados varones, con objeto de dar un té sin hombres, al que pudieran asistir turcas... Y vino ella... Una invitada decía horrores de usted, pero horrores...

— ¿Usted?

— No, por cierto: hablar mal de usted no me divierte sino cuando está usted presente... No, era la condesa de A. — Bueno, la señora Tewfik-Bajá tomó su defensa de usted, pero con un brío... Y aprovecho la ocasión para decirle á usted que sospecho que le interesa á usted mucho esa señora...

— ¿Á mí? ¿Cómo puede usted decirme semejante cosa? Tan bien como yo sabe que, para nosotros hombres, una mujer turca es un ser inexistente... No; lo que hay es que suelo encontrarme con esa berlina tan elegante...

— ¿Suele usted?... Pues tiene usted suerte; esa señora no sale nunca.

— Usted dispense : sale; y, es más, generalmente veo, en compañía de ella, á otras dos mujeres, de movimientos juveniles.

— ... Quizá sus primas, las jóvenes Mehmed-Bey, las hijas del antiguo ministro.

— ¿Y cómo se llaman, esas jóvenes Mehmed-Bey?

— La mayor, Zeyneb... La otra... Melek, creo.

Probablemente, la señora de Saint-Enogat había sospechado algo ; pero era demasiado amable y demasiado segura para que hubiera que temer algo de ella.

XVI

En efecto, habían salido de Constantinopla; algunos días después, recibió Andrés esta carta de Djenana, con sello de correos de Salónica:

18 de mayo.

¡Por que no estar con nosotras, amigo nuestro, usted que tan aficionado es á las rosas! Usted que siente el oriente y lo ama como ningún otro occidental, ¡por qué no ha de poder usted penetrar en el viejísimo palacio en que estamos instaladas para algunas semanas, detrás de altos muros sombríos y tapizados de flores!

Estamos en casa de una de mis abuelas, muy lejos de la ciudad, en pleno campo. Todo lo que nos rodea es viejo: seres y cosas. Aquí no hay más juventud que la nuestra con las flores de la primavera y nuestras tres esclavitas circasianas, que se felicitan de su suerte y no comprenden nuestros lamentos.

Desde hacía cinco años que no habíamos venido, ya ni nos acordábamos de la vida de aquí, al lado de la cual

nuestra existencia de Estambul parecería casi fácil y libre. Metidas de nuevo y bruscamente en este medio, del que nos separa toda una generación, nos sentimos en él como extrañas. Nos quieren, pero al mismo tiempo odian en nosotras el alma nueva. Por deferencia, por deseo de paz, hacemos lo posible por someternos á formas, por aparentar modos y actitudes añejas. Mas esto no basta: bajo esa docilidad tan endeble despunta esa alma, nacida ayer, se escapa, palpita, vibra; y no le perdonan el haberse libertado, ni siquiera el que exista.

Y, no obstante, ¿con cuántos esfuerzos, sacrificios y dolores no hemos pagado semejante liberación? Pero, sin duda que no ha debido usted de conocer esas luchas, usted, hombre de occidente; sin duda que, en todos los tiempos, habrá podido desarrollarse á sus anchas el alma de la gente de su país, en una atmósfera adecuada para tal desarrollo; y, por eso, no pueden ustedes comprender lo que nos ocurre...

¡Oh, amigo nuestro, cuán incoherentes y armoniosas á la vez habríamos de parecerle á usted aquí! Si pudiera usted vernos, en estos antiguos jardines desde donde le escribo, bajo este kiosco de madera calada, adornado con azulejos, en donde canta agua en una taza de mármol; alrededor, divanes según antigua usanza, cubiertos de seda rosa. ajada, en la que aún brillan algunos hilos de plata. Fuera, á profusión, á montones florecen esas rosas pálidas que brotan por manojos, y que en su país de usted se conocen con el nombre de ramilletes de desposada. Sus amigas de usted, ya no llevan trajes europeos ni modernos tcharchafes; han vuelto á los atavíos de su abuela. Pues sepa usted, Andrés, que hemos vaciado cofres viejísimos para sacar de ellos ropas y adornos que fueron muy celebrados en el harén imperial en tiempo de Abd-ul-Medjib. La dama de palacio que se los ponía era nuestra bisabuela. ¿Conoce

usted esos vestidos? Tienen largas colas, y paños que tambien arrastrarían, pero que se levantan y cruzan para andar. Nuestros vestidos fueron de color de rosa, verdes, amarillos : hoy día, ya se han amortiguado esos colores, cual ocurre con los de las flores que se conservan entre las hojas de un libro; tintas que parecen no ser ya más que reflejos á punto de desaparecer.

Ataviadas con tales trajes impregnados de recuerdos, y bajo el susodicho kiosco á orilla del agua : así es cómo hemos leído su último libro : « El país de Kabul », el *nuestro*, el ejemplar que usted mismo nos dió. El artista que hay en usted no pudiera soñar, para tal lectura, cuadro más ideal. Las rosas innumerables, que de todas partes cuelgan, nos formaban tupidas cortinas en las ventanas, y la primavera de esta provincia meridional nos trastornaba con su tibio ambiente... Ahora, ya hemos *visto* Kabul.

Pero, de todas maneras, amigo, me gusta menos ese libro que sus primogénitos : no hay en él suficiente personalidad del autor. No he llorado, como al leer tantas otras cosas que usted ha escrito, que no siempre son tristes, pero que, sin embargo, me conmueven y me entristecen cada vez que las leo. ¡Por favor, no vuelva á escribir sólo con su espíritu! Me parece recordar que ya no quiere usted ponerse más en escena... ¿Qué importa lo que algunos puedan decir? ¡ Oh, siga escribiendo con su corazón! ¿Tan hastiado é impasible se ha vuelto, que ya no se le siente latir en sus libros de usted como en otros tiempos?...

Va llegando la tarde, y es tan hermosa esta hora, en estos silenciosísimos jardines, en los que, al llegar este momento, hasta las flores mismas parecen recogerse y recordar... De aquí no se movería una, escuchando lo que dice el hilo de agua en la taza de mármol, á pesar de lo poco variada que resulta su canción, la cual expresa á maravilla la monotonía de esta existencia. ¡Y, cuidado, que tan fácilmente

podría volverse un paraíso este rincón! ¡Cómo comprende una que tan hermoso podría ser el interior de las personas, como lo es el marco que las encierra! ¡cuán cierto es que vida y felicidad podrían no ser más que una sola y misma cosa, *con la libertad!*

Tenemos que retirarnos para volver al encierro, es decir, al palacio de mi abuela. Ya asoma por ahí un negrazo que nos busca, porque se hace tarde... Y las esclavas han comenzado á cantar y á tocar el laúd para divertir á las señoras ancianas. Luego nos obligarán á bailar y nos prohibirán hablar francés, lo cual no impedirá á cada una de nosotras el quedarse dormida con uno de sus libros de usted bajo su almohada.

Adiós, amigo nuestro; ¿piensa usted, alguna que otra vez, en sus tres sombritas sin cara?

DJENANA.

XVII

Allá en el cementerio, ante las murallas de Estambul, ya había sido terminada la refección de la humilde tumba, merced á complicidades de amigos turcos. Andrés, que no se había atrevido á asomar por allá mientras estuvieron los marmolistas, iba hoy, 30 del hermoso mes de mayo, á hacerle su primera visita á la querida muerta, desde que dormía bajo losas nuevas.

Al llegar al bosque funerario, vió de lejos la tumba clandestinamente reparada, la cual tenía un brillo de cosa nueva, en medio de la vetustez gris que la rodeaba. Los dos pequeños monolitos de mármol, el que se pone á la cabeza y el que se pone á los pies, estaban muy derechitos y eran muy blancos entre los que los avecindaban : destrozados, medio caídos ó caídos del todo. También había sido renovada la pintura azul, entre las letras en relieve de la inscripción,

que ahora brillaban de oro vivo, — aquellas letras que decían, después de una corta poesía sobre la muerte : « *Pedid por el alma de Nedjibia, hija de Alí-Djianghir Effendi, fallecida el 18 Moharrem 1297.* » Ya no se veía muy bien que obreros hubiesen trabajado allí recientemente, pues toda la vegetación olorosa de los terrenos pedregosos, excitada por el sol de mayo, se había apresurado á brotar alrededor de la tumba. En cuanto á los altos cipreses, ellos que han visto pasar reinados de califas y siglos, estaban lo mismo que cuando Andrés los conoció por vez primera, y, sin duda, lo mismo que hace cien años, con sus idénticas actitudes, con los mismos gestos petrificados de sus ramas de color de osamentas secas, tendidas hacia el cielo cual largos brazos de muertos. Las antiguas murallas de Estambul desplegaban á pérdida de vista su línea de bastiones y de almenas rotas, en aquella soledad siempre igual, quizá más abandonada que nunca.

Hermoso y clarísimo tiempo; la tierra y los cipreses despedían buen olor; la resignación de aquellos cementerios sin fin resultaba hoy atractiva, dulce y persuasiva; le daban á uno ganas de detenerse largo rato en aquel sitio, de participar un poco de la paz de aquellos que allí dormían, en profundo y completo reposo, bajo plantas olorosas.

Andrés se fué, serenado y casi feliz, por haber por fin cumplido con aquel piadoso deber, de tal manera difícil, que muchas noches le había quitado el sueño;

durante años, en el curso de sus viajes y de las agitaciones de su vida errante, aun cuando se hallara lejísimos, cuántas veces, en sus insomnios, había pensado en esto, que se parecía á las empresas imposibles de las pesadillas : en medio de un cementerio de Estambul, levantar unos humildes mármoles que se hacían pedazos... Hoy, pues, tarea terminada. Además, parecíale del todo suya, la querida modesta tumba, ahora que de nuevo estaba puesta en pie por voluntad suya, y que él era el que la había hecho consolidar para que durara.

Como se sentía el alma muy turca, en aquella hermosa, clara y tibia tarde, en la que no tardaría la la luna llena en brillar sobre el Mármara, volvió á Estambul cuando ya anochecía, y subió hasta el corazón mismo de los barrios musulmanes, para ir á sentarse fuera, en la explanada que ya se le había hecho familiar, ante la mezquita de Sultán-Fatih. Quería soñar allí, en el fresco puro de la noche y en la deliciosa paz oriental, fumando narguiles, bañado en una atmósfera de mucha magnificencia moribunda, de mucha vetustez, de silencio religioso y de oración.

Cuando llegó á la plazuela, todos los cafetines del alrededor habían encendido sus modestas lámparas; faroles colgados de los árboles, antiguos faroles de aceite, daban también su luz, una luz un tanto velada ; y en todas partes, en bancos ó sobre taburetes, los soñadores de turbante fumaban, hablando poco y

en voz baja; oíase el burbujeo especial de los centenares de narguiles : el agua que se agita en el recipiente, á la aspiración larga y profunda del fumador. Le trajeron el suyo, con brasas vivas sobre las hojas de tabaco persa, y pronto comenzó para él, como para todos sus circunvecinos, una particular excitación cerebral, muy suave, inofensiva y que incitaba á pensar. Bajo aquellos árboles, de los que colgaban los farolitos que apenas daban luz, estaba Andrés sentado justo enfrente de la mezquita, de la que le separaba lo ancho de la plazuela. Estaba ésta vacía y muy en la penumbra; en muchos sitios faltaba empredado, de lo cual resultaban hoyos ; la mezquita situada en el fondo, presentaba una alta, vasta, imponente muralla, y era severa como una fortaleza, con una sola abertura : la ojiva de lo menos treinta pies, por donde se entraba en el patio santo. Después, á derecha é izquierda, y en lontananza, noche confusa, negrura : árboles, acaso, vagos cipreses indicando una región para los muertos; una obscuridad más extraña que en otros sitios, formada de la paz y del misterio del Islam. La luna, que desde hacía una hora ó dos, había salido de detrás las montañas de Asia, comenzaba á despuntar por encima de la fachada de Sultán-Fatih; lentamente iba subiendo, redonda, de plata azulada, tan libre, tan aérea, por encima de aquella maciza cosa terrestre, dando marcada impresión de su alejamiento y de su aislamiento en el espacio... La claridad azul iba ganando terreno,

inundaba poco á poco los sabios y piadosos fumadores, en tanto que la plaza desierta seguía en la sombra proyectada por los vastos muros sagrados. Al mismo tiempo, aquella claridad lunar impregnaba una fresca bruma nocturna, exhalada por el Mármara, que aún nadie había notado, de tal manera era diáfana, pero que también se tornaba de un azulado claro que todo lo envolvía, lo cual daba un aspecto vaporoso á aquella muralla de mezquita, tan pesada ha poco. Y los dos minaretes plantados en el cielo parecían transparentes, permeables á los rayos de la luna, mareaba el mirarlos, en aquella neblina de luz azul, de tal manera resultaban agrandados, inconsistentes y ligeros...

En aquel mismo momento, existía, del otro lado del Cuerno de Oro, en realidad no muy lejos de aquí, pero á una distancia que, sin embargo parecía inconmensurable, existía una ciudad dicha europea y llamada Pera, la cual comenzaba su vida nocturna. Allí, levantinos de toda raza, y también, por desgracia, algunos jóvenes turcos, creyéndose llegados á un envidiable grado de civilización, por llevar trajes á la parisiense, ó casi, se hacinaban en cervecerías, en estúpidos cafés-concierto, ó alrededor de mesas de juego, en los círculos de la alta elegancia peroteña... ¡Qué de diminutos seres hay en el mundo!...

¡Pobres seres, éstos de quienes se trata, agitados, desequilibrados, vacíos y mezquinos, ya sin ideal y sin esperanza! ¡Pobrísimos seres, sí, al lado de los

sencillos y de los sabios de aquí, quienes esperan á que desde lo alto del minarete llamen al rezo, para ir, llenos de confianza, á arrodillarse ante el inconocible Alá, y quienes, más tarde, con el alma tranquila, desaparecerán de este mundo como quien se despide para un hermoso viaje!...

Ya entonan su canto de llamada, las voces esperadas por ellos. Los individuos que viven en lo alto de esas flechas perdidas en el vapor luminoso del cielo, vocalizan de repente como pájaros, en una especie de éxtasis vibrante que los posee. Ha sido menester buscar hombres de garganta especial para hacerse oir desde semejantes alturas ; no se pierde un sonido ; cuanto dicen baja hasta nosotros, preciso, claro y fácil...

Uno después de otro van levantándose los soñadores, se hunden un momento en la sombra que aún cubre la explanada, la atraviesan y se dirigen lentamente hacia la puerta santa. Por grupitos primero de tres, de cuatro, de cinco, los turbantes blancos y los largos trajes talares se van á rezar. Después vienen otros, de varios lados, de la obscuridad de las calles, de casas cerradas. Llegan con babuchas silenciosas, andan con reposo, recogimiento y gravedad. La alta ojiva que los atrae á todos, abierta en la vasta muralla austera, es un antiquísimo farol destinado á alumbrarla ; cuelga del arco, y su llamita resulta amarillenta y muerta, debajo de la soberbia luz lunar que llena el cielo. Y mientras siguen cantando las

voces de arriba, como en procesión van las cabezas envueltas en muselina blanca á hundirse bajo el inmenso pórtico.

Vacíos los bancos de la plaza, también Andrés se va á la mezquita, el último y más miserable de todos, puesto que no ha de rezar. Entra y se queda junto á la puerta. En la mezquita hay dos ó tres mil turbantes que, por sí mismos, acaban de formar varias filas iguales, y dan frente al mihrab. Una voz se alza sobre aquel silencio, una voz tan quejumbrosa y de una melancolía indecible, que vocaliza en notas muy altas, como los cantores de los minaretes, parece morir agotada, y luego se reanima, vibra de nuevo, ó se arrastra, se arrastra, se apaga como en lenta agonía, y muere, para comenzar de nuevo. Esa voz dirige las oraciones de cuantos allí están; al oirla por vez primera, se arrodillan; después se prosternan en actitud más humilde, y, por fin, tocan el suelo con su frente, todos al mismo tiempo, como segados á la vez por aquel canto triste, y tan dulce, que se va debilitando hasta no ser más que un murmullo, pero que, no obstante, llena la nave inmensa.

El vasto santuario está muy poco alumbrado; sólo lamparillas, colgadas de las bóvedas, de trecho en trecho; sin la pura blancura de las paredes, apenas se vería. Á veces se oye ruido de alas: son los pichones familiares, los dejan anidar en las tribunas; despertados por todas aquellas luces y por el ligero ruido, echan á volar y van y vienen, pero sin espanto,

por encima de los millares de turbantes. Y es tan absoluto el recogimiento, y tan profunda la fe, que las frentes se inclinan bajo la encantación de la vocecita subida y temblona, y la oración silenciosa de aquellos fieles parece subir cual humo de incensario...

¡Ojalá puedan Alá y el Califa proteger y aislar por mucho tiempo al pueblo turco religioso y soñador, leal y bueno, uno de los más nobles de este mundo, y capaz de energías terribles, de heroísmos sublimes en los campos de batalla, cuando peligran la tierra natal, el Islam y la fe!

Terminada la oración, Andrés volvió, con los musulmanes, á sentarse y á fumar fuera, bajo la hermosa luna que seguía subiendo. Pensaba él, con tranquila satisfacción, en la tumba reparada, la cual, en este momento, debía de erguirse, blanca y linda, en medio de la noche clara y tan alumbrada. Cumplido este deber, ya podría marcharse, como pensaba cuando desembarcó. Pero el hechizo oriental había vuelto á apoderarse de él, y, además, quería oir una vez más la voz de las tres lindas misteriosas, que regresarían con el verano. En los comienzos, le remordió la conciencia por la aventura, á causa de la confianza que le demostraban sus amigos turcos; pero, ahora, ya no pensaba lo mismo, diciéndose que, en suma, no atentaba contra el honor de ninguno de sus amigos; que, hasta la fecha, ni siquiera había visto las caras de aquellas jóvenes, y, finalmente, que entre Djenana,

que por la edad podía ser su hija, y él, todo se reduciría á una extraña y grata amistad.

Además, acababa de recibir una carta de la joven, que justamente parecía colocar á cada uno en su terreno:

Un día de capricho, escribía la joven desde su palacio de bella encantada, pero muy despierta por cierto, un día de capricho y de más penosa soledad moral, irritadas contra la infranqueable valla contra la que sin cesar nos estrellamos y que nos humilla, nos echamos valientemente á la calle para descubrir qué clase de personaje resultaba usted ser. Nuestro primer deseo de entrevista lo constituían, pues, un reto y la curiosidad.

Hemos encontrado á un Andrés Lhery muy distinto del que nos figurábamos. Y, ahora, al *verdadero usted* á quien nos ha permitido usted conocer, á ése no lo olvidaremos nunca. Pero es menester explicar esta frase que, dicha por una mujer á un hombre, parece casi una galantería de mal gusto. No le olvidaremos, porque, merced á usted, hemos conocido lo que debe de constituir el verdadero encanto de la vida de las mujeres occidentales: el contacto intelectual con un artista. No le olvidaremos, por habernos usted demostrado simpatía afectuosa, sin siquiera saber si somos hermosas o máscaras viejas; se ha interesado usted por lo mejor que hay en nosotras: *nuestra alma*, considerada, hasta la fecha, por nuestros amos y señores, como no merecedora de atención; nos ha hecho usted entrever cuán preciosa podía ser una pura amistad de hombre.

Justo lo que él había pensado: un amable « flirt » de almas, y nada más; un flirt de almas, pero no exento de peligro; eso sí, sólo peligro material, no moral.

Ellas y él saldrían blancos como la nieve, blancos como aquellas cúpulas de mezquita á la luz de la luna.

En su bolsillo la tenía, la carta de Djenana, recibida momentos antes en Pera, y la sacó para volverla á leer más tranquilamente, á la claridad de un farol colgado de las ramas vecinas :

¡Y ahora, decía Djenana, ahora que ya no le tenemos á usted con nosotras, qué tristeza la nuestra al recaer en nuestro letargo! ¿Le permite á usted su existencia, tan llena de color, tan palpitante, concebir las nuestras tan pálidas, constituídas por años que se arrastran sin dejar recuerdos? De antemano sabemos siempre lo que mañana nos aportará : nada; y sabemos también que todos los mañanas, hasta nuestra muerte, se deslizarán con la misma insulsa monotonía suave, en el mismo tono impreciso.

En las novelas que nos llegan de Europa se ven siempre á seres que, en el ocaso de su vida, lloran ilusiones perdidas. Las perdieron... ¡pero siquiera las habían tenido; siquiera una vez conocieron la arrebatadora dicha de un viaje hacia algún espejismo! Mientras que á nosotras, Andrés, á nosotras jamás nos han dejado la posibilidad de una sola ilusión ; y cuando llegue nuestro ocaso, hasta nos faltará la melancólica distracción de llorarlas... ¡Oh con cuánta más acuidad sentimos estas cosas desde que le hemos conocido!

¡Qué horas aquellas, en su compañía de usted, en la vetusta casa del barrio de Sultán-Selim!... Realizábamos allí un sueño que, antes, ni siquiera nos habríamos atrevido á esperar : ¡poseer á Andrés Lhery, poseerlo sólo nosotras; ser tratadas por él como *seres pensantes*, y no como juguetes, y hasta algo como amigas, hasta el punto de descubrir él, para nosotras, particularidades secretas de su alma! Aunque

no conocemos del todo la vida europea y las costumbres de su mundo de usted, hemos comprendido todo lo que significaba la confianza con que respondía usted á nuestras indiscreciones. De éstas sí que nos dábamos cuenta, puede usted creerlo; y sepa también que, de no habernos protegido nuestros velos, no hubiéramos sido tan audaces.

Ahora, con toda sencillez y sinceridad de corazón, queremos proponerle una cosa. Al oirle á usted, el otro día, hablar de la tumba que tan querida le es, hemos tenido las tres la misma idea, que no nos atrevimos á manifestarle de viva voz. Pero somos más atrevidas por carta... Si supiéramos dónde está, esa tumba de su amiga, podríamos ir, algunas veces, á rezar por el alma de la muerta; y, cuando usted se haya marchado, velaríamos por ella, y le daríamos á usted noticias, pues suponemos que quizá le sería grato pensar que no sólo indiferencia rodea aquel rinconcito de tierra en donde duerme un pedazo de su corazón de usted. Muy felices nos haría ese lazo algo *real* con usted, cuando ya esté usted lejos; quizá, el recuerdo de su antigua amiga, protegiera contra el olvido á sus amigas de ahora...

Y, en nuestras oraciones por aquella que le enseñó á usted á amar á nuestro país, también rezaremos por usted, pues de sobra nos hemos dado cuenta de la incurable nostalgia que le aqueja... ¡Qué sorprendente cosa, que vuelva yo á agarrarme á una esperanza, desde que le he conocido á usted, yo que ya nada esperaba! ¿He de ser yo quien le recuerde que no tiene derecho á limitarle á la vida su esperanza y su ideal quien ha escrito ciertas páginas de sus libros de usted?

DJENANA.

Mucho tiempo hacía que Andrés deseaba precisamente eso: poder recomendar la tumba de Nedjibia á alguien que cuidara de ella; y, sobre todo, había

soñado con esto, en apariencia muy irrealizable : el confiar dicha tumba á mujeres turcas, hermanas de la muerta, por la raza y por el Islam. De suerte que, la proposición de Djenana, no sólo establecía lazos más estrechos entre ella y él, sino que colmaba su deseo y tranquilizaba ya por completo su conciencia respecto de la cuestión del cementerio.

Incitado por aquella admirable noche, pensaba en el pasado y en el presente ; en general, le parecía que entre la primera fase, tan infantil, de su vida turca, y el período actual, el tiempo había abierto un abismo; y esta noche, al contrario, veía más cercanos ambos períodos, como formando una serie ininterrumpida. Al sentirse allí, todavía tan lleno de vida y tan joven, cuando hacía ya tanto que no era ella más que un poco de tierra entre otra tierra, en medio de la obscuridad de abajo, sentía, tan pronto un remordimiento desgarrador y vergüenza, tan pronto, en su vehemente amor por la vida y por la juventud, casi un sentimiento de triunfo egoísta...

Por segunda vez esta noche, las asociaba en su recuerdo : Nedjibia, Djenana ; además, eran del mismo país, ambas eran circasianas ; en más de una ocasión la voz de una le había recordado la voz de la otra : otra particularidad : pronunciaban lo mismo ciertas palabras turcas...

Notó de repente que debía de ser muy tarde, al oir, hacia el lado de los árboles, cascabeles de mulas, esos cascabeles tan argentinos y tan claros, en las hermo-

sas noches de Estambul : la llegada de la verdura y de todos los frutos de mayo que, muy temprano, en la vecindad de las mezquitas, compran las mujeres del pueblo, cubiertas con velo blanco. Entonces miró en torno suyo y notó que no había, en la plaza, más fumador que él. Casi todos los faroles de los cafetines se habían apagado. El rocío humedecía sus hombros; un muchacho, de pie detrás de él, apoyado contra un árbol, esperaba dócilmente á que terminara, para llevarse el narguile y cerrar la puerta.

Pronto medianoche. Se levantó para bajar hacia los puentes del Cuerno de Oro, y pasar á la otra orilla, en donde vivía. Ningún coche, por supuesto, á semejante hora. Antes de salir del Viejo Estambul, dormido bajo la luna, quedábale un trayecto bastante largo en pleno silencio, en medio de una ciudad de ensueño, con casas en absoluto mudas y cerradas, en donde todo parecía petrificado en aquel momento, por los rayos de la luz espectral demasiado blanca. Había que atravesar por barrios cuyas callejuelas bajaban, subían, se enlazaban como para equivocar á algún transeunte inexperto, quien, por cierto, no habría encontrado á nadie que le enseñara el camino ; pero Andrés conocía muy bien aquellos sitios. También había plazas semejantes á despoblados en torno de mezquitas que confundían sus cúpulas y sobre las cuales echaba la luna inmensos sudarios blancos. Y por todas partes había cementerios, cerrados por verjas antiguas con dibujos árabes; sobre algunas tumbas veíanse lampa-

rillas. Á veces, kioscos de mármol arrojaban por sus ventanas una vaga claridad de lámpara; pero también era, aquél, alumbrado para los muertos, y valía más no mirar allí dentro : no vería, el curioso, más que catafalcos y más catafalcos, roídos por la vetustez y como empolvados de ceniza. Sobre las baldosas de las aceras, perros, todos de color leonado, dormían por tribus, acurrucados en forma de bola, perros de Turquía, tan bonachones como los musulmanes que los dejan vivir en paz, é incapaces de enfadarse, aun cuando se les pise, por poco que comprendan que fué por descuido. Ningún ruido, salvo, de tarde en tarde, el golpe de regatón, en el empedrado, del chuzo del sereno. El Viejo Estambul, con todas sus sepulturas, dormía en una paz religiosa, lo mismo esta noche que hacía trescientos años.

CUARTA PARTE

XVIII

Después de los cambiantes cielos del mes de mayo, en que el viento del Mar Negro se obstina en pasear aún tantas nubes cargadas de lluvia fría, el mes de junio había desplegado de repente sobre la Turquía el azul profundo del oriente meridional. Y se había efectuado el éxodo anual de los habitantes de Constantinopla hacia el Bósforo. Á lo largo de dicha agua, casi á diario removida por el viento, cada embajada había tomado posesión de su residencia de verano, en la orilla de Europa ; tuvo Andrés Lhery que hacer como los demás, y se instaló en Terapia, especie de pueblo cosmopolita, desfigurado por hoteles monstruos, en donde, por la noche, hay que aguantar detestables orquestas de café-concierto; pero vivía más enfrente, en la orilla de Asia, que sigue siendo deliciosamente oriental, llena de sombra y de paz.

También volvia con frecuencia á su querido Estam-

bul, que distaba de allí una hora de navegación sobre el Bósforo, poblado de multitud de buques que suben ó bajan.

En medio del estrecho, entre las dos orillas, adornadas por casas y palacios, hay un ininterrumpido desfile de paquebotes, de enormes buques modernos, ó de hermosos veleros á la antigua, que caminan por grupos, tan pronto como se levanta viento propicio; cuanto producen y exportan los países del Danubio, el Sur de Rusia, y hasta la lejana Persia y el Bukara, entra por ese verde pasillo, con la perpetua corriente de aire que va desde las llanuras del Norte al Mediterráneo. Más cerca de los ribazos, el ir y venir de las embarcaciones de toda forma: canoas, caiques ligeros con remeros cuya ropa está bordada de oro, moscas eléctricas, barcazas pintarrajadas y doradas, en las que pescadores reman en pie, tendiendo sus largas redes que todo lo recogen al paso. Y, por entre todas esas cosas en movimiento, continuos y ruidosos barcos de ruedas, desde por la mañana hasta por la noche transportan, entre las Escalas de Asia y las de Europa, hombres con fez rojo y señoras veladas.

Á derecha é izquierda, á lo largo de aquel Bósforo, veinte kilómetros de casas, entre jardines y árboles, miran, por sus millares de ventanas, aquella agitación, que no cesa, sobre el agua verde ó azul. Ventanas libres, ó ventanas enrejadas de los impenetrables harenes. Casas de todas las épocas y de todos los estilos. Del lado de Europa, algunas « villas »

extravagantes de levantinos atacados de delirio, fachadas compuestas, y hasta arte nuevo, nauseabundas al lado de las armoniosas moradas de la vieja Turquía, pero que todavía no se notan mucho en aquel bello conjunto. Del lado de Asia, en donde no hay casi más que turcos, desdeñosos de la baratijería moderna y celosos de silencio, puede uno costear de cerca la tierra, pues está intacto el encanto oriental que aún se cierne allí en todas las cosas. En cada uno de los recodos de la orilla, en cada bahía que se abre al pie de las colinas cuajadas de árboles, aparece el mismo misterio oriental. Nada de caminos para seguir el borde del agua; cada casa tiene, según la costumbre antigua, su maleconcito de mármol, apartado y cerrado, en donde pueden estar las mujeres del harén, con ligero velo, para mirar á sus pies el agua que corre, y los barcos. Antiquísimos cementerios, cuyos monolitos dorados parecen haberse puesto en la orilla para mirar, ellos también, los navíos que pasan y el acompasado movimiento de los remeros. Mezquitas, bajo venerables plátanos seculares. Plazas de aldea, en donde se están secando redes, colgadas de ramas de árboles que forman toldo, y en donde soñadores con turbante están sentados en torno de alguna fuente de mármol, inalterablemente blanca con piadosas inscripciones y arabescos de oro.

Cuando, viniendo de Terapia y de la embocadura del Mar Negro, desciende uno hacia Constantinopla, la legendaria belleza del Bósforo se desarrolla en cres-

cendo de magnificencia, hasta la apoteosis final, que ocurre en el momento de abrirse el Mármara : entonces, en la orilla izquierda aparece Escutari de Asia, y, en la derecha, por encima de los largos malecones de mármol y de los palacios del sultán, el elevado perfil de Estambul se alza con su hacinamiento de flechas y de cúpulas.

Tal era la decoración, de cambios y de sorpresas, en la que Andrés había de vivir hasta el otoño, y esperar á sus amigas, las tres sombritas negras, quienes le habían dicho : « Pasaremos el verano en el Bósforo », pero que ni señales de vida daban desde hacía varios días. ¿Y cómo saber ahora qué era de ellas, sin tener señas convenidas para el antiguo palacio perdido en los bosques de Macedonia?

XIX

DJENANA Á ANDRÉS

Bunar-Bachi, cerca de Salónica,
20 de junio de 1904 (á la franca).

Su amiga pensaba en usted; pero, durante semanas, estaba harto vigilada para que pudiera escribir.

Hoy, querría confiarle á usted la historia de su matrimonio; súfrala, usted que ha escuchado con tanta benevolencia las de Zeyneb y de Melek, en Estambul, si usted recuerda, en la casita de mi buena nodriza.

Por lo que á mí toca, Andrés, el desconocido que mi padre me dió por marido no era, ni un enfermo, ni un hombre de malos modos : al contrario, un guapo oficial rubio, de modales elegantes y suaves, á quien pudiera yo haber amado. Si al pronto lo execré, como amo impuesto por la fuerza, ahora no conservo contra él odio alguno. Pero no he sabido admitir el amor como él lo entendía, un amor que sólo era deseo y que tan indiferente lo dejaba respecto de la posesión de mi corazón.

Entre nosotros, musulmanes, ya sabe usted cuán sepa-

rados están hombres y mujeres en una misma casa. Cierto que esa costumbre tiende á desaparecer, y conozco á privilegiadas cuya existencia transcurre verdaderamente con su marido. Mas no es ese el caso con familias que, como las nuestras, tienen antiguo abolengo y practican estrictamente su religión; en éstas, el *harén*, en que hemos de estar, y el *selamlike*, donde residen los hombres nuestros amos, son moradas completamente distintas. Habitaba yo, pues, nuestro vasto y suntuoso harén, con mi suegra, dos cuñadas y una prima de Hamdi, llamada Durdané, joven y bonita, de una blancura de alabastro, con cabellos teñidos de color ardiente, ojos verdes, y pupilas como fosforescentes, cuya mirada no se encontraba nunca.

Hamdi era hijo único, y su mujer fué muy mimada. Me habían dado todo un piso del antiguo é inmenso palacio; tenía para mí sola cuatro lujosos salones á la antigua moda turca, en los que me aburría de firme; sin embargo, los muebles de mi cuarto de dormir habían venido de París, así como cierto salón Luis XVI, y mi cuarto tocador, adonde se me permitió llevar mis libros. Recuerdo que al colocarlos en armaritos de laca blanca, me sentía angustiada al pensar que mi vida de mujer habría de terminar donde acababa de comenzar, y que ya me había dado cuanto podía esperar de ella... De modo que era aquello, el matrimonio: caricias y besos que nunca buscaban mi alma; largas horas de encierro, de soledad, sin intéres y sin fin, y, además, aquellas horas en que tenía que desempeñar un papel de muñeca, ó de menos aún...

Traté de que resultara grata la estancia en mi cuarto más íntimo, donde tenía mis libros, y me esforcé por que pasara allí Hamdí sus horas de libertad. Yo leía los diarios y hablaba con él de cosas del palacio imperial ó del ejército; trataba de descubrir qué asuntos le interesaban, para aprender á hablar de ellos. Pero no, aquello trastornaba sus cos-

tumbres hereditarias; de sobra lo comprendí. « Todo aquello, decía él, era bueno para conversaciones entre hombres, en el selamlike. » Sólo una cosa me pedía : que fuera bonita y amorosa...; y tanto insistió, que me pareció que exigía demasiado.

¡Una que debía de saberlo ser, amorosa, era Durdané! En la familia, la admiraban por su donaire, donaire de pantera joven, cuyos movimientos todos eran ondulantes. Por la noche bailaba y tocaba el laúd; hablaba muy poco, pero siempre estaba risueña, y su sonrisa era prometedora y cruel, descubriendo dientecitos puntiagudos.

Con frecuencia iba á mis habitaciones, so pretexto de hacerme compañía. ¡Había que ver con qué desdén miraba mis libros, mi piano, mis cuadernos y mis cartas! Casi siempre acababa por llevarme á uno de los saloncitos á la turca, y allí se tendía sobre un diván, fumando cigarrillos y jugando con un espejo que casi á todas partes la seguía. Creí yo que, por haber sido casada, y porque era joven, podría contarle mis penas; pero, las dos ó tres veces que le hablé de esas cosas, la encontré lo mismo : abría de par en par sus ojos verdes y se echaba á reir, diciéndome : « ¿De qué puedes quejarte? ¡Eres joven, bonita, y tienes un marido al que ya vas queriendo! — No, contestaba yo, no es mío, puesto que no poseo nada de su pensamiento. — ¿Qué te importa su pensamiento? Te da *su persona* y te la da *á ti sola*. » Y, con mirada aviesa, apoyaba sobre estas últimas palabras.

Una verdadera pena para la madre de Hamdí era que no tuviese yo familia al cabo de un año de matrimonio; pretendía que me habían hechizado; mas no consiguió que fuera yo á tomar aguas especiales, ni á las mezquitas, ni junto á dervises reputados por su don de conjurar tales maleficios. No, de ninguna manera quería yo tener hijos. Si por desgracia nos hubiera nacido una niña, ¿cómo la ha-

bría yo educado? ¿Á la oriental, como Durdané, sin más fin en la vida que cantar, bailar y recibir las caricias del hombre? ¿Ó bien como lo habíamos sido Zeyneb, Melek, y yo, lo cual era condenarla á padecer cruelmente?

De sobra sé, Andrés, que son inevitables nuestros padecimientos, que somos el escalón, tanto nosotras como las que inmediatamente vengan después, el escalón por el cual han de subir y libertarse las musulmanas de Turquía. Pero, condenar á semejante papel de sacrificada á un ser nacido de mí, no, no me sentía yo con valor para ello.

Por aquel tiempo, Hamdí estaba bien decidido á pedir un puesto en una embajada. « Te llevaré á Europa, me decía, y allí vivirás como una occidental, como la mujer de nuestro embajador en Viena, ó como la princesa Eminé en Suecia. » Con lo cual pensaba yo que, solos él y yo en una casa más pequeña, nuestra existencia resultaría forzosamente más íntima. También pensaba que, ya en el extranjero, resultaría él contento, y hasta orgulloso, de tener una mujer cultivada, al corriente de todo.

¡Y con qué afán me preparaba yo á mi futuro papel! Leía todas las grandes revistas francesas, y las novelas, y los diarios y las piezas de teatro. Entonces fué cuando comencé á conocerle á usted de una manera tan profunda, Andrés. De soltera, había leído *Medjé* y algunos de sus libros de usted sobre nuestros países de Oriente. Volví á leerlos en la época de que acabo de hablarle, y comprendí mejor por qué le debemos á usted agradecimiento las musulmanas, y por qué le queremos á usted más que las mujeres de otros países : por haber resultado en íntimo parentesco de alma con usted por su manera de comprender el Islam. ¡Nuestro Islam, falseado, desconocido, al que, no obstante, quedamos fieles, pues no es él quien ha querido los tormentos que nos aquejan!... No, no es nuestro Profeta quien nos ha condenado al martirio que nos infligen,

El velo que él nos dió era una protección, no un signo de esclavitud. Jamás, jamás entró en su criterio el que fuéramos sólo muñecas de placer : el piadoso imán que nos enseñó nuestra doctrina nos lo dijo bien claramente. Á su vez, dígalo también, Andrés; dígalo para honra del Corán y para venganza de las que padecen. Dígalo, por fin, porque le queremos á usted.

Después de leer los libros de usted que hablan del oriente, quise leer los demás. Sobre cada una de sus páginas ha caído una lágrima. Los autores muy leídos, ¿ piensan, cuando están escribiendo, en la infinita variedad de almas adonde irá á hundirse su pensamiento? En las mujeres occidentales que *ven* el mundo, sin duda que es menos profunda la acción de un escritor; mas para nosotras, las eternamente claustradas, en su mano tienen ustedes el espejo que refleja ese mundo que no hemos de conocer; sólo por ustedes, los escritores, lo vemos. Sentimos y vivimos por mediación de ustedes; y, siendo así, ¿no le parece á usted lógico y justo que el escritor llegue á formar parte de nosotras mismas? Yo, le he seguido á usted á todas partes, alrededor de la tierra, y tengo álbumes llenos de recortes de periódicos que hablaban de usted; he oído, acerca de usted, mucho mal en el que no he creído. Mucho antes de verle, ya había yo supuesto, exactamente, el hombre que debía usted de ser. Cuando por fin le vi, ya hacía tiempo que me era usted conocido. Cuando me dió usted sus retratos, tiempo hacía, Andrés, que dormían en un cofrecillo secreto, dentro de un saquito de raso... Y después de semejante confesión, ¿querría usted vernos otra vez? No, estas cosas se dicen sólo al amigo *á quien no se ha de volver á ver*...

Pero noto que ha quedado lejos, mi historia de matrimonio. — Quedé, creo, en el final del invierno que siguió á la hermosa fiesta de mi boda. Largo fué el invierno aquel

año; Estambul estuvo durante dos meses sepultado bajo la nieve. Había yo palidecido mucho, y me consumía. La madre de Hamdi, Emiré Hanum, comprendía de sobra que no era yo feliz, y parece ser que tanto le preocupaba mi salud, que un día acudieron varios médicos, y que, aconsejada por ellos me envió á las islas (1), en donde acababan de instalarse sus amigas de usted Zeyneb y Mélek.

Supongo que conoce usted nuestras islas y la dulzura de su primavera; en ellas se respira amor de la vida y amor del amor. En medio de aquel aire puro, bajo los perfumados pinos, me sentía yo renacer. Los tristes recuerdos, los sinsabores de mi vida de mujer, todo se fundía en una tierna languidez. Me dije á mí misma que había sido una loca al haberme mostrado tan exigente y tan complicada con mi marido. Aquel clima y aquel abril me habían cambiado. En las noches claras, alumbradas por la luna, me paseaba por el hermoso jardín de nuestra « villa », sin más deseo que el de tener á mi lado á mi Hamdi, de sentir su brazo oprimiendo mi cintura, y de no ser más que una amorosa. Sentía vivo pesar por las caricias que no supe devolver cumplidamente, por aquellas caricias que me habían molestado...

Antes del plazo fijado, sin avisar, me volví á Estambul, acompañada sólo de mis esclavas.

El barco que me conducía, retrasado por averías, no llegó hasta bien entrada la noche, y ya sabe usted que no debemos, las musulmanas, estar fuera de casa después de ponerse el sol. Eran las nueve cuando, sin ruido, entré en casa. Hamdi, en aquel momento, debía de estar en el salamlike, con su padre y sus amigos, como de costumbre; mi suegra, sin duda encerrada, meditando el Corán, y, mi

(1) Las islas de los Príncipes, en el mar de Mármara. En Constantinopla se dice : « las islas ».

prima, escuchando las profecías de alguna esclava, hábil en interpretar lo que dicen las heces del café.

Me fuí pues derecha á mi cuarto, y, al entrar, lo único que vi fué á Durdané en brazos de mi marido...

Me dirá usted, Andrés, que nada extraordinario tiene mi aventura, y que es muy corriente en los países occidentales; pero no se la cuento sino por las consecuencias que ha tenido.

Estoy cansada, amigo á quien no he de volver á ver; quede para mañana la continuación.

DJENANA.

XX

Mas transcurrió todo el mes de julio sin que llegara á Andrés la anunciada continuación, ni tampoco ninguna otra noticia de las tres sombritas negras.

Como todos los ribereños del Bósforo, en aquella estación, vivía mucho sobre el agua, viajando cada día entre Europa y Asia. Como era cuando menos tan oriental como un turco, tenía su caique, y sus remeros llevaban el traje habitual: camisas de gasa con mangas anchas y sueltas, y chaquetillas bordadas de oro. El caique era blanco, largo, afilado, puntiagudo como una flecha, y el terciopelo de la librea era encarnado.

Una mañana, costeaba la orilla asiática, recorriendo con distraída mirada las antiguas moradas que se adelantaban hacia el agua, las enrejadas ventanas de los harenes, y las plantas que colgaban detrás de las verjas de los misteriosos jardines, cuando vió venir

hacia él una ligera barca en la que remaban tres mujeres envueltas en seda blanca; un eunuco, con levita correctamente abrochada, estaba en la parte de atrás; las tres remeras parecían, por la fuerza que gastaban, disputarse algún premio. Pasaron cerca de Andrés y volvieron la cabeza hacia él; notó que tenían manos elegantes; pero los velos de muselina no dejaban ver nada.

Andrés tuvo por seguro que aquéllas eran sus fantasmitas negras, quienes, con el verano, se habían convertido en fantasmitas blancas.

Al día siguiente, le escribieron:

3 de agosto de 1904.

Desde hace dos días, sus amigas han vuelto á instalarse en el Bósforo, orilla del Asia. Y ayer mañana habían subido en barco, remando ellas mismas, como es costumbre suya, para ir á Bajá-Bagtché, en donde hay moras en las zarzas y florecillas azules en la hierba.

Remábamos. En vez del tcharchaf y del velo negro, sólo teníamos un yeldirmé de seda clara, y una mantilla de muselina alrededor de la cabeza: en el Bósforo, en el campo, como quien dice, nos permiten esto. Día hermoso, había como juventud en la atmósfera; un verdadero tiempo de amor y de alba de vida. El aire era fresco y ligero, y los remos nos parecían plumas. En vez de gozar apaciblemente de la hermosa mañana, no sé qué furia nos entró por ir de prisa, y hacíamos volar nuestro barco sobre el agua, cual si nos esperara la dicha, ó la muerte...

Ni la muerte ni la dicha alcanzamos en aquella correría, sino á nuestro amigo, arrellanado como un bajá en su cai-

que de remeros rojos y dorados. Sus ojos de usted y los míos han cruzado larga mirada; pero los de usted no veían los míos.

Desde nuestro regreso estamos como alocadas, cual cautivas recién salidas de estrecho calabozo para entrar de nuevo en la cárcel corriente: ¡si supiera usted lo que, á pesar de la magnificencia de las rosas, es el sitio de donde salimos!... Uno que, como usted, pertenezca al Occidente febril y libre, ¿será capaz de comprender á fondo el horror de nuestras existencias muertas, de nuestros horizontes en que sólo una cosa aparece: ir á dormir á la sombra de un ciprés, en el cementerio de Eyub, después de que el imán diga las oraciones de ritual?

DJENANA.

Vivimos como esos objetos de cristal preciosos, embalados en cajas llenas de salvado. Se imaginan así evitarnos todo choque, pero llegan sin embargo las sacudidas, y entonces, las roturas vivas, con los dos trozos en perpetuo contacto, nos hacen un daño sordo, profundo y horrible...

ZEYNEB.

Soy la única de las tres que tiene sentido común, amigo Andrés; supongo que ya lo habrá usted notado. Las otras dos, dicho sea entre nosotros, están algo « guilladas ». Sobre todo Djenana, que consiente en seguir escribiéndole, pero que no quiere volverle á ver. Por fortuna, aquí estoy yo para arreglar las cosas. Contéstenos á las antiguas señas (Señora Zahidé, ¿recuerda usted?) Pasado mañana, una amiga de confianza irá á recoger la carta, lista de correos.

MELEK.

XXI

Andrés les contestó en el acto. Á Djenana decía : « ¡No verla más, ó mejor dicho, no oir ya su voz, pues nunca la he visto á usted, todo ello por haberme hecho una amable declaración de amistad intelectual! ¡Qué chiquillada! Recibo otras muchas declaraciones, y puede usted creer que no me alteran. » Intentaba tomar la cosa en broma y confinarse en un papel de antiguo amigo, de mucha más edad, algo paternal. En el fondo, le preocupaban las resoluciones extremas que aquella altiva y obstinada almita era capaz de tomar ; no las tenía todas consigo, y, además, ya le era muy querida Djenana, y el no verla le entristecería para todo el verano.

En su carta reclamaba también la continuación de la historia prometida, y, al final, contaba, por escrúpulo de conciencia, cómo, por casaulidad, las había « identificado » á las tres.

Dos días después contestaron :

Es una desgracia el que nos haya usted identificado : ¿le siguen interesando esas amigas cuyo rostro nunca habrá usted de conocer, ahora que ya resultan menos misteriosas para usted?...

La continuación de mi historia : nada más fácil, cuente con ella.

Vernos de nuevo : eso, Andrés, resulta menos sencillo ; déjeme reflexionar...

DJENANA.

Bien ; pues yo voy á identificarme á fondo, indicándole á usted dónde vivimos. Al bajar el Bósforo, por el lado de Asia, en la segunda caleta después de Tchibukli, hay una mezquita ; después de la mezquita, una casa de estilo antiguo, muy enrejado, pomposo y triste ; siempre hay sobre el estrecho muelle, algún amable negro de levita : esa es nuestra casa. En el primer piso, que forma saliente sobre el mar, las seis ventanas de la izquierda, defendidas por feroces enrejados, son las de nuestras habitaciones. Puesto que tanto le gusta esa orilla de Asia, pase por ese sitio, y mire hacia esas ventanas, pero sin mirar demasiado : sus amigas, que de lejos reconocerán su caique, sacarán un dedo por un agujero, como seña de amistad, ó la punta de su pañuelo.

Se van arreglando las cosas con Djenana; cuente con una entrevista en Estambul para la semana que viene.

MELEK.

No hubo que decirle dos veces á Andrés que pasara por delante de la casa de sus amigas. Justamente, el día siguiente, viernes, era día de paseo elegante en Aguas Dulces de Asia, adonde nunca faltaba él, y la

antigua morada, sin duda fácil de reconocer, se hallaba en el camino. Tendido en su caique, pasó tan cerca de la casa como se lo permitía la prudencia. La casa, toda de madera, según usanza turca, algo torcida por el tiempo, y pintada de ocre obscuro, tenía gran aspecto, pero triste y encerrado. Por la base, bañaba casi en el Bósforo, y las ventanas de sus amigas cautivas formaban saliente sobre el agua, siempre agitada por la corriente. Detrás, jardines cerrados por altos paredones, subían á perderse en los bosques de la vecina ladera.

Bajo la casa se abría una de aquellas especies de antros abovedados, de uso general antes, para resguardar las embarcaciones de los señores; al acercarse Andrés, vió salir de aquel sitio un hermoso caique preparado para el paseo : remeros con chaquetilla azul bordada de oro, y largo tapiz de terciopelo igual, bordado lo mismo, que arrastraba por el agua. ¿Iban también á Aguas Dulces, sus amiguitas? Lo parecía.

Pasó, echando ojeadas á las rejas indicadas; dedos menudos, cargados de sortijas, salieron, y también una punta de pañuelo de encajes. Sólo en la manera juguetona de mover aquellos dedos y de hacer bailar aquella punta de pañuelo, Andrés reconoció en seguida á Melek.

En Constantinopla hay Aguas Dulces de Europa : entre árboles y prados, un río sin pretensiones, adonde acude la gente, los viernes de primavera. Y

también hay Aguas Dulces de Asia : un río más modesto aún, casi una miniatura de río, que cae de las colinas asiáticas para echarse en el Bósforo, y en donde se reúne la gente, los viernes de verano.

Á la hora en que iba hoy Andrés á este último sitio, numerosos caiques acudían también de ambos ribazos, unos trayendo señoras veladas, otros, hombres con fez rojo. Al pie de una fantástica ciudadela de la edad media sarracena, erizada de torres y de almenas, y cerca de un suntuoso kiosco con malecón de mármol, propiedad del Sultán, se abre esa privilegiada corriente que atrae cada semana á tantas bellas misteriosas.

Antes de entrar en el río, Andrés se volvió para ver si también iban sus amigas, y creyó reconocer, á lo lejos, sus tres siluetas con tcharchaf negro, y la librea azul y oro de sus barqueros.

Mucha gente había ya cuando llegó; gente sobre el agua, en embarcaciones de todas formas y de todos colores ; gente alrededor, sobre el césped casi demasiado lindo, arreglado en forma de anfiteatro, como para que la gente pueda, sentada, mirar pasar aquellos barcos. De trecho en trecho, árboles copudos, á cuya sombra se instalaban cafetines ; allí fumadores de narguile habían tendido esterillas sobre la hierba, para descansar á la oriental. De ambos lados, colinas cubiertas de tupidas florestas encerraban todo aquello entre sus pendientes deliciosamente verdes. Mujeres sobre todo eran las que guarnecían lo alto de las

gradas naturales, en los dos lindos ribazos, y resulta muy armonioso un conjunto de mujeres turcas en el campo, sin tcharchafes negros como en la ciudad, sino largos dominós de un solo color cada uno : rosa, azul, pardo, rojo, y, todas, envuelta la cabeza en muselina blanca.

La particularidad del paseo es el gentío mismo, sobre un agua tan tranquila, tan encerrada y tan costeada de verde, con tantos pares de lindos ojos que observan, por la hendidura de los velos. Ocurre con frecuencia que no adelantan las embarcaciones, los remos se cruzan, se mezclan, los remeros gritan, los caiques se tocan, y pueden los paseantes mirarse unos á otros, largo rato. Hay señoras sin cara que se están una hora entera, con su caique cerca de los juncos de la orilla, mirando detenidamente, con sus lentes de mano, á cuantas personas pasan cerca de ellas. Otras hay que no temen meterse entre las embarcaciones, pero siempre impasibles y enigmáticas bajo el velo echado, mientras sus remeros se esfuerzan por abrirse paso. Á sólo quinientos á seiscientos metros río arriba, se halla uno en la espesura de las ramas, entre árboles que se inclinan hacia el barco; se tocan los chinarros del fondo, y hay que volver atrás; entonces cuesta trabajo dar la vuelta, por lo largo que es el caique, y otra vez se sigue la corriente, — pero para subirla de nuevo, y después bajarla, á modo de paseo por una alameda.

Al dar la vuelta su caique, en el sitio en que cesa de

ser navegable el riachuelo, Andrés pensó : « Seguramente que voy á cruzarme con mis amigas, pues deben de haber llegado á Aguas Dulces minutos después que yo. » Ya no se ocupó de las mujeres sentadas por grupos en la hierba, ni de los pares de ojos negros, grises ó azules que mostraban todas aquellas cabezas envueltas de blanco ; sólo le interesaron las barcas de mujeres que venían á su encuentro. Otro lindo desfile en su conjunto, aunque ya no es como antaño, y que haya á veces que volver la cabeza para no ver las pretenciosas embarcaciones norteamericanas de los jóvenes turcos que siguen la moda, ni las vulgares barcas de alquiler en que levantinas exhiben sombreros que asustan. No obstante, aún dominan los caiques, y aquel día los había notables, con sus hermosos remeros de chaquetillas de terciepelo muy doradas ; dentro de dichos caiques pasaban, medio tendidas, señoras con tcharchaf, más ó menos transparente, y algunas grandes elegantes, de yachmak como para ir á Palacio, dejaban ver su frente y sus ojos negros. — Por cierto que se extrañó Andrés de que no estuvieran también de yachmak sus amiguitas, ellas, tan elegantes, en vez de venir con dominó negro, como las vió al pasar. Sin duda obedecía esto á la obstinación de Djenana en seguir siendo para él una invisible.

Por fin, en un recodo, las vió : tres esbeltas fantasmas sobre un tapiz de terciopelo azul, que rozaba las algas con su fleco de oro. Tres, es mucho para un

caique; dos estaban regiamente sentadas atrás, sobre un banquillo cuyo terciopelo era igual al del tapiz y al de la librea de los remeros; y la tercera, sin duda la más joven, estaba sentada á los pies de las dos mayores. Pasaron rozándole. De tan cerca, reconoció primero bajo la gasa negra, que no era hoy muy tupida, los risueños ojos de Melek entrevistos un día en la escalera, y acudió después á mirar á las otras dos. Una de ellas tenía también un velo algo transparente que permitía adivinar casi el juvenil rostro, de una fineza y de una regularidad exquisitas, pero que dejaba los ojos en la imprecisión. No titubeó : debía de ser Zeyneb, que por fin consentía en ocultarse menos ; la tercera, tan indescifrable como de costumbre, era Djenana.

Inútil decir que ni un saludo ni una seña cambiaron. Únicamente Melek, la menos severamente velada, le sonrió, pero con tanta reserva, que había que estar muy cerca para notarlo.

Otras dos veces se cruzaron, y luego llegó el momento de marcharse. El sol ya casi no alumbraba más que las copas de los árboles de las colinas; sentíase la deliciosa frescura que, con la tarde, comenzaba á subir del agua. El diminuto río y sus alrededores comenzaron á despoblarse, quedando á poco solitarios hasta la próxima semana; los caiques se dispersaban por todos los puntos del Bósforo, conduciendo á sus moradas á las bellas y elegantes mujeres, quienes, antes de terminado el crepúsculo, han de quedar me-

lancólicamente encerradas en los harenes diseminados á lo largo de la orilla. Andrés dejó que se alejaran sus amigas, para no parecer que las seguía; después, él regresó también, por la orilla asiática, pero muy lentamente, para que descansaran sus remeros y para ver salir la luna.

XXII

DJENANA Á ANDRÉS

17 de agosto de 1904
(á la franca).

¿De veras, Andrés, que desea usted que prosiga mi historia? Después de todo, muy vulgar es la aventura que he comenzado á contarle.

Mas ¡ cuánto daño hace un amor que muere! ¡ Y si siquiera muriese de una vez! Pero, no : lucha, se defiende, y esa agonía es lo más cruel.

Cayó al suelo mi saquito de mano y se rompió un frasco lleno de esencia perfumada; con el ruido, Durdané volvió la cabeza hacia mí. No se alteró. Sus ojos verdes se abrieron, y me hizo su habitual sonrisa de pantera. Sin que mediara palabra entre ambas, nos mirábamos; Hamdi, nada veía; le tenía ella aprisionado el cuello en uno de sus brazos; suavemente, le hizo Durdané volver la cabeza, diciendo con voz indiferente : « ¡ Djenana! »

No sé lo que hizo Hamdi, pues me marché para no ver

más. Instintivamente fuí á refugiarme junto á su madre. Estaba leyendo el Corán, y al pronto le molestó ser interrumpida en su meditación; después se levantó, asustada, y se fué hacia la pareja, dejándome sola. Cuando volvió, no sé cuántos minutos después, me dijo con tranquila dulzura: « Véte á tu cuarto, queridita, ya no están. »

En mi cuarto tocador, sola, con las puertas cerradas, me dejé caer en una silla cama, y lloré, lloré, hasta quedarme dormida, extenuada. ¡Oh qué despertar, al rayar el día siguiente! El repentino recuerdo de aquello, tener que pensar en ello, decirse que hay que tomar una resolución... Hubiera querido odiar á Hamdi, y no había en mí más que dolor, no odio; dolor y amor.

Ya comenzaba la mañana. Oí pasos; entró mi suegra, y vi en seguida que había llorado. « Durdané se ha marchado, me dijo; la he enviado á casa de una parienta nuestra. » Luego, sentándose á mi lado, me dijo que esas cosas ocurren diariamente en la vida; que los caprichos de un hombre tienen menos consecuencias que los del viento; que debía ir á mi cuarto, engalanarme mucho, y sonreirle á Hamdi, cuando, por la tarde, regresara de palacio; añadía mi suegra que mi marido estaba muy apenado, y que no quería acercarse á mí antes de saber que estaba consolada. Fíjese bien, Andrés, en que volvía yo al harén vibrante, exaltada por un sentimiento nuevo; que venía henchida de la primavera de las islas, saturada de sus perfumes y de sus canciones, y de los besos que el aire me había dado, deseosa de transmitirlos á mi marido; que sentía en mí estremecimientos de todo un despertar amoroso...

Por la noche, Hamdi vino á mi cuarto, algo pálido. Ya tranquilizada, yo, le pedí sencillamente que me dijera la verdad: ¿me amaba todavía, ó no? Si no, le proponía volver á casa de mi abuela, para dejarlo libre. Se sonrió y me tomó en sus brazos. « ¡Cuidado que eres chiquilla! me dijo; y

añadió : ¿Podría yo dejar de amarte? » Y me cubría de besos, me enloquecía con caricias.

No obstante, quise preguntarle aún que cómo fué el haber querido á la otra, y si la seguía queriendo... ¡Entonces pude aprender á juzgar á los hombres, — cuando menos á los nuestros, Andrés : ni siquiera tenía éste valor para confesar su cariño! Durdané... no, no la quería...; un capricho, incitado por sus pupilas verdes, por su cuerpo onduloso, cuando bailaba. Además, pretendía ella conocer hechizos para enamorar á los hombres, y había él querido ver si era cierto... Y terminó diciéndome que nada importaba todo aquello, y que, de no haber yo entrado de improviso, jamás supiera tal cosa...

¡Qué asco y qué compasión sentía yo : por ella, por él, y por mí que *quería* perdonar! Sin embargo, sufría menos desde que estaba enterada : ¡de modo que aquel cuerpo flexible, aquellas pupilas verdes, era todo lo que Hamdi había amado en la otra! Bueno; pues sabía yo que era más bonita que la otra; también yo tenía ojos verdes, de un verde más obscuro y menos vulgar que el suyo; y si bastaba, para ser amada de aquel hombre, ser bonita y amorosa, ahora era yo ambas cosas.

Y de nuevo comenzó la conquista. No tuve que esforzarme mucho, Andrés : pronto quedó el recuerdo de Durdané casi borrado de la memoria de su amante... Pero jamás hasta entonces había yo padecido días más tristes. Cuanto elevado y puro había en mí lo sentía yo deshojarse como esas rosas que se marchitan cerca de la lumbre. Sólo en una cosa pensaba : gustarle, hacerle olvidar el amor de la otra ofreciéndole yo uno mayor...

Mas á poco noté que, á más del creciente desprecio que por mí misma sentía, iba odiando cada vez más á aquel por quien me envilecía yo de aquel modo; pues sepa, Andrés, que yo misma me había convertido en una muñeca de placer.

No pensaba más que en hermosearme, en ser distintamente bella cada día. Cajones y más cajones llegaban de París, con los « deshabillés » más originales, los perfumes, los afeites, los alicientes más sutiles de Europa, á los que añadía yo los artificios de nuestra coquetería oriental; ser hermosa y ser deseada : lo demás, nada me importaba. Jamás entraba ya en mi cuarto de trabajo, por miedo á los mudos reproches de mis libros abandonados; ¡en aquel cuarto flotaban pensamientos tan distintos de los que entonces me preocupaban!...

Pero, por más que hacía la Djenana amorosa, no podía menos de llorar sobre la Djenana de antaño, que había tratado de tener un alma... ¡Y cómo expresarle mi tortura cuando comprendí bien claramente que mis caricias eran falsas, que mis besos mentían, que ya no había amor en mí!

En cambio, él era el que me quería ahora, y con un ardor que me espantaba; ¿qué hacer para sustraerme á sus caricias, qué resolución tomar para no prolongar tamaña vergüenza? No vi más salida que la muerte, y quise tenerla siempre lista á mi lado, sobre la mesa de tocador ante la cual me pasaba horas y horas; una muerte suave y al alcance de mi mano, en un frasco de plata semejante á mis demás frascos de perfume.

Tales eran mis pensamientos, cuando una mañana, al entrar en el salón de mi suegra Emiré Hanum, ví á dos señoras que se ponían su tcharchaf para marcharse : Durdané y la tía lejana que cuidaba de ella. Durdané tenía su sonrisa habitual, pero me parecía más triunfante hoy, en tanto que las dos ancianas parecían preocupadas. Yo, al contrario, me sentía muy tranquila. Noté que su traje era más amplio que de costumbre, que su talle parecía más abultado y sus movimientos más pesados : lentamente acabó de ponerse el tcharchaf y el velo, saludó y salió. « ¿Á

qué ha venido? », le pregunté sencillamente á mi suegra cuando quedamos solas. Me hizo ésta sentar á su lado, me cogió cariñosamente las manos, tardó en contestar, y vi que lágrimas brotaban de sus ojos : Durdané iba á ser madre, y era preciso que mi marido se casara con ella; una mujer de su familia no podía ser madre sin tener marido, y, además, un hijo de Hamdí tenía derecho á vivir en nuestra casa.

Me dijo esto llorando, y me tenía abrazada. ¡Con qué tranquilidad la escuchaba yo! ¡Me creía perdida, y se me presentaba la libertad! En seguida contesté que todo aquello me parecía muy bien, que Hamdí era libre, y que estaba pronta á divorciar, sin rencor para nadie.

— ¡Divorciar! exclamó la anciana llorando á lágrima viva. ¡Divorciar! ¡Quieres divorciar! ¡Pero si te adora mi hijo, todos aquí te queremos, eres la alegría de nuestros ojos!

Pobre mujer; al salir de aquella casa, sólo á ella sentía... Para retenerme, comenzó á citarme el ejemplo de las esposas de su tiempo, quienes sabían ser felices en situaciones análogas. Y, ella misma, ¿no tuvo que compartir con otras el cariño del bajá? Tan pronto como comenzó á ser menos codiciable, ¿no vió á una, á dos, á tres mujeres sucederse en el harén? Llamábalas *hermanas suyas*, y ninguna le tuvo malos modos, y á ella acudía siempre el bajá para una confidencia, para pedirle parecer, ó cuando estaba enfermo. ¿Y qué, padeció ella por eso? Apenas, puesto que sólo un pesar recordaba : la muerte de la joven Sahida, la última de sus rivales, quien, al expirar, le confió su hijo. Sí, el hermano menor de Hamdí, el pequeño Ferid, no era hijo de ella, sino de la pobre Sahida. Sólo ahora me enteraba yo de semejante cosa...

Durdané había de entrar en el harén al día siguiente. ¿Qué me importaba aquella mujer, en la situación en que nos encontrábamos? Además, Hamdí ya no la amaba, sólo á

mí quería. Pero aquella mujer era el pretexto, la ocasión á que había que agarrarse. Para abreviar, por horror á escenas desagradables, y más aún por temor á Hamdí, quien se habría puesto furioso, hice como que me sometía á medias. De rodillas ante aquella madre que lloraba, sólo pedí, y lo conseguí, ir á pasar dos meses á Khassim-Bajá, en mi cuarto de soltera, diciendo que me era necesario aquel tiempo para resignarme; después, volvería.

Y me marché antes de que Hamdí regresara de Palacio.

Por entonces llegaba usted á Constantinopla, Andrés. Al expirar los dos meses, mi marido, por supuesto, quiso que regresara á su lado : hice que le contestaran que no me poseería viva; el frasquito no se apartaba de mí, y comenzó una lucha atroz, hasta el día que el Sultán se dignó firmar el iradé que me hizo libre.

He de confesarle á usted que, sobre todo las primeras semanas, padecí mucho. Á despecho de lo que yo me figuraba, la imagen de aquel hombre, sus caricias, tan deseadas y tan aborrecidas, me persiguieron durante cierto tiempo.

Hoy, todo se va calmando. Le he perdonado el haber hecho de mí casi una cortesana; ya no me inspira deseo ni odio : todo ha terminado. Algún resto de vergüenza me queda por haber creído sentir verdadero amor en el hecho de que un guapo mozo me oprimía entre sus brazos. Pero he reconquistado mi alma, y vuelvo á tomar mi vuelo.

Contésteme, Andrés, para que sepa si usted me comprende, ó si, como tantos otros, me cree usted una pobre desequilibrada, en busca de lo imposible.

DJENANA.

XXIII

Andrés le contestó á Djenana que su Hamdí se parecía mucho á todos los hombres, y que ella era lo que formaba superior excepción. También le pidió que notara, lo cual no era nuevo, que nada corre como el tiempo: ya comenzaban á sepultarse en la eternidad sus dos años de estancia en Constantinopla, y no volverían; era pues menester aprovechar para cambiar ambos sus pensamientos, los cuales, á imitación de los demás seres, no tardarían en desaparecer á su vez, en los abismos de la muerte.

Recibió un aviso de cita para el jueves siguiente, en Estambul, en Sultán-Selim, en la vetusta casa.

Aquel día, bajó el Bósforo desde por la mañana, en una mosca de vapor, y vió un Estambul de pleno verano, que parecía haberse aproximado á la Arabia, tales eran el calor y la calma. ¿Cómo imaginar, con semejante tiempo, que semejante ciudad pudiese te-

ner tan largos inviernos y tan persistentes sudarios de nieve? Las calles resultaban más desiertas, por toda aquella gente que había ido al Bósforo ó á las islas del Mármara; los olores orientales se exacerbaban, con el calor.

Para esperar á que fuera hora, se fué á Sultán-Fatih, á sentarse en su acostumbrado sitio, bajo los árboles, delante de la mezquita. Imanes que allí estaban y que no le habían visto desde hacía varios días, le dispensaron cordial acogida, y en seguida recayeron en sus ensueños. Y el dueño del café, tratándolo como á parroquiano, le trajo, con el narguile mecedor, Tekir, la gatita de la casa, que tantas veces había sido su compañera tiempo antes, y que en seguida se quedó á su lado, con la cabeza sobre las rodillas de Andrés, para ser acariciada. Enfrente, las paredes de la mezquita deslumbraban con su reverberación blanca. Niños sacaban agua de una fuente y la vertían sobre el empedrado, en torno de los fumadores, pero, así y todo, tal era el calor, que los pájaros cantores enjaulados, bajo los árboles, quedaban mudos y soñolientos. No obstante, ya caían hojas amarillas, anunciando que aquel hermoso verano pronto correría hacia su ocaso.

En Sultán-Selim, adonde llegó bajo el tremendo calor de las dos de la tarde, el callejón inquietaba por su sonoridad y su soledad. Detrás de la puerta con llamador de cobre estaba Melek, esperando, quien le sonrió como una buena amiguita, contenta de verle de

nuevo. Su velo era sencillo, como el de una europea con velillo de luto, de suerte que se transparentaba su cara. Arriba, Zeyneb estaba lo mismo, de modo que, por primera vez, pudo Andrés ver brillar sus obscuras pupilas, y conocer la mirada de sus ojos graves y dulces. Pero, cual suponía, Djenana persistía en no ser más que una esbelta aparición negra, absolutamente sin cara.

Apenas sentado Andrés sobre el descolorido diván, Djenana le preguntó, con cierto retintín :

— ¿Qué tal sigue su amigo Juan Renaud?...

— Perfectamente, gracias, contestó él en el mismo tono ; ¿ conoce usted su nombre?

— Todo se sabe en los harenes. Ejemplo : puedo decirle á usted que ayer noche comió usted en casa de la señora de Saint-Enogat, al lado de una persona con vestido de color de rosa ; que, después, ambos se han aislado ustedes, sobre un banco del jardín, y que ella ha aceptado uno de los cigarrillos que usted suele fumar. Y así lo demás... Cuanto le ocurre, cuanto hace, lo sabemos... ¿De modo que me asegura usted que sigue bien de salud, don Juan Renaud ?

— Le repito que sí...

— En ese caso, te has tomado un trabajo en balde, Melek.

Supo Andrés que Melek, desde hacía algunos días, había emprendido oraciones y acudido á hechizos para conseguir la muerte de Renaud, tanto por broma como

por veras, por imaginarse que dicho joven encarnaba una influencia hostil y que incitaba á Andrés á que desconfiara de ellas.

— Ha querido usted conocer á las orientales, y vea con lo que se encuentra: no bien se raspa un poco la capa de barniz que nos adorna, en seguida reaparece nuestra barbarie.

— En todo caso, respecto de éste se equivocan ustedes: al contrario, no sueña más que con ustedes, el pobre Renaud... Es más, sin él, no nos conoceríamos, él fué quien insistió para que acudiera yo á la primera cita, en Bajá-Bagtché, aquella tarde en que tanto viento hacía...

— ¡Buen Juan Renaud! exclamó Melek. Pues llévelo usted á Aguas Dulces, el viernes próximo, y adrede iré yo á hacerle una sonrisita al pasar junto á su caique de usted...

En el harencito triste y poco alumbrado, en el que apenas se adivinaba el esplendor de aquel día, Djenana, más aún que la última vez, hacía la esfinge y no se movía. Se notaba que resultaba más tímida, más cortada, á consecuencia de las confidencias de sus largas cartas; el verla así ponía nervioso á Andrés; lo volvía casi agresivo.

Hoy, trataba ella de circunscribir al libro toda la conversación.

— ¿Será una novela, verdad?

— ¿Qué otra cosa podría yo hacer? Pero le repito que no veo ese libro.

— ¿Permitirá usted que le diga lo que pensaba? Tiene que ser una novela, y en la cual desempeñe usted cierto papel.

— ¡Eso sí que no!

— Déjeme explicarle. Suprimirá usted el « yo », pues, sé que ya ha renunciado á presentarse directamente; mas podría haber ahí un europeo de paso por nuestro país, un entusiasta de las cosas de Oriente, que viera con sus ojos de usted y sintiera con su alma...

— ¡Y nadie me conocería, téngalo por seguro!

— ¿Y qué? ¿Quiere usted dejarme continuar?... En medio de los mil inevitables peligros, conoció clandestinamente á una de nuestras hermanas de Turquía, y se amaron...

— ¿Y qué más?

— Pues que se marcha el europeo, como es fatal que así su ceda. Y se acabó.

— Semejante intriga será una novedad en mi obra...

— Dispense: la novedad podría consistir en que el amor de ambos quedara puro y sin ser declarado...

— ¡Ah!... ¿Y ella, después de marcharse él?

— ¿Ella?... ¿Qué quiere usted que haga? *¡Muere!*

Muere... Con tal convicción fué pronunciada esta palabra, que Andrés recibió como un choque, y que no pudo decir nada.

Después, Zeyneb fué la que habló:

— Dile, Djenana, el título que se te ha ocurrido;

nos ha parecido muy bonito : *El azul que mata*... ¿No, no parece gustarle?

— Sí, es simpático... Me resulta algo... cómo decir... algo romanza...

— Vaya, dijo Djenana, confiese usted en seguida que le parece digno de las rancias modas de 1830... No insistamos.

— Un título con cocas, añadió Melek.

Entonces comprendió Andrés que, desde hacía un momento, disgustaba á Djenana al refutar con cierta burla sus ideas literarias, incompletas, sin duda, pero que con mucho esfuerzo había ella adquirido sola, á veces con notable intuición. ¡Acababa de verla tan cándida y tan joven, después de haberla creído demasiado atiborrada de lecturas! Sintió mucho el haber podido ofenderla, siquiera ligeramente, y en seguida cambió de tono, tornándose dulce y casi tierno.

— No, querida amiguita invisible, no es añejo, no es ridículo ese título, ni nada de cuanto usted pueda imaginar... Sólo que, no hagamos intervenir la muerte en ese libro... Primero, porque será una novedad : ¡ha muerto tanta gente en mis libros!... Como que temo que me tomen por un Barba Azul. No, nada de muerte en ese libro ; al contrario, si posible, juventud y vida... Sentada esta restricción, trataré de escribirlo en la forma que más les agrade ; trabajaremos juntos, como dos colaboradores muy unidos, que se entienden bien ; ¿verdad?

Y se separaron más amigos que nunca.

XXIV

DJENANA Á ANDRÉS

16 de septiembre de 1904.

Estaba yo entre flores del jardín, y me sentía tan sola, y tan cansada de estar sola... La víspera por la noche, una tormenta había despojado los rosales. Las rosas yacían en el suelo. Al pisar aquellos pétalos, frescos aún, me parecía pisotear ensueños.

En ese jardín, en el Bósforo, es donde, desde mi llegada á Karadjiamir, he pasado todos mis veranos de niña y de joven, con sus amigas de usted Zeyneb y Melek. En aquel tiempo de nuestra vida, no diré que fuéramos desgraciadas. Todo era sonriente. Cada cual en torno de nosotras saboreaba esa dicha negativa en la que se contenta uno con la paz del momento que pasa y con la seguridad para el que viene. Nunca habíamos visto corazones manando sangre. Y nuestras jornadas, que se deslizaban dulces y lentas, entre nuestros estudios y nuestros sencillos placeres, nos dejaban como adormiladas, en ese sopor que producen nuestros cálidos veranos; jamás se nos ocurrió que fuéramos dignas de

lástima. Nuestras institutrices extranjeras habían padecido mucho en su país, y se hallaban á gusto entre nosotras; aquella calma era para ellas como la de un puerto después de la tempestad. Y cuando á veces les manifestábamos nuestros vagos ensueños y nuestros imprecisos deseos: vivir como las europeas, viajar, ver, nos contestaban ensalzando la tranquilidad y la dulzura que nos rodeaban. Tranquilidad, dulzura de la vida de las musulmanas: no hemos oído otra cosa durante toda nuestra infancia. Por eso, nada exterior nos había preparado á sufrir. El dolor ha salido de nosotras. La inquietud y el insaciable deseo han nacido de nosotras mismas. Mi drama comenzó realmente el día de mi boda, cuando aún tenía puesto mi velo de desposada...

El día de nuestra primera entrevista, ¿hubiera usted pensado, Andrés, que tan pronto sería usted para nosotras un amigo muy querido? Y usted, bien veo yo que comienza á querer á esas turquecitas, á pesar de haber perdido ya el atractivo de su misterio. Siento en mí algo infinitamente dulce desde nuestra última entrevista, desde el instante en que cambiaron su voz y la expresión de su mirada, cuando temió usted haberme herido; entonces comprendí que era usted bueno y que consentía en ser mi confidente al mismo tiempo que mi amigo. Cuánto bien me haría el poder decirle á usted, á usted que debe de comprenderlo, tantas cosas muy graves que nadie ha oído; cosas de mi destino que me trastornan; usted que es un hombre y que *sabe*, acaso me las explicara usted.

Aquí, á mi lado, sobre la mesa en que escribo, tengo su retrato de usted; me mira con sus ojos claros; sé además que su persona de usted no está lejos, en la otra orilla; sólo nos separa un trozo del Bósforo, y, no obstante, ¡qué distancia siempre entre nosotros, qué abismo de dificultades, con tan constante incertidumbre de no vernos más! Á pesar de todo eso, quisiera, cuando ya no esté usted en nuestro país, qui-

siera no ser sólo una vaga fantasma en su memoria; quisiera, cuando menos, quedar en ella como una realidad, una pobre, triste, mísera realidad.

Esas rosas que antes hollaba yo, ¿sabe usted lo que me recordaban? Un deshojamiento semejante, en las sendas de este mismo jardín, hace dos años largos. Mas, esta vez, no era causado por borrasca de verano, sino de otoño. Octubre había amarilleado los árboles, hacía frío, y al día siguiente íbamos á regresar á Khassim-Bajá. Todo estaba empaquetado; la casa estaba en desorden; habíamos ido á despedirnos del jardín y á llevarnos las últimas flores. Un viento desapacible gemía en las ramas. La vieja Irfané, una de nuestras esclavas, algo hechicera, que sabe leer en las heces del café, pretendió que aquel día era favorable para predicciones sobre nuestro destino. Vino pues á traernos café que fué menester beber; ocurría esto en el fondo del jardín, en un rincón resguardado por la colina; y aún la veo, sentada á nuestros pies, entre hojas muertas, deseosa de ver lo que descubría. En las tazas de Zeyneb y Melek sólo vió diversiones y regalos: eran tan jóvenes aún... Pero hizo un mohín al leer en la mía: « ¡Oh, el amor vela, dijo, pero el amor es pérfido! Pasará tiempo antes de que vuelvas al Bósforo, y, cuando vuelvas, habrá volado la flor de tu dicha. ¡Oh pobre, pobre! en tu destino sólo hay amor y muerte. » En efecto, hasta este verano no he vuelto aquí, después de mi triste matrimonio. No obstante, ¿es realmente la *flor de mi dicha* la que ha volado, puesto que no he conocido tal dicha?... No, ¿verdad? Mas nunca me llamó tanto como hoy la atención la predicción final: « En tu destino sólo hay amor y muerte. »

DJENANA.

XXV

Se encontraron mucho, durante aquel delicioso final de verano. En las Aguas Dulces de Asia, lo menos una vez por semana, sus caiques se rozaron, sin darse ellos por entendidos; sólo Zeyneb y Melek, cuyas facciones se veían un poco, se atrevían á sonreir ligeramente. También se volvieron á ver en Estambul, en casa de la complaciente nodriza; gozaban de más libertad en el Bósforo que en sus suntuosas moradas de invierno en Khassim-Bajá, imaginaban pretextos para ir á la ciudad, y « sembraban » á sus esclavas en el camino; cierto que cada nueva entrevista necesitaba tejidos de audacias y de astucias que cada vez parecían á punto de romperse y de trocar en drama la inocente aventura, pero que acababan siempre por salir bien, milagrosamente. El éxito les daba más confianza, haciéndoles imaginar más temerarias empresas. « Si contara usted todo esto en

la sociedad que usted frecuenta en Constantinopla, nadie le creería », le decían ellas á Andrés.

En la casita de Estambul, cuando estaban juntos, hablando como amigos de toda la vida, ocurría ahora que Zeyneb y Melek alzaban su velo, mostrando todo el óvalo de su rostro; sólo el pelo quedaba oculto en la tela negra, con lo cual se parecían á monjitas jóvenes y elegantes. Únicamente Djenana no transigía; nada podía adivinarse de sus facciones, tan fúnebremente envueltas de negro como el primer día; y Andrés no se atrevía á insistir, temeroso de recibir alguna contestación que le quitara toda esperanza de conocer por fin aquellos ojos.

Á veces se atrevía, por la noche, después de haberse puesto de acuerdo con ellas, á oirles tocar el piano. Noches inmóviles y pérfidas del Bósforo, sin un soplo de aire, tibias, tentadoras, pero que le calan á uno en seguida con su penetrante y frío rocío. Casi cada día, en verano, la violenta corriente de aire del Mar Negro pasa por ese estrecho y lo blanquea de espuma; pero nunca deja de calmarse al ponerse el sol, como si de repente se cerrasen las esclusas del viento; desde el crepúsculo, nada agita ya los árboles en los ribazos, todo se inmoviliza y se recoge; la superficie del mar se vuelve un espejo sin arrugas, para las estrellas, para la luna, para las mil luces de las casas ó de los palacios; una languidez oriental se esparce, con la obscuridad, sobre esas orillas extremas de Europa y de Asia que se miran, y la continua humedad

de aquellos parajes envuelve las cosas en un vaho que las armoniza y las agranda, así las cercanas como las lejanas, las montañas, los bosques, los pueblos turcos y los pueblos griegos, las pequeñas bahías asiáticas más silenciosas que las de la costa europea, y más inmóviles cada noche en su calma absoluta.

Entre Terapia, en donde Andrés vivía, y la casa de sus amigas, había, en barco, casi media hora.

La primera vez, había tomado su caique, y le resultaba siempre un encanto el circular así, de noche, tocando casi el agua, y como tendido sobre aquel hermoso espejo azul pálido y plata. La orilla de Europa, á medida que se alejaba uno de ella, se impregnaba, ella también, de misterio y de paz; todos sus fuegos trazaban sobre el Bósforo innumerables rayitas luminosas que parecían bajar hasta las profundidades; sus músicas de Oriente en los cafetines al aire libre, las extrañas entonaciones de sus cantores, perseguían á Andrés, transmitidas y embellecidas por las sonoridades del mar; hasta las desagradables orquestas de Terapia se suavizaban con el alejamiento y con la magia nocturna, hasta resultar gratas al oído. Y allá, enfrente, estaba la orilla de Asia, hacia la cual iba Andrés, tan voluptuosamente recostado; la espesura de sus colinas tapizadas de árboles formaban masas negras, que parecían enormes por encima de sus reflejos volcados; en cuanto á sus luces, menos numerosas y más tenues, eran proyectadas por ventanas defendidas por enrejados, detrás de los cuales

se adivinaba la presencia de mujeres á quienes no hay que ver.

Aquella primera vez, yendo en caique, Andrés no se atrevió á detenerse bajo las v ntanas de sus amigas, y siguió su camino. Sus remeros, cuyos bordados brillaban demasiado, y que además podían despertar sospechas en algún negro en acecho, sus remeros eran turcos, y, aunque adictos á él, podían delatarle, por poco que sospecharan connivencia entre su amo europeo y las mujeres de aquel harén.

Las demás noches volvió en una de esas barcas de pesca que por millares se esparcen cada noche por el Bósforo. Ya así, pudo detenerse largo rato, haciendo como que echaba redes; escuchó á Zeyneb que cantaba, acompañada al piano por Melek ó por Djenana; conoció su voz joven y caliente; una voz hermosa y bien impostada, sobre todo en sus notas graves, en la que, por momentos, se notaba como una desgarradura, que la hacía más impresionante aún, cual augurio de muerte cercana.

Hacia mediados de septiembre, se atrevieron á una cosa enorme: subir juntos una colina llena de arbustos y pasearse en un bosque. Y allí fueron, por encima de Beicos, punto de la costa de Asia situado frente á Terapia, adoptado por Andrés como paseo diario al ponerse el sol. ¿Cómo narrar el encanto de aquel Beicos, que fué más tarde uno de los más queridos y más seguros sitios de sus citas?... De Terapia, tan neciamente agitado con sus pretensiones mundanas, se

llega allí, por contraste, en el silencio umbroso de corpulentos árboles, en la paz meditativa del tiempo que fué. Al desembarcar en un modesto sitio del ribazo, se halla uno en seguida en un llano edénico, bajo plátanos de cuatrocientos años, que no parecen pertenecer ya á nuestros climas, pues con los siglos han tomado formas de ciertos inmensos árboles de la India. Aquel llano es muy liso, aterciopelado en otoño por una hierba más fina que la de los céspedes de nuestros jardines mejor cuidados; un llano que parece haber sido creado á propósito para los paseos de meditación y de sabia melancolía; tiene justo la extensión necesaria (apenas dos kilómetros) para ser íntimo, sin sentirse uno preso en él; por todos lados lo cierran colinas solitarias cubiertas de bosques; los turcos, impresionados por su encanto sin igual, le han dado el nombre de « Valle del Gran Señor ». No sospecha el paseante que allí cerca está el Bósforo, con su movimiento, que impediría la meditación; las colinas lo ocultan. Allí está uno aislado de todo, y no se oye ruido alguno, á no ser, al acercarse la noche, las zampoñas de los cabreros que recogen sus cabras, en las montañas vecinas. Los majestuosos plátanos, que extienden sobre la tierra sus raíces parecidas á enormes serpientes, forman en la entrada de aquel llano una especie de bosque sagrado; pero, más lejos, se espacian, forman hilera, para dejar libre los prados por donde se pasean lentamente, de noche, las musulmanas de velo blanco. También hay allí un

arroyo, fresco, habitado por tortugas; lo atraviesan puentecitos de tablas; en sus orillas, á la sombra de algunos añosos árboles, los vendedores de café turco se instalan en verano en covachas, y allí van los hombres á fumar su narguile, el viernes sobre todo, mirando de lejos las mujeres veladas que van y vienen por aquel prado propicio á interminables ensueños. Van, las mujeres, por grupos de tres, cuatro, diez, un tanto desorientadas, pues aquel prado es para ellas una alfombra harto extensa. Tienen trajes de una pieza y de un solo color, — á veces sedas de Damasco rosas ó azules, con bordados de oro, — que caen en pliegues á la antigua, y muselinas blancas envuelven todas las cabezas; semejantes trajes, en medio de aquel sitio especial, y la quietud elegante que tienen en sus movimientos, hacen pensar, al acercarse el crepúsculo, en las Sombras bienaventuradas del paganismo paseándose en los Campos Elíseos...

Andrés era uno de los fieles del Valle del Gran Señor; allí se pasaba casi el día, desde su residencia en Terapia.

Al llegar la hora fijada, allí había desembarcado con Juan Renaud, encargado, como de costumbre, de estar en acecho, y que no se desdeñaba de semejante papel. Andrés dejó á sus remeros en la orilla de Europa, y sólo venía con él un fiel criado francés, quien, como de costumbre, le traía un fez turco en un saquito de viaje. Desde sus nuevas intimidades, Andrés solía hacer esos cambios, que hasta la fecha habían conju-

rado el peligro, y que se efectuaban en todas partes: en barco, en coche, ó simplemente en alguna calle desierta.

Las vió llegar á las tres en talika, y bajar del coche; luego, cual personitas que van á dar un inocente paseo, tomaron por medio del llano, que, ya en algunos sitios, se volvía morado bajo los brotes de ciertas plantas de otoño. Zeyneb y Melek llevaban el ligero yeldirmé tolerado en el campo, y el velo que se transparenta; sola Djenana había conservado el tcharchaf negro de calle, para seguir siendo invisible.

Al llegar ellas á un sendero convenido, Andrés se acercó y presentó á Juan Renaud, á quien habían ellas deseado tocar la punta de los dedos para excusarse de haber preparado su muerte, y que fué enviado delante como explorador. Gozando de la deliciosa temperatura, subieron alegremente por entre castaños y robles; la hierba estaba llena de escabiosas. Poco después, fueron éstas sustituídas por brezos, resultando el suelo de color de rosa. Y por fin se descubrieron los horizontes. De este lado del Bósforo, ó sea del lado asiático, había bosques y más bosques: á pérdida de vista, sobre las colinas y las montañas, se extendía aquel soberbio y silvestre manto verde, que aún cobija sus bandidos y sus osos. Luego apareció el Mar Negro, el cual, de repente, se desplegó infinito bajo sus pies; de un azul más apagado y más septentrional que el del Mármara, su vecino no obstante, parecía hoy cautelosamente tranquilo y pensativo,

bajo el sol de aquellos últimos hermosos días de verano, cual si meditara ya sus continuos furores y su estruendo del invierno, para cuando de nuevo se levantara el terrible viento de Rusia.

Dirigían sus pasos hacia una vetusta mezquita de los bosques, sitio de peregrinación medio abandonado, sobre una meseta que domina aquel mar tormentoso, y azotado de lleno por las ráfagas del Norte. Había allí, en una casa medio derruída, un pobrísimo cafetín cuyo dueño era un vejete de barba blanca. Se sentaron delante de la puerta, para mirar dormir, por debajo de ellos, aquella pálida inmensidad. Los escasos árboles que allí había se inclinaban, con las melenas sueltas, todos en la misma dirección; con el tiempo, las ráfagas de alta mar habían podido más que su natural inclinación. El aire era vivo y puro.

No hablaron del libro ni de nada preciso. Hoy, sólo Zeyneb conservaba cierta gravedad; Djenana y Melek se entregaban á la exaltación producida en ellas por aquel peligroso paseo; contemplaban con sumo placer aquella magnificencia de las montañas y de las rocas de la orilla. Para poder estar solas aquí con Andrés, las rebeldes habían tenido que dejar, en las aldeas del camino, á dos negros y á dos negras, cuyo silencio les era pagado por sus amas; pero sus audacias, que hasta la fecha habían sido coronadas de éxito, acababan por no asustarlas. El vejete les sirvió café en tazas azules, fuera, ante el triste Mar Negro, persuadido de

habérselas con un bey auténtico, venido en peregrinación con damas de su harén.

Pero el aire, en aquel sitio, resultaba demasiado fresco, después del calor del valle, y Zeyneb fué atacada de una tosecilla que quiso ella disimular, pero que indicaba la misma tristísima cosa que la todavía ligerísima desgarradura de su linda voz. Por la mirada cambiada entre las otras dos, Andrés comprendió que ya desde hacía tiempo les preocupaba la salud de la joven; quisieron ellas cerrar más los pliegues del traje sobre el débil pecho, pero la enferma, ó la sólo amenazada, se encogió de hombros :

— No os molestéis, dijo con tranquila indiferencia. Después de todo, poco importa.

Aquella Zeyneb era la única del trío á la que creía Andrés conocer un poco : una *desencantada* en los dos sentidos de la palabra, una descorazonada, que ya no deseaba nada, que ya nada esperaba, pero que se resignaba con inalterable dulzura; una criatura hastiada y tierna; exactamente el alma indicada por su deliciosa cara, tan regular, y por sus ojos que sonreían como desprendidos de toda ambición terrenal. Melek, al contrario, que sin embargo parecía tener tan buen corazoncito, no cesaba de mostrarse caprichosa, violenta, y luego chiquilla, capaz de reirse y de burlarse de todo. En cuanto á Djenana, la más exquisita de las tres, cuán misteriosa seguía siendo, con su eterno velo negro, tan complicada, tan adornada por todas las literaturas : y, con todo, desigual, á la vez

sumisa y altiva, tan pronto descubriendo su corazón con desconcertadora confianza, y luego retirándose á su torre de marfil para quedar más alejada aún.

« Ésta, pensaba Andrés, no me doy cuenta de qué es lo que quiere de mí, ni de por qué me es tan querida; diríase á veces que hay entre nosotros recuerdos de algún pasado... No comenzaré á descifrarla hasta el día en que haya podido ver qué clase de ojos tiene; pero temo que no me los enseñe nunca. »

Fué menester volver pronto al llano de Beicos, con objeto de que les quedara tiempo para recoger á sus esclavos y regresar á su casa antes del anochecer. Volvieron á hundirse por los senderos del bosque, y quisieron que Andrés mismo les diese á cada una una ramita de aquellos brezos que vestían de color de rosa toda la montaña; querían, por bravata de chiquillas, tener sujetas en su pecho aquellas ramitas, durante la comida, efectuada en compañía de las abuelas y de los viejos tíos rígidos.

Al llegar al llano, Andrés se separó de sus amigas, por prudencia, pero sin apartar la vista de ellas, y siguiéndolas de lejos. Aquel día había poca gente en el Valle del Gran Señor, en donde ya el sol iba tomando las doradas tintas de la puesta; sólo algunas mujeres, con la cabeza velada de blanco, sentadas en el suelo, formando á lo lejos grupos espaciados. Iban, las tres audaces, con paso armonioso y lento, Zeyneb y Melek envueltas en sedas apenas coloreadas, casi blancas, andando al lado de Djenana, quien resultaba

la elegía negra de siempre; sus ropas arrastraban por la hierba corta y fina, paseando las hojas, de un amarillo de oro, caídas de los plátanos. Se parecían, en efecto, á tres sombras eliseanas, atravesando el valle del reposo final, siendo la de en medio una sombra que aún no se ha consolado del amor terrenal...

Las perdió de vista cuando llegaron bajo los corpulentos plátanos, en el bosque sagrado que se halla en la otra punta de aquel llano cerrado. El sol descendía detrás de las colinas, desaparecía lentamente de aquel edén; el cielo tomaba su limpidez verde de las hermosas tardes de verano, y las nubecillas que lo atravesaban parecían llamas anaranjadas. Las demás sombras felices que por largo rato habían estado sentadas en la hierba adornada de florecillas, se levantaban todas para marcharse también, pero lentamente, cual corresponde á sombras. Las flautas de los cabreros comenzaban, á lo lejos, su musiquilla secular, para llamar las cabras. Y todo aquel lugar se disponía á volverse infinitamente solitario, al pie de aquellos extensos bosques, bajo un cielo estrellado.

Andrés se dirigió con pena hacia el Bósforo, el cual apareció á poco, como un mantel de plata sonrosada, entre las siluetas ya negras de los plátanos gigantes de la orilla. Recomendó á sus remeros que no se diesen prisa; no la tenía, en efecto, para volver á la costa de Europa, á Terapia, en donde los grandes hoteles encendían sus luces eléctricas y acordaban (ó casi), para la velada, calificada de elegante, sus orquestas de feria.

XXVI

CARTAS QUE ANDRÉS RECIBIÓ AL DÍA SIGUIENTE

18 de septiembre de 1904.

¿Sabe usted, amigo nuestro, qué tema debería usted desarrollar, y que resultaría la página más « harén » de todo el libro? La *vaciedad* que en nuestras existencias produce la necesidad de no hablar más que con mujeres, de no tener intimidad más que con mujeres, de siempre vernos entre nosotras, entre semejantes nuestras. Inútil buscar apoyo entre las amigas : su debilidad y su hastío valen el nuestro. En nuestros harenes, la debilidad, las debilidades más bien, así reunidas, hacinadas, sienten dolor en su alma, les es más penoso ser lo que son, y piden una fuerza. ¡Oh, alguien con quien esas pobres criaturas olvidadas, humilladas, pudiesen hablar, cambiar sus limitadas concepciones, las más de las veces temerosas é inocentes! Nos haría tanta falta un amigo hombre, una mano firme, masculina, sobre la cual pudiéramos apoyarnos, una mano lo bastante fuerte para sostenernos, si estamos á punto de caer. No un padre, no un marido, no un hermano; no, un *amigo*, le repito; un

ser escogido por nosotras y que nos fuera muy superior; á la vez severo y bueno, tierno y grave, y que nos dedicara una amistad sobre todo protectora... ¿En su mundo de usted hay hombres así, verdad?

ZEYNEB.

¡Existencias en las que no hay *nada!* ¿Siente usted todo el horror de eso? Pobres almas que ya tienen alas y que están presas; corazones en donde borbota una savia joven, y que no pueden utilizarla, que no pueden hacer nada, ni el bien, que se devoran ó se gastan en proyectos irrealizables. Imagínese la tristísima vida de sus tres amigas, de no haber venido usted á consolarlas, una vida uniforme, bajo la vigilante tutela de tíos añejos, de mujeres viejas en cuyas caras están siempre leyendo ellas la muda desaprobación de sus actos.

Del drama de mi matrimonio, que yo le refería, quedaba, en el fondo de mí misma, un rencor contra el amor (por lo menos el amor tal como se entiende entre nosotras), escepticismo por sus alegrías, é indeleble amargura en mis labios. No obstante, ya sabía yo, con más ó menos exactitud, que era distinto en occidente, aquel amor que tan desengañada me había dejado, y me puse á estudiarlo con pasión en las literaturas, en la historia, y, según presentí, vi que inspiraba locuras, pero también acciones notables; lo hallé en el fondo de cuanto malo hay en el mundo, pero también en lo que hay bueno y sublime... Mi tristeza resultó más amarga á medida que me daba más cuenta de la irradiación de la mujer latina. ¡Ah qué feliz es, en aquellos países, el ser por quien, desde hace tantos siglos, se ha pensado, luchado y padecido; que puede libremente amar y escoger, y que, para entregarse, tiene derecho á exigir que la merezcan! ¡Ah qué puesto el suyo en la vida corriente, y cuán aceptada su secular realeza!

En cambio, en nosotras, musulmanas, todo está dormido aún. Apenas nos vamos dando cuenta de que podemos algo;

y todavía, en torno nuestro, sólo voluntaria ignorancia y supremo desdén vemos por la evolución comenzada...

¿No habrá siquiera una voz que se alce para gritarles á esos hombres, que están ciegos, á pesar de ser, á veces, buenos y tiernos, á esos hombres que son nuestros padres, nuestros maridos, nuestros hermanos? ¿Seguirá, la mujer turca, siendo para el mundo entero la esclava comprada sólo por su belleza, ó la pesada y pálida odalisca que vive en perpetuo embrutecimiento?...

Pero, vino usted, y ya sabe lo demás. Henos á las tres á sus órdenes, cual fieles secretarias; las tres, y muchas más, si no bastamos nosotras; aquí estamos, prestando nuestros ojos á los de usted, nuestro corazón al suyo, ofreciendo nuestra alma toda entera para servirle á usted...

Acaso podamos vernos una ó dos veces, aquí en el Bósforo, antes de la época de volver á la ciudad. Tenemos muchas amigas muy seguras, diseminadas á lo largo de esta orilla, y siempre dispuestas á ayudarnos para decir que, mientras estuviéramos con usted, habíamos estado con ellas.

Mas, tengo miedo... No de su amistad: usted mismo nos ha tranquilizado; no, á lo que le temo es á la pena... más tarde, una vez que usted se haya ido.

Adiós, Andrés, amigo nuestro, *amigo mío*. ¡Que la dicha le acompañe!

DJENANA.

De seguro que no le ha contado á usted Djenana que la señora de vestido de color de rosa que, la otra noche, fumaba cigarrillos de usted en casa de los Saint-Enogat, la señora de Durmont, para no nombrarla, ha pasado hoy la tarde en nuestra casa, so pretexto de cantar con Zeyneb dúos de Grieg. Pero tanto y con tal entusiasmo ha hablado de usted, que una joven rusa, amiga nuestra, estaba asombrada. Temimos que sospechara algo y que quisiera hacernos caer

en el garlito; por consiguiente, hemos dicho horrores de usted, mordiéndonos los labios para no soltar la carcajada; la señora cayó en la red y le defendió á usted con violencia. Tanto vale decir que su visita no ha sido más que una confrontación y un interrogatorio sobre nuestros respectivos sentimientos para con usted. ¡Vaya, que resulta usted un dichoso mortal!

Acabamos de imaginar y de combinar muchos deliciosos proyectos para el porvenir. Su ayuda de cámara, el que dice usted ser tan seguro, ¿sabe guiar? Poniéndole un fez á él también, podríamos dar un paseo con usted en coche cerrado, con él en el pescante. Pero todo eso hay que combinarlo de viva voz, la próxima vez que nos veamos.

Sus tres amigas le envían muchas cosas lindas y tiernas.

MELEK.

No falte usted mañana, en Aguas Dulces; trataremos de ir también. Como las demás veces, pase usted con su caique por el lado de Asia, bajo nuestras ventanas. Si le enseñamos una punta de pañuelo blanco por un agujero de la reja, es que iremos; si es azul el pañuelo, ¡adiós paseo: sus amigas están encerradas!

M...

Tuvieron pues, hasta el final de la estación, citas mudas y disimuladas en Aguas Dulces de Asia. Cada vez que hacía bueno, el viernes, y el miércoles, que es también día de reunión sobre la linda ribera umbrosa, el caique de Andrés cruzó y recruzó el de sus tres amigas, pero sin el más mínimo movimiento de cabeza que delatara su amistad á los centenares de ojos femeninos, en acecho sobre la orilla, por la aber-

tura de las muselinas blancas. Si el instante se mostraba favorable, Zeyneb y Melek arriesgaban una sonrisa á través de su gasa negra. Djenana seguía fiel á su triple velo, tan disimulador como un antifaz. Algo se extrañaban de esto las mujeres de los demás caiques, pero nadie se atrevía á pensar mal, por no prestarse el sitio á empresas culpables; y las que, por la librea de los remeros, sabían quién era aquella dama tan velada, se limitaban á decir sin malicia : « Djenana Tewfik Bajá ha tenido siempre caprichos raros. »

XXVII

DJENANA Á ANDRÉS

28 de septiembre de 1904.

¡Qué impresión tan nueva para nosotras la de saber que, entre el gentío que acude á Aguas Dulces, tenemos un *amigo!* ¡Entre esos extraños que seguirán siendo unos desconocidos para nosotras y á quienes miramos como animalitos más ó menos curiosos, saber que quizá nos busca una mirada, á nosotras en particular, no á las que llevan idénticos velos: saber que quizá un hombre nos envía un pensamiento de afectuosa compasión! Cuando se abordaron nuestros caiques, usted no me veía, oculta bajo mi espeso velo, pero allí estaba yo, no obstante, feliz por resultar invisible, y sonriendo á sus ojos de usted que buscaban los míos.

¿Es por haber sido usted tan bueno y tan sencillo, tan cumplidamente *el amigo* tal como yo lo deseaba, el otro día, junto al Mar Negro, durante nuestra entrevista, que sin embargo careció casi de palabras? ¿Es por haber yo sentido, por fin, bajo el laconismo de sus cartas, un poco de

cariño verdadero y emocionado? Lo ignoro, pero es el caso que ya no me parece usted tan alejado. ¡Oh, Andrés, en almas por tan largo tiempo comprimidas como lo están las nuestras, si supiera usted lo que es un sentimiento ideal, compuesto de admiración y de ternura!...

DJENANA.

Correspondían con frecuencia para sus peligrosas citas, en aquel final de estación. Ellas podían, con cierta facilidad, enviarle sus cartas por algún negro fiel que llegaba en barco á Terapia, ó que acudía, al obscurecer, al delicioso Valle del Gran Señor, en donde Andrés le esperaba. Pero éste, que no disponía más que de la lista de correos de Estambul, solía contestar con una seña convenida, al pasar en su caique bajo las ventanas de sus amigas. Era menester aprovechar aquellos últimos días del Bósforo, antes del regreso á Constantinopla, en donde la vigilancia sería más severa. Ya se sentía la llegada del otoño, sobre todo en la tristeza de las tardes. Gruesas nubes obscuras venían del Norte, con el viento de Rusia, y comenzaban á caer chubascos que desbarataban algunos de los más ingeniosos planes.

Cerca del llano de Beicos, en una hondonada solitaria é ignorada, habían descubierto una diminuta selva virgen, alrededor de un pantano lleno de nenúfares. Era aquél un sitio de seguridad melancólica, encerrado entre pendientes abruptas é inextricable verdura; sólo había una entrada, un sendero en donde velaba Juan Renaud, provisto de un silbato de alarma. Allí se

vieron dos veces, á orillas de aquella agua verde y adormecida, entre juncos y helechos inmensos, bajo árboles que se deshojaban. Aquella flora no se diferenciaba de la de Francia, pero resultaba más desarrollada, quizá por la atmósfera más húmeda y más cálida. Las tres fantasmitas circulaban en medio de aquellos matorrales, algo atajadas por sus largas colas y por su calzado demasiado fino, y, cuando hallaban sitio á propósito, se sentaban en torno de Andrés para conversar un rato seriamente, ó para no decir nada, inquietos al ver pasar por encima de ellos las nubes de octubre, que á veces lo obscurecían todo y amenazaban con un copioso chubasco. De cuando en cuando, Zeyneb y Melek alzaban su velo para sonreir á su amigo, clavando profundamente su mirada en la de él, con franqueza y confianza. Pero Djenana, nunca.

Andrés, con tanto viaje á países exóticos, había casi olvidado la intimidad de las plantas de su país. Éstas le recordaban exactamente las de Francia, cuando, en su infancia, soñaba, al verlas, con selvas vírgenes desconocidas. Y tanto se parecían unas y otras, que le sucedía, allí en el extranjero, creerse en su patria, jovenzuelo, comenzando á vivir... Pero, al volver á la realidad, se encontraba con aquellas tres orientales veladas, cuya presencia constituía un anacronismo extraño y delicioso...

Llegó el viernes 7 de octubre de 1904, último día de las Aguas Dulces de Asia, pues las embajadas regre-

saban á Constantinopla, la semana siguiente, y en casa de las tres turquecitas se disponían á hacer lo mismo. Además, todas las casas del Bósforo iban á cerrar sus puertas y sus ventanas, para seis meses de viento, de lluvia ó de nieve.

Andrés y sus amigas se habían prometido poner todo de su parte para verse aquel día en Aguas Dulces, puesto que ya se acababan aquellos paseos hasta el próximo verano, tan rodeado de incertidumbres.

El tiempo no estaba seguro; y al salir, en su caique, pensaba Andrés que no las dejarían escaparse, con aquel viento que acababa de levantarse. Pero, al pasar bajo sus ventanas, vió una punta de pañuelo blanco que Melek hacía bailar, y que significaba, en lenguaje convenido: «¡Andando; nos han permitido. Le seguimos á usted!»

Poca afluencia de gente en el río y en los pradillos de las orillas, pocos europeos; sólo turcos, y sobre todo mujeres. En los pares de ojos hermosos que se traslucían á través de los velos blancos puestos como en el campo, leíase mucha melancolía, sin duda porque se acercaba el invierno, estación durante la cual es más triste y más severo el encierro en los harenes.

Se cruzaron dos ó tres veces. Hasta la mirada de Melek, á través de su velo negro de calle, expresaba sólo tristeza; esa tristeza que en todos los países producen las estaciones en su ocaso, y todas cosas á punto de acabar.

Llegada la hora de marcharse, el Bósforo, á la salida

de Aguas Dulces, les reservaba aspectos de belleza trágica. La fortaleza sarracena de la costa de Asia, al pie de la cual era menester pasar, enrojecida toda por el sol poniente, presentaba almenas de color de fuego. Y, al contrario, parecía demasiado sombría, la otra fortaleza, más colosal, que le hace frente sobre la costa de Europa, con sus murallas y sus torres, escalonadas, encaramadas en lo alto de la montaña. La superficie del agua espumaba, toda blanca, azotada por ráfagas ya frías. Un cielo de cataclismo se extendía sobre todo aquello ; nubes de color de bronce ó de color de cobre, muy atormentadas y desgarradas sobre un fondo lívido.

Felizmente, corto era el trayecto que las tres jóvenes tenían que recorrer, siguiendo la orilla asiática, para llegar á su antiguo malecón de mármol, siempre tan bien guardado, en donde las esperaban sus negros. Pero Andrés, que tenía que atravesar el estrecho y subirlo con viento contrario, no llegó hasta bien entrada la noche ; sus remeros estaban empapados de sudor y de agua de mar ; las chaquetillas de terciopelo y los bordados de oro estaban estropeados. Ya cuando termina la estación, el regreso de Aguas Dulces reserva sorpresas semejantes, que son las primeras agresiones del viento de Rusia, y que angustian, como angustia la entrada del invierno, con sus días tan cortos.

En su casa, adonde á toda prisa se llevó á sus remeros para que se calentaran y se reanimaran, oyó, al

llegar, una música extraña ; una música parecida á la de los pastores al ponerse el sol, allá, enfrente, en los bosques y valles de Beicos de Asia; sobre notas graves, un aire monótono, rápido, mucho más vivo que una tarantela ó una fuga, y con todo, lúgubre hasta dar ganas de llorar. Era uno de sus criados turcos, que con toda su fuerza soplaba en una larga flauta, revelándose de repente notable artista silvestre.

— ¿ Y dónde has aprendido á tocar?

— En mi país, en la montaña, cerca de Eski-Chehir ; así tocaba, al obscurecer, cuando recogía las cabras de mi padre.

Vaya, no faltaba más que semejante música para completar la angustia, sin causa y sin nombre, de semejante final de día...

Y por espacio de mucho tiempo, aquel aire de flauta, que Andrés se hacía tocar en el momento del crepúsculo, conservó el poder de evocar para él todo lo indecible de estas cosas reunidas : el postrer regreso de Aguas Dulces ; las tres fantasmitas negras, sobre un mar agitado, volviendo á su casa, al extinguirse la luz del día, para sepultarse en su triste harén, al pie del monte y de bosques; la primera ventisca de otoño; los prados de Asia sembrados de florecillas moradas y de hojas amarillas ; el final de la estación en el Bósforo, la agonía del verano...

XXVIII

Unos quince días habían transcurrido desde el regreso de Andrés á Pera; sus amigas habían podido darle una cita en la vetusta casa de Sultán-Selim, presentándole además una gentil desconocida, una mujer menuda disimulada bajo tan espesos velos negros, que el sonido de su voz resultaba casi ahogado. Al día siguiente recibió esta carta:

Soy la fantasmita de anoche, señor Lhery; no he sabido hablarle; pero voy á contarle, para que lo incluya en el libro que á todas nos ha prometido usted, un día de mujer turca en invierno.

Levantarse tarde, muy tarde, puede decirse. Tocado lento, con indolencia. Siempre larguísima, tupida y pesada cabellera, que es preciso peinar y arreglar. Después, mirarse en el espejo de plata, verse joven, guapa, codiciable, y lamentarse de que así sea.

Luego, pasar silenciosa revista por los salones, para ver si todo está en orden; la visita á los objetos queridos: recuerdos, retratos, etc., cuya conservación adquiere tanta

importancia. Luego almorzar, con frecuencia sola, en una espaciosa sala, rodeada de negras ó de esclavas circasianas; sentir frío en los dedos al tocar los objetos de plata que están sobre la mesa, y, más que nada, sentir frío en el alma; hablar con las esclavas, hacerles preguntas cuya contestación no escuchamos...

Y, ahora, ¿qué hacer hasta el anochecer? Los harenes de antaño, con varias esposas, debían de ser menos tristes; las mujeres se hacían compañía unas á otras... ¿Qué hacer, pues? ¿Pintar á la acuarela? (Todas somos acuarelistas distinguidas, señor Lhery: ¡qué de biombos, de pantallas, de abanicos hemos pintado!) ¿Tocar el piano, ó el laúd? ¿Leer á Paul Bourget ó á Andrés Lhery? ¿Ó bien bordar, continuar alguno de nuestros interminables bordados de oro, interesándose solita en ver cómo corren nuestras manos, tan finas, tan blancas, con las sortijas que centellean? Siempre estamos deseando, aunque sin esperanza de lograr nuestro deseo, siempre estamos deseando que ocurra algo nuevo, algo imprevisto que fuera notable, que vibrara, que hiciera ruido; pero ese algo no vendrá nunca... También querría una pasearse, á pesar del lodo, á pesar de la nieve, por no haber salido en quince días; pero está prohibido salir sola. Nada que imaginar como excusa para salir; nada. Le falta á una espacio, aire. Hasta las que tienen jardín, parece como que no respiran por ser demasiado altos los muros.

¡Llaman! ¡Qué dicha si pudiera ser una catástrofe, ó aunque sólo sea una visita!

¡Una visita! es una visita, pues se oyen pasos precipitados de esclavas en la escalera. Se levanta una; pronto un espejo para arreglarse los ojos. ¿Quién podrá ser? ¡Ah! una amiga joven y deliciosa, recién casada. Entra. Demostraciones cariñosas, apretones de manos, besos de labios rojos sobre mejillas de un pálido mate.

— ¿Caigo bien? ¿Qué hacía usted, querida?

— Aburrirme.

— Bueno, pues vengo á buscarla á usted para que demos un paseo por un sitio cualquiera.

Momentos después, un coche cerrado las lleva. En el pescante, al lado del cochero, un negro: Dilaver, el inevitable Dilaver, sin el cual no hay derecho á salir, y que, ya de regreso, dará cuenta de todo lo ocurrido durante el paseo.

Las dos mujeres conversan:

— ¿Qué, quiere usted á Alí Bey?

— Sí, contesta la recién casada, pero porque necesito en absoluto amar á alguien; estoy sedienta de cariño. Pero esto no es más que mientras tanto. Si más tarde encuentro algo que me guste más...

— Pues yo no quiero al mío, pero ni pizca. No puedo amar á la fuerza, no soy de las que se doblegan...

El coche rueda, al trote de dos magníficos caballos. No deben bajar de él: así lo mandan las conveniencias. Las dos pobres mujeres envidian á las libres mendigas que las miran pasar.

Han llegado á la puerta del Bazar, en donde gente del pueblo compra castañas asadas.

— Tengo verdadera hambre, dice una. ¿Tenemos dinero?

— No.

— Dilaver tiene.

— Dilaver, cómpranos castañas asadas.

¿En qué ponerlas? Tienden sus pañuelos de encajes, perfumados; en ellos les traen las castañas, las cuales huelen ya á heliotropo. — Y este es el acontecimiento saliente de todo aquel día: unas cuantas castañas que dos señoras principales comen juntas, como dos mujeres del pueblo, pero bajo el velo, y en un coche cerrado.

Á la vuelta, al separarse, se besan aún, diciéndose esas eternas frases de las mujeres turcas entre ellas:

— Vaya, nada de locuras, nada de sueños imposibles. ¡Reaccione usted!

Pero se sonríen, de tal manera resulta gastado el consejo.

Se ha marchado la visita. Ya es de noche. Se enciende temprano, pues la luz natural falta más pronto en los harenes, debido á los enrejados. Su nueva fantasma de ayer, señor Lhery, se ve de nuevo sola. Mas, está de regreso el bey, el amo, anunciado por un ruido de sable en la escalera. La pobre turca siente aún más frío en el alma. Por costumbre adquirida, se mira en un espejo; la imagen reflejada le parece realmente muy bonita, y piensa: « ¡Qué lástima que toda esta belleza sea para él! »

Él, insolentemente tendido sobre un montón de cojines, comienza una historia:

— Le voy á contar á usted, querida, lo ocurrido hoy en palacio...

Sí, el palacio imperial, los compañeros y los fusiles, las nuevas armas: esto es todo lo que le interesa. Y nada más, nunca.

Ella no escucha, tiene ganas de llorar. Entonces la llaman « destartalada ». Pide permiso para retirarse á su cuarto, y llora y solloza, hundida la cabeza en su almohada de seda, con adornos de oro y de plata, en tanto que las europeas, en Pera, van de baile y al teatro, son hermosas y amadas, bajo torrentes de luz.

« *** »

XXIX

Por tercera vez desde su regreso del Bósforo, Andrés y su trío de fantasmas estaban juntos, en la casa clandestina, en el corazón mismo del viejo Estambul.

— Nuestra próxima cita, decía Melek, se efectuará en otro sitio, para cambiar. Una amiga nuestra que vive en Mehmed-Fatih, el barrio preferido de usted, nos ha ofrecido reunirnos en su casa. Su casa, del todo turca, sin hombre alguno, es un verdadero hallazgo, tranquila y segura. Por cierto que le preparo á usted una sorpresa, en un harén más lujoso que éste, y cuando menos tan oriental. ¡Ya verá usted!

Andrés no la escuchaba, decidido á tentar hoy lo imposible por conocer los ojos de Djenana; pero le preocupaba la aventura, pues comprendía que, si cometía una torpeza, ya había que abandonar toda esperanza, dado el carácter inflexible de la joven. Á

medida que le interesaba más Djenana, aquel velo siempre echado le irritaba, le exasperaba : quería saber lo que allí debajo había. Aunque sólo fuese un momento, necesitaba conocer el aspecto de aquella sirena de voz celeste, para fijarlo en su memoria... Y, por otra parte, ¿por qué se ocultaba ella, y no sus hermanas? ¿Qué diferencia había entre ellas? ¿ A qué distinto y tácito sentimiento podía obedecer, aquella almita altiva y pura?... Á veces atravesaba su espíritu una explicación, pero en seguida la desechaba por absurda y fatua : « No, se decía Andrés cada vez; no : podría ser mi hija ; lo que imagino carece de sentido común. »

Estaba allí, á su lado, cerquita, y no tenía él sino alzar con la mano aquel pedacito de tela que apenas pasaba de la barbilla... ¡Por qué aquel gesto tan tentador, tan sencillo, había de ser tenido por tan imposible y tan odioso como un crimen!...

El tiempo pasaba, y pronto llegaría el minuto de la despedida. El rayo del sol de noviembre trepaba hacia el techo, siempre el mismo rayo sobre la pared de enfrente, cuyo reflejo arrojaba un poco de luz sobre el humilde harén.

— Escuche, amiguita mía, dijo Andrés bruscamente; necesito, en absoluto, conocer sus ojos de usted; ya no puedo, se lo aseguro, ya no puedo continuar así... Por de pronto, la partida es desigual, puesto que de continuo ve usted los míos á través de esa doble ó triple gasa que es su cómplice de usted. Pero sólo

sus ojos, si no quiere más, ¿oye usted?... En vez de su entristecedor tcharchaf negro, venga de yachmak la próxima vez, un yachmak tan austero como guste, que sólo sus pupilas deje ver, y también las cejas, necesarias para la exacta expresión de la mirada... Lo demás de su cara, ocúltemelo para siempre, si usted prefiere, mas no sus ojos... Vea, se lo ruego, se lo suplico... ¿Por qué hacer semejante cosa, por qué? Sus hermanas son más condescendientes... Semejante obstinación, por parte de usted, la traduzco yo por desconfianza; y creo no merecer que se me trate así...

Ante semejante ataque, Djenana guardó silencio durante un momento; Andrés sentía latir sus propias arterias.

— ¡Mire usted, dijo, por fin, con el tono de las resoluciones graves, mire usted, Andrés, si desconfío!

Alzó su velo, tirándolo hacia atrás, y descubrió todo su rostro, clavando en los de su amigo sus ojos admirables, de color de mar profundo.

Era ésta la primera vez que se atrevía á llamarle, de viva voz, por su nombre de pila. Y su decisión y su movimiento revestían tal solemnidad, que las otras dos sombritas, sorprendidas, estaban como mudas, en tanto que Andrés retrocedía imperceptiblemente bajo la mirada fija de aquella aparición, como quien tiene un poco de miedo, ó que resulta deslumbrado sin querer parecerlo.

QUINTA PARTE

XXX

En el corazón mismo de Estambul, bajo el cielo de noviembre. El laberinto de las antiguas, y, por supuesto, silenciosas calles, con su empedrado engastado en hierba fúnebre, bajo las nubes bajas y obscuras; el confuso hacinamiento de las casas de madera, en otro tiempo pintadas de ocre obscuro, todas torcidas, colocadas asimétricamente, con sus eternas ventanas de doble enrejado, que la mirada no puede traspasar. Y todo aquello, toda aquella ruina, toda aquella carcoma, era lo que, visto de lejos, figuraba en su conjunto una gran ciudad de cuento de hadas; pero que, visto en detalle, habría desilusionado grandemente á los turistas de agencias. Para Andrés, sin embargo, y para algunos otros como él, aquellas cosas, aun vistas de cerca, conservaban su encanto, un encanto compuesto de inmutabilidad, de recogimiento y de oración. Y, además, de cuando en cuando apa-

recía algún detalle exquisito : un grupo de tumbas antiguas, muy finamente cinceladas, en una encrucijada, bajo un plátano de trescientos años ; ó una fuente de mármol, con arabescos de oro casi deslucido.

Andrés, con su fez. como un turco, se metía por aquellos barrios, guiado por las indicaciones de un mapa hecho por Melek, con notas explicativas. Una vez, se paró para contemplar una de esas camadas de perrillos vagabundos, que pululan en Constantinopla, y á los que las buenas almas de la vecindad habían, como de costumbre, hecho la limosna de unos cuantos harapos para servirles de cama, y de un techo formado por pedazos de alfombras viejas. Allí estaban acurrucados, con carillas amables y alegres. Pero no los acarició por miedo á delatarse á sí mismo, pues los orientales, si bien se apiadan de los perros, desdeñan el tocarlos, y reservan sus caricias para los gatos. Pero la madre vino, sin embargo, á arrastrarse delante de él, haciéndole fiestas como para darle gracias por haber fijado su atención en ella y en sus hijos.

« La cuarta casa de la izquierda, después de un kiosco funerario y un ciprés », tal era el lugar adonde le convocaba hoy el capricho de sus tres amigas. Un dominó negro, con el velo echado, y que parecía no ser Melek, le esperaba detrás de la puerta entreabierta, le hizo subir sin decirle una palabra, y le dejó solo en un saloncito muy oriental y muy obscurecido por enrejados de harén : divanes alrededor é inscripciones del Islam decorando las paredes. Cerca se oían cuchi-

cheos, pasos ligeros y el ruido especial de los trajes de seda. Y, cuando el mismo desconocido dominó volvió para llamarle con una seña y lo introdujo en la sala vecina, pudo creerse un Aladino entrando en su serrallo. Allí estaban sus tres austeras fantasmitas negras de otro tiempo, convertidas en tres odaliscas, deslumbrantes de bordados de oro y lentejuelas, con una adorable y anticuada magnificencia. Velos antiguos de la Meca, de gasa blanca llena de lentejuelas, caían por detrás, sobre sus hombros, envolviendo sus cabellos trenzados; en pie, con la cara del todo descubierta, inclinadas ante él como ante su señor, le sonreían con su fresca juventud, mostrando sus sonrosadas encías.

Eran aquellos los trajes y las alhajas de las abuelas, desenterrados para él de los cofres de cedro; por cierto, que habían sabido, con su tacto de elegantes modernas, hacer una atinada elección entre los rasos suavemente ajados y las arcaicas flores de oro bordadas en relieve, para formar conjuntos particularmente delicados. Con esto le ofrecían un espectáculo que nadie ve ya y al que sus ojos de europeo no hubieran osado nunca pretender. Detrás de ellas, más en la sombra, sobre divanes, cinco ó seis cómplices de confianza estaban inmóviles, uniformemente negras, con tcharchaf y velo echado; su silenciosa presencia daba mayor aliciente al misterio. Todo aquello, que por ningún otro hubieran hecho, constituía un atrevimiento asombroso, un inconcebible desafío al peligro.

Pero se notaba, flotando en torno de aquella prohibida reunión, la acechadora tristeza de un Estambul envuelto en la bruma de invierno, la muda reprobación de un barrio lleno de mezquitas y de tumbas.

Se divirtieron las jóvenes en tratarlo como á un bajá, y bailaron en su presencia, — un baile de las bisabuelas en las llapuras de Karadjiamir, un baile muy casto y muy lento, con movimientos de brazos desnudos, una pastoral de Asia que les tocaba en un laúd, en la sombra del fondo de la sala, una de las mujeres veladas. Ligeras, vivas y fingidamente lánguidas, habían vuelto á ser, bajo aquellos trajes, de puras orientales, las tres jóvenes extra-cultivadas, de espíritu tan inquieto, que habían meditado á Kant y á Schopenhauer.

— ¿Por qué no está usted alegre hoy? preguntó Djenana en voz baja á Andrés. ¿Le disgusta esto que habíamos imaginado para usted?

— Muy al contrario ; eso es delicioso, y nunca más veré nada igual. No, lo que me entristece, se lo diré á usted cuando las señoras negras se hayan marchado ; y, aunque quizá la vuelva á usted pensativa, por lo menos seguro estoy de que no le habrá de disgustar.

Sólo un momento se quedaron las señoras negras. Entre aquellas invisibles — que, por supuesto, eran todas rebeldes, — Andrés reconoció por la voz, tan pronto como empezó la conversación, á las dos jóvenes que habían venido un día á Sultán-Selim, las que habían tenido una abuela francesa, y que soñaban

con evadirse; Melek les instaba para que levantasen también sus velos, por bravata contra la tiránica regla; pero rehusaron, diciendo con graciosa risa:

— ¡Seis meses habéis tardado vosotras en levantar el vuestro!

También había allí una mujer, al parecer joven, que hablaba el francés como una parisiense y á la que apasionaba de veras el libro prometido por Andrés Lhery. Le preguntó al escritor:

— ¿Sin duda quiere usted, y eso es precisamente lo que también queríamos *nosotras*, hacer un estudio de la mujer turca en el punto actual de su evolución? Pues bien, — y perdone usted que una ignorante joven oriental dé su parecer á Andrés Lhery, — si escribe usted una novela impersonal, haciéndola girar alrededor de una heroína, ó de un grupo de heroínas, ¿no corre usted riesgo de cesar de ser el escritor impulsivo que tanto nos gustaba? Si más bien pudiera ser una especie de continuación de *Medjé*, la nueva visita de usted á Oriente, á años de distancia...

— Yo le había dicho exactamente lo mismo, interrumpió Djenana; pero he sido tan mal recibida que apenas me atrevo ya á exponerle mis modestas ideas sobre ese libro...

— Mal recibida, sí, contestó él riéndose; pero, á pesar de ello, ¿no le he prometido á usted que, salvo ponerme en escena, haría yo todo lo que ustedes quisieran? Y, siendo así, expóngamelas bien, hoy mismo, sus ideas, y las señoras-fantasmas que nos escu-

chan, acaso consientan en añadir también las suyas...

— La novela ó el poema de amor de una oriental, poco varía, repuso la señora negra que había hablado ya. Siempre se trata de numerosas cartas y de entrevistas furtivas. El amor más ó menos completo, y, al cabo, la muerte; algunas veces, muy raramente, la huída. Hablo, por supuesto, del amor con un extranjero, el *único* que pueda sentir la oriental cultivada, la de hoy, que tiene conciencia de sí misma.

— ¡Qué injustas las hace á ustedes la rebelión, para con los hombres de su país! trató de decir Andrés. Sólo entre aquellos á quienes conozco, podría yo citar á ustedes algunos mucho más interesantes que nosotros, y más...

— La huída, no, interrumpió Djenana, pongamos sólo la muerte. Insisto en lo que proponía yo el otro día al señor Lhery: ¿por qué no escoger una forma que le permita, sin ponerse en absoluto en escena, traducir sus propias impresiones? Por ejemplo, ésta: « *Un extranjero que se le pareciera como un hermano* », un hombre como él, mimado por la vida, y escritor muy leído por las mujeres, vuelve un día á Estambul, que tanto le gustó en otro tiempo. ¿Encuentra de nuevo, en esta ciudad, su juventud, sus entusiasmos?... (¡Á usted le toca contestar, señor Lhery!) Encuentra en Estambul á una de nuestras hermanas que ya le había escrito algún tiempo antes, como tantas otras pobrecillas, deslumbradas por su aureola.

Y, entonces, lo que, hace veinte años, llegó á ser amor, no es ya en él más que curiosidad artística. Por supuesto, yo no pretendo que sea uno de esos hombres fatales, de moda en 1830, sino sólo un artista á quien divierten las impresiones nuevas y raras. Acepta, pues, entrevistas sucesivas, porque son peligrosas y que quedan desconocidas. ¿Y qué puede resultar de esto sino el amor?... el amor, pero en ella, no en él, que no es más que un aficionado, y no ve en todo ello más que una aventura...

« ¡Ya no digo más! exclamó ella, levantándose con impaciencia infantil; me están ustedes dejando hablar sin tino; me hacen perorar como una marisabidilla... Vaya, que me siento ridícula. Más bien prefiero bailar un baile de mi aldea; estoy vestida de odalisca, y resultaré más en carácter... Tú, Chahendé, haz el favor de tocar esa ronda de pastoras que estábamos repitiendo antes de la llegada del señor Lhery; ya sabes á qué me refiero...

Y quiso coger de la mano á sus dos hermanas para bailar. Pero las demás mujeres protestaron, reclamando el final de la historia. Para hacerla sentarse, fué menester que acudieran todas, así las dos huríes cubiertas de lentejuelas de oro, como las fantasmas enlutadas.

— Vamos, que me intimidan ustedes... Y me fastidian... ¿El final de la historia?... Pues me parece que ya está acabada... ¿No hemos dicho, hace un rato, que el amor de una musulmana no tiene más solución

que la huída ó la muerte?... Pues bien... mi heroína es harto altiva para seguir al extranjero : morirá; pero no precisamente á consecuencia de la desaparición de aquel hombre, sino más bien, si ustedes quieren, debido á esas inflexibles exigencias del harén, que no le permiten *acudir á la acción para consolarse de su amor y de su ensueño desvanecido.*

Andrés la miraba hablar. Hoy, su aspecto de odalisca, con ropas y adornos que tenían cien años, hacía más inesperado aún su lenguaje; sus pupilas de un verde obscuro seguían obstinadamente clavadas en el vetusto techo cubierto de arabescos, y decía todo aquello con la serenidad de una persona que inventa un bonito cuento, en el cual no interviene ella para nada... Era insondable...

Ya que se hubieron marchado las señoras de negro, se acercó á Andrés, sencilla y confiada, como una buena amiguita :

— Y ahora que se han ido, ¿qué es lo que tiene usted?

— ¿Lo que tengo?... Sus primas de usted pueden oirlo, ¿verdad?

— Ciertamente, dijo ella, un poco picada. ¿Qué secretos podríamos tener nosotros dos respecto de ellas? ¿No le he dicho á usted, desde el principio, que las tres no seríamos nunca para usted más que una sola alma?

— Pues bien ; lo que tengo es que, al mirarla á usted, estoy encantado y casi espantado por un pare-

cido. Ya el otro día, cuando levantó usted su velo por primera vez, ¿no me vió retroceder? Volvía yo á ver el mismo óvalo de cara, la misma mirada, las mismas cejas, que acostumbraba ella á juntar con un trazo de henea. Y todavía, aquella vez, no conocía yo sus cabellos de usted, iguales á los de ella, esos cabellos que usted me enseña hoy, trenzados como tenía ella costumbre de llevarlos...

Djenana contestó con voz grave:

— ¡Parecerme yo á su Nedjibia, yo!... Crea usted que mi emoción no es menos honda que la de usted, Andrés... ¡Si le dijera que, desde hace cinco ó seis años, era éste mi más anhelado deseo!...

Se miraban profundamente, sin saber qué decirse; las cejas de Djenana se habían alzado ligeramente, como para dejar que los ojos se abrieran más, y él veía brillar sus pupilas de color de mar profundo, en tanto que las otras dos jóvenes, en aquel harén en donde empezaba prematuramente el crepúsculo, permanecían á cierta distancia, respetando aquella melancólica confrontación.

— Quédese tal como está, no se mueva, Andrés, dijo ella de repente. Y vosotras, venid, venid á mirar á nuestro amigo. Según está colocado, según le da la luz, ¿no le darían á lo sumo treinta años?

Entonces, él, que había olvidado completamente su edad, cosa que con frecuencia le acontecía, y que en aquel momento se hacía la ilusión de ser realmente joven, recibió un golpe cruel, al recordar que ya había

comenzado á bajar la pendiente de la vida, la única inexorable pendiente que ninguna energía ha podido, nunca, volver á subir. « ¿Qué hago yo, se preguntaba, al lado de estas extrañas muchachas que son la juventud misma? Por inocente que pueda ser la aventura en que ellas me han metido, ya no es una aventura propia de un hombre de mi edad... »

Se separó de ellas, quizá más fríamente que de costumbre, para marcharse solo, por la ciudad inmensa en donde expiraba aquel día de otoño. Muchos y muy distintos barrios lo separaban de su morada, allá en lo alto de Pera, morada que, en aquel final de día, le pareció más vacía y más detestable que nunca.

No habían encendido lumbre en su cuarto, ni siquiera luz. Llamó para que acudieran los criados turcos encargados de esos menesteres. Su ayuda de cámara francés, que se apresuraba á suplirlos, acudió, alzando los brazos al cielo :

— Se han marchado á divertirse. Esta noche comienza el carnaval de los turcos; imposible retenerlos...

En efecto, se le había olvidado; estaban á 8 de noviembre, que correspondía aquel año con la apertura de aquel mes de Ramazán, durante el cual hay ayuno austero todos los días, pero cándidos regocijos é iluminaciones todas las noches. Se fué pues á una de sus ventanas, que daban á Estambul, para ver si aquellas fiestas que él vió veinticinco años antes resultaban las mismas en 1322 de la hégira. — Exacta-

mente, nada había cambiado; la incomparable silueta de ciudad, allá, en la imprecisión nocturna, comenzaba á brillar en varios puntos, iluminándose rápidamente por todas partes á la vez. Todos los minaretes, que acababan de encender sus dobles ó triples coronas luminosas, parecían gigantescos husos de sombra, adornados, en varias alturas en el aire, de sortijas de fuego. Inscripciones árabes, por encima de la mezquita, se trazaban en el vacío, tan grandes y sostenidas por tan invisibles alambres, que, en aquel alejamiento y aquella bruma, parecían compuestas con estrellas, como las constelaciones. Entonces recordó que Estambul, ciudad del silencio durante lo demás del año, estaba, en las noches del Ramazán, llena de músicas, de cantos y de bailes; pero entre aquel gentío no se veían mujeres, ni siquiera bajo su habitual aspecto de fantasmas, lo cual resulta aún agradable; en cambio, había mil trajes de todos los rincones de Asia, y narguiles, y teatros antiguos, y fantoches, y sombras chinescas. Por otra parte, ya por miedo á posibles golpes, ya por ineptitud, lo cierto era que no se veía á gente de Pera. — Por consiguiente, olvidando una vez más el número de sus años, que ha poco le había entristecido, Andrés se puso de nuevo el fez, y, á imitación de sus criados turcos, se fué hacia aquella ciudad iluminada, del otro lado del agua, á tomar parte en la fiesta oriental.

XXXI

El 12 de noviembre, 4 del Ramazán, fué, por fin, el día de aquella visita juntos á la tumba de Nedjibia, que entre ellos proyectaban desde hacía meses, pero que era ciertamente una de sus más peligrosas empresas : la habían ido aplazando, á causa de la dificultad misma que había para realizarla, pues como el cementerio estaba muy lejos, exigía muchas horas de libertad.

La víspera, Djenana, al darle sus últimas instrucciones, le escribía : « Hace hoy tan hermoso y tan azul, que espero con todo mi corazón que mañana también nos sonreirá. » En cuanto á Andrés, siempre se había imaginado aquella peregrinación, juntos, realizándose en uno de esos días serenos y nostálgicos de noviembre, en que el sol de este país da una temperatura de estufa ; en este país, muy meridional en suma, produce la ilusión del verano, y, al ponerse,

vuelve á Estambul todo de color de rosa, y más maravillosamente sonrosada todavía al Asia que está en frente, antes de caer la noche, que en seguida trae el frío del norte.

Pero no, cuando se abrieron las maderas de su ventana, por la mañana, Andrés vió el cielo cargado y obscuro : era el viento del Mar Negro, sin esperanza de mejora. Y estaba seguro de que á aquella misma hora los lindos ojos de sus amigas claustradas estarían también interrogando el tiempo con ansiedad, por entre las rejas de sus ventanas.

Sin embargo, no había que titubear, puesto que todo ello había sido tan difícil de combinar, con ayuda de complicidades, pagadas ó gratuitas, que, tal vez, no se volverían á encontrar. Á la una y media, hora convenida, cubierto con su fez y con su rosario en la mano, estaba Andrés en Estambul, en Sultán-Fatih, ante la puerta de aquella casa de misterio en la que cuatro días antes lo habían ellas recibido vestidas de odaliscas. Las encontró listas, todas de negro, impenetrablemente veladas; Chahendé Hanum, la desconocida dueña de la casa, había querido también acompañarlas; eran, pues, cuatro fantasmas un poco emocionadas, un poco temblorosas por la audacia de lo que iban a hacer. Andrés, á quien tocaba tomar la palabra durante el trayecto, ya con los cocheros, ya con cualquier transeunte imprevisto, se preocupaba también por su lenguaje : acaso no acertara en seguida con las palabras, ó se le conociera demasiado

que era extranjero : corrían un riesgo enorme.

— Convendría que adoptara usted un nombre turco, le dijeron ellas, por si tuviéramos que dirigirle la palabra en público.

— Bien; pues adoptemos Arif, sin buscar más. Antaño me divertía en hacerme llamar Arif Effendi; hoy, bien puedo haber ascendido, y seré Arif Bey.

Momentos después, cosa sin precedente en Estambul, caminaban juntos por la calle, el extranjero y las cuatro musulmanas, Arif Bey y su harén. Un viento inexorable seguía aglomerando nubes cada vez más negras, y acarreando humedad helada; la gente tiritaba. Sólo Melek manifestaba su habitual alegría, y llamaba á su amigo : *Iki gueuzum beyim enffendim* (Señor Bey mis dos ojos, locución corriente que significa: Señor Bey, á quien quiero como á las niñas de mis ojos). Le molestaba á Andrés aquella alegría, porque aquel día estaba más presente en su memoria la querida muerta.

Llegados que hubieron á una plaza en donde había coches de alquiler, tomaron dos, uno para el bey y otro para las fantasmas, por estar mal visto que un hombre suba al mismo coche que las mujeres de su harén.

Largo trayecto, un coche detrás del otro, para llegar por fin, fuera de la ciudad, á la soledad fúnebre, á los cementerios mayores, llenos de cuervos en aquella estación del año, bajo los negros cipreses.

Entre la puerta de Andrinópolis y Eyub, ante las in-

mensas murallas bizantinas, bajaron de los coches, por no permitir el piso que transitaran por allí carruajes. Á pie costearon un momento aquellas fortificaciones ruinosas; por las brechas y huecos de toda clase, se veían, de trecho en trecho, cosas de Estambul, como para imponer mejor al espíritu el pensamiento del Islam, aquí dominador y exclusivo: mezquitas, cúpulas, minaretes.

Aquel sitio imponente, por donde pasaba Andrés con las cuatro mujeres, era precisamente el mismo donde, veinticinco años antes, Nedjibia y él habían efectuado su único paseo en pleno día; allí era adonde ambos, tan jóvenes y tan enamorados uno de otro, se habían atrevido á venir como dos niños que desafían el peligro; allí, donde se habían detenido una vez, gozosos del pálido sol de invierno, para escuchar el canto, en los cipreses, de un pobre pajarillo que se equivocaba de estación; allí, bajo sus miradas, habían enterrado á una chicuela griega con cara de cera... Más de un cuarto de siglo había transcurrido sobre aquellas ínfimas cosas, únicas no obstante en sus existencias, é imborrables en el recuerdo de aquel de los dos que seguía viviendo.

Pronto dejaron aquel camino para internarse en el dominio de los muertos. El viento de Rusia arreciaba, azotándoles la cara, impregnándolos de humedad más fría cada vez. Ante ellos, los cuervos huían sin prisa, dando saltitos.

Aparecieron los monolitos de Nedjibia, blancos aún,

que Andrés designó á las jóvenes. Las inscripciones, doradas de nuevo en la primavera, conservaban todo su brillo.

Á pocos pasos de aquellos humildes mármoles, las gentiles fantasmas, inmovilizadas de repente, se habían puesto á rezar, en la actitud consagrada del Islam : con las manos abiertas y como tendidas para implorar una merced ; rezaban con fervor por el alma de la dulce muerta. Tan imprevisto y tan tierno era lo que estaban haciendo, que sintió Andrés sus ojos llenos de lágrimas ; para ocultar su emoción se quedó algo apartado, él que no rezaba.

Así pues había realizado aquel ensueño que parecía imposible : hacer reparar aquella tumba y confiarla á otras mujeres turcas, capaces de venerarla y de cuidar de ella. Allí estaban los mármoles, resistentes, con sus recientes dorados ; también estaban allí mujeres turcas, cual hadas del recuerdo, rodeando aquella sepulturita por tanto tiempo abandonada ; y también él estaba con ellas, en íntima comunión de respeto y de piedad.

Ya que hubieron terminado de recitar la « fathia », se acercaron para leer la inscripción brillante. Primero la poesía árabe, que comenzaba en lo alto del monolito para descender, en líneas inclinadas, hacia la tierra. Después, en la parte baja, el nombre y la fecha : « Una oración por el alma de Nedjibia Hanum, hija de Alí-Djianghir Effendi, fallecida el 18 de Chabaan de 1297. » Al contrario de los turcos, los circa-

sianos tienen un apellido patronímico, ó más bien un apellido de tribu. Con íntima emoción supo Djenana el apellido de la familia de Nedjibia :

— ¡Pero si viven en mi pueblo, los Djianghir! dijo. Hace muchísimo tiempo, vinieron del Cáucaso con mis antepasados; dos siglos llevan ya viviendo en nuestra compañía.

Esto explicaba más el parecido de ambas, parecido muy extraño y que era algo más que un signo de raza; lo probable era que fueran de la misma sangre, debido á un capricho de algún príncipe de antaño. ¿Qué misterioso antepasado, ya reducido á polvo, había legado, á través quién sabe cuántas generaciones, á dos mujeres de casta tan distinta, aquellos ojos persistentes, aquellos ojos raros y admirables?...

Hacía un frío mortal en aquel cementerio, en donde, desde ya buen rato, permanecían inmóviles. De repente, bajo su velo negro, el pecho de Zeyneb fué sacudido por una tos desgarradora.

— Vámonos, dijo Andrés, espantado; vámonos, por favor, y ahora andemos muy de prisa...

Antes de marcharse, quiso cada joven coger una de las ramitas de ciprés que casi cubrían la tumba; al bajarse Melek para recoger la suya, pudo ver Andrés, por tener ella velo menos tupido que ninguna, pudo ver que sus ojos estaban llenos de lágrimas; por lo cual le perdonó de corazón su alegría de antes.

Al llegar á sus coches, se separaron, para no prolongar inútilmente el peligro de estar juntos. Después

de haberles hecho prometer que le darían cuanto antes noticias de su regreso al harén, cosa que le preocupaba, por ser ya tarde, él se fué por Eyub, en tanto que el cochero de ellas las llevaba por la puerta de Andrinópolis.

Las seis. Andrés ha regresado á su casa, en Pera. ¡ Tarde tristísima ! Por los cristales de sus ventanas veía borrarse en la obscuridad el inmenso panorama que hoy le recordaba más dolorosamente que otras veces al Constantinopla de otros tiempos, al Constantinopla de su juventud. El fin del crepúsculo ; mas no todavía la hora en que los minaretes encienden sus coronas de fuego, para la fiesta de una noche de Ramazán ; ahora resultaban apenas indicados, un gris más acusado sobre el gris casi igual del cielo. Estambul, cual con frecuencia ocurría, le mostraba una silueta tan esfumada é incierta como en sus ensueños, cuando, antaño, viajaba él lejos. Mas en el extremo horizonte, hacia el Oeste, había como una franja negra bastante netamente recortada sobre un poco de rosa rezagado, último reflejo del sol ya desaparecido, una franja negra : los cipreses de los vastos cementerios. Y pensaba Andrés, fijos los ojos allá : está durmiendo, en medio de aquel infinito de silencio y de abandono, bajo sus humildes losas de mármol, las cuales, no obstante, por compasión he mandado levantar y redorar.

Sí, la tumba quedaba reparada y confiada á mu-

sulmanas, cuyas visitas piadosas tenían probabilidades de prolongarse algunos años aún, pues eran jóvenes. ¿Y después? Pero, ¿podía nada de esto impedir que aquel período de su vida, aquel recuerdo de juventud y de amor, se alejara, que siguiera cayendo con más espantosa rapidez en el abismo de los tiempos que fueron y de las cosas ya olvidadas de todos? y, además, esos cementerios mismos, á pesar de ser tan antiguos y tan venerados, ¿á qué continuación podían pretender? Cuando el Islam, amenazado por todas partes, se repliegue sobre el Asia vecina, ¿qué harán los recién llegados con ese estorbo de tantas seculares tumbas? Entonces, los monolitos de Nedjibia desaparecerán, con tantos millares de otros...

Parecíale ahora que, por el hecho de haber cumplido con aquel deber por tan largo tiempo diferido, y de no deberle ya nada á la muerta, en cierto modo, parecíale que acababa de romper el último lazo con aquel pasado tan querido; ya, todo quedaba terminado más irremediablemente...

Aquella noche, había en la embajada de Inglaterra comida y baile, á los que tenía él que asistir. Pronto tendría que vestirse; su ayuda de cámara encendía las lámparas y le preparaba el frac. — Después de la visita al cementerio lleno de cipreses, con las turquecitas de tcharchaf negro, ¡qué cambio de época, de medio, de ideas!...

En el momento de apartarse de su ventana para ir á vestirse, vió que comenzaban á caer copos de nieve:

la primera nieve de la temporada... Nevaba allí, en la soledad de los vastos cementerios.

Al día siguiente por la mañana le llegó la carta pedida por él á sus amigas, para tener noticias de su regreso al harén.

4 de Ramazán, nueve de la noche.

Regresado sanas y salvas, amigo Andrés, mas no sin tribulaciones. Era muy tarde, justo el límite permitido, y, además, una de nuestras amigas cómplices dijo, en un descuido, algo que había que callar. La cosa ha tenido arreglo, pero, sin embargo, las señoras ancianas de la casa y los no más jóvenes parientes masculinos, están alerta.

Gracias de todo corazón por la confianza que nos ha demostrado usted. Ahora, esa tumba es algo nuestra, ¿verdad? y ante ella iremos á rezar cuando ya no esté usted aquí.

¡Esta noche le siento á usted tan lejos de mí, aun estando tan cerca! Desde mi ventana podría yo ver, allá en las alturas de Pera, las luces de los salones de la embajada adonde va usted, y me pregunto cómo es que puede usted distraerse, cuando tan tristes estamos nosotras. Me dirá usted que soy muy exigente; lo soy, en efecto, pero no para mí: para *otra*.

Sin duda que está usted alegre en este momento, entre mujeres y flores: encanto del espíritu y de los ojos. Y nosotras, en un harén apenas alumbrado, tibio y triste, nosotras lloramos.

Lloramos sobre nuestra vida. ¡Oh qué triste y qué vacía resulta esta velada! Ésta más que otras. ¿Será el sentirle á usted tan cerca y tan lejos, lo que nos hace más desgraciadas?

DJENANA.

Y yo, yo, Melek, ¿sabe usted lo que le digo? Pues le digo que no comprendo cómo puede usted distraerse entre mujeres y luces, mientras nosotras, ante tres ramitas caídas de un ciprés, lloramos. Ahí están, suavemente posadas en un cofrecillo sagrado de madera de la Meca; despiden un olor acre y húmedo, que penetra, que entristece... ¿Usted sabe, verdad, *dónde* las tomamos?...

¡Oh! cómo puede usted estar en un baile, esta noche, y no recordar las penas que ha suscitado, las existenciás que ha desbaratado en su camino. No puedo imaginarme que no piense usted en todo esto, cuando á nosotras, que sólo hermanas extranjeras y lejanas somos de aquellas desgraciadas, nos hace llorar...

MELEK.

XXXII

Le habían ellas anunciado que el Ramazán las hacía más cautivas, por los rezos, por las lecturas de los libros sagrados, por el ayuno diario, y, sobre todo, por la vida mundana de por la noche, la cual toma excepcional importancia durante aquel mes de cuaresma: comidas suntuosas, llamadas *Iftares*, destinadas á compensar la abstinencia del día, y á las cuales se convida á mucha gente.

Y, al contrario: parecía el Ramazán facilitar su más fantástico proyecto capaz de poner los pelos de punta: ¡recibir una vez á Andrés en Khassim-Bajá mismo, en las habitaciones de Djenana, á dos pasos de la señora Husnugul!

Estambul, durante la cuaresma de Islam, resulta desconocido. Por la noche, fiestas y millares de faroles, calles llenas de gente, mezquitas coronadas de luces; en todas partes, en el aire, enormes sortijas

luminosas, sostenidas por los minaretes, que entonces resultan apenas visibles, de tal manera toman e color del cielo y de la noche. Mas, en cambio, soñolencia general mientras dura el día; la vida oriental queda paralizada, las tiendas se cierran; en los innumerables cafetines, que generalmente están llenos de parroquianos, ni narguiles ni conversación : únicamente algunos fieles, recostados sobre los divanes, cansados por las vigilias y el ayuno. En las casas, hasta la puesta del sol, idéntico emperezamiento que fuera. Particularmente en casa de Djenana, en donde los criados eran viejos como los amos, todo el mundo dormía, negros imberbes, ó guardianes bigotudos con pistolas en la faja.

El 12 de Ramazán 1322, día fijado para la extravagante empresa, la abuela y los tíos abuelos, muy resfriados, no salían de su cuarto, y, circunstancia inesperada, la señora Husnugul estaba en cama, desde hacía dos días, á consecuencia de una indigestión adquirida en una comilona.

Tenía Andrés que presentarse á las dos en punto, pero lo que se dice en punto; se le había recomendado que se acercara lo más posible á las paredes, para no ser visto desde las ventanas que formaban saliente, y que no entrara por la puerta principal si no le enseñaban, por los enrejados del primer piso, la punta de un pañuelo blanco, la señal de costumbre.

Esta vez, de veras tenía miedo ; miedo por ellas, y miedo por él, no por peligro inmediato, sino por el

escándalo europeo, universal, que no dejaría de producirse, si lo cogían en el garlito. Llegaba lentamente, atisbando. Disposición favorable : la casa de Djenana no tenía ninguna enfrente ; daba, como todas las de la vecindad, al cementerio de aquella orilla ; de modo que no habría curiosos por aquel lado, envuelto, además, en la bruma de noviembre.

Punta de pañuelo blanco : imposible ya retroceder. Entró, como quien se tira de cabeza á un abismo. Un vestíbulo monumental, de estilo antiguo, vacío, hoy, de guardianes armados y dorados. Sólo Melek, con tcharchaf negro detrás de la puerta, quien le dijo, con su voz risueña :

— ¡Pronto, pronto! ¡Corra!

Juntos subieron á toda prisa una escalera, siguieron como el viento largos pasillos, é hicierón irrupción en el cuarto de Djenana, que esperaba palpitante, y cerró su puerta con llave.

En seguida, risa de las tres, risa de chicuelas, dirigida, como un desafío, á todo y á todos, cada vez que un peligro más inmediato acababa de ser conjurado. Con gracioso aire de triunfo enseñaba Djenana la llave que colgaba de su mano : ¡una llave, una cerradura, qué subversiva innovación en un harén! Había conseguido aquello la víspera misma, y aún le parecía mentira semejante éxito. Ella, Djenana, y Zeyneb, y también Melek, que en un abrir y cerrar de ojos se había quitado su tcharchaf, estaban más pálidas que de costumbre, por el ayuno severo. Además, se pre-

sentaban á Andrés bajo un aspecto del todo nuevo para él, quien sólo de odaliscas ó de fantasmas las había visto hasta entonces : peinadas y vestidas como europeas muy elegantes. Un detalle las hacía aún algo orientales : diminutos velos de Circasia, de gasa blanca con adornos de plata, puestos sobre el pelo, bajaban hasta los hombros.

— Creía yo que no se ponían ustedes velo dentro de sus casas.

— Sí, sí, siempre: pero sólo velitos así.

Primero le hicieron entrar en el salón de música, en donde le esperaban otras tres mujeres, convidadas á la peligrosa aventura : la señorita Bonneau de Saint-Mirón, la señorita Tardieu, ex-institutriz de Melek, y, finalmente, una señora fantasma, Ubeydé Hanum, diplomada de la Escuela normal y profesora de filosofía en el liceo de jóvenes, en una ciudad del Asia Menor. Poco tranquilas estaban las dos francesas, quienes habían luchado mucho entre la tentación de venir y el miedo por lo que pudiera ocurrir. La señorita de Saint-Mirón parecía decirse á sí misma : « ¡Yo, yo soy la causa inicial de este inenarrable desastre : Andrés Lhery en persona en las habitaciones de mi discípula! » Conversaron, no obstante, porque se perecían por ello, y le pareció á Andrés que aquellas dos solteronas tenían el alma á la vez elevada y cándida; por cierto que muy distinguidas y superiormente ilustradas, pero con una exaltación novelesca algo rancia en 1904. Creyeron poder hablarle de

su libro, cuyo título conocían ellas y que las excitaba mucho:

— ¿Ya habrá usted escrito algunas páginas de sus *Desencantadas*, verdad, maestro?

— Ni una sola, contestó él riéndose.

— Prefiero que así sea, dijo Djenana á Andrés con aquella su voz que sorprendía siempre como una música extraterrestre, aun al lado de otras voces muy dulces. Prefiero que así sea, y que lo componga usted cuando ya esté lejos de aquí; siquiera así, aún servirá de lazo entre usted y nosotras, por espacio de algunos meses: cuando necesite documentarse, tendrá por fuerza que escribirnos...

Pareciéndole á Andrés que la cortesía le obligaba á dirigir siquiera una vez la palabra á la señora fantasma, le preguntó, por decir algo, si estaba contenta de las turquecitas de Asia, sus discípulas. Preveía él alguna contestación de pedagogo, tan sin substancia como su pregunta. Pero la voz seria y dulce que partía de debajo del velo, le dijo en francés puro lo que no esperaba:

— Demasiado contenta, por desgracia... Aprenden con harta facilidad y son sobradamente inteligentes. Lamento ser uno de los instrumentos que inoculan el microbio del dolor á esas mujeres de mañana. Compadezco á todas esas florecitas, que resultarán más pronto marchitas que sus cándidas abuelas...

Después hablaron del Ramazán. Ayuno durante todo el día, por supuesto, laborcitas para los pobres y lec-

turas edificantes; en el transcurso de ese mes lunar, toda musulmana tiene que leer una vez más todo el Corán, sin saltar un solo renglón; no faltaban á ello, las tres jóvenes, quienes, á pesar de su desequilibrio y de su incredulidad, veneraban con admiración el libro sagrado del Islam; allí tenían sus coranes; una cinta verde señalaba la página en que habían quedado.

Luego, al ocultarse el sol, vienen los *iftares*. En el selamlike, *iftar* de los hombres, seguido de un rezo para el cual invitados, amos y servidores se reunen en la sala principal, cada cual arrodillado sobre una alfombrita; parece ser que en el departamento de Djenana, esa oración era cantada cada noche por uno de sus jardineros, el único que fuera joven, y cuya voz, á propósito para llamar al rezo desde lo alto de un minarete, llenaba toda la morada.

En el harén, *iftar* de las mujeres:

— Estas reuniones de jóvenes turcas, dijo Zeyneb, rara vez resultan frívolas en tiempo de Ramazán, cuando se reaviva el misticismo en el fondo de nuestras almas; entonces sólo piensa una en la vida y en la muerte. Siempre el mismo ardor, la misma fiebre al principio, y, al final, siempre la misma tristeza y el mismo descorazonamiento nos invaden, cuando, al cabo de dos horas de discusiones sobre todos los dogmas y todas las filosofías, volvemos al mismo punto, al punto de partida, persuadidas de no ser más que débiles, impotentes y pobres criaturas... Pero es la esperanza un sentimiento tan tenaz, que,

á pesar de la quiebra de nuestras tentativas, aún nos queda fuerza para, al día siguiente, internarnos en otra vía, con objeto de ver si por fin damos con la improbable resolución del problema...

— Nosotras las jóvenes turcas, añadió Melek, somos un puñado de semillas de una peligrosa planta, que germina, resiste y se propaga, á pesar de las privaciones de agua, de los fríos, y aun de las repetidas *siegas*.

— Sí, dijo Djenana, pero pueden dividirnos en dos especies. Las que, para no morir, se agarran á todas las ocasiones de aturdirse, de olvidar. Y las que, mejor templadas, se refugian en la caridad, como, por ejemplo, Djavidé, nuestra prima; ignoro si, en Francia, las hermanitas de los pobres hacen más bien que ella, y con más desinterés personal; y no es la única : en nuestros harenes, muchas la igualan. Cierto que tienen que operar en secreto y que no pueden formar comités de beneficencia, pues nuestros amos reprueban ese contacto con mujeres del pueblo, por temor á que les comuniquemos nuestros pesimismos, nuestros destartalos y nuestras dudas.

Melek, que era especialista en interrupciones bruscas, propuso que probara Andrés el escondrijo que, caso de alarma seria, le tenían preparado. Estaba éste disimulado detrás de un amplio caballete que soportaba un cuadro ; lo adornaban, artísticamente, paños de brocado.

— Exceso de precaución, añadió, pues no ocurrirá

nada. El único válido de la familia, en este momento, es mi padre, y no ha de volver tan pronto del palacio imperial...

— Sí, pero, objetó Andrés, ¿caso de que algo imprevisto le obligara á regresar antes de la hora?...

— No se entra en un harén sin ser anunciado. Le mandaríamos decir que tenemos de visita á una señora turca, Ubeydé Hanum, y se guardaría muy bien de entrar aquí. Con un poco de maña, todo puede arreglarse... No, lo único *que resultará algo delicado* será la salida de usted luego.

En el atril del piano había música manuscrita : un nocturno que Djenana acababa de componer; le habría gustado á Andrés que la autora misma lo tocara, para él, pues sólo desde lejos, la había oído tocar el piano, cuando, de noche, pasaba bajo sus ventanas, en el Bósforo. Mas no pudo ser, porque, durante el Ramazán, apenas si se atrevían á cantar y á distraerse con el piano. Y por otra parte, ¡qué imprudencia fuera despertar aquel caserón dormido, cuyo sueño, en aquel momento, era tan necesario!

Djenana deseaba que su amigo se sentara ante su despachito de soltera, para escribir algo; sobre aquella mesita en que, cuando Andrés no era aún para ella más que un personaje irreal, escribía ella el diario que le dedicaba. Se lo llevaron pues á la amplia habitación en que todo era blanco, lujoso y muy moderno. Tuvo que mirar, en compañía de ellas, desde las ventanas defendidas por rejas siempre cerradas, las

perspectivas que tanto habían ellas visto durante su infancia, y ante las cuales envejecerían, probablemente, apagándose poco á poco : cipreses, monolitos de todas las edades ; abajo, como en un precipicio, el agua del Cuerno de Oro, hoy obscura y densa, semejante á una capa de estaño ; y, más lejos, Estambul envuelto en la bruma invernal. También tuvo que mirar, por las ventanas libres que daban al interior, aquel antiguo jardín con tan altos paredones que Djenana le había descrito en sus cartas : « Un jardín tan solitario, le decía ella, que puede una pasearse sin velo. Además, cada vez que bajamos á él, nuestros negros se encargan de alejar á los jardineros. »

En efecto, allá en el fondo, en donde cruzan los plátanos sus enormes ramas desnudas, el jardín tomaba aspecto de bosque aprisionado; seguro que podrían pasearse por allí sin que nadie las viera.

Andrés bendecía el concurso de audacias que le permitían conocer aquella morada, tan prohibida á sus miradas... ¡Pobres amiguitas tan recientes, halladas por él en el ocaso de su vida errante, y á quienes iba, fatalmente, á dejar para siempre ! Ya, siquiera, cuando se acordara de ellas, el marco de su secuestración se indicaría preciso en su memoria.

Había llegado la hora de marcharse, la hora grave. Andrés había casi olvidado, en medio de ellas, lo inverosímil de la situación ; ahora que se trataba de salir, se daba cuenta de que, vivito, se había metido en una ratonera, cuya salida se hallaría erizada de puntas.

Las jóvenes efectuaron varias exploraciones; todo se presentaba bien; el único personaje que sobraba era cierto negro, un tal Yusuf, que vigilaba con obstinación el vestíbulo principal. Era preciso imaginar para él, en seguida, una salida prolongada y urgente:

— Se me ocurre una cosa, dijo de repente Melek. Métase en su escondrijo, Andrés. Vamos á hacerlo venir aquí mismo: ¡será un colmo!

El negro se presentó:

— Mi buen Yusuf, le dijo Melek, un encargo muy urgente. Vete á escape á Pera para comprarnos un libro nuevo, cuyo título voy á escribirte; si es preciso, recorre todas las librerías de la calle mayor, pero, sobre todo, no te vengas sin él.

Y esto es lo que, sin reirse, escribió; *Las Desencantadas*, la última novela de Andrés Lhery.

Otra exploración por los pasillos, después de nuevas órdenes dadas á unos y á otras, para ocuparlos en otros sitios; luego, cogiendo la mano de Andrés, á escape se lo llevó abajo, y con movimiento un tanto nervioso lo empujó hacia fuera.

Él se marchó, rozando más y más las paredes, preguntándose si aquella puerta, acaso cerrada con excesivo ruido, no iba á abrirse de nuevo para dejar paso á una bandada de negros que, con revólveres y palos, echaran á correr detrás de él.

Al día siguiente le confesaron su mentira, respecto de los velitos de Circasia. En el interior de la casa, no

se ponían velo alguno. Pero, para una musulmana, dejarle ver á un hombre todo su pelo, y sobre todo, *dejarle ver su nuca*, está peor visto que enseñar su cara, y no habían podido resolverse á tanto.

XXXIII

DJENANA Á ANDRÉS

14 del Ramazán de 1322.
(22 de noviembre de 1905.)

Amigo nuestro : sabrá usted que mañana estamos á mediados del Ramazán, y que todas las señoras turcas salen de paseo. ¿No irá usted, de dos á cuatro, al paseo, en Estambul, de Bayazid á Chazadé-Baché?

En este momento estamos muy ocupadas, con nuestros *iftares*, pero vamos á organizar, para dentro de poco, una hermosa escapada á la costa de Asia : invento de Melek; ya verá usted qué bien combinada está.

DJENANA.

Aquel « mañana », soplaba viento del Sur; hermoso cielo de otoño, mucha luz y temperatura tibia; tiempo ideal para las hermosas veladas, que sólo dos ó tres días al año disfrutan de tal libertad. En coche cerrado, por supuesto, aquel paseo, con un eunuco al

lado del cochero; pero podían descorrer las cortinillas, bajar los cristales *y pararse* largo rato, para mirarse unas á otras, cosas todas prohibidas en tiempo normal. De Bayazid á Chazadé-Baché, un recorrido de un kilómetro próximamente, en el centro de Estambul, en plena turquería, por calles antiguas que costean las colosales mezquitas, los umbrosos cercados donde descansan los muertos, y las fuentes sagradas. En aquellos barrios habitualmente tranquilos, tan poco hechos para las elegancias modernas, ¡qué anomalía, aquellas hileras de coches, á mediados del Ramazán! Centenares de berlinas y de landós, parados ó andando á paso lento; los había de todos los barrios de la inmensa ciudad, hasta de los palacios escalonados á lo largo del Bósforo. Y, en esos, sólo mujeres, muy adornadas; el yachmak que vela hasta los ojos, lo bastante transparente para dejar adivinar lo demás de la cara; todas las bellezas de los harenes, casi visibles hoy por excepción: las circasianas sonrosadas y rubias, las turcas morenas y pálidas. Muy pocos hombres alrededor de las portezuelas abiertas, y ni siquiera un europeo; del otro lado de los puentes, en Pera, nadie se cuida de lo que ocurre en Estambul.

Andrés buscó á sus tres amigas, quienes, parece ser, se habían puesto muy elegantes para agradarle; las buscó largo rato, y no pudo descubrirlas, tal era el gentío. Cuando ya la mayoría de las mujeres regresaban á los celosos harenes, se marchó él también, un

tanto disgustado; mas, por haberse cruzado su mirada con la de tantos hermosos ojos que sonreían de bienestar, en tan hermoso día, que tan cándidamente expresaban la dicha de esparcirse una vez por casualidad, comprendió, mejor que nunca, aquella tarde, el mortal hastío de las secuestraciones.

XXXIV

Conocían ellas á orillas del Mármara, del lado asiático, una playita solitaria, muy resguardada, decían las jóvenes, contra ese viento que desola el Bósforo, y tibia como un invernadero. Justamente una de sus amigas vivía en las cercanías, y se comprometía á encontrar un pretexto muy aceptable, afirmando con imposible seriedad que habían pasado todo el día con ella. Habían pues decidido, las tres jóvenes, que intentarían dar con Andrés un último paseo juntos, antes de la próxima separación, la cual muy bien podía ser la definitiva : Andrés pensaba ir á pasar dos meses en Francia, y Djenana tenía que ir á encerrarse, por todo el invierno, en Bunar-Bachí, posesión de su abuela ; de modo que, hasta la primavera próxima, imposible volver á verse, y, hasta entonces, podían ocurrir tantos dramas...

El domingo 12 de diciembre de 1904, día escogido

para aquel paseo, después de mil combinaciones y astucias, resultó ser uno de esos días espléndidos que, bajo aquel clima variable, amanecen de repente en pleno invierno, entre dos períodos de nieve, y parecen traer el verano. En el puente del Cuerno de Oro, de donde parten los vaporcitos para las Escalas de Asia, se encontraron, á las doce del día, pero sin un gesto, cual viajeros que no se conocen, y, como por casualidad, tomaron el mismo barco, instalándose ellas correctamente en el sitio reservado á las musulmanas, después de despedir á negros y á negras.

Debido al hermoso tiempo, mucha gente iba á pasearse por la otra orilla. Había en el barco numerosas mujeres veladas, y cuando llegaron á Escutari, Andrés, equivocándose, siguió á tres de ellas, que no eran sus amigas, lo cual motivó casi un escándalo; pero el aspecto de las damas era menos elegante que el de sus tres amigas; por fin, aprovechando un recodo del camino, abandonó aquella pista, y consiguió dar con las tres jóvenes.

Tomaron un coche de alquiler para los cuatro, cosa tolerada en el campo. Él, como era el bey, se sentó en el sitio principal, contrariamente á nuestras ideas occidentales; Djenana á su lado, y Zeyneb y Melek enfrente. Al arrancar los caballos, al trote, se echaron ellas á reir bajo su velo, por lo bien combinada que estaba la broma, por la libertad de que iban á gozar durante horas, porque eran jóvenes, porque el tiempo convidaba á la alegría. Por cierto que casi siempre re-

sultaban adorables de alegría infantil, á pesar de sus negros pesares, incluso Zeyneb, quien sabía olvidar el mal que la minaba y su deseo de morir. Con marcado desprecio se exponían á todo, á la secuestración absoluta, al destierro, ó quizá á algún castigo más terrible.

Á medida que avanzaban á lo largo del Mármara, la perpetua corriente de aire se hacía menos sentir. Estaba lejos la bahía adonde iban, pero la bañaba un aire tibio, como lo habían ellas previsto; y resultaba muy apacible, muy tranquilizadora por su soledad. Se abría en pleno sur, resguardada por peñascos. Sobre la fina arena de la playa, estaban como en su casa, preservadas de los curiosos, como en el jardín de su casa. No se veía más que el Mármara, sin un navío, sin una arruga, con sólo la línea de las montañas de Asia en el extremo horizonte; un Mármara inmóvil como en los hermosos días de septiembre, más quizá demasiado pálidamente azul, pues aquella palidez aportaba, á pesar del sol, una tristeza de invierno, y aquellas montañas, á lo lejos, estaban ya coronadas de nieve.

Desde lo alto de aquellos peñascos no se veía á nadie, en el llano un tanto desnudo y desolado que se extendía alrededor. Las tres se habían alzado el velo y se saturaban de aire puro los pulmones; nunca hasta entonces había visto Andrés, al sol, al aire libre, sus rostros tan juveniles, algo pálidos; nunca, todavía, se habían sentido todos en tan completa seguri-

dad juntos, á pesar de los tremendos riesgos de la empresa, y los peligros del regreso.

Primero se sentaron en el suelo, para comer dulces comprados, al pasar, en una confitería de fama de Estambul, y después examinaron todos los rincones de la linda bahía, en la que iban á pasar la tarde. Un extraño concurso de circunstancias, de voluntades y de audacias había reunido allí, en aquel día de diciembre tan excepcionalmente soleado, que casi daba miedo por lo hermoso y por lo furtivo entre dos ráfagas de viento de Rusia, á aquellos huéspedes llegados de mundos muy distintos y que, por su primitivo destino, parecían no deber encontrarse nunca. Andrés, al contemplar los ojos y la sonrisa de aquella Djenana, que dos días después había de marcharse á su palacio de Macedonia, apreciaba lo exquisito, lo arrebatador de semejante hora, que, probablemente, no se repetiría; las imposibilidades que había sido necesario vencer para hallarse allí los cuatro ante la invernal palidez de aquel mar, reaparecerían mañana y siempre. Lo casi seguro era que no volvieran á verse, por lo menos con tanta confianza y sin sobresaltos; aquel momento era, pues, una hora en la vida que merecía ser anotada, grabada, defendida, para ponerla á salvo, en lo posible, contra el harto rápido olvido...

Á turno, cada cual subía sobre el derrumbadero para acechar desde lejos el peligro. Una vez, la vigía, que era Zeyneb, anunció á un turco, que venía por la playa, en compañía de otras tres mujeres con velo

alzado. Les pareció que podían afrontar el encuentro; únicamente, y por espacio de unos minutos, echaron las gasas negras sobre su cara. Cuando pasó el turco, sin duda algún bey auténtico que paseaba á las señoras de su harén, éstas habían igualmente bajado su velo, por Andrés; pero los dos hombres se miraron distraídamente, sin desconfianza; se comprendía que el recién llegado tomaba á aquellas personas de la bahía por miembros de una misma familia.

Chinarritos planos, como hechos á propósito, puestos en hilera por el mar, recordaron á Andrés un juego de su infancia; enseñó á sus amigas la manera de lanzarlos pera que dieran varios saltitos en la tersa superficie del mar; las tres mujeres probaron, pero sin éxito... ¡Qué chiquillas, qué alegres y qué sencillas resultaban hoy aquellas tres complicadas criaturitas, sobre todo aquella Djenana, que tanto trabajo se había tomado para estropear su vida!

Después de aquellos momentos únicos, se fueron en busca de su coche, que esperaba algo á lo lejos, para regresar á Escutari. En el barco, por supuesto, cesaron de conocerse. Pero, durante la corta travesía, una vez más pudieron contemplar á Estambul alumbrado por la luz de las tardes serenas. Un Estambul visto de frente, en enfilada; primero la fortaleza almenada del Viejo Serrallo, bañado por la capa de sonrosada plata del Mármara; y luego, por encima, el revoltijo de minaretes y de cúpulas, perfilado sobre un rosa distinto, menos pálido que el del mar, más bien tirando á oro...

XXXV

DJENANA Á ANDRÉS, AL DÍA SIGUIENTE

¡Salvadas una vez más! Tuvimos terribles dificultades a. regreso; pero, ahora, todo está tranquilo en casa... ¿Notó usted, al llegar, qué hermoso resultaba nuestro Estambul?

Hoy, lluvia, nieve derretida azota los cristales, el viento helado toca la flauta triste bajo las puertas. ¡Qué desdicha, si semejante tiempo se hubiese desencadenado ayer! Ahora que nuestro paseo es cosa pasada y que queda en nosotros como el recuerdo de un delicioso ensueño, ya pueden soplar, todas las tormentas del Mar Negro...

Andrés, ya no nos veremos antes de mi salida, las circunstancias no permiten que organicemos una cita en Estambul; de modo que esta carta es mi despedida hasta la primavera. Pero, ¿quiere usted hacer una cosa que por favor le pido? Dentro de un mes, cuando regrese usted á Francia, puesto que se propone tomar los paquebotes, lleve consigo un fez y escoja la línea de Salónica; allí se detiene unas horas el buque, y sé de un medio para que nos veamos.

Uno de mis negros le llevará á usted á bordo una carta mía. No me niegue ese favor.

¡Que la dicha le acompañe, Andrés, en su país!...

DJENANA.

Después de marcharse Djenana, Andrés permaneció cinco semanas en Constantinopla; vió á Zeyneb y á Melek. Llegado el momento de su propio viaje, se fué por la línea indicada, llevándose su fez; pero, en Salónica, ningún negro se presentó á bordo. Aquellas horas de descanso fueron pues muy melancólicas para Andrés, tanto por su decepción como por el recuerdo de Nedjibia, que aún se cernía sobre aquella ciudad y sobre aquellas áridas montañas circunvecinas: y prosiguió su camino sin saber nada de su nueva amiga.

Algunos días después de su llegada á Francia, recibió esta carta de Djenana:

Bunar-Bachi, cerca de Salónica,
10 de enero de 1905.

¿Cuándo y por quién podré hacer llevar al correo lo que voy á escribirle á usted, tan guardada como estoy aquí?

Está usted lejos, y no es seguro que vuelva por estos países. Mis primas me han contado su despedida de usted y la tristeza de ellas desde que usted les falta. ¡Qué cosa tan extraña es, cuando piensa uno en ello, que haya seres cuyo destino consista en arrastrar consigo el dolor, un dolor que irradia sobre las personas y las cosas que con ellos se relacionan! Es usted uno de esos seres, y no es suya la culpa.

Padece usted tormentos muy complicados, ó quizá muy sencillos. Pero, el caso es que usted padece; las vibraciones de su alma se resuelven siempre en dolor. Cuando se le conoce á usted, se le odia ó se le quiere. Y, si se le quiere, padece uno con usted, por usted, y porque hace usted padecer. Ha sido usted un rayo de sol en la vida de esas jóvenes de Constantinopla; rayo efímero : lo sabían de antemano. Y ahora las hace padecer la noche en que de nuevo quedan sepultadas.

Por mi parte, lo que ha sido usted para mí, quizá algún día se lo diga. Mi género de padecimiento depende más de su ausencia de usted que de haberle conocido.

Sin duda no me guarda rencor por no haberle proporcionado una entrevista, á su paso por Salónica. La cosa en sí era posible, en el campo, desierto como en tiempo de su Nedjibia. Habríamos dispuesto de diez minutos, para cambiar algunas palabras de despedida, para estrecharnos las manos. Cierto que tal entrevista no mitigara mi pena, al contrario. Por razones íntimas, me abstuve. Mas no crea que me detuvo el miedo : ¡no! Si, para verle, hubiera sabido que me esperaba la muerte, sin vacilación alguna le habría ido á llevar á usted la despedida de mi corazón, tal como mi corazón quisiera decírsela. Nosotras, las mujeres turcas de hoy, no tememos la muerte. ¿No nos empuja hacia ella el amor? ¿Cuándo, para nosotras, ha sido el amor sinónimo de vida?

DJENANA.

Melek, encargada de hacer que esta carta llegara á Francia, había añadido, bajo el mismo sobre, las siguientes reflexiones :

Pensando largamente en usted, amigo nuestro, creo haber

dado con varias de las causas de su incurable tristeza. Ahora, ya le conozco á usted bien. Por de pronto, quiere usted eternizarlo todo, y nunca goza cumplidamente de nada, porque se dice usted : « Esto ha de acabar ». Y, además, tanto le ha mimado la vida, ha gozado usted de tantas cosas buenas de las que una sola habría bastado para hacer feliz á otro hombre, que todas las ha desperdiciado usted, porque eran demasiado Pero la causa principal de su mal es que le han querido demasiado y que se lo han repetido á saciedad ; le han hecho sentir demasiado que era usted indispensable á quienes le han conocido ; siempre le han ahorrado á usted el dar el primer paso ; cada vez, ha sido usted el esperado... Ahora siente usted la vaciedad de todo, *porque usted no ama*, sino que se deja usted amar. Créame, ame á su vez, á cualquiera, á alguna de sus innumerables enamoradas, y verá usted qué pronto se cura.

MELEK.

No le gustó á Andrés la carta de Djenana, por no parecerle del todo natural. « Si fuera tan profundo su afecto, se decía él, habría, á pesar y por encima de todo, deseado despedirse de mí, ya en Estambul, ya en Salónica ; hay *literatura* en todo esto. » Su confianza en la joven quedó menguada, y esto fué para él penosa decepción. Olvidaba Andrés que Djenana era una oriental, más excesiva en todo que una europea, y, también, más difícil de entender.

Á punto estuvo, en su contestación, de tratarla como á una niña, cosa que á veces le ocurría. « ¡ Un ser que arrastra consigo el dolor ! Con lo cual reaparece el *hombre fatal* que usted misma declaraba fuera

de moda desde 1830... » Mas temió ir demasiado lejos y contestó en tono serio, diciéndole cuán penoso le fué el que lo dejara ella marcharse sin una última despedida.

Ninguna comunicación directa era posible con Djenana, en Bunar-Bachí, en su palacio encantado; todo tenía que pasar por Estambul, por manos de Zeyneb ó de Melek, y de muchas otras cómplices.

Al cabo de tres semanas recibió estos renglones, en una carta de Zeyneb:

¿Cómo es posible, Andrés, que le hiera á usted lo que pueda decir ó hacer, yo que, á su lado, no soy sino un átomo? ¿No sabe usted que todo mi pensamiento, que todo mi afecto es una humilde cosa que sus pies pueden pisotear; un largo tapiz antiguo, con dibujos todavía bonitos, sobre el cual sus pies de usted tienen derecho á andar? Esto soy yo; ¿podría usted, por tanto, enfadarse conmigo, guardarme rencor?

DJENANA.

Se había vuelto del todo oriental en esta cartita, y Andrés, enternecido, le contestó en seguida, movido por arranque de dulce cariño; tanto más cuanto que Zeyneb añadía: « Djenana está enferma allá, tiene una calentura nerviosa persistente que inquieta á nuestra abuela, y el médico no sabe qué pensar. »

Algunas semanas después, Djenana le dió las gracias por medio de esta cartita, demasiado corta todavía, y tan oriental como la precedente:

Bunar-Bachí, 21 de febrero de 1905.

Hacía unos días que me preguntaba yo: ¿Dónde está, el remedio infalible que ha de curarme? Ya ha llegado, el remedio seguro, y mis ojos, que se han agrandado más de lo debido, lo han devorado Mis pobres pálidos dedos lo oprimen en este momento: ¡Gracias! Gracias por darme la limosna de un poco de usted mismo, la limosna de su pensamiento. ¡Sea usted bendecido por la paz que su segunda carta me ha aportado!

Le deseo á usted felicidad, amigo, á cambio del momento de alegría que acaba usted de darme. Le deseo una dicha profunda y dulce, una dicha que sea para su vida como un jardín perfumado, como una clara mañana de verano.

DJENANA.

Enferma, vencida por la fiebre, la joven claustrada se volvía como era en la llanura de Karadjiamir; se volvía niña. Y bajo este aspecto, anterior á la asombrosa cultura intelectual que tanto la enorgullecía, Andrés la amaba más.

También esta vez, con los renglones de Djenana, había una postdata de Melek. Después de algunos reproches acerca de la escasez de las cartas de Andrés, siempre demasiado cortas, decía la amiguita:

Admiramos su agitación de usted, preguntándole cómo habríamos de arreglarnos para resultar agitadas, nosotras también: ocupadas, agobiadas, sin un momento para escribir á nuestros amigos. Tenga á bien indicarnos el medio. Nosotras, al contrario, disponemos de todo el día para escribir, por desgracia nuestra y de usted...

MELEK.

XXXVI

Cuando regresó Andrés á Turquía, á comienzos de marzo de 1905, Estambul tenía aún su manto de nieve, pero, aquel día, el cielo era de un admirable azul. Millares de gaviotas revoloteaban alrededor del barco; el Bósforo estaba acribillado de pájaros de esos, como de una especie de nieve de copos más abultados; verdadera nube de plumas blancas agitándose ante una ciudad blanca: maravilloso aspecto de invierno, con el esplendor de un sol meridional.

Zeyneb y Melek, que sabían por qué barco iba á regresar, le enviaron aquella misma noche, por su negro más fiel, su afectuoso saludo de bienvenida, y una larga carta de Djenana, quien, aunque ya repuesta, prolongaría aún su estancia en el antiguo y lejano palacio.

Una vez curada, la indómita niña de la llanura de Karadjiamir volvía á ser de nuevo autoritaria y com-

plicada, sin parecido con la « humilde cosa que su amigo podía pisotear ». No por cierto; ahora escribía con rebeldía y violencia. El motivo de esto era que se había charlado mucho y sin tino del libro de Andrés detrás de las rejas de los harenes; una mujer joven, á la que apenas había entrevisto el escritor, y sólo bajo un tupido velo negro, parece ser que se había vanagloriado de ser su amiga, é inspiradora principal de la obra proyectada; y á Djenana, pobre secuestrada, le enloquecían celos algo salvajes :

¿No comprende usted, Andrés, qué furia debe de ser la nuestra al pensar que pueden otros deslizarse entre usted y nosotras, sobre todo cuando nos separa la distancia? Y más grave aún resulta esa rivalidad cuando interesa nuestro dominio : sus recuerdos de usted, sus impresiones de Oriente. ¿Ignora usted, ó no lo recuerda ya, que hemos jugado nuestra existencia, sin hablar de nuestro reposo, únicamente para dárselas á usted completas, esas impresiones de nuestro país; porque ni siquiera era para ganar su corazón de usted, pues sabíamos que estaba hastiado y cerrado; no, era para impresionar hondamente su sensibilidad de artista, y proporcionarle, si así puede decirse, una especie de *ensueño medio real*. Para conseguir esto, que parecía imposible, para mostrarle lo que, sin nosotras, jamás hubiera usted imaginado, nos hemos arriesgado, con pleno conocimiento de causa, á clavar en nuestra alma un dolor y un pesar eternos. ¿Cree usted que hay muchas europeas capaces de hacer otro tanto?

Sí, hay momentos durante los cuales es una verdadera tortura el pensar que otros pensamientos borrarán nuestro recuerdo, que otras impresiones le serán á usted más gratas que las de nuestra querida Turquía *vista con nosotras y*

á través de nosotras. Y quisiera yo que, una vez terminado su libro, ya no escribiera usted nada, ni pensara nada, que sus ojos, duros y claros, jamás se dulcificaran ya para otras. Cuando se me hace harto intolerable la vida, me digo que no ha de durar mucho, y que entonces, si me voy primero y si les es posible á las almas libertadas influenciar á las de los vivos, mi alma se apoderará de la de usted para atraerla, y dondequiera que yo esté estará ella también.

Daría en el acto lo que me queda de vida por leer diez minutos en usted. Quisiera tener poder suficiente para hacerle á usted padecer, y *saberlo*, yo que, hace unos meses, habría dado esta misma vida por hacerle á usted feliz y por saberlo yo.

¿Tan rico en amistades es usted, Andrés, que las derroche sin tino? ¿Resulta generoso en usted el atormentar á quien le quiere, y que le quiere desde tan lejos y con tan desinteresada ternura? No desperdicie locamente un cariño que, aunque exigente y celoso, es quizá el más verdadero y el más profundo que haya usted encontrado en su vida.

DJENANA.

Andrés se sintió nervioso después de haber leído. El reproche era infantil y carecía de fundamento, puesto que, respecto de amigas turcas, las únicas eran las tres de siempre. Pero lo que le molestaba más era el tono general. « Esta vez, pensaba, no es posible hacerle ilusiones; esto es una nota discordante, en medio de esas tres amistades tan hermanadas, en cuya inalterable armonía me complacía yo en creer... Pobre Djenanita... ¿será posible? »

Trató de examinar esta situación nueva, que le pareció insoluble. « *Eso no puede ser, se dijo, eso no*

será, nunca, porque no quiero que sea. Esto, por lo que á mí toca; por mi parte, queda zanjada la cuestión. » Y cuando se han tomado consigo mismo semejantes resoluciones, queda uno protegido contra pensamientos equívocos y pérfidas languideces.

Cierto que no resultaba muy meritorio el que se hablara de esa manera á sí mismo, por tener la evidencia de que Djenana, aun cuando le amara, sería siempre intangible. Ahora conocía él á aquella mujer á la vez confiada y altanera, audaz é inmaculada : era capaz de entregarse desde lejos á un amigo á quien ella juzgaba decidido á no salir de su papel de amigo fraternal; pero de seguro que echara para siempre el velo sobre su rostro, con irremediable decepción, por sólo una presión de mano algo prolongada ó temblorosa...

No por eso dejaba de parecerle á Andrés llena de amenazas la aventura. Recordaba frases pronunciadas por ella, en las que entonces no se había él fijado : « El amor de una musulmana hacia un extranjero no tiene más solución que la huída ó la muerte. »

Pero al día siguiente, al notar que la temperatura era casi primaveral, le pareció mucho menos serio todo aquello. Lo mismo que la otra vez, se dijo que acaso había mucha « literatura » en aquella carta, y, sobre todo, exageración oriental. Además, hacía ya algunos años que, para hacerle creer que le querían, era menester probárselo hasta la evidencia, de tal

suerte le obsesionaba el número de años que ya tenía encima...

Con ánimo más alegre que la víspera, se fué á Estambul, á Sultán-Selim, en donde le esperaban Zeyneb y Melek, á quienes deseaba ver cuanto antes. Estambul, siempre diversamente soberbio desde lejos, resultaba, aquel día, harto desagradable de cerca, con la humedad y el lodo del deshielo; en el callejón donde estaba situada la casa de las citas, había aún pegotes de nieve, en los sitios no soleados.

En el humilde y frío harén, le recibieron con la cara descubierta, confiadas y afectuosas, como se recibe á un hermano mayor que vuelve de viaje. En seguida le llamó la atención la alteración de sus facciones. La cara de Zeyneb, que seguía siendo la finura y la perfección mismas, había tomado un color de cera; los ojos se habían agrandado, y los labios no tenían su color habitual : el invierno, muy rudo aquel año en Oriente, sin duda que había agravado mucho el mal que desdeñaba ella cuidar. En cuanto á Melek, pálida también, y con una arruga en la frente que denota honda tristeza, la veía él concentrada, casi trágica, madurada de repente para alguna resistencia suprema.

— ¡ Quieren casarme de nuevo ! contestó ella duramente, y sin añadir más, á una pregunta muda adivinada en los ojos de Andrés.

— ¿ Y usted ? le preguntó á Zeyneb.

— ¡ Oh ! yo... yo tengo la liberación aquí, bajo mi

mano, contestó ella tocando su pecho, alzado de cuando en cuando por una tosecilla de mal agüero.

Á ambas les preocupaba la carta de Djenana, la que le habían ellas transmitido á Andrés; llegó á ellas *cerrada*, cosa sin precedente entre las tres inseparables, entre las que nunca hubo misterio alguno.

— Vamos, ¿puede saberse lo que le decía á usted?

— ... Nada, chiquilladas... ciertas charlas de harén que le han parecido montañas...

— ¡Ah, ya sé! ¿sin duda la historia de esa nueva inspiradora de su libro de usted?...

— Justamente. Lo cual es absurdo, puesto que, fuera de ustedes tres y de algunas vagas fantasmas á quienes ustedes mismas me han presentado...

— Ni un minuto hemos dado crédito, mi hermana y yo, á semejantes charlas... Pero ella, tan alejada de todo, allá... En la reclusión, forzosamente, se le calientan á una los cascos...

— Y tanto, pues Djenana me odia...

— No á muerte, interrumpió Melek, ó por lo menos, no lo parece... Sin ir más lejos, mire usted lo que de ella he recibido esta mañana...

Y le tendió este pasaje de carta, después de haber doblado la hoja sobre la continuación, que sin duda no era para leída por él:

Decidle que pienso en él de continuo, que mi sola alegría en este mundo es su recuerdo. Aquí, lo único que hago es envidiaros; os envidio por los momentos que pasáis con él, por los ratos de presencia que os concede: os envidio por

lo cerca que estáis de él, por seros posible *ver* su mirada, porque podéis estrechar su mano. No me olvidéis cuando estéis juntos los tres; quiero mi parte de vuestras reuniones y de su peligro.

— Desde luego, dijo Andrés devolviendo la carta doblada, no es ese un lenguaje inspirado por un odio mortal...

Se esforzaba por hablar en tono ligero, pero las frases comunicadas por Melek lo dejaban más convencido y más preocupado que la larga carta violenta recibida por él. Aquí sí que no había « literatura »; ¡ nada más sencillo... ni más claro !...

¡ Y con qué candor escribía ella á sus primas aquellas transparentes frases, al mismo tiempo que cerraba la carta que contenía los acerbos reproches amorosos dirigidos á Andrés!

Tal era el giro que había tomado, contra lo que él esperaba, aquella extraña y apacible amistad del año pasado, con tres mujeres que, en un principio, no habían de formar sino una indisoluble trinidad, *una sola alma, sin cara*. Semejante resultado le espantaba, pero al mismo tiempo le llenaba de gozo; en aquel momento, sentíase incapaz de decir si prefería que ocurriese lo que ocurría, ó no...

— ¿ Cuándo vuelve ? preguntó.

— Á comienzos de mayo, contestó Zeyneb. Iremos, como el año pasado, á nuestra casa de la costa de Asia. Nuestros humildes proyectos son el pasar juntas un último verano, si toda vez la voluntad de

nuestros amos no nos separa, antes del otoño, por medio de algún matrimonio. Digo último verano, porque á mí me llevará el invierno, sin duda, y, en todo caso, ya para el otro verano estarán casadas de nuevo las otras dos.

— ¡Eso, lo veremos! dijo Melek con trágico desafío.

También para Andrés, el próximo verano sería el último que pasaría en el Bósforo. Su cargo en la embajada expiraba en noviembre, y estaba resuelto á seguir pasivamente su destino, un poco por fatalismo, y, también, porque hay cosas que vale más no empeñarse en prolongar, sobre todo cuando no han de tener más que soluciones peligrosas ó culpables. Entrevéía pues, con mucha melancolía, la vuelta de aquella estación encantada del Bósforo, con los paseos en caique sobre el agua azul, á lo largo de los dos ribazos llenos de casas enrejadas, ó por el Valle del Gran Señor y en las montañas de la costa de Asia, alfombradas de brezos de color de rosa. Todo aquello volvería una postrera vez, pero para acabar sin esperanza de repetición. Las citas con sus tres amigas serían, como el año pasado, amargadas por la zozobra de las delaciones, capaces, en un minuto, de separarlo de ellas para siempre; además, la certeza de no estar allí el verano siguiente angustiaría más la huída de los hermosos días de agosto y de septiembre; resultarían más tristes la caída de las hojas y la primera lluvia de octubre, Y, sobre todo, habría aquel imprevisto y

nuevo elemento : el amor de Djenana, el cual, aun sin manifestarlo ella resueltamente, aun reprimiéndolo con su férrea diminuta mano, haría más zozobrante y más cruel el final de aquel ensueño oriental.

XXXVII

Hacia el 10 del mes de abril, el ayuda de cámara de Andrés, al despertarlo por la mañana, le anunció con voz alegre, como un acontecimiento que había de serle grato:

— ¡He visto dos golondrinas! ¡Y cómo cantaban... pero cómo cantaban!

¡Ya había golondrinas en Constantinopla! ¡Y qué cálido sol entraba aquella mañana por las ventanas! No había duda: los días corrían más que antaño... ¡Ya comenzada la primavera; ya una cosa *empezada*, en vez de estar de reserva para el porvenir, como podía Andrés figurárselo, ayer todavía, por el tiempo obscuro que hacía, antes de que aparecieran las golondrinas! Y el próximo verano que llegaría mañana, que llegaría en seguida, sería el último, irrevocablemente el último de su vida de Oriente, y el último sin duda de su simili-juventud... Volver á Turquía, más

tarde, en el ocaso de su vida... quizá... Pero, después de todo, ¿para qué? Cuando vuelve uno á un sitio, al cabo de tiempo, ¿qué encuentra, así de uno mismo, como de las personas y cosas amadas por él? ¡Qué desconsoladora aventura, esos regresos, puesto que todo ha cambiado ó ha muerto!... Y, además, se decía él, una vez que haya yo escrito el libro cuya promesa me ha sido arrancada por esas pobres niñas, ¿no me habré cerrado para siempre este país, no habré perdido la confianza de mis amigos los turcos y el derecho á considerarme como un ciudadano de mi querido Estambul?

Pasó como un día, aquel mes de abril. Para Andrés, pasó en peregrinaciones á Estambul, soñando despierto, en interminables horas dedicadas á Eyub ó á Sultán-Fatih, tomando café y fumando narguiles al aire libre, á pesar de súbitos regresos de frío, de viento y de nieve.

Y luego llegó el 1º de mayo, y Djenana no habló de salir de su vetusto é inaccesible palacio. Escribía con menos frecuencia que antes, y cartas más cortas. « Dispense mi silencio, le dijo ella una vez. Trate de comprenderlo ; encierra tantas cosas... »

No obstante, Zeyneb y Melek seguían afirmando que volvería pronto, y parecían tenerlo por seguro.

También á estas dos las veía Andrés menos que el año anterior. Una de ellas estaba más retirada de la vida, y la segunda resultaba muy desigual, bajo aque-

lla amenaza de matrimonio. Á más de esto, aquel año eran más vigiladas las mujeres en general, y quizá éstas en particular, por sospechar, aunque muy vagamente todavía, que se permitían idas y venidas ilícitas. Escribían mucho á su amigo, quien, aunque las quería mucho, se contentaba á veces con contestarles *de memoria*. Y entonces le dirigían ellas reproches, aunque con tanta reserva... :

Khassim-Bajá, 8 de mayo de 1905.

¿Qué ocurre, querido amigo? Estamos inquietas, nosotras sus humildes amiguitas tan alejadas de usted. Cuando pasan días sin carta de usted, un pesado manto de tristeza abruma nuestros hombros, y todo se vuelve sombrío : el mar, el cielo, y nuestros corazones.

Sin embargo, no nos quejamos, y ésta sólo es para repetirle una vez más una cosa ya antigua y que de sobra sabe usted : que es usted nuestro único y gran amigo.

¿Es usted feliz en este momento? Sus días de usted, ¿están embellecidos por flores?

Según lo que la vida nos ofrece, el tiempo pasa pronto ó se arrastra. Para nosotras, se arrastra. De veras que no sé para qué estamos aquí, en este mundo... Quizá para la única alegría de ser sus esclavas muy adictas, muy fieles, hasta la muerte y más allá...

ZEYNEB Y MELEK.

¡Ya el 8 de mayo!... Leyó esta carta junto á su ventana, á la luz de un largo y tibio crepúsculo que invitaba á estarse allí, ante el inmenso horizonte y el inmenso cielo. Su casa no parecía estar en Pera ; muy

lejos de la « calle mayor » ruidosa, dominaba uno aquel bosque de viejos y olorosos cipreses, sito en la ciudad misma, y llamado el campito de los muertos; y, en frente, cubriendo todo el horizonte, estaba Estambul, con sus cúpulas.

Poco á poco cayó la noche sobre Turquía, una noche sin luna, pero muy estrellada. Estambul, en la obscuridad, se envolvió en un manto de magnificencia, se volvió, como nada noche, un imponente recorte de sombra sobre el cielo. En medio del silencio comenzó á oirse el clamoreo de los perros y el regatón del chuzo de los serenos. Después llegó la hora del rezo : de toda aquella ciudad fantástica que bajo los minaretes se extendía, se elevó la habitual sinfonía en tono menor, con notas altas, fáciles y puras, aladas como la oración misma.

Era, aquella, la primera noche de aquel año que resultara una verdadera noche de languidez y de encanto. Andrés, desde su ventana, la acogió con menos placer que melancolía : su *último* verano comenzaba...

Al día siguiente, en su embajada, le anunciaron como muy próxima la instalación de todos los años en Terapia. Para él, equivalía esto casi á su salida definitiva de Constantinopla, puesto que sólo por algunos tristes días regresaría á ella, al final de la estación, antes de dejar definitivamente la Turquía.

Además, turcos y levantinos se agitaban ya para la emigración anual hacia el Bósforo ó las islas. Por todas partes, á lo largo del Estrecho, en la costa de Eu-

ropa y en la de Asia, de nuevo se abrían las casas; en los malecones de piedra ó de mármol, iban y venían los eunucos, preparándolo todo para la venida de sus amas, trayendo, en los atestados, pintados y dorados caiques, las cortinas de seda, las colchonetas para los divanes, los cojines bordados. Sí, todo aquello representaba en efecto el verano, el verano, que para Andrés llegaba más de prisa que de costumbre, y que, ciertamente, se marcharía más de prisa aún, puesto que todo parece durar menos, á medida que se va avanzando en la vida.

XXXVIII

¡El 1° del hermoso mes de junio! Mayo se había ido sin sentir; Djenana no había regresado, y sus cartas, más cortas ahora, nada explicaban.

¡El 1° del hermoso mes de junio! Andrés, que de nuevo ocupaba sus habitaciones de Terapia, á orillas del agua, se despertó, en el esplendor de la mañana, más angustiado por estar ya en junio; bastaba este cambio de fecha para darle la sensación de un paso más dado hacia *el fin*. — Además, su mal incurable: la congoja de la huída de los días, nunca dejaba de exasperarse en el espanto extralúcido que caracteriza el despertar. — Lo que hoy sentía él que huía, era aquella primavera oriental, que le arrebataba como en tiempo de su juventud, y que ya, nunca, nunca, volvería á ver... Y pensaba: « Mañana acabará todo esto, mañana se acabará para mí este sol; mis horas

están estrictamente contadas, antes de la vejez y de la nada... »

Mas, como siempre, ya que estuvo bien despierto, reaparecieron ante su espíritu las mil cosillas, agradables y divertidas, de la vida diaria, los mil espejismos que hacen olvidar el curso del tiempo, y la muerte. Por de pronto, se presentó á su recuerdo el Valle del Gran Señor; estaba allí, enfrente de él, detrás de aquellos cerros cubiertos de arboleda de la costa de Asia, que era lo primero que veía, cada mañana, al abrir los ojos, y adonde iría por la tarde á sentarse, como el año anterior, bajo los plátanos, para fumar narguiles, mirando desde lejos pasar por el prado las mujeres veladas, semejantes á sombras eliseanas. Después, ocupó su atención la pueril preocupación de su nuevo caique; le dijeron que acababa de llegar bajo sus ventanas; venía de Estambul, con sus dorados recientes, y los remeros deseaban lucir sus libreas nuevas. Para el último verano que pasaba en Oriente, quería presentarse con cierto lujo, los viernes, en Aguas Dulces, y había imaginado una muy oriental combinación de colores; las chaquetillas de los barqueros y el largo tapiz que arrastraba por fuera iban á ser de terciopelo amarillo obscuro bordado de oro; y sobre el tapiz, el criado sentado á la turca, al final de la fina proa, llevaría librea azul celeste con bordados de plata. Ya que estuvieron vestidos los remeros, bajó Andrés para ver qué efecto hacía aquel conjunto sobre el agua. En aquel momento, el agua

del Bósforo, que siempre suele estar agitada, resultaba un espejo imperceptiblemente ondulado. Paz infinita en el aire, fiesta matutinal de junio en la verdura de las dos orillas. Le gustó á Andrés la prueba, le pareció bonito el contraste de aquel hombre, de azul y plata, sentado majestuosamente sobre aquel amarillo obscuro, cuyos dorados bordados reproducían un antiguo poema árabe consagrado á la perfidia del amor. Luego se tendió en el caique, para ir á dar un paseo hasta Asia, antes de que arreciara el calor.

Por la noche recibió una carta de Zeyneb, dándole cita para el próximo día de paseo por Aguas Dulces, sólo para cruzarse en caique, por supuesto. Todo resultaba más peligroso, decía la joven ; extremaban la vigilancia ; hasta acababan de prohibirles que se pasearan á lo largo de la costa, como el año anterior, en aquel ligero barco, en el que remaban ellas mismas, con sólo un velo de muselina. Pero nunca había amargura alguna en las quejas de Zeyneb ; era demasiado dulce para irritarse ; también estaba harta de padecimiento, y resignadísima á todo, en espera de la socorrida muerte que albergaba ella en su pecho... En una postdata le anunciaba á Andrés la muerte del viejo Mevlut, eunuco de Etiopia, fallecido á los ochenta y cuatro años; añadía que dicha muerte era una verdadera desgracia, porque las quería á todas, por haber cuidado de ellas desde que eran pequeñas, y que no las habría traicionado por todo el oro posible. También ellas le querían mucho ; en cierto modo era

considerado como un miembro de la familia. Ha sido atendido por nosotras como un abuelo, añadía Zeyneb. Pero la palabra abuelo había sido borrada, y, en su lugar, y por encima, la letra burlona de Melek decía: « *tío...* »

El viernes siguiente, Andrés fué á Aguas Dulces, por vez primera aquel año. Se cruzó y se recruzó con sus dos amigas, quienes habían cambiado también su librea azul por otra verde y oro; llevaban tcharchaf negro y velo semi transparente, pero echado. Otras bellas damas, muy veladas de negro, volvían la cabeza para mirarle, — damas que pasaban como tendidas sobre aquella agua, cuajada aquel día de enigmáticas paseantes, entre sus ribazos de brezos y de flores: casi todas aquellas invisibles se ocupaban de él, por haber leído sus libros, y porque las que lo conocían lo designaban á amigas suyas; es más, quizá hubiera hablado con algunas de ellas, el otoño anterior, sin ver su rostro, en el transcurso de sus aventuradas visitas á sus amiguitas. Recogía miradas atentas, amables sonrisas, apenas perceptibles bajo las negras gasas. Y, además, aprobaban ellas el conjunto de colores imaginado por él, y que se deslizaba sobre el riachuelo verde, entre los verdes prados y las umbrosas cortinas de los árboles; manifestaban simpática extrañeza por aquel europeo que tenía aficiones de puro oriental.

Y él, todavía tan niño en ciertos momentos, se divertía en fijar la atención de las lindas inconocibles,

y en haber, algunas veces, reinado secretamente sobre sus pensamientos, por sus libros, muy leídos aquel año en sus harenes. El cielo de junio estaba adorable de tranquilidad y de profundidad. Las espectadoras de velo blanco, que observaban, sentadas por grupos en el césped de las orillas, enseñaban, por la abertura de las muselinas, bonitos ojos serenos. Percibíase el grato olor del heno, y el de todos aquellos narguiles fumados á la sombra.

Y sabían todos que el verano duraría tres meses aún; sabían que la estación de Aguas Dulces comenzaba apenas; de modo que, allí volverían cada viernes, y, después de todo, algún tiempo duraría la diversión...

Cuando dejó Andrés por un rato su hermoso caique, para ir, también él, á fumar un narguile á la sombra de los árboles, y mirar á su vez á los paseantes, se hallaba en plena ilusión de juventud; su ansia de vivir le hacía olvidar.

XXXIX

CARTA QUE RECIBIÓ DE DJENANA, LA SEMANA SIGUIENTE

22 de junio de 1905.

Heme de regreso al Bósforo, Andrés, como se lo prometí, y deseo verle á usted cuanto antes. ¿Quiere usted bajar el jueves á Estambul y venir, á eso de las dos, á Sultán-Selim, á casa de mi buena nodriza? Prefiero allí que en casa de nuestra amiga, en Sultán-Fatih, por ser, aquélla, el sitio de nuestros primeros encuentros...

Lleve puesto el fez, naturalmente, y observe las precauciones de costumbre; pero no entre si nuestra seña de costumbre : la punta de un pañuelo blanco, no sale por entre el enrejado de una de las ventanas del primer piso. Caso de que no hubiera pañuelo blanco, quedaría aplazada la entrevista, y quizá para tiempo; entonces, siga hasta el final del callejón, y luego vuelva sobre sus pasos, como alguien que se ha equivocado.

Todo se hace más difícil este año, y vivimos en continuas zozobras...

Su amiga,

DJENANA.

Aquel jueves, no bien se hubo despertado, le asaltó inquietud por su aspecto. « He debido de envejecer bastante desde el año pasado, se dijo; hay en mi bigote hilos plateados, que no estaban cuando ella se marchó. » Mucho hubiera dado por no haber turbado nunca la quietud de su amiga; pero, no obstante, le era insoportable la idea de decaer físicamente á sus ojos.

Los seres como él, que habrían podido ser grandes místicos, pero que en ningún sitio pudieron encontrar la luz tan buscada, acuden, con todo su ardor frustrado, al amor y á la juventud, y á éstos se agarran como desesperados cuando los sienten huir. Y entonces comienzan las pueriles y lamentables desesperaciones, porque los cabellos blanquean y se apagan los ojos; acechan con terror infinito, el momento en que las mujeres dirigirán á otros sus miradas.

Llegado el jueves, Andrés, bajo el hermoso cielo de junio, se encaminó hacia Sultán-Selim, asustado al pensar que de nuevo iba á ver á Djenana, y, acaso más, de que ella le volviera á ver á él...

Al llegar al fúnebre callejón, en seguida vió la indicadora puntita blanca; y, detrás de la puerta, halló á Melek en acecho:

— ¿Están aquí? preguntó.

— Sí, *las dos;* le esperan á usted.

En la entrada del harén, cada vez más pobre y ajado, estaba Zeyneb, con la cara descubierta.

En el fondo, muy en la sombra, se hallaba Djenana,

quien, no obstante, acudió á él con espontáneo y juvenil arranque, y le tendió la mano. Allí estaba, era ella... : de nuevo oyó Andrés su voz de música lejana... Mas ya no había en ella aquellos ojos de color de mar profundo, ni las cejas inclinadas como las de las Dolorosas, ni el óvalo puro, ni nada : había recaído el velo, tan impenetrable como en los comienzos; espantada por haberse comprometido demasiado, la princesita blanca se encerraba en su torre de marfil... En seguida comprendió Andrés que todo ruego sería inútil, que aquel velo no se alzaría ya más, á menos de circunstancia trágica y suprema. Se dió íntimamente cuenta de que, en aquel cariño tan prohibido, el período ligero y dulce había terminado. Desde hoy caminaban hacia el inevitable drama.

SEXTA PARTE

XL

No obstante, aún habían de saborear días de calma aparente.

Verdad que pasó julio sin que les fuera posible volverse á ver, siquiera de lejos, en Aguas Dulces, — julio, que es en Constantinopla una estación de viento fuerte y de tormentas, un período durante el cual el Bósforo, desde por la mañana hasta por la noche, se cubre de espuma blanca. Aquel mes, apenas si pudo Djenana escribirle, de tal manera la vigilaba una tía suya, vieja y adusta, que había venido de Eriván para hacer á su familia una visita que resultaba interminable, y que no podía soportar el salir en caique si no estaba el agua lisa como un espejo.

Por fin, aquella señora, á la que Andrés y sus tres amigas llamaban « Peste Hanum », se marchó á comienzos de agosto, y el resto del verano, del último verano de los cuatro amigos, fué tan hermoso como el

principio. Agosto, septiembre y octubre constituyen la estación en que tiene el cielo limpideces edénicas, en que los días declinan, se apaciguan, como en recogimiento, pero conservando su esplendor.

Volvieron á sus acostumbrados paseos por Aguas Dulces de Asia, y combinaron entrevistas en Estambul en la casita de Sultán-Selim. Exteriormente, todo se ofrecía á ellos como en el verano de 1904, incluso el siempre echado velo negro de Djenana; pero había en sus almas sentimientos nuevos, sentimientos inexpresados aún, que no constituían certezas positivas, y que, no obstante, ocasionaban, en medio de sus conversaciones, silencios harto penosos.

Además, el año antes se decían : « Todavía nos queda un verano por delante. » En tanto que, ahora, todo iba á acabar, puesto que Andrés se marchaba de Turquía en noviembre; y de continuo pensaban en aquella próxima separación, que se les representaba tan definitiva como un fallecimiento. Como ya tenía cierta fecha su amistad, tenían recuerdos comunes, y formaban proyectos para *comenzar de nuevo*, antes del inexorable término final, cosas de antaño : paseos ó peregrinaciones efectuados, poco antes, por los cuatro : « Habría que tratar de ver de nuevo juntos, una vez más en nuestra vida, nuestra selvita virgen del otoño pasado, en Beicos... Tendríamos que ir, los cuatro, una postrera vez, á la tumba de Nedjibia... »

Para Andrés, á quien le daban sudores de muerte, aquel año, cada vez que cambiaba el nombre del mes,

la mañana del 1° de septiembre señaló un enorme paso dado en aquel descenso de la vida que se aceleraba coma una caída. Le pareció que, desde la víspera, el aire había tomado de repente su limpidez y su frescura del otoño, y que también era más sonoro, cual suele ocurrir á principios de invierno; se oían mejor que ayer las trompetas turcas, de timbre grave, que sonaban enfrente, en la costa de Asia, en donde hay un cuartelito, á la sombra de los plátanos de Beicos. El verano huía, decididamente, y sintió Andrés un calofrío al pensar que pronto habría hojas muertas en el Valle del Gran Señor.

Sin embargo, ¡qué radiante estaba todo aquella mañana, y qué inalterada calma había en el Bósforo! Ni un soplo, y, á medida que subía el sol. una tibieza deliciosa. Ahora pasaba sobre el agua una larga caravana de navíos veleros, remolcados por un vapor; navíos turcos de otros tiempos, con castillos de popa pintados á la antigua, navíos como ya no se ven en esos parajes; con las velas plegadas, se iban dócilmente juntos hacia el Mar del Norte, cuya entrada se percibía allá entre dos tajos de abruptas montañas, y que parecía un mar tan tranquilo é inofensivo, para quien no lo conocía. Directamente bajo sus ventanas, Andrés miró el muellecito soleado, á lo largo del cual hermosos caiques estaban esperando, entre otros el suyo, que le llevaría al Bósforo, esta tarde.

¡Las Aguas Dulces!... Todavía cinco ó seis visitas allí, vestido de oriental, sobre aquel riachuelo cos-

teado de verde, en donde ejercía él cierta realeza efímera, y en donde las damas veladas reconocían de lejos la librea de sus remeros. Y quedaban aún muchos días de sentarse, bajo los besos del sol, bajo los plátanos gigantes del Gran Señor, fumando narguiles en medio de una paz sin nombre, mientras miraba el lento paseo de las mujeres, de las « sombras felices », en lo lejano del prado eliseano... Lo menos treinta ó treinta y cinco días de verano, tregua muy aceptable antes del término definitivo, que, bien mirado, no era tan inmediato... Aquella mañana, las colinas de Asia parecían enteramente de rosa, por la flor de los brezos, que formaban como cintas. Las casitas de las aldeas turcas que se avanzan hasta el agua, los corpulentos plátanos verdes, de cuyas ramas, desde hacía trescientos años, cuelgan sus redes los pescadores, todo aquello, y el cielo azul, se reflejaba tranquilamente en el espejo del Bósforo, el cual tenía su nitidez de los inalterables hermosos días. Y todo aquel conjunto de cosas parecía confiar tanto en la duración del verano, de la calma, de la vida, y de la juventud, que, una vez más, Andrés cedió al hechizo, olvidó la fecha y dejó de sentir la amenaza del mañana próximo.

Por la tarde se fué á Aguas Dulces, en donde todo irradiaba en una luz ideal; se cruzó con sus tres amigas, y recogió otras miradas de mujeres veladas. Al regreso, por la costa de Asia, la tarde era de una incomparable belleza : viejas casas mudas en las que no se sabe nunca qué drama ocurre ; viejos jardines

secretos bajo verdura y flores; viejos muelles de mármol muy guardados, en los que hay siempre, los viernes, invisibles bellas sentadas para asistir al regreso de los caiques. Arrastrado por la viva cadencia de sus remeros, hendía el aire acariciador y suave; respirar resultaba un placer embriagador. Andrés se sentía reposado, tenía conciencia de ser joven de aspecto en aquel momento, y en él se despertaba el mismo deseo de vivir que en tiempo de su primera juventud, la misma sed de gozar desmedidamente de todo lo que pasa. Su alma, que por lo general no era más que obscuro abismo de lasitud, era susceptible de cambiar, bajo el voluptuoso hechizo de las cosas exteriores, ó ante alguna fantasmagoría representada para sus ojos de artista, — cambiar, tornarse como nueva, sentirse lista para toda una serie de aventuras y de amores.

Traía en su caique á Juan Renaud, quien le confiaba con ardorosas quejas su pena de estar enamorado de una bella dama de una embajada, muy amablemente indiferente á su deseo, y de estar al mismo tiempo enamorado de Djenana, á la que nunca había visto, pero cuya silueta y cuya voz turbaban su sueño. Y Andrés escuchaba tranquilo tales confesiones, muy propias de aquella tarde; también él estaba enamorado; todo lo demás, poco importaba. El amor estaba en todas partes, traído por el aire aquél. Confidencia por confidencia, le daban ganas de gritarle, en una especie de triunfo: « ¡Sepa que soy más amado que usted!... »

Siguieron su camino sin pronunciar ya una palabra, hundido cada uno en pensamientos en que dominaba el amor; y el esplendor de una tarde de verano en el Bósforo magnificaba sus imaginaciones. Cerca de ellos seguían desfilando los prohibidos muelles de las viejas moradas; mujeres sentadas casi en el filo les miraban deslizarse, bajo los rayos, ahora de color de cobre rojo, y les divertía secretamente el saber que, para las espectadoras veladas, ellos, y el caique con sus colores tan originales, debían de producir buen efecto en medio de aquella apoteosis de sol poniente.

XLI

¡Septiembre acaba de expirar!... El color de rosa de los brezos, en las colinas de Asia, ha tomado un color de herrumbre. Por todas partes, hojas caídas. Por la tarde, para fumar su narguile ante el tenducho de alguno de aquellos humildes cafeteros que pronto iban á marcharse, escoge uno un sitio al sol, busca el último calor del verano declinante; luego, cuando los rayos comienzan á rasar la tierra y que se ve como un reflejo rojo de incendio sobre la enorme enramada de los plátanos, siente uno un repentino frescor que estremece y da tristeza; al marcharse, los pasos despiertan la monótona queja de las hojas secas. Ahora, las lluvias de otoño, que empapan la tierra, alternan con días cálidos aún y extrañamente límpidos; todavía zumban las abejas sobre las escabiosas tardías, pero el suelo y los bosques exhalan un vaho frio al caer la tarde.

Ya en el mismo valle ha visto Andrés hojas semejantes cubrir el suelo, el año anterior; — y ver dos veces la caída de las hojas en un mismo sitio establece lazos de unión entre el espectador y el sitio. De modo que sabe que padecerá, el día en que deje aquel rinconcito pastoral de Asia, adonde ha venido casi cada día durante dos radiosos veranos. También sabe que ese padecimiento, como tantos otros sentidos ya, se olvidará pronto por desgracia, en el gris cada vez más obscuro de un mañana cercano...

No habían podido, Andrés y sus amigas, por unas y otras causas, efectuar ningún paseo juntos por este sitio. Pero habían combinado dos, sucediera lo que sucediere, para el 3 y el 5 de octubre, los últimos y los supremos.

El punto designado para el del 3 era la selvita virgen descubierta por ellos en 1904. Volvieron á ocupar sus sitios de antaño, sobre las mismas piedras musgosas, cerca de aquella agua estancada de donde salían cañas tan altas y tan elevados helechos.

En seguida vió Andrés que no estaban como de costumbre, las pobres pequeñas; resultaban nerviosas é irritadas, cada una á su manera : Djenana, afectando frialdad; Melek, violencia.

— Ahora quieren volvernos á casar á todas, dijeron ellas, para deshacer nuestro trío de rebeldes. Y, además, tenemos modales harto independientes,

según parece, y necesitamos maridos que sepan domarnos.

— Por lo que á mí toca, precisó Melek, la cosa ha sido decidida en consejo de familia, el sábado; ya está designado el verdugo: cierto Omar Bey, capitán de caballería, un presumido con mirada dura, que, no obstante, se han dignado mostrarme, un día, desde mi ventana; por consiguiente, pronto habrá boda...

Y su piececito no paraba, golpeando el suelo, y miraba á lo lejos, estrujando con los dedos las hojas que se hallaban á su alcance.

Andrés no encontró nada que decirle, y miró á las otras dos. Iba á preguntarle á Zeyneb, que era la que estaba más cerca de él: « ¿Y usted? » Pero temió la contestación, harto adivinada: el gesto dulce y desesperado con que le habría ella indicado su pecho. Y fué á Djenana, la única velada, á quien dirigió la pregunta:

— ¿Y usted?

— ¡Oh! yo, contestó la joven con aquella indiferencia un tanto altanera que se manifestaba en ella desde hacía algunos días, yo, según parece, habré de volver con Hamdí...

— Y, en ese caso, ¿qué hará usted?

— ¿Qué quiere usted que haga? Lo problable es que me someta. Puesto que hace falta uno, más vale aguantar á ese, que ya ha sido mi marido; me resultará menos penosa la sumisión que con un desconocido...

Andrés la oía con estupor. Además, el espeso velo negro impedía saber si la joven era sincera ó no, bajo aquella repentina resignación. Aquel inesperado consentimiento á un regreso con Hamdí, era lo mejor que podía él esperar para zanjar tan complicada situación; pero, por de pronto, Andrés no creía en tal cosa; y, luego, acababa de sentir que semejante desenlace sería para él un tormento.

Ya nada más dijeron acerca de aquellos asuntos que les abrasaban la lengua; reinó largo silencio lleno de pensamientos. La dulce voz de Djenana fué la primera que se dejó oir, tan serena, que se oía, una después de otra, caer cada hoja. Con tono suelto, muy dueña de sí misma, volvió á hablar del libro :

— ¡Es verdad, el libro! dijo él afectando ligereza y broma. Ya hacía mucho que no hablábamos de él... Vamos á ver, ¿qué voy yo á contar en ese libro? ¿Que quieren ustedes ir de noche á los saraos, y llevar de día hermosos sombreros con muchas rosas y plumas, como las señoras de Pera?

— No, no se burle usted hoy, Andrés, tan cerca de nuestro último día...

Entonces las escuchó él con recogimiento. Sin ilusionarse en lo más mínimo acerca del alcance de lo que por ellas pudiera hacer, quería siquiera no presentarlas bajo un aspecto irreal, no decir nada que no estuviese conforme con sus ideas. Le pareció que estaban encariñadas con la mayor parte de las costumbres del Islam, y que les gustaba muchísimo su

velo, á condición de alzarlo á veces ante amigos escogidos y á toda prueba. El máximo de sus reivindicaciones era que se las tratara más como á seres pensantes, libres y responsables; que les fuese permitido recibir á ciertos hombres, aun veladas, si se lo exigían, y de conversar con ellos, — sobre todo cuando se tratara de un prometido.

— Con sólo esas concesiones insistió Djenana, nos declararíamos satisfechas, nosotras y las que nos sigan, por espacio de lo menos medio siglo, hasta un período más adelantado de nuestras evoluciones. Repita usted bien, amigo nuestro, que no pediríamos más para evitar que nos creyeran locas y revolucionarias. Además, desafío á cualquiera á que encuentre en el libro de nuestro profeta un texto que formalmente se oponga á lo que deseamos.

Cuando se despidió de ellas, por hacerse ya tarde, notó que la manecita de Melek quemaba.

— ¡Oh, dijo asustado, esa mano anuncia fiebre seria!

— Sí, desde ayer, una fiebre que va en aumento... ¡Peor para el capitán Omar Bey ... Realmente, no me siento bien; tengo una pesadez en la cabeza, una pesadez... Crea usted que, de no haber sido para verle á usted, no me hubiera levantado hoy.

Y se apoyó en el brazo de Djenana. Llegados al llano, habían de hacer como que no se conocían, — aquel llano alfombrado de flores moradas y cubierto de hojas doradas, — por haber allí más paseantes, y

grupos de mujeres, siempre aquellos grupos armoniosos y lentos que, por las tardes, pueblan el valle de Beicos Como de costumbre, Andrés, desde lejos, las miró alejarse; pero algo le decía, hoy, que jamás, jamás volvería á ver aquello : á la hora dorada por el sol de otoño, aquellas tres deliciosas mujeres de transición y de sufrimiento, con sus aspectos de sombras paganas, alejándose en el fondo de aquel valle del Reposo, sobre hierba tan fina que no parece real ; una, toda de negro; las otras dos, todas de blanco...

Ya que hubieron desaparecido, se dirigió hacia los tenduchos de aquellos cafeteros turcos, bajo los árboles, y pidió un narguile, á pesar de que ya comenzaba á hacer fresco. En un último rayo de sol, contra uno de los plátanos gigantes, se sentó para reflexionar. Acababa de sentir en él como un derrumbamiento; aquella resignación de Djenana había anonadado su ensueño, su último ensueño de Oriente. Sin él mismo darse cuenta, esperaba firmemente que duraría la actual situación hasta después de su salida de Turquía ; una vez separada de él, y no viéndole envejecer, esperaba él que le conservaría ella, por mucho tiempo, aquella especie de amor ideal, el cual, de esta manera, habría quedado á salvo de las decepciones por las cuales suele morir el amor. Mas no, de nuevo entregada á Hamdí, que era joven y al que, sin duda, no había ella cesado de desear, ya quedaría totalmente perdida para él : « No me quería tanto como yo suponía, pensó Andrés ; soy aún muy cándido y muy pre-

sumido... Muy bonito resultaba todo esto, pero no era más que « literatura », y ya se acabó; ó mejor dicho, jamás existió tal cariño... Este desenlace prueba que tengo la edad que tengo, y, mañana, ni para ésta ni para ninguna otra, nada significaré ya. »

No había, bajo los plátanos, más fumador que él. Decididamente, ya había terminado, la estación de las hermosas tardes tibias que traían á este valle á tantos fumadores de aquellos contornos; aquel sol oblicuo y sonrosado, ya no tenía fuerza; hacía frío : « Me obstino en querer prolongar aquí mi último verano, se decía Andrés, pero esto es tan vano y tan absurdo como querer prolongar mi juventud ; el tiempo de estas cosas ha pasado para siempre... »

Ahora, el sol se había ocultado detrás de la vecina Europa, y á lo lejos las flautas de los pastores llamaban cabras ; en torno de él aquel llano, ya desierto bajo unos cuantos corpulentos árboles amarillentos, tomaba aquel aspecto tristemente salvaje que ya Andrés había notado en fines de estación de antaño... Tristeza del crepúsculo y de los montones de hojas caídas, tristeza del viaje futuro, tristeza de haber perdido Djenana y de hallarse en la pendiente de la vida ; todo aquello junto era ya intolerable y manifestaba á las claras la universal muerte...

XLII

Desde hacía algunos días acababan de imaginar un medio muy ingenioso para corresponder, para los casos urgentes. Una de sus amigas llamada Kiamurán había autorizado á Andrés á que imitara su letra, muy conocida de la domesticidad suspicaz, y á que firmara con su nombre; á más de esto, había dado varios sobres con sus iniciales, con la dirección de Djenana escrita de su puño y letra. De esta manera, podía escribirles con más facilidad, aunque con palabras veladas, por temor á las indiscreciones, y su ayuda de cámara, que se había acostumbrado al fez y al rosario, iba á llevar directamente aquellas cartas á la casa del Bósforo; á veces, hasta enviaba Andrés la correspondencia á hora fija y convenida de antemano; entonces, una de las tres amigas se hallaba como por casualidad en el vestíbulo, del que aca-

baban de ser apartados los negros, y podía dar una contestación verbal á aquel tan seguro mensajero.

Al día siguiente, pues, arriesgó una de aquellas cartas firmadas : Kiamurán, para informarse de la fiebre de Melek y preguntar si seguía decidido el paseo á la mezquita del monte. Aquella misma noche recibió dos palabras de Djenana, diciéndole que Melek estaba acostada, que tenía una fiebre muy alta, y que las otras dos no podrían alejarse de ella.

Decidió Andrés darlo solo, aquel paseo, el 5 de octubre, día fijado.

Hacía un maravilloso tiempo de otoño meridional; los bosques despedían gratos olores; las abejas zumbaban. Hoy, se creía menos atado á sus amiguitas turcas, incluso á Djenana, y tenía conciencia de que de nuevo se interesaría por lo que hasta entonces le había gustado en la vida, pero *en otro sitio*, donde ellas no estuvieran. También le parecía que cuando se marchara, más sentiría el dejar el Oriente que el dejarlas á ellas ; aquel Oriente inmóvil, adorado por él desde los albores de su juventud; también echaría de menos aquel hermoso verano que se iba, aquel rinconcito pastoral del Asia en donde acababa de pasar dos estaciones en la calma de los tiempos antiguos, á la sombra de los árboles, alegrado por el grato olor de las hojas y del musgo... ¡Oh qué claro sol todavía hoy! Y aquellos robles, aquellas escabiosas, aquellos helechos de tintas rojizas y doradas, le recordaban

los bosques de su país de Francia, hasta tal punto que de nuevo hallaba las mismas impresiones que antaño, el final de sus vacaciones de niño, cuando era preciso, en aquella época del año, dejar el campo, en donde tanto se había divertido bajo el cielo de septiembre...

No obstante, á medida que iba él subiendo por los senderitos de liquenes y de brezos, á medida que se descubrían lejanas extensiones, iba debilitándose su ilusión de Francia, ocupando su lugar el cariño por el país turco; los meandros profundos del Bósforo se abrían á sus pies, mostrándole las aldeas ó los palacios de sus orillas, y las caravanas de barcos en movimiento. Hacia el interior de las tierras, también se le presentaban aspectos extraños: una sucesión infinita de cerros cubiertos de un idéntico y espeso manto de verdura, selvas harto extensas y tranquilas, como no las hay en Francia.

Cuando por fin llegó á aquella meseta, azotada por todos los vientos del mar y de las tierras, que sirve de peristilo á la antigua mezquita solitaria, muchas mujeres turcas estaban sentadas en la hierba, venidas en peregrinación en muy primitivos carros de bueyes. No bien le vieron, pronto cayeron sobre las caras las muselinas, con lo cual se convirtieron en muda compañía de fantasmas veladas, que se destacaban, con gracia arcaica, sobre la inmensidad del Mar Negro, que de repente acababa de asomar en torno del horizonte.

Entonces se dijo Andrés que, para él, el encanto de aquel país y de su misterio resistiría á todo, hasta á la decepción causada por Djenana, hasta á los desencantos del ocaso de la vida...

XLIII

Al día siguiente, que cafa en viernes, no quiso dejar de ir á las Aguas Dulces de Asia, por ser aquella la última de las últimas veces : su contrata de la estación, para el caique y los remeros, expiraba aquella misma tarde, y además, las embajadas todas regresaban á Constantinopla la semana siguiente.

Jamás día de pleno verano fué tan luminoso y tan tranquilo; fuera de que quizá había menos barcos, podía uno creerse en un viernes del hermoso mes de agosto. Por costumbre, y también por cariño inalterable, á pesar de todo, hizo que pasara su caique bajo las ventanas de la casa de sus amigas. ¡ Allí, en su puesto, estaba la señita blanca ! ¡ Qué inexplicable sorpresa ! ¡ Quería aquello decir que vendrían ?...

Allá, en Aguas Dulces, los prados eran de color de oro alrededor del lindo río, de tal manera había hojas caídas á montones; los árboles decían que el otoño

había llegado. No obstante, la mayor parte de los caiques elegantes, que acostumbraban á acudir allí los viernes, entraban uno después de otro, trayendo á las bellas de los harenes, y, una vez más, como despedida final, recibió Andrés, al cruzarse los caiques, sonrisas disimuladas que á través del velo le enviaban sus admiradoras.

Estuvo esperando largo rato, mirando por todas partes; pero sus amigas no llegaban, y el sol declinaba, y comenzaba á marcharse la gente.

Ya se disponía él á marcharse también, y hasta estaba casi en la salida de la ribera, cuando vió llegar en un hermoso caique con librea azul y oro, á una mujer sola, envuelta la cabeza con el yachmak blanco que deja ver los ojos; sin duda la alzaban cojines, pues parecía muy alta y muy alzada de sobre el agua, cual si hubiese deseado ser más fácilmente vista.

Se cruzaron, y le miró ella fijamente : ¡ Djenana !... Aquellos ojos de color de bronce verde y aquellas cejas rojas, que desde hacía un año le ocultaba ella, no se parecían á ningunos y no podían confundirse con otros... Andrés se estremeció ante la tan imprevista aparición que á dos pasos de él se erguía; pero era menester disimular, por los barqueros, y pasaron inmóviles, sin cambiar una seña.

Sin embargo, poco después mandó él que diera vuelta el caique, para de nuevo cruzarse con ella cuando bajara la joven la corriente. Casi ya nadie había cuando por segunda vez se hallaron cerca uno

de otro, en aquel rápido cruce. Y, en aquel segundo encuentro, el rostro envuelto en el yachmak de muselina blanca se destacó para él sobre los sombríos cipreses y los monolitos de un antiguo cementerio, colocado allí, á orilla del agua ; — pues en aquel país hay cementerios en muchos sitios, sin duda para mantener más presente en los ánimos el pensamiento de la muerte.

Como ya estaba muy bajo el sol y que sus rayos se volvían de color de rosa, fué preciso marcharse. Sus dos caiques salieron casi al mismo tiempo de la estrecha ribera, y se pusieron á subir el Bósforo, en la magnificencia de la tarde ; el de Andrés iba á unos cien metros del de Djenana... La vió desde lejos poner el pie sobre su malecón de mármol y entrar en su sombría casa.

Lo que acababa ella de hacer tenía gran significación : haber ido, sola, á Aguas Dulces, — y haber ido de yachmak, para dejar ver sus ojos y grabar su expresión en la memoria de su amigo. Pero Andrés, que notó en seguida la particularidad y la ternura de semejante acto, recordó de repente un pasaje de *Medjé* en donde contaba él algo análogo, con motivo de una mirada solemne cambiada en una barca en el momento de la separación : « Muy simpático es lo que acaba de hacer, se dijo Andrés tristemente; pero es todavía un tanto « literario » ; quería imitar á Nedjibia... Todo eso no le impedirá, dentro de algunos días, abrirle los brazos á Hamdí. »

Y siguió subiendo el Bósforo costeando de muy cerca la orilla de Asia; ya se notaban muchas casas vacías, herméticamente cerradas; muchos jardines con verjas cerradas, bajo el entrecruce de las dulcamaras de color de púrpura; por todas partes se indicaba el otoño, la marcha, el final. De trecho en trecho, sobre esos maleconcitos en que tan prohibido está abordar, algunas mujeres que aún quedaban por allá, habían venido á sentarse á orilla del agua, aquel último viernes de la estación; pero sus ojos, — lo único que de su cara se veía, — expresaban la tristeza del tan próximo regreso al harén de la ciudad, el temor al invierno. Y el sol poniente alumbraba toda aquella melancolía, como una luz de Bengala encarnada.

Ya que Andrés estuvo de regreso en su casa de Terapia, sus remeros acudieron á despedirse de él; tenían sus humildes ropas de costumbre, y cada uno traía, para devolverlas, su hermosa camisa de gasa de Brusa y su hermosa chaquetilla de terciopelo amarillo obscuro. También traían el largo tapiz de terciopelo del mismo color, recomendando cándidamente que lo dejaran secar bien, porque estaba impregnado de humedad salina. Miró Andrés aquellos pobres trapos, en los que los bordados de oro habían comenzado á tomar, bajo la humedad y el sol, la pátina de las viejas cosas preciosas. ¿Qué hacer con ellos? Acaso fuera menos triste destruirlos que llevarlos á su país, para decirse más tarde, en días que se anunciaban más

tristes cada vez, al ver aquellas reliquias, un poco más ajadas cada año : « Ésta era la librea de mi caique, antaño, en la luminosa época que pasé en el Bósforo... »

Llegaba el crepúsculo. Pidió á su criado turco, el antiguo pastor de Eski-Chehir, que tomara su flauta de tono grave y que le tocara el aire del año anterior, la especie de fuga salvaje que actualmente expresaba para él todo lo indecible de un final de verano, en aquel lugar, y en aquellas circunstancias especiales. Luego, acodándose á su ventana, vió marcharse su caique, cuyos remeros se habían vuelto pobres barqueros, y que por etapas iba á descender hacia Constantinopla para alquilarse á un nuevo amo. Por largo tiempo siguió con la mirada, sobre el agua que por momentos se volvía de color de noche, aquella larga cosa blanca, afilada, cuya desaparición en el indeciso lejano crepuscular representaba para él la huída semejante de dos veranos de Oriente.

XLIV

El sábado 7 de octubre, último día del Bósforo, recibió unos renglones de Djenana diciéndole que la fiebre de Melek aumentaba, que las abuelas estaban inquietas, y que aquel mismo día regresaban á la ciudad para una consulta de médicos.

También hacían sus preparativos de regreso todas las embajadas. Andrés bruscó los suyos, preparativos, con objeto de tener tiempo para ir una vez más á la costa de Asia, enfrente, antes de caer la noche, y despedirse del Valle del Gran Señor. Llegó tarde, bajo un cielo en que corrían gruesas nubes obscuras que arrojaban al pasar gotas de lluvia. El valle estaba desierto, y, desde la víspera, los cafetines instalados bajo los árboles se habían marchado. Dijo adiós á dos ó tres humildes almas con turbante que vivían allí, en chozas; — después se despidió de un amable perro amarillo y de un simpático gato gris, almitas también

de aquel valle, conocidos suyos durante dos estaciones, y que parecían comprender su definitivo viaje. Y por fin recorrió, á paso lento y corto de funeral, aquellos tranquilos prados enclavados, desiertos aquella tarde, pero donde tantas veces los velos de sus amigas habían rozado la fina hierba y las flores moradas. Y aquel paseo lo retuvo hasta la hora semiobscura en que se encienden las estrellas y en que comienzan á oirse los primeros ladridos de los perros vagabundos. Al regresar de aquella peregrinación, cuando otra vez se vió bajo los enormes plátanos de la entrada, que forman allí una especie de soto sagrado, ya hacía muy obscuro, y los pies tropezaban contra las raíces, alargadas como serpientes bajo las espesas capas de hojas caídas. En la obscuridad, volvió al embarcadero, cuyas losas todas le eran familiares, y subió en caique para ganar de nuevo la costa de Europa.

XLV

Durante toda la noche, el viento ha mugido sobre el Bósforo, ese viento del Mar Negro cuya voz lúgubre pronto se oirá de manera casi continua por espacio de cuatro ó cinco meses de invierno. Y esta mañana hay redoble de ráfagas, que vienen á sacudir la casa de Andrés para que resulte más triste aún su último despertar en Terapia.

— ¡Vaya un tiempecito que tenemos! le dijo su ayuda de cámara al abrir las maderas.

Enfrente, en los cerros de Asia, se ven nubes bajas y obscuras, que se arrastran, hasta casi tocar los árboles, cuyas ramas se retuercen.

Bajo la tormenta siniestra, bajo el latigazo de los chubascos desciende hoy Andrés el Bósforo por última vez, pasando ante la casa de sus amigas, en donde ya todo está cerrado; sobre el malecón de mármol, las hojas caídas bailan locamente.

Por la noche, se instala de nuevo en Constantinopla, pero para tan poco tiempo, antes de la salida definitiva... Justo cincuenta días, pues ha decidido volver á Francia por mar y tomar el paquebote el 30 de noviembre; esto, para tener una fecha fijada de antemano, incambiable, á la que por necesidad se someta.

Al anochecer, una carta de Djenana le anuncia lo que, según los médicos, tiene Melek : fiebre cerebral, gravísima; sin duda que va á morir la pobrecita Melek, vencida por tanta sobreexcitación nerviosa, por la rebeldía, por el espanto que le ha causado aquel nuevo matrimonio.

XLVI

Durante las dos semanas de fines de octubre, que duró la agonía de Melek, hizo un tiempo hermoso, casi sin interrupción; brillaba un sol melancólico. Cada noche, Andrés, á imitación de los colegiales, borraba el día pasado, en un calendario en que la fecha del 30 de noviembre estaba marcada con una cruz. Vivía lo más posible en Estambul, haciendo aquella vida turca que tan pronto iba á terminar para él. Pero, aquí como en el Bósforo, la tristeza del otoño se añadía á la de la tan próxima salida, y ya hacía casi frío para soñar despierto fuera y para los narguiles al aire libre, ante las sagradas mezquitas, bajo los árboles que se deshojaban.

Naturalmente, ya no veía más á sus amigas, pues Djenana y Zeyneb no se alejaban de la que iba á morirse. Ya hacia el final, ponían para él, en el enrejado

de una ventana, una imperceptible señal blanca que significaba : aún vive; y había quedado convenido que una señal azul significaría : todo se ha acabado. Desde por la mañana, pues, y luego dos veces durante el día, él mismo ó su amigo Juan Renaud, ó su ayuda de cámara, pasaban por el cementerio de Khassim-Bajá, para mirar con ansia aquella ventana.

Mientras tanto, en la casa de la tierna moribunda, en donde reinaba un atento silencio, imanes, según deseo de la abuela, estaban en continua oración ; el Islam, el viejo Islam divinamente mecedor de las agonías, envolvía cada vez más á la niña rebelde, la cual cedía gradualmente á su influencia, y se dormía sin terror ; además, la duda, en ella, no era sino un mal todavía curable, un injerto reciente aún sobre una herencia de siglos de calma y de fe. Y he aquí que poco á poco, hasta las cándidas prácticas, que son al Corán lo que entre nosotros las prácticas de Lourdes son al Evangelio, hasta las supersticiones de las dos venerables abuelas, ya no chocaban á la joven incrédula de ayer, la cual aceptaba que le pusieran amuletos, y que sus ropas fueran exorcizadas por los dervises ; hacían bendecir en la mezquita de Eyub sus camisas de elegante, procedentes de las más famosas casas de París, ó bien las enviaban más lejos aún á Escutari, á los santos Gritadores, cuyo aliento tiene el don de curar, mientras están en éxtasis, después de sus tremendos gritos dirigidos á Alá.

Al terminar octubre, ya hacía dos días que no

hablaba, y probablemente, que no tenía conocimiento, sumida en una especie de abrasador y pesado sueño que, según los médicos, indicaba una muerte muy próxima.

XLVII

El 2 de noviembre, Zeyneb, que velaba á la cabecera de la moribunda, se volvió de repente, estremecida, p[illegible]ue desde el fondo del cuarto hundido en semiobscuridad, una voz se elevaba en medio del tan continuo silencio, una voz muy dulce, muy fresca, que decía oraciones. No la había ella sentido venir, á aquella joven de velo echado. ¿Por qué estaba allí, con su Corán en mano? — ¡Ah ya! en seguida comprendió: ¡las oraciones para los agonizantes! Es costumbre en Turquía que, cuando en una casa está agonizando alguien, las jóvenes ó las mujeres del barrio entren á turno para leer oraciones: entran como quien tiene derecho á ello, sin nombrarse, sin alzar su velo, anónimas y fatales; y su presencia es señal de muerte, como entre nosotros el sacerdote que trae la extremaunción.

También Melek había comprendido, y sus ojos,

cerrados desde hacía tanto tiempo, se abrieron; había llegado á esa *mejoría* llena de misterio que, en los moribundos, sobreviene casi siempre. Y se oyó su voz, que parecía apagada para siempre:

— Venga más cerca, le dijo á la desconocida, no oigo bien desde ahí... No tema que tenga miedo; venga... Lea más alto... para que oiga bien todo...

Después quiso confesar ella misma la fe musulmana, y, abriendo en la actitud de la oración sus manecitas de cera blanca, repitió las palabras sacramentales:

« No hay más Dios que Dios solo, y Mahoma es su elegido (1)... »

Pero, antes de terminar su confesión, imperceptible como la respiración, las pobres manos que se habían tendido acababan de recaer. Entonces, aquella cuyo nombre todos ignoraban abrió de nuevo su Corán para proseguir la lectura... ¡Oh qué dulzura ritmada, qué mecimiento poseen esas oraciones de Islam, sobre todo cuando son dichas por labios de tierna doncella bajo su espeso velo!... Hasta muy entrada la noche, las piadosas desconocidas se sucedieron, entrando y retirándose sin ruido como sombras, mas no hubo cesación en la armoniosa melopeya que ayuda á morir.

También, con frecuencia entraban otras personas, de puntillas, y se inclinaban, sin una palabra, sobre aquella cama de mortal sueño. Era la madre, criatura

(1) « La ilahé ilalá Mohamedun Resulalá, Ech hedu en la ilahé ilalá ve ech hedu en le Mohamedul alihé hu ve resuluhú. »

pasiva y buena, siempre tan apartada que casi no contaba. Eran las dos abuelas, mal resignadas, mudas y casi duras en la concentración de su acerbo dolor. Ó el padre, Mehmed-Bey, cara descompuesta por la pena, y quizá por el remordimiento; en el fondo, la adoraba, á su hija Melek, y por su implacable observancia de las antiguas costumbres, la había conducido á morir... Ó, también, la que entraba temblando era la pobre señorita Tardieu, la antigua institutriz de la moribunda, llamada en los últimos días, por voluntad de Melek, pero tolerada con hostilidad, como responsable y nefasta.

Los ojos de la niña agonizante se habían vuelto á cerrar; excepto un temblor de las manos, de cuando en cuando, ó una crispación de los labios, ya no daba señales de vida.

XLVIII

Próximamente las cuatro de la mañana. Ahora, Djenana era la que velaba. Desde hacía un momento, la mujer cuya oración llenaba aquel cuarto de harén, alzaba la voz en medio de un silencio más solemne, leía con exaltación, cual si sintiera que *algo pasaba*, algo supremo. Y Djenana, que seguía teniendo una mano de Melek en las suyas, sin notar que se enfriaba, se sobresaltó, espantada, porque le tocaban el hombro : dos golpecitos de aviso, con una discreción siniestra... ¡Oh qué atroz cara de vieja, nunca vista, que acababa de surgir allá detrás de ella, después de haber entrado sin ruido por aquella puerta siempre abierta, una vieja alta, ancha de hombros y de cuerpo, pero descarnada, lívida, y que, sin una palabra, le hacía seña de que se fuera! Debía de estar en acecho en el pasillo, y, luego, segura, con su tino

profesional, segura de que su hora había llegado, se acercaba para comenzar su papel.

— ¡No! ¡no! dijo Djenana abrazándose á la muerta, ¡todavía no! ¡No quiero que se la lleve usted, no!...

— Vamos, vamos, tenga calma, dijo la vieja, apartándola con autoridad, no le haré daño.

Además, no había maldad alguna en su fealdad, sino más bien tétrica compasión, y, sobre todo, una gran lasitud. Tantas y tan lindas flores segadas en los harenes, tantas había debido de llevarse, aquella vieja de brazos robustos, aquella « Lavadora de muerta », como las llaman...

La cogió como quien coge á un niño enfermo, y la hermosa cabellera roja, desatada, se desparramó sobre su horrible hombro. Dos ayudantas suyas, — otras viejas más espantosas aún, — esperaban en la antecámara, con luces. Djenana y la que rezaba siguieron, por los corredores y los vestíbulos hundidos en el frío silencio de la madrugada, el grupo, imposible en la civilización occidental, y que recordaba edades remotas, hasta leyendas mitológicas, que se dirigía á la escalera, para bajar...

Así fué cómo Melek-Sadiha-Saadet murió, á la edad de veinte años y medio, arrebatada por el terror de verse arrojada por segunda vez en brazos de un amo impuesto...

Ya abajo, las viejas, con su carga, llegaron á la puerta de una sala de la planta baja, una especie de repostería, en cuya parte media había una mesa de

madera blanca, una cuba llena de agua caliente, humeante aún, y, sobre un trípode, una sábana desdoblada; en un rincón, un ataúd, un ligero ataúd de delgadas paredes, como los hacen en Turquía, y, por fin, en el suelo, un chal antiguo enrollado alrededor de un palo, uno de esos chales « Validé » que sirven de paño mortuorio para los ricos : todo eso está preparado con antelación, pues en los países de Islam, un entierro ha de efectuarse con gran rapidez.

Ya que las viejas hubieron tendido á la joven sobre la mesa, que era corta, los hermosos cabellos rojos, desatados, cayeron hasta el suelo. Antes de comenzar su tarea, hicieron á Djenana y á la desconocida velada seña de que se retiraran. Además, ya éstas se iban, para esperar fuera. Y Zeyneb, despertada por alguna intuición de lo que ocurría, había venido á juntarse á ellas, — una Zeyneb que no lloraba, pero que estaba más blanca que la muerta, con ojeras más azuladas. Las tres quedaron allí, inmóviles y heladas, siguiendo con el pensamiento las fases del tocado supremo, escuchando los tristes ruidos del agua que chorreaba, de los objetos movidos en aquella sala sonora ; ya que todo quedó terminado, la vieja más alta las llamó :

— Vengan á verla ahora.

Estaba encajonada en su estrecho ataúd, y toda envuelta de blanco, salvo la cara, descubierta aún para recibir los besos de despedida; no habían podido cerrar por completo los párpados ni la boca ; pero era tan joven, y tan blancos eran sus dientes, que seguía

siendo deliciosamente bonita, con una expresión de niña y una cierta medio sonrisa dolorosa.

Entonces fueron á despertar á todos para que viniesen á besarla: el padre, la madre, las abuelas, los viejos tíos rígidos, que ya desde hacía algunos días habían cesado de serlo, las criadas, las esclavas. La vasta casa se llenó de luces que se encendían, de sustos, de pasos precipitados, de suspiros y de sollozos.

Cuando llegó una de las abuelas, la más violenta de las dos, la que también era abuela de Djenana y que, días pasados, acampaba en la casa, cuando llegó aquella vieja 1320, musulmrna intransigente si las hubo, y tan exasperada, aquella mañana, contra la nueva evolución que le arrebataba á sus nietas, justamente la institutriz temerosa, la señorita Tardieu, estaba allí, de rodillas, cerca del ataúd. Y las dos mujeres se miraron en silencio: una, terrible, y, la otra, humilde y espantada:

— ¡Márchese de aquí! le dijo la abuela, en su lengua turca, retemblando de odio. ¿Qué le queda á usted que hacer aquí? Su obra ha terminado... Ya me ha oído usted: ¡márchese!

Pero la pobre institutriz, al mismo tiempo que retrocedía ante ella, la miraba con tanto candor y tanta desesperación, y lloraba tanto, que la anciana se apiadó de repente; comprendió sin duda, en un relámpago de clarividencia, lo que desde hacía tantos años se negaba á admitir: que, en todo aquello, la institutriz no era sino un instrumento irresponsable

del tiempo.. Entonces le tendió las manos gritándole: « ¡ Perdón !... » Y aquellas dos mujeres, hasta entonces tan enemigas, lloraron y sollozaron en brazos una de otra. Incompatibilidades de ideas, de razas y de épocas las habían separado por espacio de muchos años ; pero ambas eran buenas y maternales, capaces de ternura y de espontáneo reconocimiento de sus errores.

Una ligera claridad blanquecina que por los cristales penetraba anunció el término de aquella noche de noviembre. Djenana, recordando á Andrés, subió á buscar un pedazo de cinta azul, como habían convenido, y, quitando la otra señal, ató la nueva al enrejado de la misma ventana.

XLIX

El ayuda de cámara de Andrés fué quien vino, al amanecer, y volvió desconcertado á Pera :

— Debe de haber fallecido la señorita Melek, le dijo á su amo al despertarlo ; han puesto una señal azul, acabo de verla.

Más de una vez había tenido ocasión de hablarle á aquella linda Melek, por el hueco de alguna puerta entreabierta, cuando venía á traer los peligrosos encargos de Andrés ; hasta había ella tenido la delicadeza de enseñarle su rostro, una vez, al darle las gracias. Y para el ayuda de cámara, era la *señorita* (1) Melek, tan joven le había parecido á él.

Andrés, informado una hora después por Djenana

(1) Sólo por ser fieles al texto traducimos este párrafo, y dando á la palabra *Señorita* su estricto significado de « mujer soltera » ; pues en España, los criados llaman « señorita » á sus amas, indistintamente, casadas ó solteras. (*N. del T.*)

de que la llevarían á la mezquita hacia mediodía, bajó á Khassim-Bajá antes de las once.

Se había puesto un fez y ropa de hombre del pueblo, para estar más seguro de que no le conocieran, pues quería, á cierto momento, acercarse mucho, y tratar de cumplir un piadoso deber de Islam para con su amiguita.

Primero esperó, apartado, en el cementerio vecino de la casa; y pronto vió salir el ligero ataúd, llevado á hombros por gente cualquiera, según usanza turca: un viejo chal lo envolvía exactamente, un chal « Validé » de rayas verdes y encarnadas, con minuciosos dibujos de cachemira; había encima un velito blanco, en el lado de la cabeza, para indicar que era una mujer, é, innovación sorprendente, también había un modesto ramillete de rosas atado al chal con un alfiler.

En Turquía se dan más prisa que entre nosotros á enterrar á los muertos, y no envían esquelas de defunción. Asiste al entierro quien quiere: parientes, amigos, que han sabido la noticia, vecinos, los criados. Jamás mujeres en aquel duelo improvisado, y, sobre todo, ningún « portador » de oficio: los transeuntes se encargan de llevar á hombros al difunto.

Hermoso sol de noviembre, hermoso día luminoso y tranquilo. Estambul resplandecía, con su soberbio aspecto inmutable, por encima de la ligera neblina de otoño que, á sus pies, envolvía el Cuerno de Oro.

Con frecuencia pasaba de un hombro á otro, el ataúd de Melek, á medida que la gente quería hacer obra meritoria llevando, por espacio de algunos minutos, á aquella muertecita desconocida. Delante iban dos sacerdotes con turbante verde; después seguían un centenar de hombres, hombres de todas las clases sociales; también habían venido viejos dervises, con sus gorros de magos, quienes salmodiaban por el camino, en alta y lúgubre voz, cual aullidos de lobos en noches de invierno, en los bosques.

Fueron á una antigua mezquita, apartada de la población, casi ya en el campo, en una hondonada silvestre. Melek fué depositada sobre las baldosas del patio, y los imanes, con voces de falsete muy dulces, cantaron las oraciones de los muertos.

Apenas diez minutos después, de nuevo echaron á andar hacia el golfo, tomaron barcas y llegaron á la otra orilla, á los vastos cementerios de Eyub, que iban á ser su morada definitiva.

Al acercarse al Cuerno de Oro, en los barrios bajos en donde hay mucha gente, el duelo tuvo que ir más despacio, á causa de querer muchas personas tomar parte en el entierro. Á su tumba fué llevada la jovencita Melek por muchos barqueros y marineros, á turno. Andrés, que hasta entonces había vacilado, se acercó por fin, tranquilizado por toda aquella muchedumbre, en la que resultaba como perdido; tocó con la mano el viejo chal « Validé », adelantó el hombro, y sintió el peso de su amiguita apoyarse un poco

en él, durante unos veinte pasos, camino del mar.

Entonces se alejó del todo, por miedo á que llamara la atención su empeño en seguir detrás de la muertecita...

L

Una semana después, las dos que quedaban, Djenana y Zeyneb, lo llamaron á Sultán-Selim. En la siempre igual, humilde, oculta y obscura casita, se hallaron juntos por la penúltima vez de su vida; ellas estaban de negro é invisibles, bajo velos igualmente espesos é igualmente echados.

Entre ellos, casi no se habló más que de la desaparecida, la « libertada », como ellas decían, y supo Andrés todos los detalles de su fin. Le pareció que sus voces no tenían lágrimas bajo los antifaces de gasa negra; ambas se mostraban graves y tranquilizadas. Respecto de Zeyneb, muy normal resultaba aquella actitud, pues podía decirse que ya no pertenecía á este mundo. Pero la tranquilidad de Djenana le extrañaba. Á cierto momento, creyendo no incurrir en falta le dijo con muy afectuosa dulzura : « El viernes pasado me han hecho conocer á Hamdí Bey, en palacio; es

distinguido, elegante y guapo mozo. » Mas cortó ella en seco, y contestó, animándose por primera vez: « Si lo tiene usted á bien, no hablemos más de ese hombre, Andrés. » Entonces supo por Zeyneb que la familia, entristecidísima por la muerte de Melek, no pensaba, por el momento, en aquel matrimonio.

Era verdad que había visto á Hamdí Bey y que le pareció como dijo. Es más, desde entonces, se esforzaba Andrés en decirse : « Mucho me agrada que sea así, el marido de mi amiguita. » Pero esto no lo decía él de corazón; al contrario, estaba más triste desde que conoció á aquel individuo, por haber visto que era agradable, y sobre todo, joven.

Después de despedirse de ellas, cuando anduvo, como tantas otras veces, el tan largo camino entre aquella casa y la suya, Estambul, más que nunca, le produjo el efecto de una ciudad que se va, que se occidentaliza de una manera lamentable, hundiéndose en la vulgaridad, en la agitación, en la fealdad; después de aquellas calles todavía inmóviles, en torno de Sultán-Selim, cuando llegó á los barrios bajos, cerca de los puentes, sintió repugnancia en medio del bullicio que, en ese lado, es incesante; en medio del lodo, en la obscuridad de estrechas callejuelas, en la niebla de la tarde, todos aquellos inquietos que vendían ó compraban mil baratijas deplorables ó inmundos comestibles, ya no eran turcos, sino una mezcla de todas las razas levantinas. Salvo el fez rojo que aún llevaban, la mitad de ellos no tenían la dignidad de

llevar el traje nacional, y estaban ataviados con esos guiñapos europeos, desechos de las grandes ciudades, que llegan aquí en cantidades enormes. Nunca tan bien como entonces vió Andrés las fábricas, que ya humeaban en ciertos sitios, ni las imbéciles casas de muchos pisos y para muchos inquilinos, copias en yeso de las de algunos barrios de París. « Me obstino en ver á Estambul como ya no es, se dijo; se desmorona, ya no existe. Ahora es preciso hacer una complaciente y continua selección de lo que uno ve, de los rincones que uno frecuenta; arriba, aún resisten las mezquitas, pero todos los barrios bajos están ya minados por el « progreso », el cual llega á todo correr con su miseria, su alcohol, su falta de esperanza y sus explosivos. El nocivo soplo de Occidente ha pasado también por la ciudad de los Califas; hela « desencantada » en el mismo sentido que pronto lo han de estar todas las mujeres de sus harenes... »

Pero luego pensó, más tristemente aún : « Después de todo, ¿qué puede importarme todo esto? Ya no soy alguien aquí; pronto llegará una fecha absoluta, la de 30 de noviembre, la cual me llevará de aquí sin duda para siempre. Fuera de las humildes losas blancas de Nedjibia, cuyo porvenir me ha de preocupar aún, ¿qué me importará todo lo demás? Y, yo mismo, dentro de cinco, ó de diez años, ¿qué seré sino un fragmento de hombre? La vida no tiene duración, y la mía queda ya muy atrás; dentro de poco habrán cesado para mí las cosas de este mundo. Puede el

tiempo proseguir su carrera vertiginosa, llevarse todo este Oriente que tanto me agradaba, y todas las bellezas de Circasia, con sus ojazos verde mar, llevarse todas las razas humanas, y el mundo entero, y hasta el cosmos inmenso : ¿qué podrá importarme á mi todo eso, á mí que casi he terminado ya, y que, mañana, habré perdido la conciencia de ser?... »

En cambio, á ciertos momentos, le parecía que aquel 30 de noviembre no podría llegar nunca, de tal suerte estaba *en su propio centro* en Constantinopla, anclado en aquella ciudad, y hasta anclado en su morada, en la que aún no se había hecho preparativo alguno para la salida. Y, mientras seguía andando por entre aquel gentío, ahora que se encendían innumerables farolas, en medio de gritos, de llamamientos, de regateos en todas las lenguas de Levante, se sentía flotar á merced de la corriente entre impresiones contradictorias.

LI

Noviembre iba á terminar, y estaban juntos por última y suprema vez. Aquel siempre idéntico rayo de sol, sobre la casa de enfrente, les enviaba, por espacio de un ratito aún antes del obscurecer, en el estrecho, pobre y tan oculto harén en el corazón de Estambul, su reflejada y como ficticia claridad. La pálida Zeyneb con la cara destapada, y la invisible Djenana perdida en la negrura de sus ropas, conversaban con su amigo Andrés tan tranquilamente como en el transcurso de sus habituales entrevistas; hubiérase dicho que aquel día iba á ser seguido de otros parecidos, que la fecha del 30 de noviembre, designada para interrumpir aquellas reuniones, no estaba tan cercana, ó que quizá no había de llegar; de veras, nada indicaba que jamás, jamás, ya, después de aquella vez, volverían, en este mundo, á oir, juntos, el sonido de sus voces...

Zeyneb, sin emoción aparente combinaba medios para escribirse cuando estuviera él en Francia : « La lista de correos está demasiado vigilada ahora; en estos tiempos de terror que atravesamos, nadie tiene ya derecho á entrar en las oficinas sin dar su nombre. En cambio, nuestra correspondencia irá muy segura por el camino que he imaginado; sólo que es un poco largo; no se extrañe usted pues, si á veces tardamos quince días en contestarle. »

Djenana exponía con serenidad sus planes para siquiera entrever aún á su amigo, en la tarde de aquel 30 de noviembre : « Á las cuatro del reloj de Tophané, que es la hora de salida de los paquebotes, pasaremos ambas á lo largo del muelle. Iremos en el más vulgar de los coches de alquiler; fíjese bien. Pasaremos tan cerca del buque como sea posible; usted, desde la toldilla, en donde habrá usted de estar, aceche bien todos los coches de alquiler para que no se vaya sin vernos; ya sabe usted que siempre hay mucha gente por esos sitios; y, como las mujeres turcas no tienen derecho á detenerse, nuestra despedida durará lo que dura un relámpago... »

Aquella tarde, el rayo de sol de enfrente era el que había de señalar el momento preciso de la separación; cuando desapareciera en lo alto del tejado, Andrés se levantaría para marcharse : esto había quedado convenido desde el principio de la entrevista; se habían concedido aquel límite extremo, después del cual todo quedaría terminado.

Andrés, que de antemano se había figurado hallarlas dolorosamente vibrantes, en aquella entrevista suprema, quedaba confundido ante su calma. Además, contaba con ver los ojos de Djenana, aquel último día; pero no, los minutos pasaban, y ni un pliegue del tcharchaf severo se movía, ni tampoco el velo, sin duda tan definitivamente echado cual si fuera de bronce sobre una cara de estatua.

Por fin, á eso de las tres y media, mientras hablaban del « libro » para decir algo, una casi repentina penumbra invadió el harén, y los tres, al mismo tiempo, se callaron.

— « ¡Ya!... » dijo sencillamente Zeyneb, con su linda voz enferma, designando con la mano las enrejadas ventanas que ya no alumbraba el rayito de sol de enfrente... El rayo acababa de perderse por encima de los vetustos tejados; había llegado la hora, y Andrés se levantó. Durante el minuto supremo, en pie los tres, tuvo suficiente tiempo para pensar : « Esta vez era la sola, la realmente sola en que habría yo podido mirarla aún, antes de que sus ojos y los míos vuelvan á convertirse en polvo... » Estar tan absolutamente seguro de no volverse á encontrar con ella, y no obstante marcharse así, sin verla otra vez, no, no se esperaba á semejante cosa; pero, sin una palabra, sufrió tamaña decepción y tan angustiosa melancolía. Se inclinó ceremoniosamente sobre la diminuta mano que le tendían y la tocó apenas con sus labios : esta fué toda la despedida...

Ahora, las viejas calles desiertas, las viejas calles muertas, por donde se iba solo.

« Terminó muy bien la cosa, se decía. ¡Pobre claustradita, no podía esto acabar mejor!... Y yo que, fatuamente, me imaginaba que la despedida sería dramática... »

Hasta resultaba casi demasiado bien, aquel final, pues Andrés se iba con indecible sensación de vacío y de soledad... Le daban tentaciones de volver atrás, hacia la puerta del llamador de cobre, mientras todavía estuvieran ellas allí. Á Djenana le habría dicho: « No nos separemos así, amiguita mía querida; usted que es simpática y buena, no me cause tal pena; enséñeme sus ojos una última vez, y déme un buen apretón de mano : así me iré menos triste... » Por supuesto, no hizo tal y prosiguió su camino. Pero, en aquel momento, amaba con ansia tristísima todo aquel Estambul, cuyos millares de luces vespertinas comenzaban á reflejarse en el mar; algo le ataba desesperadamente á aquella ciudad; no definía él claramente qué algo era aquél : algo que flotaba en el aire por encima de la ciudad inmensa y diversa, sin duda una emanación de almas femeninas, — pues, en el fondo, eso es lo que casi siempre nos ata á los lugares ó á los objetos, — de las almas femeninas á quienes él había amado y que se confundían : ¿era una emanación de Nedjibia, ó de Djenana, ó de las dos? no lo sabía de fijo...

LII

Dos cartas del día siguiente:

ZEYNEB Á ANDRÉS

La verdad, no creía yo que ayer era nuestra última entrevista; de haberlo sabido, me hubiera yo arrastrado como una pobre desgraciada, á sus pies, y le habría suplicado que no nos dejara en tal tristeza... Nos deja usted perdidas en las tinieblas del espíritu y del corazón. Usted va á la luz, á la vida; en cambio, nosotras vegetaremos, en el letargo de nuestro harén; los días de nuestra existencia serán lamentables, siempre iguales...

Después de marcharse usted, hemos llorado como dos desesperadas. Zerichteh, la buena nodriza de Djenana, bajó; nos riñó mucho y nos tomó en sus brazos; pero también ella, la pobre buena alma, lloraba de vernos llorar.

ZEYNEB.

Esta mañana he enviado á casa de usted humildes re-

cuerdos turcos. El bordado es de parte de Djenana; es el « ayeto », el versículo del Corán, que, desde su infancia, velaba por encima de su lecho. Acepte usted los velos, van de mi parte; el que tiene rosas bordadas es un velo circasiano que me fué dado por mi abuela; el bordado en plata estaba en los cofres de nuestra casa del Bósforo : los pondrá usted sobre algún sofá, en su casa de Francia.

Z...

DJENANA Á ANDRÉS

Quisiera leer en usted, cuando doble el buque la Punta del Serrallo, cuando á cada vuelta de hélice huyan los cipreses de nuestros cementerios, nuestros minaretes, nuestras cúpulas... Los mirará usted hasta el fin, ya lo sé. Luego, más lejos, y en el Mármara, sus ojos buscarán aún, cerca de la muralla bizantina, el cementerio abandonado en donde, un día, estuvimos rezando... Y, finalmente, para su vista de usted todo se enturbiará, y se confundirá : los cipreses de Estambul, y todos los minaretes, y todas las cúpulas, y poco después, en su corazón se mezclarán todos los recuerdos...

¡ Oh ! que se enturbien y que todo se confunda : la casita de Eyub, que fué la de sus amores, y la otra humilde casa en el centro de Estambul, cerca de una mezquita, y la vasta morada triste en donde una vez entró usted fraudulentamente... Y que también se confundan, todas estas siluetas : la amada de antaño, la que, al lado de usted iba, envuelta en su feradjé gris, á lo largo de la muralla, pisando las margaritas de enero (he seguido su sendero é invocado su sombra), y las otras tres, más tarde, que querían ser sus amigas. Confúndalas usted á todas, confúndalas bien y guárdelas juntas en su corazón (en su memoria, no es suficiente). También ellas, las de hoy, le han amado á usted, quizá

más de lo que usted haya creído... Sé que sus ojos de usted verterán lágrimas cuando desaparezca el último ciprés... Y yo quiero, para mí, una lágrima...

Y allá, una vez llegado, ¿cómo pensará usted en sus amigas? Una vez deshecho el encanto, ¿bajo qué aspecto se le aparecerán? Es atroz el decirse que quizá no quede nada, que quizá se encoja usted de hombros y se sonría al rememorar todo esto...

¡Cómo deseo y cómo temo leerlo, ese libro en que hable usted de las mujeres turcas, — de nosotras!... ¿Encontraré en él lo que en vano trato de descubrir desde que nos conocemos : el fondo de su alma de usted, lo íntimo de sus sentimientos; todo aquello que no revelan sus cartas breves ni sus escasas palabras? Alguna que otra vez he sentido en usted la emoción; pero, ¡tan pronto reprimida, tan furtiva! Ha habido momentos en que de buena gana le habría yo abierto la cabeza y el corazón, para saber por fin qué es lo que había detrás de sus ojos fríos y claros...

¡Oh, Andrés, no diga usted que divago!... ¡Soy desgraciada y me veo sola... sufro y lucho en las tinieblas!... Adiós. Compadézcame. Ámeme un poco, si puede.

DJENANA.

Andrés contestó :

Poco le queda á usted por descubrir detrás de mis ojos « fríos y claros ». Mucho menos sé yo lo que ocurre detrás de los de usted, enigmita querido...

Siempre me la reprocha usted, mi actitud silenciosa y cerrada : soy así porque he vivido demasiado; cuando le ocurra á usted otro tanto, comprenderá mejor...

¿Qué, cree usted no haber estado glacial, usted, ayer, en el momento de separarnos?

Conque, hasta mañana por la tarde á las cuatro, en el

triste muelle de Galata. En medio del revoltijo de las salidas estaré en acecho, sin más preocupación, se lo aseguro, que ver, cuando pase, su querida silueta negra... puesto que eso es todo lo que me permite usted mirar todavía...

. . . . . .

ANDRÉS.

LIII

Ha llegado el jueves 30 de noviembre, rápido, inexorable, como acudirán, presurosas, todas las fechas decisivas ó fatales, no sólo para cada uno de nosotros la en que tengamos que morir, sino las que vean caer los últimos de nuestra generación, acabarse el Islam y desaparecer nuestras razas; las que, además, traigan la consumación de los Tiempos, el anonadamiento y el olvido de los torbellinos de soles en las soberanas tinieblas...

Rápido, rápido ha llegado, ese jueves 30 de noviembre, fecha cualquiera é inadvertida para la mayoría de los seres tan diversos que Constantinopla ve agitarse en sus muchedumbres; mas, para Djenana, para Andrés, fecha que marca uno de esos bruscos cambios de dirección que dan otro giro á la vida.

Al rayar el alba fría y gris, ambos despertaron casi al mismo tiempo, ambos bajo el mismo cielo, en la

misma ciudad, por algunas horas todavía, separados únicamente por una barranca llena de habitaciones y por un bosque de cipreses lleno de muertos, — pero, en realidad, muy lejos uno de otro, debido á invisibles vallas. Él, tan pronto como abrió los ojos, fué invadido por la impresión de su salida, pues ya no habitaba su casa, sino que acampaba en la fonda; por cierto que pidió un cuarto lo más alto posible, para sustraerse al ruido de abajo, á las gorras de los « Globe-trotters » de Norteamérica y á las elegancias de los sospechosos sirios; pero, más que nada, para ver aún á Estambul, y á Eyub á lo lejos.

Ambos, Djenana y Andrés interrogaron el horizonte, el espesor de las nubes, la dirección del viento de otoño : él, desde su ventana abierta por completo; ella, á través del opresor, del eterno enrejado de madera que aprisiona los harenes.

Habían deseado para aquel día un tiempo luminoso y la irradiación nostálgica de aquel sol de fines de estación, que á veces derrama sobre Estambul una tibieza de invernadero. Él, para llevarse en sus ojos ávidos de color una suprema visión magnífica de la ciudad de los minaretes y de las cúpulas.

Ella, para estar más segura de verle una postrera vez, desde aquel muelle de Galata, al pasar al lado del buque que iba á llevárselo, pues al contrario, en tiempo normal, nada le causaba más íntima melancolía que aquellas pálidas iluminaciones sonrosadas de las hermosas tardes de noviembre, y ya desde

hacía tiempo se había dicho á sí misma que si tuviera, cuando ya él faltara de allí, que volver á sepultarse en su casa en el momento de una de aquellas puestas de sol lánguidas y cuajadas de oro, le sería más intolerable el encierro que con un crepúsculo triste y lluvioso. Pero, con un tiempo malo, todo se complicaría: ¿qué pretexto inventar entonces para un paseo, cómo sustraerse á la más estrecha vigilancia de los eunucos y de las criadas?...

Y es el caso que la lluvia amenazaba caer, y caer sin descanso. Un cielo obscuro, removido y atormentado por el viento de Rusia; gruesas nubes bajas que corrían no lejos de la tierra, ocultando el horizonte é inundándolo todo; frío y mojadura.

Y también Zeyneb, desde su ventana, con los cristales abiertos, miraba el cielo, indiferente á su propia conservación, aspirando largamente la helada humedad de los inviernos de Constantinopla, la cual, ya el invierno anterior, había desarrollado en su pecho los gérmenes de la muerte. Luego, de repente, le pareció que derrochaba los minutos útiles; hasta las cuatro no se marcharía Andrés, pero no pudo por menos de ir á ver á Djenana, según se lo prometió la víspera; ambas tenían que estudiar detenidamente los planes proyectados, que combinar más infalibles astucias, para pasar con toda puntualidad, á la hora señalada, por aquel muelle de los paquebotes. Aún estaba él allí por casi todo un día; la agitación causada por su presencia, la turbación y el peligro seguían sosteniéndo-

las; se sentían activas y febriles; en cambio, después ¡oh! después, otra vez el hundimiento repentino en aquella calma en la que, ya, nada habría...

Andrés, al contrario, sentía una melancolía más bien tranquila. El inmenso hastío de haber vivido tanto, de haber amado tanto y de tantas despedidas, adormecía su alma en el momento de aquella nueva separación, que en un principio creyó que sería más cruel. Con sorpresa, casi con remordimiento, notó ya en sí mismo una especie de indiferencia aun antes de estar en camino... « Además, era preciso dar un corte á esta situacion, se decía : cuando yo esté lejos, todo mejorará para ella; todo se arreglará, ¡ay! bajo las caricias de Hamdí... »

Mas, ¡qué desilusionante cielo, para aquel último día! Había contado llegarse hasta Estambul, paso á paso, gozando del sol de noviembre : no, imposible con aquel tiempo de invierno; sería esto acabar su estancia llevándose imágenes harto descoloridas.... No iría, pues, del otro lado de los puentes, — ya nunca más, — : se quedaría en aquel Pera insípido y enlodado, aburriéndose mientras llegara la hora.

Las dos : ya era tiempo de encaminarse hacia el mar. No obstante, antes de bajar de su cuarto padeció la infinita tristeza de una última mirada con la que, desde su ventana, abarcó aquel Eyub y aquellos extensos campos de los muertos que ya no se verían desde abajo, ni desde Galata, ni desde ningún sitio :

en lontananza, en la niebla, más allá de Estambul, algo así como una cabellera negra erguida sobre el horizonte, una cabellera formada por mil cipreses cuyos movimientos se percibían, á pesar de la distancia, de tal suerte los atormentaba el viento...

Después de aquellos minutos de contemplación, descendió hacia los barrios bajos de Galata, siempre lleno de un vil populacho levantino, y que es la parte de Constantinopla más ulcerada por el perpetuo contacto de los buques, y por las gentes venidas en ellos, y por la pacotilla moderna que sin tregua vomitan sobre la ciudad de los Califas.

Cielo sombrío, callejuelas fieltradas de lodo pegajoso, despachos de bebidas apestados por el humo y por el anisado griego, tropel de mozos de cuerda harapientos, y bandadas de perros sarnosos. — Á veces, el sol mago consigue hacer belleza con todo eso; pero hoy, ¡qué fealdad, bajo la mojadura del invierno.

Las cuatro : ya va bajando la luz de noviembre detrás del espesor de las nubes. Es la hora oficial de la salida, — y, también, la hora en que, lentamente, ha de pasar el coche de Djenana para la despedida final. Andrés, ya tomado su camarote y colocados sus bagajes, se halla atrás, en la toldilla, rodeado de amables personas de las embajadas, que han venido á acompañarlo, unas veces distraído de lo que le dicen, por estar en espera del coche, y otras veces olvidando un

poco á las que van á pasar, por tener que contestar, risueño, á los que le hablan.

Como siempre, el muelle está atestado de gente. Ya no llueve. El aire está lleno del ruido de las máquinas, de las cabrias de vapor, de los llamamientos, de los gritos de los marineros ó de los mozos de cuerda, en todas las lenguas de Levante. Aquel gentío mojado, que grita y se codea, forma un conjunto de trajes turcos y de guiñapos europeos, pero los feces muy rojos que cubren todas las cabezas hacen, no obstante, que el conjunto resulte todavía oriental. Á lo largo de la calle, detrás de aquella gente, los cafés están llenos de levantinos; cabezas con gorros encarnados guarnecen cada ventana de aquellas casas de madera, perpetuamente llenas de musiquillas orientales y de humo de narguiles. Aquellas gentes miran, como de costumbre, el buque á punto de salir. Pero, más allá de aquel barrio tan mezclado, de aquel abigarramiento de trajes y de aquel ruido, más allá, separado por las aguas de un golfo que soporta un bosque de navíos, el gran Estambul erige sus mezquitas en la bruma, su silueta siempre soberana aplasta las fealdades vecinas, domina con su silencio el grosero tumulto...

¿No vendrán, las pobres pequeñas?... Ya casi las olvida Andrés, en medio del inevitable bullicio de las despedidas, ocupado en distribuir apretones de manos, en contestar á ocurrencias de gente despreocupada y alegre. Y, por otra parte, no está muy seguro

de que sea él quien se va, tantas veces ha subido á esos mismos buques, enfrente de aquel mismo muelle y de aquel mismo gentío, acompañando á amigos ó acudiendo á recibirlos, como es de uso en Constantinopla. Además, aquella ciudad de Estambul, que allá se perfilaba, es de tal manera suya, casi su ciudad propia desde hace un cuarto de siglo... : ¿es posible que, realmente, se marche de ella? No, le parece que mañana volverá allí como de costumbre, hallando de nuevo los sitios tan familiares y las tan conocidas caras...

Sin embargo, acaba de oirse la segunda campanada de la salida; los amigos que vinieron á acompañarle se van, la toldilla se vacía; únicamente los viajeros quedan enfrente unos de otros, y se observan. — No hay que hacerse ilusiones : tenía un sonido lúgubre, aquella segunda campanada, la última : Andrés vuelve completamente en sí.

¡Ah! aquel coche, allá, debe de ser el de ellas. Una berlina de alquiler, vulgar, como ella dijo, y que avanza con sobrada lentitud. Va á pasar cerquita; han bajado el cristal; allí dentro hay dos mujeres veladas de negro... Y una de ellas alza bruscamente su velo; ¡Djenana!... Djenana, que ha querido ser vista; Djenana, que le mira, por espacio de un segundo, con una de esas expresiones de angustia que jamás ya pueden olvidarse...

Sus ojos resplandecían en medio de sus lágrimas; pero ya no se ven... El velo ha recaído, y, esta vez,

Andrés ha sentido que aquello era algo definitivo y eterno, como cuando le ocultan á uno un rostro amado bajo la tapa de un ataúd... No se ha inclinado sobre la portezuela, no ha enviado un adiós con la mano, no ha hecho un gesto : sólo aquella mirada, más que suficiente, por cierto, para exponer á una mujer turca á un grave peligro. Y ahora la berlina de alquiler prosigue lentamente su marcha ; se aleja por entre el afanoso gentío...

No obstante, aquella mirada acaba de penetrar más en el corazón de Andrés que todas las palabras y todas las cartas. Todas las personas que desde el muelle le envían una despedida con la mano ó con el sombrero, ya no existen para él ; en el mundo entero no hay en este momento, para Andrés, más que aquel coche que lentamente regresa hacia un harén. Y sus ojos, que querrían siquiera seguirlo, de repente se humedecen, y ven las cosas como oscilantes y turbias...

Pero ¿qué es esto? ¿es que sueña? ¡El coche, que seguía al paso, parece ahora alejarse rápidamente, y en sentido distinto del en que caminan los caballos! Va en sesgo, como los cuadros, al llevarlos, y todo se va con él, las personas, el montón de gente, las casas, la ciudad... ¡Ah es que ha salido el buque!... Sin un ruido, sin una sacudida, sin que se haya oído la hélice... Como su pensamiento estaba en otro sitio, Andrés no se había dado cuenta... El enorme buque, arrastrado por remolcadores, se aleja del muelle sin que se le sienta moverse ; diríase que el muelle es el

que huye, borrándose en seguida, con su fealdad, con su gentío, en tanto que el gran Estambul, por estar más alto y más lejos, no se mueve aún. El clamoreo de las voces se pierde, ya no se ven las manos que dicen adiós, — ni la caja negra de aquel coche, en medio de los mil puntos rojos que son fezes turcos.

Sin que nada se haya movido aún á bordo, y en un silencio casi repentino al que no se esperaba uno, también Estambul comienza á esfumarse en la niebla y el crepúsculo ; toda aquella Turquía se borra, con una especie de majestad fúnebre, en lontananza, — dentro de poco en el pasado.

Y Andrés no cesa de mirar, mientras siquiera un vago contorno de Estambul queda dibujado en el fondo del tono gris de la tarde. Para él, en ese lado del horizonte persiste un encanto de almas y de formas femeninas, — de aquellas que ha poco se iban en aquel coche, y de otras ya disueltas por la muerte...

El anochecer, en el Mármara... Andrés piensa : « Ahora acaban de llegar á su casa. » Y se representa lo que ha debido de ser su trayecto de regreso, y luego su entrada en la casa, bajo miradas inquisidoras, y, por fin, su encierro, su soledad aquella misma noche...

Aún están cerca, unos de otros : aquel faro, que acaba de encenderse á corta distancia y que brilla sobre la obscuridad del mar, es el de la Punta del Serrallo. Pero le parecía á Andrés, positivamente, que

ya estaba lejísimos; aquel viaje acababa de cortar, como un hachazo, los lazos que unían su vida turca á la hora presente, y, entonces, ese período, en realidad tan cercano pero que ya no resulta retenido por nada, se desata, cae, cae de repente en el fondo del abismo en que se hunden y se aniquilan las cosas absolutamente pasadas...

LIV

Á su llegada á Francia, recibió estos renglones de Djenana:

Cuando estaba usted en nuestro país, Andrés, cuando respirábamos el mismo aire, aún parecía que nos pertenecía usted un poco. Pero, ahora, ya resulta usted perdido para nosotras; cuanto le interesa, cuanto le rodea nos es desconocido... y cada día que pasa importamos un poco menos á su corazón y á su pensamiento distraído. Usted huye, — ó, más bien, nosotras somos las que palidecemos, hasta desaparecer dentro de poco. Espantable resulta la tristeza de semejante situación.

Todavía por algún tiempo, su libro le obligará á recordar. Pero ¿y después?... Tengo que pedirle á usted un favor: mándeme en seguida las primeras cuartillas manuscritas, ¿quiere usted? Dése prisa, jamás se apartarán de mí esas cuartillas; *adonde quiera que vaya, hasta en la tierra*, las llevaré conmigo... ¡Oh qué triste cosa, la novela de esa novela! Éste es hoy el único terreno en que puedo tener la seguridad de encontrarle á usted; mañana, esa novela será

lo único que sobreviva de un período para siempre terminado...

DJENANA.

Andrés envió en seguida las cuartillas pedidas. Pero no recibió contestación alguna, ni supo nada por espacio de cinco semanas, hasta que llegó esta carta de Zeyneb:

Khassim-Bajá, 13 zilkada 1323.

Andrés, mañana es el día fijado para llevar á nuestra querida Djenana á Estambul, por segunda vez, con el ceremonial acostumbrado para las desposadas. Todo se ha arreglado con singular rapidez, todas las dificultades han quedado allanadas; las dos familias han combinado sus instancias cerca de su Majestad Imperial para que anulara el iradé de separación; no ha tenido, ella, á nadie para defenderla.

Hamdí Bey le ha enviado hoy haces de las más hermosas rosas de Niza; pero todavía no se han vuelto á ver los dos, por haber pedido Djenana, como único favor, y por mediación de Emiré Hanum, que su marido no la viera hasta después de la ceremonia de mañana. Ha sido colmada de flores; si pudiera usted ver su cuarto, en donde entró usted una vez...: ha mandado que se las lleven todas allí, y parece aquello un jardín encantado.

Esta tarde me ha dejado estupefacta su calma; pero de sobra comprendo que esa aparente calma no es más que cansancio y resignación. Hoy ha hecho un día hermosísimo; Djenana pudo salir por la mañana, acompañada sólo de Kondja-Gul, para ir á las tumbas de Melek y de Nedjibia, y al alto de Eyub, á aquel rincón del cementerio en donde mi hermanita les fotografió á ustedes juntos: ¿recuerda usted?

Quería yo pasar la velada con ella; así hicimos, Melek y yo, la víspera de su primera boda; pero comprendí que prefería estar sola; me retiré, pues, antes del anochecer, angustiada, acongojada.

Y heme ahora en mi casa, en un aislamiento espantoso. Comprendo que Djenana estará más sola que la primera vez, porque mi influencia le es sospechosa á Hamdí; me tendrán apartada, y no la veré más... No creía yo, Andrés, que se pudiese padecer tanto; si usted acostumbrara á rezar, le diría á usted que rezara por mí, me limito á decirle que se apiade, ¡oh, cuanto pueda! de sus humildes amigas, de las dos que quedan.

ZEYNEB.

No crea usted que le olvida; el 27 de Ramazán, nuestro día de difuntos, quiso que fuéramos juntas á la tumba de su Nedjibia, para llevarle flores... y nuestras oraciones, lo que nos queda de nuestra fe perdida... Si no ha recibido usted nada de ella desde hace unos días, es porque está malucha y torturada; pero sé que tiene intención de escribirle á usted una larga carta *esta noche, antes de dormirse;* me lo dijo al despedirme de ella.

Z...

LV

Mas dos días después llegó esta esquela de defunción (1) manuscrita, en la cual Andrés, al rasgar el sobre, creyó reconocer la letra de Djavidé Hanum :

Alá,

Feridé-Azadé-Djenana, hija de Tewfik Bajá Darîhan Zadé y de Seniha Hanum Kerissen, acaba de fallecer el 14 de zilkada de 1323.

Había nacido el 22 de Redjeb de 1297, en Karadjiamir.

Según su voluntad, ha sido inhumada en el Turbé de los venerados Sivassi de Eyub, para dormir allí su último sueño.

Pero sus ojos, que eran puros y bellos, de nuevo se han abierto ya, y Dios, que la amó mucho, ha dirigido su mi-

(1) En Turquía no se envían esquelas de defunción. Los amigos que no residen en la localidad saben la noticia por medio de un comunicado inserto en un diario, ó por una nota manuscrita, casi siempre en la forma arriba indicada.

rada hacía los jardines del paraíso, en donde Mahoma, nuestro profeta, espera á sus fieles.

La oración de todos nosotros, que hemos de morir, sube hacia ti, oh Djenana-Feridé-Azadé, y te pide que no nos olvides. Y nosotras, tus humildes amigas, seguiremos la vía luminosa que nos has trazado.

¡Oh Djenana-Feridé-Azadé, que el rahmet (1) de Alá descienda sobre ti!

Khassim-Bajá, 15 de zilkada de 1323.

Andrés había leído con prisa y con susto; por de pronto, conocía poco la forma oriental de esta nota; además, no conocía los demás nombres que tenía Djenana, y, á primera vista, no comprendió bien... Fuéronle necesarios algunos minutos, antes de que se diera cuenta exacta de que se trataba de ella...

(1) Rahmet. (La suprema misericordia, el gran perdón divino que todo lo borra.) Siempre se dice para un muerto cuyo nombre se expresa: « ¡Alá rahmet eylesun! « (¡Dios le dé su rahmet!) como se dice entre cristianos: « ¡Dios le haya perdonado! »

LVI

Tres días después recibía una larga carta de Zeyneb, en la que había además un sobre cerrado, sobre el cual su nombre, « Andrés », había sido escrito por Djenana.

CARTA DE ZEYNEB

Andrés, todos mis padecimientos, todas mis angustias no eran sino alegría mientras las iluminó su sonrisa; mis negros pesares recibían luz de ella : ahora lo comprendo, ahora que no existe...

Ya va á hacer una semana que está acostada bajo tierra. Nunca ya volveré yo á ver sus ojos profundos y graves en donde se asomaba su alma; nunca ya oiré su voz, ni su risa de niña; todo cuanto me rodee será tétrico hasta el fin de mis días : Djenana está acostada en la tierra... Aún no lo creo, Andrés, y, no obstante, he tocado sus diminutas manos frías, he visto su sonrisa helada ya, sus dientes nacarados entre sus labios de mármol... Yo la he visto antes que nadie, yo he cogido la carta suprema

escrita por ella, la carta para usted, arrugada y retorcida entre sus dedos... Aún no lo creo, y, sin embargo, la he visto rígida y blanca; en mis manos he tenido sus manos de muerta... No lo creo, pero es cierto, y yo lo he visto, y he visto su ataúd cubierto con el Validé-Chal, con un velo verde de la Meca, y he oído al Imán decir para ella la oración de los muertos...

El jueves, el día mismo en que habíamos de llevarla de nuevo á casa de Hamdí Bey, recibí una esquelita al amanecer, con una llave de su cuarto... (La cerradura aquélla cuya obtención le causó tanta alegría, ¿se acuerda usted?) Kondja-Gul era la que me traía aquello, ¿y por qué tan temprano?... Ya sentía yo espanto al abrir el sobre... y leí: « Ven, me hallarás muerta. Entra la primera y sola en mi cuarto; cerca de mí, busca una carta; escóndela en tu ropa, y envíasela luego á mi amigo. »

Y fuí corriendo, entré sola en aquel cuarto... ¡Oh Andrés, el horror de entrar allí!... ¡El horror de la primera mirada que allí dentro había yo de echar!... ¿Dónde estaría? ¿En qué postura... caída... acostada?... ¡Ah! allí, en aquella butaca, aquella cabeza caída hacia atrás, toda blanca, que parecía mirar el despertar del día... Y no había yo de llamar, ni gritar... No; la carta, tenía yo que buscar la carta... Cartas, cinco ó seis veía yo cerradas sobre su despachito, cerca de ella: sin duda su despedida. Pero también había hojas desparramadas, y aquella debía de ser la carta para usted, con aquel sobre en que se leía su nombre... Y la última hoja, la que usted verá arrugada, la saqué de su mano izquierda, que, crispada, la tenía sujeta... Todo esto lo escondí yo, y, una vez que hube hecho lo que ella quería, y como quería, entonces, sólo entonces, grité con todas mis fuerzas, y acudió gente...

Djenana, mi única amiga, mi hermana... Ya nada hay para mí, fuera de ella, después de ella: ni alegría, ni ter-

nura, ni luz del sol; todo se lo ha llevado ella al fondo de su tumba, en la que pronto se erguirá una piedra verde, allá, ya sabe usted, en aquel Eyub que tan grato les era á ustedes dos...

¡Aún viviría, de no haber dejado de ser la princesita bárbara de las llanuras de Asia! Nada habría sabido de la nada de las cosas... El excesivo pensar y el demasiado saber la han ido envenenando, un poco cada día... El Occidente la ha matado, Andrés... Si la hubiesen dejado primitiva é ignorante, solamente hermosa, á mi lado la estaría yo viendo ahora, estaría yo oyendo su voz... Y mis ojos no habrían llorado, como llorarán días y noches todavía... No estuviera yo tan desesperada, Andrés, de haber ella seguido siendo la princesita de las llanuras de Asia...

ZEYNEB.

La carta de Djenana... : sentía Andrés piadoso espanto ante ella, sin atreverse á abrirla.

Porque ya no era lo mismo que con la esquela de defunción, abierta tan distraídamente. Esta vez sabía él lo que le esperaba; ya desde hacía muchos días llevaba luto por ella; la tristeza de haberla perdido había entrado en él por grados, con una penetración lenta y profunda; también había tenido tiempo suficiente para meditar sobre la parte de responsabilidad que le incumbía en aquel acto de desesperación.

Por todas estas razones, antes de rasgar el sobre, se encerró solo, para no ser distraído por nada durante los momentos de intimidad que iba á pasar con ella.

Varias hojas... Y la última, la de debajo, en

efecto, los dedos la sentían toda arrugada, como magullada.

Primero vió que la letra era como la de las demás cartas de ella, aquel su carácter de letra tan claro y tan firme. ¡De modo que Djenana había sido dueña de sí misma ante la muerte! Comenzaba el escrito por algunas de aquellas frases un tanto ritmadas que caracterizaban su estilo; frases primero tan tranquilas, que casi estuvo Andrés por dudar de la tragedia referida por Zeyneb, él que no la había visto « rígida y blanca », él que no había sentido el contacto de « su mano de muerta ».

LA CARTA

Amigo mío, ha llegado la hora de despedirme de usted. El iradé por el cual me creía yo protegida ha sido anulado; Zeyneb ha debido de decírselo. Mi abuela y mis tíos lo han preparado todo para mi boda, y mañana he de ser devuelta al hombre á quien usted conoce.

Son las doce de la noche, y en la paz de la casa cerráda, ningún ruido más que el chirrido de mi pluma: todo duerme, excepto mi dolor. Para mí, el mundo se ha desvanecido; ya me he despedido de todo lo que interesaba á mi corazón, he escrito mi última voluntad y mi último adiós. He limpiado mi alma de todo lo que no es su esencia, he querido ahuyentar de ella todas las imágenes — para que nada subsista entre usted y yo, para poder darle á usted, á usted solo, las últimas horas de mi vida, y para que sólo usted sea el que sienta detenerse el último latido de mi corazón.

Pues sepa, amigo mío, que voy á morir... Á morir, pero

de una muerte apacible, semejante á un sueño, y que no alterará mi belleza. El descanso, el olvido, aquí están, en un frasco al alcance de mi mano. Es un tósigo árabe muy dulce, que, según dicen, da á la muerte la ilusión del amor.

Andrés, antes de salir de la vida, he ido á la humilde tumba que le es á usted querida. He deseado rezar ante ella y pedir á aquella á quien usted amó que me socorra en el momento del tránsito, — y, también, que le permita á mi recuerdo mezclarse con el suyo en el corazón de usted. Después he ido á Eyub, sola con mi vieja esclava, para pedir á los muertos que me recibieran entre ellos. He ido recorriendo las tumbas, para escoger mi última morada. En el sitio en que juntos nos sentamos un día, he descansado un rato sola. Este día de invierno tenía la dulzura del abril en que mi alma, en aquel mismo lugar, se había entregado... En el Cuerno de Oro, á mi regreso, del cielo caían rosas. ¡Oh país mío, tan hermoso en la púrpura de la tarde! ¡He cerrado mis ojos para llevarme tu visión á la otra vida!...

Zeyneb me aconsejó que huyera, cuando nos fué notificada la anulación del iradé. Mas no he podido resolverme á ello. Quizá, de haber sabido que, bajo otro cielo, sería acogida por el amor... Mas sólo á una compasión afectuosa tenía yo derecho á pretender. Prefiero la muerte, estoy hastiada.

Reina en mí una extraña tranquilidad... He mandado traer á mi cuarto, — mi cuarto de soltera, en donde entró usted un día, — todas las flores enviadas por mis amigas para la « fiesta » de mañana. Al colocarlas alrededor de mi cama y de la mesa en que escribo, es usted, amigo, en quien pienso. Le evoco á usted. Por esta noche es usted mi compañero. Si cierro los ojos, le veo, frío, inmóvil; pero sus ojos de usted, — esos ojos cuyo misterio nunca pude sondar, — traspasan mis párpados cerrados y me abrasan

el corazón. Y si de nuevo abro yo los ojos, aún está usted presente : entre las flores, su retrato de usted me mira.

Y su libro de usted, — *nuestro libro* — fuera de esas cuartillas que usted me ha enviado y que me acompañarán mañana, ¡me marcho al fin sin conocerlo ! Así pues, ni siquiera habré sabido cuál es su verdadero pensamiento de usted. ¿Se ha dado usted bien cuenta de la tristeza de nuestra vida? ¿Ha comprendido usted bien qué crimen es despertar almas que duermen, para luego despedazarlas si quieren arrancar á volar, qué infamia es reducir á las mujeres á la pasividad de las cosas? Diga usted, dígalo, que nuestras existencias están como hundidas en arena, y que son semejantes á lentas agonías... ¡Oh, dígalo usted! ¡Que mi muerte sea siquiera provechosa á mis hermanas musulmanas! ¡Tanto como quise yo hacerles bien cuando vivía!... Tiempo hubo en que acaricié el ensueño de despertarlas á todas... ¡Oh no! dormid, dormid, pobres almas. ¡Que nunca se os ocurra pensar que tenéis alas!... Pero las que ya han tomado vuelo, las que han entrevisto más horizontes que los del harén, ésas, ¡oh Andrés! se las confío; hable de ellas y hable por ellas. Sea usted su defensor en el mundo que piensa. ¡Y que las lágrimas de todas ellas, que mi angustia de ahora, impresionen por fin á los pobres ciegos, quienes no dejan de querernos, pero que nos oprimen !...

De repente cambiaba la letra, resultaba menos firme, casi temblona.

Son las tres de la mañana, y prosigo mi carta. He llorado, llorado tanto, que casi no veo. ¡Oh Andrés, Andrés! ¿De veras es posible que una sea joven, y que ame, y que, sin embargo, se vea empujada á la muerte? ¡Oh! algo me aprieta la garganta y me ahoga... Tenía yo derecho á vivir y

á ser feliz... Un ensueño de vida y de luz se cierne aún en torno mío... Pero, mañana, el sol de mañana, es el amo que quieren imponerme, son sus brazos, que quieren aprisionarme... ¿Y dónde están, los brazos que yo habría querido?...

Un intervalo, prueba de otro momento de parada: sin duda la vacilación suprema, y luego el cumplimiento del acto irrevocable. Y la carta, durante algunos segundos aún, volvía á su armoniosa tranquilidad. Pero una tranquilidad que daba calofríos...

Ya se acabó; no hacía falta más que un poco de valor. El frasquito del olvido está vacío. Ya soy una cosa del pasado. En un minuto he andado toda la vida, y sólo un sabor amargo de flores me queda en los labios. La tierra me parece lejana, y todo se mezcla y se disuelve, — todo, salvo el amigo á quien yo amaba, á quien llamo, á quien quiero tener cerca de mí hasta el final.

La letra comenzaba á tener altibajos, como la de los niños. Luego, los últimos renglones de la nueva página, chocaban unos con otros. Ya no era dueña de sí misma, la pobre manecita, ya no sabía lo que hacía; las letras se empequeñecían demasiado, ó bien, de repente, se agrandaban, hasta el punto de espantar, por su tamaño... Era ésta la última hoja, la que había sido retorcida y estrujada durante la convulsión de la muerta, y aquellas señales añadían una angustia más á la ya angustiosa lectura.

... El amigo á quien llamo, á quien quiero tener cerca de

mí hasta el final... Amado mío, venga pronto, porque quiero decírselo... ¿No sabía usted que yo le amaba con todo mi ser? Cuando ya uno está muerto, puede confesarlo todo. Las reglas mundanas, ya no existen. ¿Por qué, en el momento de marcharme, no confesarle á usted que le he amado?...

Andrés, el día aquel en que se sentó usted aquí delante de este despachito en que le estoy escribiendo mi despedida, la casualidad hizo que, al inclinarme, le rozara á usted; entonces cerré los ojos, y detrás de mis ojos cerrados, ¡qué hermosos sueños pasaron! Sus brazos de usted me estrechaban contra su corazón, y mis manos amorosas tocaban suavemente sus ojos y ahuyentaban la tristeza que veía en ellos. ¡Ah! bien podía venir la muerte, y habría venido al mismo tiempo que para usted la lasitud, mas cuán dulce me resultara, y qué alma alegre y agradecida se habría llevado... ¡Ah! todo se confunde y todo se enturbia... Me habían dicho que dormiría, pero no tengo sueño aún; sólo que, todo se mueve, todo se duplica, todo baila, mis bujías son como soles, mis flores se han agrandado, agrandado: estoy en una selva de flores gigantescas...

Ven, Andrés, vente á mi lado; ¿qué haces ahí entre las rosas? Vente cerca de mí mientras te escribo, quiero sentir tu brazo oprimiéndome suavemente, y tener junto á mis labios tus ojos queridos... Así, amor mío, así quiero dormir, cerquita de ti, y decirte que te amo. Acerca á mí tus ojos, pues, desde la otra vida en que estoy, se puede leer en las almas á través de los ojos... Y sabe, Andrés, que soy una muerta... En tus ojos claros, en donde no supe yo ver, ¿hay para mí una lágrima?... No oigo lo que contestas, porque estoy muerta... Por eso te escribo, porque no oirías mi lejana voz... *Te amo*: ¿oyes siquiera esto? *te amo*...

¡Oh, sentir así, como bajo la mano, aquella ago-

nía! ¡Ser uno aquel á quien se obstinó ella en hablar, venciendo dolores de todo género, durante el minuto de gran misterio en que el alma se va... Recoger el último rastro de su pensamiento querido, que ya venía de la región de los muertos!...

¡Y me voy, me vuelo, abrázame bien!... ¡Andrés!... ¡Oh! ¿te amará otra con amor tan tierno?... ¡Ah! ya viene el sueño y me pesa la pluma. En tus brazos... amado mío...

. . . . . .

Las últimas palabras se perdían, trazadas apenas. Además, ni esto último, ni lo que precedía: el que leía no podía leer ya... Sobre la hoja arrugada por la pobre manecita que ya no sabía lo que hacía, apoyó los labios, piadosa y apasionadamente. Y éste fué el tan anhelado y único beso que medió entre ellos...

LVII

¡Oh Djenana-Feridé-Azadé, que el rahmet de Alá descienda sobre ti! ¡Que la paz sea con tu alma altiva y pura! ¡Y ojalá oigan mi llamamiento tus hermanas de Turquía para que, siquiera durante algunos años todavía, antes del olvido final, repitan tu querido nombre, por la noche en sus oraciones!...

FIN

PARIS. — IMPRENTA DE LA Vda DE CH. BOURET.